

01085

2

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

LO PARTICULAR Y LO SOCIAL EN EL PORFIRIATO
LA VIDA DIARIA EN LA CIUDAD DE MEXICO
1877-1911

TESIS QUE OPTAR AL GRADO DE:
DOCTORA EN HISTORIA

P R E S E N T A

LILIAN BRISEÑO SENOSIAIN

BAJO LA DIRECCION DE
EUGENIA WALERSTEIN DE MEYER

MEXICO , D.F. 2002

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A Jorge,
y a Jorge y a Mauricio.

AGRADECIMIENTOS

A Eugenia Meyer le debo muchas cosas importantes en mi vida, a las cuales agregó ahora la tesis doctoral. Sin duda, todo lo bueno que contiene este trabajo se lo debo a ella y a su erudita y paciente dirección; pero mi gratitud no se reduce a este hecho significativo. La amistad, cariño, confianza, respeto y solidaridad que me ha brindado en los años que llevo de conocerla, me ponen en deuda permanente no sólo con una gran historiadora, sino con un ser humano realmente generoso, que me sigue sorprendiendo día a día en todos los sentidos y que me ha marcado de manera permanente el rumbo a seguir. Gracias Doctora.

En la realización de esta tesis tuvieron que ver también mis amigas, las historiadoras, Laura Suárez de la Torre y Claudia Canales Ucha. Ellas leyeron y releieron pacientemente estas páginas sugiriendo rumbos novedosos para la investigación. A ellas mi cariño y agradecimiento.

A los doctores Álvaro Matute, María Alba Pastor, Fernando Curiel, Carmen Collado y Gustavo Jiménez, les agradezco el haber aceptado formar parte del jurado así como la disposición que todos mostraron para compartir conmigo sus conocimientos, sus comentarios enriquecieron esta investigación.

Irma Ángeles me ayudó a recopilar buena parte del material que utilicé para esta tesis; definitivamente, su trabajo responsable y atinado fue invaluable en este proceso y se lo agradezco.

En la Universidad Nacional Autónoma de México, y en particular en la Facultad de Filosofía y Letras, he pasado algunos de los mejores momentos de mi vida como estudiante y como maestra. En sus aulas he tenido el privilegio de conocer a los más importantes historiadores de este país y de ella han egresado también algunas de las mejores personas que conozco y quiero. Soy orgullosamente universitaria y espero poder retribuir, en algo, lo mucho que esta Institución me ha brindado.

El Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), me otorgó una Beca de Tesis para Doctorantes Externos como un apoyo para terminar de redactar el presente trabajo. Reconozco la ayuda recibida.

No quiero dejar de mencionar a mi familia —mi papá, mis hermanas(os), mis sobrinas(os)— y a mis amigas(os) que no tienen nada que ver con este trabajo, pero que me aguantaron durante todos estos años en los que yo “estaba haciendo la tesis”. Muchas gracias, espero sinceramente que algún día la lean.

Por supuesto, Jorge y mis hijos fueron un factor fundamental en este proceso. En estos años les robé mucho tiempo que debía compartir con ellos, sin haber recibido de su parte reclamo alguno; por el contrario siempre me sentí respetada y estimulada en el trabajo. Evidentemente sin su comprensión, solidaridad y amor, esto nunca se hubiera logrado.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	I
I LA LUZ DE LA MODERNIDAD	1
II EN BUSCA DE LA CIUDAD LUZ	16
III LOS ESPACIOS PÚBLICOS	27
IV LAS FIESTAS	75
V LA NOCHE, UN ESCAPE A LA FRIVOLIDAD: TEATROS, RESTAURANTES Y ALMACENES	95
VI LOS ESPACIOS PRIVADOS	118
VII LAS PERCEPCIONES	157
VIII LOS TEMORES	176
IX HACIA UNA NUEVA CULTURA	193
CONCLUSIONES	211
ANEXOS	216
FUENTES CONSULTADAS	221

Quiero una imprevisible historia como lo es el curso de nuestras mortales vidas; una historia susceptible de sorpresas y accidentes, de venturas y desventuras; una historia tejida de sucesos que así como acontecieron pudieron no contecer; una historia sin la mortaja del esencialismo y liberada de la camisa de fuerza de una supuestamente necesaria causalidad; una historia sólo inteligible con el concurso de la luz de la imaginación; una historia-arte, cercana a su prima hermana la narrativa literaria; una historia de atrevidos vuelos y siempre en vilo como nuestros amores; una historia espejo de las mudanzas, en la manera de ser del hombre, reflejo, pues, de la impronta de su libre albedrío para que en el foco de la comprensión del pasado no se opere la degradante metamorfosis del hombre en mero juguete de un destino inexorable

Edmundo O'Gorman

INTRODUCCIÓN

Estudiar el porfiriato y no terminar siendo porfirista es un reto difícil. Aceptarlo significa tirar por la borda el precepto que debía seguir todo historiador en el pasado al defender la presunta objetividad de la tarea de investigación. Afortunadamente, la historia actual ha evolucionado por otras vertientes y acepta que todo trabajo lleve en sí una fuerte carga subjetiva desde el momento mismo de la elección del tema, sin detrimento de la calidad del trabajo histórico. Así pues, confieso de entrada mi pecado, Porfirio Díaz me cae bien.

Reconozco, sin embargo, que si hay un personaje en la historia de México que se presta a una interpretación maniquea, ha sido él. Por tradición, con Díaz no ha habido término medio: o se le pondera por sus logros económicos e industriales y por la estabilidad política que consiguió y se soslaya la herida social que le infringió al país o viceversa. Pero como he dicho, la historia es hoy otra cosa y ahora pretende entender y reconstruir el pasado desde vertientes y horizontes más amplios, antes de juzgar personajes o de jugar a la construcción de héroes y antihéroes; como decía Edmundo O'Gorman en sus cátedras y conferencias, no es nuestra tarea regañar a la historia.

Como todos, don Porfirio fue un hombre de su tiempo, pero no estoy segura de que el suyo haya sido el tiempo mexicano; iba, según creo, adelantado a las condiciones de su país. Por visión o ambición, Díaz tuvo la sensibilidad de percibir los cambios que se generaban en el mundo y fue construyendo a su alrededor un poder suficiente para impulsarlos desde el lugar privilegiado que ocupaba al frente de la presidencia de la República. Él mismo se convirtió en el primer y principal impulsor del progreso del país y logró que en algunos renglones, como el de la electrificación, se acercara mucho al estadio de los países más desarrollados de entonces como Alemania, Inglaterra, Francia o Estados Unidos

Nadie puede poner en duda los grandes logros alcanzados durante este periodo. Nadie duda tampoco de que en el plano económico y social el país se dividió dolorosamente: por un lado, se encontraba la elite que controlaba los destinos nacionales, y por el otro, la gran mayoría de desposeídos y despojados. Quiero creer que dadas las condiciones por las que atravesaba México, esta dicotomía hubiera sido difícil de resolver en aquel momento, es decir, me parece casi imposible cualquier otra opción de desarrollo en la que se hubieran conseguido, además de los logros económicos, condiciones favorables de justicia e igualdad.

Pero a pesar de esta división, estoy convencida de que en el porfiriato se suscitó una transformación profunda en el ámbito de las mentalidades. En ese lapso se generó un proceso que afectó muchas de las manifestaciones culturales de nuestro devenir —la producción, el idioma, las artes, la socialización, las diversiones, la seguridad o el confort—, al alterar en un breve espacio de tiempo la vida de una gran masa de la población. Modificó también comportamientos humanos no de años sino de siglos, pues en su vida cotidiana, los mexicanos vivían todavía, hacia mediados del XIX, de la misma manera que lo habían hecho durante la época colonial.

La instalación o expansión de los ferrocarriles, el telégrafo, el teléfono, los motores en la industria, la electricidad, los automóviles y el cinematógrafo, expresiones de la modernidad y al mismo tiempo impulsoras de la vida moderna, sorprendieron a los mexicanos, pero también, y este es el punto central de la presente investigación, fueron determinantes para generar un cambio en la manera de vivir, de pensar, de aprehender el entorno y de desenvolverse en él.

El estudio del impacto social de cada una de estas manifestaciones nos llevaría a entender cómo su aparición modificó sustancialmente formas de vida seculares cuyos efectos parecen obvios en algunos casos, como por ejemplo la mejoría en el sistema de comunicación y transporte gracias a la aparición del ferrocarril. Otros, sin embargo, son más difíciles de descubrir y explicar, pues

remiten al conocimiento pleno de actitudes y actividades previas a la llegada de tal o cual novedad y a su transformación en algo diferente. Cada una de las manifestaciones de la modernidad alteró significativamente comportamientos, hábitos o costumbres, e introdujo un nuevo modo de vivir y escenarios diferentes.

Puede ser que no todos los mexicanos del porfiriato hayan tenido acceso a moverse y comunicarse a través de los ferrocarriles, pero muchos supieron de su existencia y fueron testigos de cómo esa gran masa de hierro se movía más rápido que los sistemas tradicionales de transporte y lo hacía, además, impulsado por una fuerza mágica que evidentemente no requería de la tracción animal. Sin duda, hasta temor habrá despertado entre algunos la aparición de esa máquina, que les enfrentaba a algo totalmente desconocido

De manera paralela, el paisaje urbano y rural se modificó al aparecer de estos trenes y de igual forma ellos generaron una nueva representación de la realidad dentro de la mentalidad de la población. Los ferrocarriles transportaban y comunicaban, pero más allá de esto, impulsaban un cambio en la dinámica y en la cotidianidad de la gente. El tren crearía la sensación de que la vida se desarrollaba más rápido, que los espacios se reducían, que las ciudades se acercaban. Lo que antes requería de días, tras su aparición, se haría en horas; se alteraba dramáticamente el sentido del tiempo y las distancias; se rompían rutinas, hábitos y costumbres adecuados para una realidad sin trenes y se inventaba una nueva en la que éstos tenían un lugar.

Este breve ejemplo de algunos de los rubros que cambiaron por la introducción del ferrocarril se puede hacer extensivo a casi todas las innovaciones tecnológicas que surgieron o se expandieron durante el porfiriato. Una de ellas, para mí tan importante como el ferrocarril, fue la electrificación que, en el caso particular de la Ciudad de México, alteró significativamente esas formas de vida seculares a las que de paso me he referido, y que trataré de explicar a continuación

Debo advertir, sin embargo, que esta tesis es en realidad una segunda versión escrita de mi investigación sobre el impacto que tuvo la introducción de la electricidad en la Ciudad de México. En una primera instancia, la magnitud de la información recabada me llevó a escribir una relación pormenorizada sobre los aspectos técnicos y formales del proceso, cuyo resultado fue una apretada síntesis llena de datos en la que se podía descubrir desde cómo se habían ido consolidando las compañías que monopolizaron el servicio durante el porfiriato y la fecha y condiciones de los contratos correspondientes hasta el monto de las inversiones; los principales países que destinaron recursos al rubro, los pasos que siguió la instalación de los postes, generadores y alambres; la aplicación de la electricidad para el alumbrado y la medicina o sus efectos secundarios a través de los accidentes que provocó. Además de abordar temas que, ahora lo sé, cada uno daría para dos o tres investigaciones diferentes, el resultado de tanta información o acumulación de noticias fue un denso cúmulo de datos aburridos en los que, para agravar más la situación, se perdía el lado humano de la historia sin llegar a la esencia misma de la transformación socio-cultural que ocasionó.

Así pues, había que reemprender el camino pero sin desandar lo andado. Con todo este conocimiento previo —producto de la revisión de una buena cantidad de material de archivo, memorias, actas de cabildo, obras bibliográficas (primarias y secundarias) y, sobre todo, de un acucioso análisis hemerográfico¹— decidí circunscribir la investigación a uno solo de los aspectos

¹ La revisión de diversos periódicos y revistas de la época permitió un acercamiento muy interesante a la manera en la que se manejaba la información de, hacia y con el gobierno. No hay que olvidar, como apuntó Álvaro Matute, que: “El purismo olvida que la prensa es fundamental precisamente para conocer de qué manera fue público un suceso, si pasó o no desapercibido, si se le dio la debida atención, si, inclusive, la prensa misma fue un instrumento para que el suceso tuviera un determinado tipo de desenlace. La prensa no es fuente pasiva, precisamente por su carácter público, porque su finalidad no es la de la información desinteresada, seudobjetiva, sino precisamente interesada en hacer propuestas a la sociedad que la recibe.” “De la prensa a la historia” en Miguel Ángel Castro (coord.), *Tipos y caracteres la prensa mexicana (1822-1855)*, México, UNAM, 2001 p. 12

que modificó la llegada de la electricidad e ir en busca de otro tipo de fuentes que permitieran acercarme precisamente a ese lado humano de la sociedad porfiriana. En el primer caso, trabajé sobre el impacto del alumbrado eléctrico en la cotidianidad de la población y, en el segundo, encontré en la literatura de la época, para mi fortuna, una veta de información histórica que no deja de sorprenderme. Descubrí, además, que las novelas de corte costumbrista, realista o naturalista, constituyen fuentes fundamentales para revelar y conocer mejor el pensamiento, los hábitos y los comportamientos sociales; fuentes a las que, por cierto, los historiadores recurrimos cada vez más en el presente.²

El desarrollo de la investigación, el material que fui encontrando y mi propio interés por hacer algo que se alejara de la suma de datos o de la narración árida de qué y cómo pasó, me fueron acercando —sin que ello signifique que lo haya logrado— a lo que se conoce en la actualidad como historia socio-cultural, en donde, como señala Peter Burke: “cultura se entiende en un sentido lato que incluye la vida cotidiana de la gente común, los objetos materiales de los que ésta se rodea y las diversas formas de percibir e imaginar su mundo”³ Algo similar a lo que también se ha denominado historia de las mentalidades y que Robert Darnton ha definido de la siguiente manera:

... estudia la manera como la gente común entiende el mundo. Intenta investigar su cosmología, mostrar cómo la gente organiza la realidad en su mente y cómo la expresa en su conducta. No trata de encontrar un filósofo en el hombre de la calle, sino descubrir por qué la vida callejera requiere una estrategia. Actuando a ras de tierra la gente común aprende la “astucia callejera”, y puede ser tan inteligente, a su modo, como los filósofos. Pero en vez de formular proposiciones lógicas, la gente piensa utilizando las cosas y todo lo que su cultura le ofrece...⁴

² “La nueva historia socio-cultural se inspira en una variada serie de disciplinas: la historia del arte, la crítica literaria, la antropología social, etc.” Peter Burke, “La nueva historia socio-cultural”, *Historia Social*, núm. 17, otoño 1993, p. 111

³ *Ibid.*, p. 105.

⁴ Robert Darnton, *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*. México, Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 11

Y yo quería saber cómo es que esa gente, los mexicanos finiseculares, se fueron acostumbrando a la presencia del alumbrado eléctrico, cómo es que éste había modificado las condiciones de vida previas y cuál había sido la estrategia desplegada por la población de la Ciudad de México ante la presencia de esta innovación tecnológica; cómo había tenido que pensar utilizando la luz, cómo había adaptado su vida y pensamiento frente a la inclusión de la electricidad en su cotidianidad

Debo reconocer, también, que una vez definido el tema, las fuentes y el tipo de historia que deseaba hacer, la tarea hermenéutica se me facilitó gracias a mi encuentro con el alemán Wolfgang Schivelbush —y su obra, *Disenchanted night The industrialization of light in the nineteenth century*⁵— quien resultó ampliamente sugerente para seguir algunas de las líneas de investigación que trato en este trabajo y que, aplicadas al universo mexicano, resultaron muy elocuentes de cómo se transformó aquella realidad pre-eléctrica para devenir en algo diferente. Algunas de ellas, por ejemplo, remiten a la forma de socialización familiar en el ámbito privado, cercana siempre durante las noches en la medida en que la flama del hogar, la vela o la lámpara reunía a los miembros en torno a su luz o calor, y cómo el foco eléctrico, distante y frío, impacta de igual manera alejando y enfriando esta dinámica hogareña

Al considerar éstos y otros aspectos, la hipótesis de la presente investigación puede plantearse de la siguiente manera: la vida de la población de la Ciudad de México se modificó dramáticamente en los más de treinta años que duró el porfiriato debido a la introducción de la electricidad —en particular por su aplicación al alumbrado— en los ámbitos públicos y privados. Sostengo que esta iluminación dio lugar a una nueva concepción sobre la noche y su espacio inventando de manera paralela la vida nocturna. Asimismo, afirmo que

⁵ Wolfgang Schivelbush, *Disenchanted night The industrialization of light in the nineteenth century*, California The University of California Press, 1995

la nueva luz rompió con formas de comportamiento seculares, con prácticas de recogimiento familiar, con el concepto de privacidad y, en general, con la percepción que sobre el entorno nocturno y la noción misma de la noche, se tenía

Con todo, espero poder demostrar cómo las innovaciones introducidas en la Ciudad de México durante el porfiriato, determinaron que la dinámica capitalina se volviera más cambiante y vertiginosa, donde la luz, en especial, resultará uno de sus emblemas fácilmente identificable con la idea misma de la modernidad.

El desarrollo de estas hipótesis se presentarán desde un enfoque que recupere fundamentalmente la historia social del periodo, tocando de forma tangencial la vida política y económica del porfiriato que, si bien fueron fundamentales para impulsar el despegue de la industria eléctrica en el país, no son tan significativas para descubrir cómo modificó la vida de la población capitalina el alumbrado público y privado.

Así, se trazó el ritmo y el camino de la investigación de tal suerte que se abordara el impacto de la electrificación de lo general a lo particular. Después de presentar un breve bosquejo del escenario en el que se desarrolla el estudio —del dónde y el cuándo sucedió esta historia y que forma parte de esta introducción—, presentaré en el primer capítulo un panorama general de la ciudad y los cambios que enfrentó desde el punto de vista tecnológico y cultural, así como lo que implicó la llegada de la modernidad al espacio ciudadano

En el segundo, he tratado de recrear la vida de la Ciudad de México en las noches decimonónicas, tocando de paso algunos conceptos que sobre la moralidad, la decencia y la seguridad se tenían y su relación con la oscuridad. El tercero describirá las formas de alumbrado público que han existido en la capital, desde la iluminación lunar hasta la introducción de los primeros focos incandescentes, sin olvidar a las lámparas de gas o aceite y el papel que los

serenos desempeñaron. Asimismo, se rescatan algunas de las primeras impresiones que la electrificación provocó, los temores que generó y el choque que representó enfrentar lo viejo y la nuevo, lo conocido y la desconocido

En el capítulo cuarto, "Las fiestas", se hace un recorrido por la manera en que se celebró durante el porfiriato el 15 de septiembre y cómo se fue preparando el terreno para el gran festejo del Centenario de la Independencia. Descubriremos cómo la electricidad se convirtió en una alegoría del progreso que México iba logrando, de tal suerte que, para 1910, el brillo que emitía la capital por la magnitud de su alumbrado, simbolizaría el brillo todo del país y el de su presidente

Una vez que la electricidad se va extendiendo por toda la ciudad, encontraremos en el capítulo quinto las posibilidades a que dio lugar la iluminación artificial, manifiestas sobre todo en la invención de una vida nocturna casi inexistente hasta entonces y en la proliferación de teatros, restaurantes y almacenes que dieron un nuevo ritmo y ambiente a las noches finiseculares

En el sexto nos adentraremos al ámbito privado para conocer cómo funcionaban los hogares sin la presencia de la luz eléctrica y cómo ésta se fue entrometiendo en ellos alterando hábitos, costumbres y formas de vida nocturnas, adecuadas y adaptadas a un entorno oscuro o sombrío. Cómo surgió pues una nueva realidad en los espacios íntimos gracias a la electricidad, una estética diferente en su arreglo y veremos también cómo la iluminación alteró no sólo lo que se veía, sino también los olores, los sonidos y las sensaciones. A pesar de su intromisión en la vida privada, la electrificación de las casas particulares será aún reducida y elitista en el porfiriato en comparación con la explosión que tuvo en las vías públicas

La forma en que el alumbrado artificial va ganando terreno dentro de la capital lleva de la mano un cambio en la forma en que es concebido el entorno. En el capítulo séptimo, veremos cómo es que la percepción misma de la noche y la oscuridad, de lo prohibido y lo pecaminoso, del amor y la belleza, de lo

permitido y de la decencia se modifica, pero también cómo la propia electricidad es un símbolo del erotismo. En el siguiente apartado, encontraremos los temores que la nueva luz despertó entre la población al momento de su llegada: los postes, los cables, la corriente silenciosa que mata; el miedo natural a lo nuevo y lo desconocido, y cómo conforme se progresa en la extensión del alumbrado, esa desconfianza original se convierte en un temor mucho más profundo de perder lo que se ha logrado y que significaría volver a estados de salvajismo en una población que va asociando la luz con la civilidad

Finalmente, el último capítulo recoge los cambios culturales que la llegada de la luz eléctrica y en general de la modernidad motivaron: los usos y desusos, el lenguaje, las costumbres y el nuevo paisaje urbano. Experiencias todas que construyeron en apenas 30 años un escenario y una cotidianidad muy diferente a aquella que encontró Porfirio Díaz en 1877 y que alcanzaría en 1910 su máxima expresión.

EL ESCENARIO: ¿dónde y cuándo?

El espacio

La Ciudad de México, capital política de la República Mexicana, centro económico y social más importante del país, y escenario en el que se ubica la presente investigación, era al principio del porfiriato un espacio pequeño cuyo crecimiento y desarrollo, durante los treinta años que gobernó Porfirio Díaz, refleja y sintetiza los cambios que la nación sufrió en este periodo. Entonces, la ciudad casi duplicó su tamaño y población y se consolidó como paradigma de lo que el resto de las urbes importantes debían pretender.

Durante esta época, la capital dependía para su organización política de los designios del presidente tanto en la práctica como en la ley, pues:

buena parte de la evidencia disponible tiende a mostrar que el control del Ejecutivo federal sobre el ayuntamiento de México fue

lo suficientemente eficaz y oportuno como para hacer de la institución municipal una entidad disciplinada y relativamente poco problemática en el Porfiriato. La ley municipal de 1903⁶ — que hizo del ayuntamiento un órgano consultivo del presidente de la República y le retiró toda atribución de gobierno— en realidad coronó un proceso que se inició desde 1880, pero que adquirió un fuerte impulso a mediados de la década de 1890⁷

Este ayuntamiento, que era su órgano de gobierno desde el punto de vista formal, se reunía en cabildos en los que sesionaban los regidores y daban solución o seguimiento a los problemas que se iban presentando. El presidente del ayuntamiento era también primer regidor o alcalde primero y tenía por función presidir las juntas. Los regidores, por su parte, se reunían dos veces por semana en sesiones ordinarias o las ocasiones que fuera necesario en las extraordinarias y casi todos ellos pertenecían como responsables o suplentes a alguna de las comisiones que existían.⁸

Como parte de sus atribuciones, el ayuntamiento llevaba el control sobre varios ramos, como el de alumbrado público, y a él ingresaban lo mismo las solicitudes que las quejas o reclamos por un buen o mal servicio. Sin embargo, con la reforma mencionada de 1903, “... el ayuntamiento se convirtió exclusivamente en órgano consultivo del gobierno federal, y perdió todas sus atribuciones ejecutivas y fiscales sobre la capital. [Entonces], el alumbrado

⁶ “La ley de organización política y municipal del Distrito Federal fue decretada por el Congreso el 26 de marzo de 1903, y adquirió vigencia a partir del primero de julio del mismo año [.] El artículo 19 resulta clave para entender su trascendencia. Estipuló que los ayuntamientos del Distrito conservarían, en lo relativo a la administración municipal, solamente la “voz consultiva y [el] derecho de vigilancia, de iniciativa y de veto”. Pero todo aquello que se refiriese al “gobierno político y a la administración municipal del Distrito” pasaba a ser responsabilidad directa “del Ejecutivo de la Unión, por medio de tres funcionarios que dependerán de la Secretaría del Estado y Despacho de Gobernación”: el gobernador del Distrito, el presidente del Consejo Superior de Salubridad y el titular de la Dirección General de Obras Públicas” Ariel Rodríguez Kuri, *La experiencia olvidada. El ayuntamiento de México: política y gobierno, 1876-1912* México. UAM-Azcapotzalco-El Colegio de México 1996 p 73

⁷ *Ibid.*, p 14.

⁸ Había por ejemplo, las siguientes comisiones: Instrucción Pública, Aguas, Paseos, Policía, Alumbrado, Coches, Obras Públicas, etc Véase *Actas de Cabildo del Ayuntamiento Constitucional de México*, ed. El Municipio Libre. México. Imprenta de la Escuela Correccional 1893-1903

quedó a cargo de la Dirección General de Obras Públicas”.⁹ Evidentemente, aquellas decisiones de mayor envergadura —como los contratos o extensión del servicio eléctrico— se tenían que resolver con la anuencia del Ejecutivo.

Con el control total por parte de Díaz sobre la capital, ésta fue sufriendo una especie de simbiosis con el Ejecutivo, donde la imagen de la capital era la imagen de don Porfirio. Ella se fue constituyendo como un apéndice más de su persona, un órgano que debía funcionar a la perfección porque simbolizaba el éxito o fracaso de la política porfiriana, era el espejo que reflejaba los logros que el país iba alcanzando y si la capital lucía radiante, entonces también el presidente lo haría. Había pues que destinar grandes inversiones a mejorar la fisonomía y funcionamiento de ambos, a que su corazón, sus venas y sus arterias trabajaran de manera adecuada y casi sincronizadamente.

Es por ello que bajo su tutela se reorganizó de manera exitosa, quizá por primera vez en la historia del México independiente, el espacio ciudadano. Se establecieron sus límites y alcances y se designó una política urbanizadora ordenada que abarcó diferentes rubros entre los que se encontraban el saneamiento, la construcción de una red hidráulica, la extensión de los servicios de limpieza, agua y electricidad y el asfaltado de sus principales calles y avenidas.

La Municipalidad o Ciudad de México, junto con los distritos de Guadalupe Hidalgo, Tacubaya, Tlalpan y Xochimilco¹⁰, componían al Distrito

⁹ Rodríguez Kuri, *op cit*, p. 204

¹⁰ Desde el reglamento del 6 de marzo de 1862 quedaron establecidos los límites y la división del Distrito Federal. “Además, el 17 de diciembre de 1898 se precisaron los límites [] con el estado de México y el estado de Morelos. Al año siguiente se decretó que el Distrito Federal estaría conformado por la municipalidad de México y cuatro distritos: Guadalupe Hidalgo, Tacubaya, Tlalpan y Xochimilco”. Por su parte, la confusión entre D. F. y Ciudad de México se origina a partir del 10 de diciembre de 1970, fecha de la publicación en el Diario Oficial de la Federación de una nueva ley orgánica del DF que señalaba que este territorio y la Ciudad de México se identificaban, por lo que estipulaba se “...consigne que son iguales los límites de la Ciudad de México y los del Distrito Federal”. Regina Hernández Franyuti, “La conjunción territorial de la Ciudad de México y el Distrito Federal”, *Universidad de México. Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México*. México: UNAM, mayo 1999, núm. 580, p. 6

Federal, mismo que, como el resto de los estados del país, contaba con su propio gobernador¹¹

la definición del territorio de la municipalidad de México se fijó durante el régimen porfirista, cuando el control político y el desarrollo económico reclamaban espacios precisos y delimitados, lo que llevó a un ordenamiento jurídico administrativo tanto del Distrito Federal como de la municipalidad de México. Así, el 16 de septiembre de 1898 se establecieron los límites de la municipalidad de México. Al norte, el río Consulado; al oriente, el canal de San Lázaro hasta el canal de la Magdalena; al sur, el río de la Piedad; y al poniente Chapultepec y el río de los Morales.¹²

A pesar de lo específico que pudiera parecer el establecer las fronteras de la capital, en sentido práctico su definición no lo era tanto. Por ejemplo, cuando en 1899 se refieren los límites de la municipalidad de México, los señalamientos se expresan de la siguiente manera:

Por el norte, a partir del eje de la compuerta que sirve para regularizar la comunicación entre las aguas del río del Consulado y la cuneta [...] prosigue, también en línea recta, por el mismo rumbo, pasando por el centro de la mojonera llamada Pantitlán, hasta encontrar el pie del talud sur de la cuneta norte del camino [...] variar a la derecha sobre el ancón en que termina la fachada, a encontrar el ángulo en que comienza la barda.¹³

Es, como se deja ver fácilmente, una descripción muy elemental del territorio que abarcaba la capital y que denota de alguna manera lo difícil que resultaba aun delimitar un espacio físico sin los recursos que la modernidad ofrecería,

¹¹ “El Distrito Federal, como residencia de los Supremos Poderes de la Federación, depende en su régimen político y administrativo del Ejecutivo Federal, o sea del Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, quien tienen delegadas sus facultades en un funcionario público que se denomina *Gobernador del Distrito Federal* [...] El Gobernador atiende a la Policía de seguridad y auxilia a los ayuntamientos en el ejercicio de sus atribuciones municipales” Antonio García Cubas *Geografía e historia del Distrito Federal*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora 1993 (Edición Facsimilar de la de 1894)

¹² Hernández Franyuti, *op cit* p 6

¹³ Ley de Organización Política y Municipal del Distrito Federal, en *Memoria y encuentros. La Ciudad de México y el Distrito Federal (1824-1928)*, comp Hira de Gortari Rabiela y Regina Hernández Franyuti, México Departamento del Distrito Federal, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora. 1988, tomo I, p. 155

pero que también remite a una práctica casi familiar para identificar los espacios basándose en el conocimiento y ubicación populares de los mismos

Seguramente estas formas se seguirían utilizando entre el común de la población y se continuarían adaptando al constante crecimiento de la capital que, como hemos dicho, duplicó su tamaño en una tendencia continua durante el periodo hasta llegar a alcanzar, hacia el final del porfiriato, los siguientes límites:

Hacia 1910 el crecimiento de la ciudad se había dirigido hacia: el suroeste y oeste hasta invadir los municipios de Tacuba y Tacubaya; hacia el norte quedando la ciudad unida (no de manera homogénea) a los municipios de Atzacapotzalco y Guadalupe Hidalgo; hacia el sur generando un espacio de colonias para grupos de altos ingresos, y en donde ya no se continuó la traza reticular¹⁴

Dentro de estos límites, Antonio García Cubas refiere hacia finales de siglo, que la capital comprendía 554 manzanas que formaban 950 calles, 15 plazas, 66 plazuelas y el gran parque central de la Alameda. A su vez, este espacio se encontraba dividido en ocho cuarteles mayores, cuatro al norte y cuatro al sur, correspondiendo a los primeros los números nones y a los segundos los pares.¹⁵

Desde 1886 había entrado en vigor la nueva división administrativa de la ciudad que respetaba ocho cuarteles mayores, pero dividiendo éstos a su vez en 32 menores dado el rápido crecimiento de la ciudad en sus calles y colonias:

¹⁴ Ma Concepción Huarte I, "La política de urbanización de nuevas áreas habitacionales en el porfiriato (1900-1910)" en *Fuentes*, México p. 55

¹⁵ García Cubas, *op cit*, p. 22 Esta información de 1892, contrasta con la que ofrece Daniel Cosío Villegas sobre la composición del espacio urbano hacia 1875 cuando afirma que: "componen el espacio urbano treinta y cinco edificios públicos, siete hospitales, cinco mercados, ocho panteones, cien iglesias, 3 266 casas particulares. 2 345 de vecindad, veintiún hoteles, treinta y cinco mesones, seis teatros, diecinueve jardines, y 168 entre corrales deshabitados y plazas de toros y gallos. El número de manzanas es de 245, el de calles 330 y el de callejones 130. Se divide la ciudad en ocho cuarteles mayores y treinta y dos menores; también en barrios céntricos de gente acomodada y en arrabales, donde la mayoría del vecindario vive miserablemente". Daniel Cosío Villegas. "La República Restaurada", en Daniel Cosío Villegas, *Historia Moderna de México*, tomo, III, p. 100. Al hablar de las manzanas en específico, si los datos proporcionados por uno y por otro son ciertos, significaría que la ciudad casi se duplicó entre 1875 y 1890, que puede ser real atendiendo también al crecimiento demográfico de la misma

... entre 1856 y 1910 el área construida de la ciudad pasó de 8.5 kilómetros cuadrados a 40.5 [...] y el número de colonias¹⁶ establecidas en la municipalidad de México, para el periodo 1858-1910, probablemente rebasó las 35 [...]

El número de construcciones en la Ciudad de México, categoría que en general abarca los edificios de uno a cuatro pisos y las llamadas “chozas y jacales”, pasó de 7 524 en 1882 a 9 608 en 1890; hacia 1900 la ciudad contaba con 15 042 edificios construidos, mientras que en el censo de 1910 registraba un total de 20 239. En 28 años la ciudad casi triplicó el número de construcciones¹⁷

En general se advierte un crecimiento sostenido de la ciudad, tanto en términos espaciales como demográficos y de infraestructura, revelador de la importancia que tenía y que fue consolidando la capital política de México. Este crecimiento se mostró de manera más precisa hacia la primera década del siglo XX y tenía las siguientes características: hacia el noroeste las colonias Santa María y Guerrero, Morelos, La Bolsa, Díaz de León, Rastro, Maza y Valle Gómez albergaban a trabajadores proletarios y a algunos artesanos. Hacia el oeste se desarrollaron la San Rafael y la Limantour, dirigidas a una creciente clase media urbana. Finalmente en el sudoeste se encontraría la zona selecta de la capital con las colonias Juárez, Cuauhtémoc, Roma y Condesa conectadas a la parte central de la ciudad por el Paseo de la Reforma y Avenida Juárez, así como por San Francisco¹⁸

Por su parte, los nombres con los que cotidianamente se conocía a las calles de la ciudad, sufrieron cambios inspirados por la modernidad que iba permeando todas las esferas de la vida pública y privada, por ello:

¹⁶ El término colonia responde, precisamente a la idea de colonizar terrenos baldíos

¹⁷ Rodríguez Kuri, *op cit* pp 92 y 99.

¹⁸ “The *Centenario* could be seen as the final touch in the demarcation of the ideal city conceived by the Porfirian elite. This ideal encompassed the Zocalo and its surroundings, ran west to the Alameda and then along the Paseo de la Reforma as far as Chapultepec. On the south side of Reforma, the ideal city ended at the Río de la Piedad, and that border went from there to Niño Perdido and back to downtown. On the north side, the limit blurred into haciendas and countryside (especially Anzures and Los Morales)” Mauricio Tenorio Trillo, “1910 Mexico City: Space and nation in the city of the Centenario”, *Journal of American Studies* 28. London: The Cambridge University Press, 1996 pp 75-104

Un aire de inquietud y malestar atravesó el año de 1891. Se habían colocado las nuevas placas de las calles y los números de las casas de una nomenclatura numérica. Para la "política científica", la identidad domiciliaria era la esencia del orden; una ciudad sin traza equivalía al atraso y al peligro de la revuelta en el anonimato de sus calles [. . .] Una mañana las placas de las calles con nombres coloniales empezaron a llamarse Norte, Sur, Poniente, Oriente. Resultó un fracaso, el caos dominó las calles, en esos días todos ignoraron dónde vivían. Al cabo de un tiempo, en 1893, el rechazo cotidiano logró que se restituyera la antigua nomenclatura. La gente de la ciudad volvió al pasado, "único bastión frente al horror de la nada" materializado en la nueva nomenclatura o, si se quiere, en el abismo del futuro.¹⁹

Era el rechazo a lo nuevo y lo desconocido, a la incertidumbre que generaba el no saber a pie juntillas en qué espacio se movía la gente y, en última instancia, el temor de perderse y perder así su propia esencia. Era también la necesidad de la población de recuperar y conservar su memoria histórica, manifiesta a través de los nombres de las calles que muchas veces eran una verdadera evocación de lo que ellas encerraban, y una rebeldía ante la forzada modernidad científica. Era el sentimiento de pérdida que puede significar el cambio y la imposición de la novedad y de ahí su fracaso, pues la gente se aferró, hasta donde le fue posible, a lo conocido.

Y es que al menos en el punto de la nomenclatura, la modernidad no se impondría en la capital y volverían los nombres tradicionales de las calles, mismos que muchas veces cambiaban de una acera a otra como es el caso, por ejemplo, de la calle de lo que hoy es Madero y que en 1893 tenía los nombres de Plateros y San Francisco en una extensión de apenas seis cuadras, o la actual 16 de Septiembre, que llevaba los nombres de Tlapaleros, Refugio y Coliseo Viejo en la misma distancia. Entonces, si de verdad se quería modernizar a la capital, era necesario encontrar una estrategia que permitiera

¹⁹Manuel Gutiérrez Nájera, sel y prol de Rafael Pérez Gay, México, Cal y Arena. 1996, p. XXII (Los imprescindibles)

conservar muchos de los nombres tradicionales de las calles, al tiempo que hiciera más práctica su ubicación

Esta circunstancia motivó que hacia 1906, Mariano Téllez Pizarro presentara un nuevo proyecto de nomenclatura²⁰, según el cual se suprimirían, simplificarían o sustituirían los nombres de algunas calles, mientras otros más se integrarían.²¹ Se designaban como avenidas a las 14 líneas de mayor tráfico o anchura, mismas que comprendían 115 calles con un solo nombre desde su inicio hasta el fin y presentaba la manera en que se numerarían y denominarían las calles y casas. El ayuntamiento absorbería el costo de las placas y los números fijados mientras que los propietarios de las fincas deberían asumir la responsabilidad de cuidarlos. Según este proyecto, los cambios realizados tendrían que estar listos para las fiestas del Centenario, evento en el cual toda la ciudad se presentaría como un bello espacio urbanizado y moderno.

Por lo que respecta a la población que habitaba en la capital, ésta había crecido a un paso vertiginoso durante el periodo, simbolizando quizá también, de esta manera, el vértigo de cambio tan profuso que experimentó el porfiriato en todos sus niveles. Sumado a lo anterior, no debemos soslayar el hecho de que una de las características de esta época, y no sólo en México, fueron las grandes migraciones del ámbito rural al urbano, siendo la capital del país uno de los mayores polos de atracción.

Con todas las reservas que las cifras porfirianas nos ofrecen, la población de la Ciudad de México, a la cual parece haber afectado la introducción de todas las innovaciones que se impulsaron durante estos años era de 241 mil habitantes hacia 1880, en el inicio de esta historia; de 290 mil en 1885, de 324 mil en 1890, de 360 mil en 1900 y, según el censo de 1910, de 471 066

²⁰*Proyecto de una nomenclatura nominal para la ciudad de México*. México: Biblioteca La Gaceta, 1906. *Apud.* en *Memoria y encuentros, op cit*, tomo II p. 119

²¹ A las colonias San Rafael, Juárez y Roma, el ayuntamiento no les sancionaría aún los nombres de sus calles por ser reciente su fundación por lo que no se les consideraba en dicho proyecto

personas, de los cuales 218 774 eran hombres y 252 292 mujeres.²² Es decir que casi se duplicó la población capitalina en los treinta años de paz y estabilidad porfiriana.

Este es pues el universo en el que se desarrollará nuestra investigación y ellos son los actores y testigos de los muchos cambios que sufrió la ciudad. Veamos ahora el momento histórico en el que se desarrollan

El tiempo

La investigación se refiere a la electrificación de la Ciudad de México y se ubica entre los años 1877 y 1911. Es claro que comprende la época que gobernó Porfirio Díaz²³ al país y esto demanda una explicación, ya que resulta extraño el circunscribir un trabajo sobre la introducción de una innovación tecnológica y su impacto entre la población a un periodo de gobierno, y más si, como hemos dicho, no se trata de una historia política²⁴ Sin embargo, para el caso de la electrificación y más concretamente para su utilización en el alumbrado público en la Ciudad de México, sería casi imposible deslindar este proceso de la presencia de Díaz en la silla presidencial, ya que bajo su tutela es que se dio todo el impulso para la modernización. Casualmente, fue en 1880 cuando aparecieron noticias sobre los primeros ensayos con alumbrado eléctrico en algunos países del mundo —incluido México— y fue en 1910 cuando se alcanzó la máxima generación en el nuestro tras la construcción de la presa de

²²Estos datos están tomados de diferentes fuentes y censos que recogen las obras *Memorias y encuentros*, *op cit* t III, pp 267-294 y Ariel Rodríguez Kuri, *op cit* p 276-286. Sin embargo, como advierte Rodríguez Kuri, hay ciertas incoherencias entre los datos que ofrecen algunas fuentes de la época, e incluso entre éstas y proyecciones que se han hecho al respecto más recientemente, poniendo en duda la veracidad de las cifras. El autor elabora incluso dos ejercicios de estimación demográfica considerando las diferencias: en uno se considera que entre 1882 y 1910 hubo un incremento poblacional del 148.8%, mientras que en otro tan solo se registra un aumento del 62.3%. Evidentemente, la población del Distrito Federal era mayor pues abarcaba a la de todas las municipalidades reunidas; así por ejemplo, en 1880 el total era de 344 964, en 1885 de 400 693, en 1895 de 491 112, y para 1910 alcanzaba ya los 619 696 habitantes.

²³ Por razones prácticas, incluimos el periodo presidencial de Manuel González como parte del porfiriato.

²⁴ Podría resultar tan absurdo como pretender encajonar el ingreso del país a la era cibernética con un sexenio y un presidente en particular.

Necaxa²⁵ Fue tal su desarrollo, que se afirmó entonces que la capital de la República era la ciudad mejor abastecida del planeta lo que al parecer era cierto.²⁶

Porfirio Díaz llegó al Ejecutivo en 1877 y, salvo una breve receso durante el cuatrienio 1880-1884 en el que gobernó Manuel González, se mantuvo en la silla presidencial —cubriendo todos los reparos legales— hasta 1911 cuando la Revolución Mexicana lo derrocó y exilió del país. Forma parte de una generación de latinoamericanos que accedieron al poder hacia el final del siglo XIX —en medio de gobiernos caóticos y de fracasos recurrentes en los ámbitos económico y político—, que entendieron rápidamente que podían mantenerse al frente de sus países imponiendo políticas semi-dictatoriales, adquiriendo préstamos del exterior, favoreciendo las inversiones extranjeras, promoviendo el desarrollo interno e integrando —y entregando— a sus naciones a una economía internacional en expansión.

México, en especial, llegaba al porfiriato con una triste y desafortunada experiencia independiente que contar, saturada de guerras civiles, inestabilidad política, invasiones e intervenciones, todas ellas acompañadas del permanente fantasma de la bancarrota. Llegaba pues, con una población cansada y temerosa de tanta incertidumbre y seguramente ávida de vivir en paz, factores, ambos, que contribuirían a la permanencia de don Porfirio en el Ejecutivo.

²⁵ La construcción de la planta hidroeléctrica de Necaxa fue la obra que más llamó la atención y que más trascendencia tuvo para la capital. Fue la más grande de toda Latinoamérica y era propiedad de la Compañía Mexicana de Luz y Fuerza Motriz (o Mexican Light and Power Co.), que con un costo de 17 millones de dólares, tenía el poder para suministrar 60 mil caballos de fuerza a su máxima capacidad. En su periodo de construcción —iniciado en el verano de 1903— la empresa empleó a cerca de diez mil trabajadores —de los cuales únicamente 50 eran extranjeros— lo que habla de la magnitud e importancia de la obra. Para construir la planta se transportaron 35 mil toneladas de maquinaria, se construyeron 50 kms de carreteras y ferrocarriles y se inundaron varios pueblos y rancherías que desaparecieron bajo el agua. Véase *El Imparcial*, 4 de marzo de 1907 y Ernesto Galarza, *La industria eléctrica en México* México, FCE, 1941, p. 27.

²⁶ Hacia 1900, cuando la extensión eléctrica estaba muy lejos aún de lo que sería en 1910, Rafael Arizpe afirmó: "Son pocas las ciudades de importancia, especialmente en Europa, que cuentan con un alumbrado público tan rico y tan uniforme como el que tiene México."

Anhelado durante décadas por los gobiernos que le antecedieron, Díaz estableció como punto de partida para el crecimiento una sólida estabilidad política. La consigna porfiriana sería la de “orden y progreso” y con ella trabajaría de la mano durante sus seis periodos presidenciales. Con el control de su parte, se propuso entonces estimular las inversiones nacionales y extranjeras en rubros estratégicos para alcanzar la modernización del país en su conjunto.²⁷

Contrastando con los gobiernos que le antecedieron, fue tan prolongada la estancia de Porfirio Díaz en el poder que los proyectos temporales se fueron convirtiendo, todos, en planes a largo plazo, lo que permitía iniciarlos y concluirlos. Esto se tradujo en la consolidación de grandes obras y empresas.²⁸

Cobijado por la legalidad, que modificaba astutamente a su conveniencia, Díaz impulsó el crecimiento y modernización y apoyó la electrificación como una herramienta indispensable para generar el desarrollo de otros sectores productivos. Finalmente, sería imposible encender los motores que generarían el cambio sin una energía que los moviera, por lo que detrás de todos los progresos, se insertaba como prioridad electrificar al país.²⁹

Para llevar a cabo sus planes de desarrollo, la política económica se basó en tres puntos estratégicos:

²⁷ De acuerdo con José Luis Ceceña, “El carácter capitalista del desarrollo registrado por México en esa época se manifestó en diversas formas: en el uso de la sociedad anónima como forma fundamental de la organización de las empresas en todos los ramos importantes de la economía (con excepción de la agricultura); en el desarrollo de instituciones modernas de crédito, como los Bancos de emisión, hipotecarios y de financiamiento comercial, minero, industrias y agrícola; y finalmente, en la formación de fuertes grupos monopolistas que controlaron la actividad económica del país.” José Luis Ceceña. *México en la órbita imperial, las empresas transnacionales*, México, El Caballito, 1973, p. 51

²⁸ Mientras la población creció entre 1880 y 1910 con una tasa anual de 1.4 por ciento, la correspondiente tasa del producto nacional bruto fue aproximadamente de 2.7 por ciento, de acuerdo con las mejores estimaciones de que se dispone. Véase Roger D. Hansen, *La política del desarrollo mexicano*, México, Siglo XXI, 1979, p. 22

²⁹ El apoyo brindado entonces al desarrollo de infraestructura fue algo inusitado en la historia nacional: “mientras que la industria apenas representaba el 7 por ciento del capital conjunto de “las 170” [empresas más importantes de la época], ‘la infraestructura’ (ferrocarriles y electricidad) absorbían el 46.9 por ciento, las actividades extractivas (minería y petróleo) el 22.9 por ciento, y los servicios bancarios y comerciales el 18.9 por ciento” Ceceña *op. cit.*, p. 53

Primero, el gobierno porfiriano continuó la campaña liberal para transferir los recursos de manos comunales y públicas a privadas; segundo, el régimen completó esta política con concesiones y, cuando era absolutamente inevitable, subsidios para promover la inversión privada en proyectos de desarrollo; tercero, el gobierno modernizó los anticuados códigos legales del país a fin de otorgar la protección necesaria para los empresarios tanto nacionales como extranjeros.³⁰

Al poner estos puntos en práctica, Díaz lograría que México ingresara a un mercado internacional. Lo haría, sin embargo, como proveedor de materia prima y también como consumidor de los productos elaborados, asumiendo desde entonces un papel pasivo o secundario en el concierto de la economía mundial, rol que conservaría durante todo el porfiriato.

Pero aún dentro de esta dependencia, el presidente sabía que nuestro país era vecino de una de las naciones más fuertes del mundo, con la cual había que aliarse, pero de la que también había que protegerse, y así lo hizo, estimulando las inversiones extranjeras en México, tratando de que ningún país tuviera mayor injerencia que otro y vigilando que hubiera un equilibrio entre ellos. A pesar de esta intención, las inversiones estadounidenses fueron superiores a todas aquellas provenientes de los países de Europa.³¹

Por su parte, la demanda de materia prima en el exterior generó e impulsó el despegue de la explotación ganadera y agrícola así como la necesidad de mayores extensiones para su crecimiento. Esto sería una lápida para los indígenas y pequeños propietarios a quienes la Ley Lerdo³² les había

³⁰ John Coatsworth, "El estado y el sector externo en México, 1800-1910", en *Secuencia Revista Americana de Ciencias Sociales*, México, Instituto Mora, mayo/agosto 1985, núm. 2, p. 50

³¹ "La participación conjunta del capital británico, francés, alemán y las de menor importancia de origen holandés y de otras procedencias, era ligeramente menor a la de los Estados Unidos. Esto no obstante, el capital europeo ejercía cierta acción de contrapeso a la influencia norteamericana en la economía del país." Véase Ceceña, *op. cit.*, pp. 49-101.

³² Con la Ley Lerdo —o Ley de Desamortización de Fincas Rústicas y Urbanas Propiedad de las Corporaciones Civiles y Religiosas del 26 de junio de 1856— las tierras indígenas dejaron de ser comunales para convertirse en privadas y, con ello, entrar al juego de la oferta y la demanda en el mejor de los casos o en el de la venta forzada o presionada de las propiedades a quienes a la postre se convertirían en los grandes terratenientes

otorgado en propiedad las otrora tierras ejidales abriendo con ello la posibilidad de hacerlas enajenables. Las circunstancias obligaron a casi todos a vender y no sólo eso, les forzó a sumarse al amplio grupo de peones y trabajadores acasillados que laboraban en condiciones infrahumanas en las grandes fincas y haciendas. El país pasó de tener una economía casi de autoconsumo, a una de explotación mayor de las tierras y los recursos –y también de los trabajadores prácticamente esclavizados– para la generación de un comercio nacional e internacional importante.³³ La forma de vida de quienes vivían de sus propios recursos cambiaría drásticamente.

Díaz impulsó también reformas sociales encaminadas a dar mayores garantías a la sociedad y a modernizar en lo posible los resquicios del México colonial e indígena. Sus acciones favorecerían, sin que esa fuera su intención primera, un cambio en la mentalidad de la población de aquella época. Pobres y ricos, ciudadanos o pueblerinos, los mexicanos experimentaron cambios en su vida cotidiana tan fuertes, que debieron impactar forzosamente su forma de ver, entender y comportarse ante las nuevas condiciones.

Y no podría ser de otra manera, la sociedad, las clases altas en especial, empezaron a actuar, a vestir, a vivir y hasta a hablar de una manera afrancesada.³⁴ Algunos indígenas, por su parte, tuvieron que quitarse el calzón blanco y utilizar en adelante el pantalón largo.³⁵ Todos debieron aceptar la supremacía del registro civil sobre la iglesia para efectos de consignar los nacimientos, matrimonios y defunciones, en un mundo que ponía por encima de la autoridad religiosa a la civil.

³³ Como apoyo a estas transacciones, se suprimirían las alcabalas en 1896.

³⁴ Si bien la intervención francesa trajo a México las costumbres y modas de ese país sería durante el porfiriato cuando esta influencia alcanzará su máxima expresión. Es significativo sin duda, que la nación contra la que enfrentamos la Guerra de los Pasteles y que invadió e intervino el territorio nacional entre 1862 y 1867, se convirtiera en paradigma cultural a seguir por los mexicanos, olvidando agravios tan recientes en su historia.

³⁵ “El afán europeizante de la época llevó a varias autoridades, sobre todo de la región central, a hacer obligatorio el uso del pantalón” Moisés González Navarro “El Porfiriato”, en Cosío Villegas, *op cit.*, tomo IV, p. 395

La clases acomodadas tendrían más tiempo y mejores oportunidades para ilustrarse en un entorno en el que se dio mayor peso a la cultura. En los últimos años del siglo XIX los tirajes de los periódicos aumentaron de manera sistemática y se dirigieron, de manera creciente y en la medida de lo posible, a un público más amplio. La prensa consolidó su papel como uno de los principales medios propagandísticos del poder y fue el medio por excelencia de comunicación, la vía para transmitir y dar a conocer las noticias, aunque también fue utilizada intensamente como forma de expresión de quienes encontraban en los diarios un lugar para quejarse o alabar una medida, para presentar sus inconformidades y también sus solicitudes al gobierno, para anunciar, comerciar y politizar. El más importante fue *El Imparcial*, periódico fundado en 1896 de corte liberal positivista –y también porfirista–, y que fue uno de los diarios que más dominaron el quehacer editorial del periodo.³⁶

Pero a pesar de los grandes tirajes de algunos periódicos y del esfuerzo educativo que impulsaron personalidades de la talla de Justo Sierra, en el México porfiriano los índices de analfabetismo se mantuvieron en estándares realmente altos, tanto, que hacia finales del siglo XIX abarcaban al 84% de la población a nivel nacional y el 62% en la capital.³⁷

Por lo que respecta al crecimiento urbano, la pujante industrialización del periodo provocó que se elevara la demanda de obreros y su concentración en los principales polos de desarrollo, siendo sorprendente el crecimiento de las algunas ciudades del país como la de México, Guadalajara, Monterrey y Mérida.

Para la elite porfirista, era evidente que la población de las ciudades debía ser educada de manera diferente a la tradicional; había que cambiar sus costumbres, mejorar los servicios de las ciudades, ofrecerle mejores condiciones

³⁶ *El Imparcial* sería el primer periódico en alcanzar tirajes de cerca de cien mil ejemplares de ocho páginas en promedio, gracias a la incorporación de maquinaria moderna linotipos y grandes rotativas y a sus métodos de trabajo que seguían el modelo norteamericano del manejo sensacionalista de la noticia. Ángel de Campo *La semana alegre Tick-tack*. introd y recop Miguel Ángel Castro México, UNAM 1991, p 31

de vida y, fundamentalmente, hacer que todo se viera bien, aunque fuera sólo una capa de maquillaje, pero era importante que las cosas, además de funcionar, parecieran funcionar, no importaba que por dentro algunos de sus miembros se fueran gangrenando. Es por ello que en estos años la Ciudad de México en particular, —escenario de esta historia— experimentó una remodelación que implicó, entre otras muchas cosas, la construcción de los sistemas de desagüe y drenaje y mejores condiciones sanitarias en los mercados y rastros, en los hospitales y cementerios. También, por supuesto, la formación de toda una legislación pertinente así como de los comités adecuados para dar seguimiento y supervisión a las tareas. Se trataba de arreglar problemas seculares de una ciudad que presentaba calles inmundas y anegadas, atarjeas infectas, carestía de agua potable, insalubridad y alimentos contaminados, con las consecuencias lógicas en los índices de morbilidad y mortandad de la población.

Un avance importante en este sentido fue la promulgación, el 15 de julio de 1891, del Código Sanitario que tuvo control sobre estos aspectos y que se fue modificando en años posteriores para hacerlo más efectivo y eficiente. No obstante, la población se mantuvo renuente a obedecer y debió ser incluso obligada a cubrir ciertos requerimientos. Por ejemplo, en lo que se refiere a la vacunación, las autoridades debieron exigir el cumplimiento de este requisito so pena de no dejar entrar a los niños a sus escuelas sin su respectiva constancia. También se procedió a bañar a todas las personas que llegaban a las comisarías y se emitió una legislación para inocular la vacuna antirrábica ³⁸

³⁷ González Navarro, *op cit*, t IV, p XIX. De nuevo, hay que tomar estas cifras con todas las salvedades y debilidades de las estadísticas porfirianas.

³⁸ “La ignorancia, la variabilidad del clima y, principalmente la escasez de agua, hacía que la costumbre de bañarse fuera un privilegio de las clases acomodadas. Los treinta baños públicos que había en 1901 en la Ciudad de México apenas daban una proporción de uno por cada 12 ó 15 000 habitantes. Los pobres eran sucios y se embriagaban; los ricos eran más limpios y se embriagaban menos, pero ni unos ni otros atendían a su cultura física, y mucho menos las mujeres.” En 1905 los baños públicos gratuitos de la Lagunilla fueron cerrados por falta de gente que los aprovechara. *Ibid.* tomo IV, p. 90

Como parte de la modernización, nuevas colonias se inauguraron en algunas ciudades de todo el país con los últimos recursos en materia urbanística, tales como drenaje, asfalto, sistemas hidráulicos y electrificación. Desde luego, la Ciudad de México fue la que recibiría mayores inversiones y en la que se notaría más este desarrollo; ahí, la arquitectura porfiriana llevaría como referencia obligada a aquella que se usaba en París. Si bien nunca faltaron los indigentes y las zonas marginales, la ciudad creció y las nuevas colonias dieron una imagen de bonanza a la capital inimaginable hacía unos cuantos años y cuya máxima expresión se daría en 1910 cuando se adornó para celebrar las fiestas del Centenario de la Independencia. Entonces, la capital fue el escenario de lo que se convirtió en una verdadera explosión de luz –eléctrica–, de inauguraciones de monumentos, de edificios y hasta de palacios que daban fe de los grandes progresos del país y a cuyo festejo fueron invitadas personalidades de todo el mundo.

Pero la llegada de la modernidad fue mucho más que la construcción de inmuebles o la instalación de las novedades tecnológicas, ella tendría otros alcances igual de importantes como modificar la forma de trabajar al lograr su industrialización e incluso su automatización; también logró que algunas mujeres se sumaran a la fuerza de trabajo y a los ámbitos laborales tradicionalmente masculinos. En 1887, en pleno porfiriato y en franco proceso de modernización, se dio uno de los más grandes signos de progreso al recibirse la primera mujer médico del país. Nuevas profesiones se sumaron a las ya existentes, y aparecieron los telegrafistas, las telefonistas, los ferrocarrileros y los electricistas, entre otros.

Y es que lo realmente significativo, como sostenemos en este trabajo, es que si bien durante el porfiriato la ciudad y el país en general se modernizaron, detrás de ese proceso hubo uno mucho más profundo e inconsciente que fue la adaptación mental a las nuevas condiciones de vida y de trabajo. Es cierto que no todos disfrutaron de los beneficios, pero a todos afectarían los signos de la

modernidad y en todos, por cierto, se generaría un cambio en la manera de percibir el entorno.

En este proceso, la electricidad —que se rebelaba en el mundo como una fuente de energía inimaginable hasta entonces—, dio otro escenario a la capital, siendo en ella donde mayores alcances lograría. Sólo para darnos una idea del impacto de esta modernización y de la jerarquía que tuvo la Ciudad de México en ese proceso, vale decir que, de los 837 89 kw instalados en el país en 1890, 681 70 correspondían a la zona centro, es decir el 81 31% del total, y, de ellos, un gran porcentaje se consumía en la ciudad³⁹ Para 1910, la capital contaba con el abasto de la planta hidroeléctrica de Necaxa, que como hemos dicho, presumía de ser la más grande del mundo, lo que le daba un potencial energético inusitado.

Y el tema de la electrificación de la ciudad es uno de los rubros en los que el porfirato triunfó, en lo que conforma la parte constructiva de la historia de este periodo, de aquella que implicó desarrollo y crecimiento para el país, lujos y comodidades, triunfo y esplendor, y que también merece ser contada pues forma parte del pasado.

Es un periodo de nuestra historia en el que hubo grandes inversiones, tecnología de vanguardia, construcción de infraestructura, crecimiento y modernización de las ciudades, mejoras en la calidad de vida de algunos mexicanos, extensión de los servicios públicos y, en fin, una serie de beneficios que no podemos ignorar o soslayar. La electrificación fue un ramo estratégico dentro de la política de desarrollo porfirista, que en su aplicación al alumbrado público ayudó a construir una realidad y una cotidianidad muy diferente a la que existía sin ella como veremos a continuación.

En una imagen retrospectiva y a la luz de los años, debemos reconocer que si bien es cierto que en el porfirato se recrudecieron los problemas sociales

³⁹ Véase: Rafael Arizpe. *El alumbrado público en la ciudad de México*, tip y lit 'La Europea'. México, 1900.

de injusticia y desigualdad, no podemos desconocer que éstos eran ya añejos en México, como lo era también la bancarrota completa de los diversos gobiernos que le precedieron, las constantes sublevaciones militares, las guerras civiles, las invasiones e intervenciones extranjeras, la pobreza de la población y, en general, el ambiente de incertidumbre, inseguridad e inestabilidad que reinaba en el país. Es decir, que algunos de los males que se le imputan al gobierno de Porfirio Díaz no tuvieron su origen con su llegada a la presidencia, algunos empeoraron tal vez, pero otros vieron el fin durante su larga estancia en el Ejecutivo.

Entonces, lo realmente inédito fue el nivel de desarrollo alcanzado por México y que en algunos rubros colocó a la nación a la altura de las más avanzadas del mundo: con un sistema de comunicaciones privilegiado, con una industria que despegaba, con un equilibrio aceptable entre las importaciones y las exportaciones, con un crecimiento constante de las ciudades, con la transformación de una economía de autoconsumo por otra mercantilista, con la creación de una legislación favorecedora del desarrollo, con la supresión de las alcabalas, con la reorganización del sistema bancario nacional y, finalmente, con uno de los grandes éxitos porfiristas al superar al fin, en 1896, la eterna bancarrota en la que había vivido el país desde su independencia, 75 años antes.

El costo de todo este progreso ha sido muy discutido y forma parte de la leyenda negra que pesa sobre la figura de Porfirio Díaz y su larga estancia al frente del gobierno, pues la injusticia y desequilibrio generado darían como resultado una nueva revolución —la primera gran revolución social del siglo XX— que robaría aún más vidas al país y le sumergirían en otra etapa de guerra civil y crisis política muy cara para la nación.

Pero aún las grandes y publicitadas dosis de verdad y crueldad de esta parte de nuestra historia, matizan pero no borran la labor porfiriana que los

mexicanos de muchas generaciones posteriores a él debemos aún reconocer, pues como afirmó Justo Sierra:

Si comparamos la situación de México precisamente en el instante en que se abrió el paréntesis de su evolución política y el momento actual, habrá que convenir, y en esto nos anticipamos con firme seguridad al fallo de nuestros pósteros, en que la transformación ha sido sorprendente. Sólo para los que hemos presenciado los sucesos y hemos sido testigos del cambio, tiene éste todo su valor: las páginas del gran libro que hoy cerramos lo demuestran copiosamente: era un ensueño —al que los más optimistas asignaban un siglo para pasar a la realidad—, una paz de diez a veinte años; la nuestra lleva largo un cuarto de siglo; era un ensueño cubrir al país con un sistema ferroviario que uniera los puertos y el centro con el interior y lo ligara con el mundo, que sirviera de surco infinito de fierro en donde arrojado como simiente el capital extraño, produjese mieses óptimas de riqueza propia; era un ensueño la aparición de una industria nacional en condiciones de crecimiento rápido, y todo se ha realizado, y todo se mueve, y todo está en marcha...⁴⁰

Sé que en la historia no existe el hubiera, pero como también sé que ella es, en gran medida, un ejercicio de imaginación, creo que es justo preguntarnos ¿qué hubiera pasado y qué sería de la historia del porfiriato si Díaz hubiera muerto en 1904 o 1906? Si, como escribió premonitoriamente Federico Gamboa el 1º de octubre de 1910 en su *Diario*, “... la muerte, comúnmente inoportuna, hubiese herido a este varón ejemplar cuando el mundo todo lo aplaud[ía]”⁴¹

No me cabe la menor duda que la historia se hubiera escrito de otra manera y en ella se ponderarían todos los logros alcanzados durante su gobierno. En esta historia, la electrificación, en particular, sería ampliamente reconocida. Más allá de la energía que movió literalmente, como hemos dicho, los motores que impulsaron el desarrollo, su aplicación para el alumbrado fue fundamental para generar una dinámica diferente en la Ciudad de México, una

⁴⁰ Justo Sierra, *Evolución política del pueblo Mexicano*, México, UNAM, 1977 p. 397 (*Obras Completas*, tomo XII)

⁴¹ Federico Gamboa, *Diario de Federico Gamboa, 1892-1939*, selección prólogo y notas de José Emilio Pacheco, México, Siglo XXI 1977 p. 171

que modificó hábitos seculares atados al ritmo de la naturaleza, dando lugar a una nueva vida nocturna en los espacios públicos y privados del porfiriato

Espacios a los que nos entrometeremos para rescatar cómo vivía la gente común y corriente que habitaba en ellos. No los protagonistas, no quienes han sido héroes o antihéroes de manera tradicional en nuestra historia solemne. Sino la vida de aquellos que representan el ser y el sentir de los mexicanos anónimos que vivieron la transición del siglo XIX al XX y fueron testigos de cómo se transformó su ciudad. De quienes tuvieron la oportunidad de observar los cambios y que debieron aceptar y asimilar las consecuencias del proceso de modernización que se impulsó.

Serán esos espacios y sus protagonistas anónimos, insisto, los que nos permitan comprender y entender un trozo de nuestra historia. Una en la que los nombres y las fechas son irrelevantes, mientras que las personas y su cultura son lo realmente significativo.

I. LA LUZ DE LA MODERNIDAD

Puede decirse que el reino de la electricidad comienza. Este fluido está llamado a venir a ayudarnos en todas las necesidades de la vida. Para todo se empleará en breve; para la cocina, para el comedor, para todas las piezas de la casa, en las bancas, en los despachos, en los teatros, en los comercios; para la medicina, para la cirugía, en los barcos, caminos de hierro, globos; en la tierra, en el mar y probablemente dentro de poco en la misma luna.

El Monitor Republicano,
20 de enero de 1882.

FAROL DE LA CALLE...

El 16 de septiembre de 1910, la Ciudad de México lucía a los ojos de propios y extraños como una de las urbes más resplandecientes del siglo que empezaba. *Resplandecía en sentido literal y metafórico: en el primer caso porque jamás se había visto a la capital metropolitana iluminada con tantos focos de luz eléctrica que arrancaban expresiones de sorpresa y júbilo entre quienes la admiraban; la gente disfrutaba observando las más de cien mil lámparas incandescentes que reproducían lo mismo la bandera nacional que la silueta de Porfirio Díaz o que resaltaban las torres de Catedral y los muros de Palacio Nacional. Resplandecía, además, porque Díaz había logrado hacer de México un país aparentemente próspero y moderno, digno de ocupar un lugar entre las naciones civilizadas y cultas del orbe; la capital era el símbolo de ese progreso, y las fiestas conmemorativas del centenario de la independencia la ocasión ideal para mostrarlo.*¹

¹ La celebración del Centenario de la Independencia de los Estados Unidos de América y de la Revolución Francesa, inspiraron desde el principio del porfiriato la idea de organizar una gran fiesta para conmemorar el aniversario de la independencia mexicana. Como parte del proyecto, en varias ocasiones se propuso la idea de realizar también una Exposición Universal, misma que nunca cristalizó al parecer por el costo de la misma. Tanto la Ciudad de México como Buenos Aires, en Argentina, pretendían

Mucho se había trabajado para ello. En los últimos 30 años la Ciudad de México había experimentado una metamorfosis importante en su apariencia física y encontraba en el nuevo alumbrado eléctrico una alegoría de ese avance, pues curiosamente tres décadas antes, justo el 15 de septiembre de 1880, se habían colocado en el jardín del Zócalo capitalino las primeras diez lámparas eléctricas. Esta evolución también se sentía en la mentalidad de sus cerca de quinientos mil habitantes, que fueron testigos, protagonistas y víctimas a la vez, de todo un proceso de modernización que implicó la reforma de calles y avenidas; la mejora de los sistemas hidráulicos, de los servicios de salubridad y de la legislación, y la construcción de diversas obras y monumentos que engalanaron a la capital, pero que significaron la destrucción de viejas formas de convivencia. Había sido necesario construir una nueva realidad dando al traste, en aras del progreso, con costumbres, tradiciones y hábitos. Por eso en un primer momento la gente se opone al cambio, amenaza de lo establecido. Una vez que se concreta, no sólo no lo rehuye sino que lo anhela, desea que vengan nuevas reformas. Este proceso es una de las características de la modernidad.²

En el siglo XIX las ciudades se convirtieron en protagonistas de la historia y en sinónimo de modernidad,³ lo mismo en la realidad que en la literatura. En ellas debía haber un movimiento constante. Ya no lo establecido, ya no lo conocido, la ciudad moderna debía encontrar una nueva dinámica donde lo único constante fuera el cambio.

Fue el periodo de despegue y crecimiento de las grandes urbes con una esencia cosmopolita, fueron ellas las que se convertirían en escenario de las novelas decimonónicas y en las protagonistas de las mismas. México no sería

entonces convertirse en el París de América Latina

² "Los hombres y las mujeres modernos deben aprender a anhelar el cambio: no solamente estar abiertos a cambios en su vida personal y social, sino pedirlos positivamente, buscarlos activamente y llevarlos a cabo. Deben aprender no a añorar nostálgicamente 'las relaciones estancadas y enmohecidas' del pasado real o imaginario, sino a deleitarse con la movilidad." Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, México, Siglo XXI, 1988, p. 90

³ "Rousseau es el primero en utilizar la palabra *moderniste* en el sentido en el que se usará en los siglos XIX y XX; y es la fuente de algunas de nuestras tradiciones modernas más vitales, desde la ensoñación nostálgica hasta la introspección psicoanalítica y la democracia participativa." *Ibid.*, p. 3

la excepción y sus escritores dejaron plasmadas sus impresiones en un buen número de novelas en las que descubrimos estas características.⁴ Si la Ciudad de México quería pasar por culta, era entonces necesario que toda ella lo pareciera

No se necesitaba ser muy observador para percibir el cambio; la ciudad mostraba un nuevo paisaje con construcciones que afirmaban de manera contundente la llegada de la modernidad, el triunfo del liberalismo (ahora sí) y la secularización de la sociedad. Las iglesias y los conventos —que sobrevivieron a la picota de la Reforma— se convertían en una mera referencia religiosa, mientras que nuevas fuerzas políticas y económicas nacían a la vida pública de la metrópoli.⁵ El esplendor pasó entonces a las construcciones laicas y civiles: las oficinas de gobierno, los bancos, las fábricas, las estaciones del ferrocarril y el desarrollo de nuevas colonias. Se construía una ciudad moderna.⁶

La parte central de la capital tuvo los mayores avances, en especial en lo que se refiere al arreglo de sus calles y a su iluminación; las primeras en contar con energía eléctrica fueron la Plaza Mayor y las calles que la circundan. Poco a poco, entre 1880 y 1910, se fue ampliando el perímetro del alumbrado, con cierta tendencia en la urbanización hacia el oeste y sudoeste de la ciudad, hasta topar en la intersección que formarían Río Consulado y Chapultepec con Paseo de la Reforma. Este crecimiento era, “parodiando al poeta que explica el crecimiento de ciertas ciudades hacia el Poniente, el

⁴ *Santa*, de Federico Gamboa; *Los fuereños*, de José I. de Cuellar; *La Rumba*, de Ángel de Campo; *Los piratas del boulevard*, de Heriberto Frías; *Claudio Oronoz*, de Rubén M. Campos, o *Los parientes ricos*, de Rafael Delgado, entre otras, ubican su trama en la Ciudad de México, haciendo de la urbe una parte importante de la historia.

⁵ “Se habría tratado, en el caso de la ciudad de México, de encontrar una manera de contrarrestar un pasado inmediato donde el espacio que estaba ocupado por los “monumentos” corporativos, que no acababan de ser enteramente públicos.” Ariel Rodríguez Kuri, *La experiencia olvidada. El Ayuntamiento de México: política y gobierno 1876-1912*. México: UAM-Azcapotzalco-El Colegio de México, 1996. p. 11.

⁶ Como apuntó Baudelaire: “Tomad a cualquier buen francés que lee su diario en su café y preguntadle que entiende por progreso y contestará que se trata del vapor: la electricidad, el alumbrado de gas, milagros que los romanos desconocían y cuyo descubrimiento es el testimonio indudable de nuestra superioridad sobre los antiguos.” *Apud.* en Berman, *op cit* p. 137.

resultado de un esfuerzo por seguir al sol".⁷

Y fue quizá por seguir al sol que de manera improvisada, se creó un corredor que partía del Zócalo y que por Plateros y San Francisco llegaría a la avenida Juárez, tocaría la Alameda y se prolongaría hasta Reforma. Serían éstas las calles principales, pero desde luego en todas las aledañas también se vería reflejada la modernidad conforme se fueron extendiendo las mejoras. En sus alrededores se construirían palacios como el de Correos y el de Comunicaciones, se inició el de las Bellas Artes y se erigió el cascarón de lo que sería el Palacio Legislativo, proyecto que paradójicamente terminaría siendo el monumento que identificaría a la Revolución.⁸

El Paseo de la Reforma fue la avenida que simbolizó el crecimiento, el desarrollo, la modernidad y la belleza capitalina.⁹ Contó con calles laterales y en ella se edificaron algunas de las mejores casas de la sociedad. Sus estatuas engalanaban los caminos peatonales y sus glorietas —adornadas con figuras como la de Colón y la de Carlos IV— se diseñaron para mostrar pasajes de la historia y una nueva estética. Reforma reuniría todas las características de una avenida moderna pues se iría habilitando con los últimos adelantos científicos como la electricidad, el asfaltado o las instalaciones hidráulicas, y sobre sus aceras se erguirían elegantes columnas de hierro para las lámparas que iluminaban a los transeúntes.

Pero la que llevaría la batuta en vida y movimiento sería la avenida Plateros, y así como París había hecho del Bulevar de Haussmann el emblema del siglo XIX,¹⁰ la Ciudad de México copiaría su esencia para crear el suyo:

⁷ Rafael Arizpe, *El alumbrado público en la Ciudad de México*. México. Tip y Lit. La Europea, 1900, p. 88.

⁸ En 1892 Antonio García Cubas hacía la siguiente descripción de la ciudad: "La capital cuenta 554 manzanas, que forman 950 calles, 15 plazas, 66 plazuelas y un hermoso y extenso parque central conocido con el nombre de Alameda. Hállase dividido en ocho cuarteles mayores: cuatro al norte y cuatro al sur". Antonio García Cubas, *Geografía e historia del Distrito Federal*, México, Instituto Mora, 1993, p. 22 (edición facsimilar de la de 1894).

⁹ "Every plan involved the grounds surrounding the Paseo de la Reforma (whatever at Chapultepec or at Anzures). This was but an echo of the process of urbanization that Mexico City underwent beginning in 1890". Mauricio Tenorio Trillo, "1910 Mexico City: Space and nation in the city of the Centenario", *Journal of American Studies* 28, Londres. The Cambridge University Press, 1996, p. 81.

¹⁰ "Hacia 1880, el modelo de Haussmann era generalmente aclamado como el modelo mismo del

Plateros, donde la gente pasearía, compraría, comería y se divertiría en sus calles, tiendas y restaurantes. Esta vía —y su continuación San Francisco— se consolidaría como la arteria comercial y social más importante del periodo y adquiriría el glamoroso nombre de bulevar.

Serían populares las caminatas por el Zócalo capitalino en cuyo kiosco, cuando estaba iluminado, tocaban bandas de música; y la Alameda sería el parque público por excelencia, aunque por las noches, apenas se apagaba la luz, empezarían ahí “mil escenas poco edificantes”¹¹ o no se podría caminar en ella “sin el temor de sorprender alguna escena amorosa”¹².

Con la luz eléctrica, los capitalinos saldrían al exterior y en él descubrirían una nueva experiencia, lejana de aquella que los confinaba en sus hogares; una experiencia que implicaba una nueva manera de comportamiento público, ajena tal vez a las costumbres nacionales, pero asimilada de inmediato por las clases altas de la sociedad, las que contaban con los recursos y las pretensiones de cultura y civilización necesarias para apropiarse de la moderna dinámica citadina y sus avenidas, plazas, parques y bulevares donde se daban todas estas expresiones y movilizaciones nocturnas.

La consigna porfiriana era lograr la modernización del país a cualquier costo, y la capital sería el símbolo de ese proceso; lo sería por derecho propio, por ser la urbe más importante de México, pero también porque esa era una condición de la era a la que se ingresaba: la ciudad debía ser protagonista de la nueva historia que se escribía y como si fuera un axioma, si ella no desempeñaba un papel principal en el desarrollo de los sucesos, no podía ser una urbe moderna. Ésta sería una de las razones —además de otras de índole político y económico— por las que la de México sería la ciudad más urbanizada y la de mayor crecimiento en el ámbito nacional.

urbanismo moderno. Como tal, no tardó en ser impuesto a las ciudades que servían o se extendían en todos los rincones del mundo.” Berman, *op cit*, p. 151

¹¹ En la Alameda: “Mucha vigilancia necesita ejercer la policía en este desmantelado Paseo y mucha luz para ver las escenas poco edificantes que allí pasan durante las noches” *El Monitor Republicano*. 4 de julio de 1882

¹² *El Monitor Republicano*, 2 de noviembre de 1890

La luz eléctrica en el alumbrado público fue uno de esos cambios que la gente debió enfrentar y que implicó, como veremos enseguida, un reaprendizaje en las formas de ver, hablar, divertirse, convivir y vivir. Era, a decir de la prensa, una cuestión de vanidad el que esta ciudad —con una población tan culta y progresista¹³— fuera una de las primeras en introducir el alumbrado eléctrico. Por eso, durante el porfiriato se invertirían en el rubro más de 150 millones de dólares en todo el país, muchos de los cuales se canalizarían a la zona central.¹⁴

HACIA LA CIUDAD MODERNA

La Ciudad cambiaba, pero como lo afirmó Freud, todo cambio, por benéfico y positivo que sea, genera angustia en quien lo enfrenta. Tal fue el caso de los capitalinos ante las modificaciones de su ciudad. El porfiriato fue el periodo de los cambios, del progreso, de la ciencia y del positivismo, y sus habitantes reaccionaron a él de varias maneras: con júbilo, temor, suspicacia, incredulidad, incertidumbre, negación o resistencia. Y el asunto de la luz no era poca cosa.

La electricidad era una más de otras muchas manifestaciones de la vida moderna que se iban presentando en el mundo del último cuarto del siglo XIX, cuando coincidían cambios drásticos en la manera de vivir, de producir, de transportarse, de comunicarse y de percibir de la humanidad. Es un periodo en el que se industrializa la producción, se desarrollan los sistemas de comunicación por ferrocarril, telégrafo y teléfono, hay grandes procesos demográficos hacia las ciudades,¹⁵ las compañías trasnacionales inician sus

¹³ *El Monitor Republicano*, 2 de mayo de 1884.

¹⁴ "Para 1910, del total estimado de dls 1 200 millones de la inversión extranjera, dls 750 millones correspondían a las industrias extractivas incluido el petróleo; dls 200 millones a los ferrocarriles que servían principalmente a la minería; dls 150 millones a la generación de energía eléctrica, también ligada a las necesidades de la minería; y los dls 200 millones restantes se invirtieron en la agricultura y ganadería de exportación." Miguel S Wionczek *El nacionalismo mexicano y la inversión extranjera*, México, Siglo XXI, 1975, p. 5.

¹⁵ "Extraña paradoja la que cristaliza en la ciudad de México: en la crisis política nacional, en la guerra y sus incontables secuelas, se funda el despegue demográfico, territorial, formal-urbanístico y emocional del último tercio de siglo. Feliz coincidencia o lógica implacable de la historia —a saber— las migraciones de la ciudad de México se vieron antecedidas y mediadas por el proceso de la

actividades, se extiende el capitalismo y se realizan muchos descubrimientos científicos

La aparición de la electricidad y el control que se logra sobre ella modifican, lógicamente, los hábitos de los habitantes. El primero y más obvio fue que afectó los horarios de la ciudad, la cual no volvería a estar a expensas de la luz natural. Una nueva vida nocturna surgió para los capitalinos cuando el ayuntamiento amplió las horas en que el alumbrado artificial permanecía encendido.¹⁶ En términos generales, el proceso que se inició en 1881 con los primeros ensayos exitosos de la luz eléctrica¹⁷ culminaría en 1899, cuando se anunció que la ciudad estaba completamente alumbrada con electricidad y se habían eliminado de sus alrededores los antiguos sistemas de iluminación; de esta manera se cerraba una primera etapa del proceso. La segunda etapa se podría ubicar en 1905, cuando llegó a la capital la energía proveniente de la planta hidroeléctrica de Necaxa, y la última se presentaría hacia 1910, cuando ésta alcanzó su máxima efectividad y puso a disposición de la Ciudad de México 100 000 caballos de fuerza, paradójicamente en el ocaso del porfiriato¹⁸

El siglo XIX fue determinante en la historia de la humanidad pues la Revolución Industrial se extendió a muchas regiones de Europa y América. Con el imperialismo era necesario abrir nuevos mercados para los productos elaborados que salían de las fábricas europeas y estadounidenses. América Latina era el escenario ideal para producir materia prima barata y el espacio propicio para venderla ya procesada.¹⁹ Además, países como Inglaterra,

desamortización de los bienes de la Iglesia” Rodríguez Kuri, *op cit.*, p 81

¹⁶ De hecho, debieron pasar varios años para que el alumbrado se estableciera durante toda la noche.

¹⁷ Al parecer se hicieron algunos experimentos en 1880, pero se habla de que los resultados no fueron buenos, lo que conduce a pensar que no fue sino hasta el año siguiente cuando se consiguió tener éxito en ellos. “Hace tres noches se hizo en el zócalo el ensayo del alumbrado de luz eléctrica. Según *La Tribuna*, no fue la prueba nada satisfactoria.” *El Monitor Republicano*, 30 de julio de 1880

¹⁸ *El Imparcial*. 29 de octubre de 1910

¹⁹ “El segundo es el cambio de la coyuntura internacional a partir de los años 1894-1895. Los países desarrollados van a buscar no sólo cantidades crecientes de materias primas y mercados para sus productos, sino también nuevos espacios y actividades para sus capitales. México, rico en minerales y con grandes posibilidades de agricultura comercial, ve su economía reactivada por la demanda internacional de materias primas” Francois Xavier Guerra. *México del antiguo régimen a la revolución*.

Estados Unidos o Alemania contaban con un excedente de recursos pecuniarios que debían poner a trabajar, y lo hicieron invirtiendo y haciendo préstamos en las naciones latinoamericanas —como México, Argentina y Chile—que estaban ávidas de obtenerlos.²⁰ Las condiciones de los préstamos no siempre fueron las óptimas para las naciones que los adquirían, pero significaron su única opción de desarrollar sus propias economías y todas la tomaron.

De manera paralela al desarrollo de estas condiciones —propicias para impulsar a un país como el nuestro—, México tendría sus diez minutos de gloria en el siglo XIX entre 1867 y 1877. En menos de 10 años, el liberalismo consolidó su triunfo sobre los conservadores,²¹ se adoptó oficialmente la filosofía positivista, se inauguró el primer ferrocarril que unió a la capital con Veracruz y Porfirio Díaz asumió la presidencia. Con estos cuatro factores la mesa estaba puesta para que se iniciara toda una transformación económica, política y cultural en el país, cuyo producto debía ser un cambio radical en la manera de vivir de la población.²² No es exagerado afirmar que a partir de este último año y hasta 1910, México, pero en especial su capital, sufrirían una metamorfosis radical.²³

México, FCE 1988, p. 329

²⁰ “En una época tan temprana como la década de 1830, ya se habían acumulado en Inglaterra capitales que buscaban oportunidades para ser invertidos con la esperanza de tener ganancias superiores al modesto rendimiento prevaleciente. En la década de 1840 el excedente anual ascendía ya a 60 millones de libras [. . .] Existía, pues, una urgente necesidad de empleo para este capital acumulado”. Manuel Cazadero, *Las revoluciones industriales*, México, FCE, 1995, p. 111

²¹ Cierta irreverencia se ganó también con el triunfo de los liberales, como la que describe Rafael Delgado en *La Calandria*: “En el muro de la derecha, arriba del sofá, en dorado marco, un retrato litográfico de don Benito Juárez, colocado entre dos cromos de sobra intencionados y maliciosos: el uno, un cura francés plácidamente engolfado en la lectura de *Naná*; en el otro, el mismo individuo, dando remate a un plato de ostras y a una botella de vino blanco ya muy mermada”. Rafael Delgado, *La Calandria*, México, Porrúa, 1970, p. 47

²² “Otros factores explican también el segundo arranque de la economía porfirista. El primero, político, es la llegada al poder, en 1893, de un nuevo equipo económico, el de los jóvenes tecnócratas, a los que entonces se les llama los “científicos” y cuyo jefe, José Ives Limantour, se convierte entonces en secretario de Hacienda. En este momento encuentra su logro final la obra legislativa del gobierno en el ámbito económico que ya hemos examinado. Los principales jalones son puestos precisamente entre 1892 y 1896: legislación minera, nueva ley de baldíos, reorganización del sistema bancario, supresión de las alcabalas, etcétera”. Guerra, *op. cit.*, p. 65.

²³ “Los bancos, los ferrocarriles y los teléfonos, han cambiado por completo la faz de las cosas, imprimiendo un nuevo sello de vida a las ciudades”. José T. de Cuéllar, “Los contratos, los contratistas y

La filosofía positivista marcó sin duda el camino y fue la justificación perfecta para la élite porfirista; ella permitía, como afirma Leopoldo Zea, "ordenar la libertad"²⁴ ganada; con ella bajo el brazo, la ciencia y todo a lo que ella daba lugar en materia de inventos, descubrimientos y desarrollo, se marcaría la pauta del rumbo a seguir. El progreso y la aplicación de todas las novedades encontrarían en México tierra fértil y en Díaz al mejor aliado para su impulso. Se tendieron miles de kilómetros de vías de tren²⁵; se ampliaron las líneas telegráficas, telefónicas y de cableado eléctrico; se incrementó la explotación de los recursos naturales y creció la planta industrial; se invirtieron grandes cantidades en mejorar la infraestructura portuaria y terrestre y se logró, por primera vez en la historia nacional, integrar a todo el país en términos políticos y económicos.²⁶

Al doblar el siglo, los ferrocarriles, el telégrafo, el teléfono, la electricidad, el cinematógrafo²⁷ y los automóviles²⁸ serán las máximas expresiones de la modernidad, de la ciencia y del positivismo, pero para el grueso de la población mexicana, ignorante y analfabeta, también fueron manifestaciones de algo casi diabólico e incomprensible ¿Cómo avanzan los trenes y los autos sin ser

los *ayuntamientos*", *Vistazos, estudios sociales por Facundo*, Santander, Imprenta y Litografía de L. Blanchard, 1892, p 187

²⁴ Véase Leopoldo Zea, *El positivismo mexicano y la circunstancia mexicana*, México FCE-SEP, 1985 (Lecturas Mexicanas, 81)

²⁵ En realidad es digno de admiración advertir el singular crecimiento ferroviario que pasó, de 24 kilómetros en 1860, a 617 en 1877 —cuando Díaz asume la presidencia— a 1,100 en 1880 —cuando termina su primer periodo— y a casi 20 mil en 1910

²⁶ "Los resultados de esta política están a la altura de los esfuerzos desplegados. El México de Díaz reanuda la prosperidad de finales de la Nueva España y pone las bases para una economía moderna y diversificada. Las tasas de crecimiento económico que México tiene entonces no volverán a ser alcanzadas hasta los años de 1940. El México porfirista está, indudablemente, a punto de efectuar el despegue económico en cuyo umbral se había detenido la Nueva España, frenada en su impulso por las guerras de Independencia" Guerra, *op. cit.*, t II, p 337

²⁷ El 14 de noviembre de 1896 se daría la primera exhibición en el *Cinematógrafo Lumiere* según refiere Fernando Curiel, *Paseando por Plateros*, México, SEP, 1982, p. 42. Quirarte, por su parte, señala: "Don Porfirio será, incluso, pionero actor del cine mexicano, cuando los asistentes al Cinematógrafo Lumière, en la calle del Espíritu Santo, admiren las vistas: 1. El Presidente de la República, en carruaje regresando a Chapultepec; 2. El Presidente de la República y sus ministros en el Castillo de Chapultepec; 3. El Presidente de la República recorriendo la plaza de la Constitución, el 16 de septiembre." Vicente Quirarte, *Elogio de la calle. Biografía literaria de la Ciudad de México 1850-1992*. México, Cal y Arena. 2001. p. 314

²⁸ "En 1903 había en la capital 136 autos, y tres años después aumentan a 800, lo cual ocasionó que el gobierno promulgara un reglamento." Vicente Quirarte *op. cit.* p. 349

jalados por mulas o caballos? ¿De verdad se puede enviar un mensaje a distancia? ¿Es que se puede hablar con alguien a lo lejos sin gritar? ¿Cómo es que se puede encender una lámpara sin un cerillo? La respuesta para esas interrogantes es siempre: "gracias a la ciencia", y la gente asume que es por ella sin comprender, bien a bien, qué es la ciencia.

Sin embargo, una noción de ella se empieza a formar por sus efectos perceptibles en la ciudad, en la forma de vida, en los hijos que serán formados bajo los lineamientos del positivismo, una filosofía cuya máxima es el orden y el progreso y que sostiene que el único conocimiento posible es el científico.

La capital es el lugar ideal para adquirir ese conocimiento y se erige a los ojos del resto de los mexicanos como un espacio mítico, casi fantástico para visitar. En ella se empiezan a apreciar, como en ninguna otra parte del país, los últimos avances de la ciencia que hacen que la ciudad se vaya transformando radicalmente mediante un proceso ágil y constante, gobernada además por quienes hacen gala de ella y se autonombran —¿de qué otra forma?— "los científicos". Justo Sierra escribiría: "La ciencia, convertida en un instrumento prodigiosamente complejo y eficaz de trabajo, ha acelerado por centuplicaciones sucesivas la evolución de ciertos grupos humanos..."²⁹

La ciudad crece y, además de los miles de despojados y desempleados del campo que la inundan, llegan a ella los que desean adquirir una educación privilegiada o aquellos que se sienten fascinados por el glamour de la modernidad. "La capital de México tenía un encanto tal y se presentaba a la imaginación de Clara tan llena de seducción y atractivos" escribiría a propósito José T. de Cuéllar en *Los fuereños*.³⁰ La capital también seduciría a los amantes de la vida bohemia, pues es la cuna de las tertulias, donde los intelectuales se reúnen a disertar sobre cualquier tema; es además la sede de los poderes políticos, la capital económica del país y el lugar habitado por

²⁹ Justo Sierra. *Evolución política del pueblo mexicano*. México, UNAM, 1977 p. 362 (Obras completas, t. XII).

³⁰ Cuéllar, José T. de (a. Facundo), *Los fuereños*, Santander: Imprenta y Litografía de El Atlántico, 1890 (La linterna mágica, segunda época), p. 88.

quien se convertiría en la máxima figura de México por más de tres décadas, Porfirio Díaz

La Ciudad de México empieza a adquirir una nueva fisonomía y un nuevo paisaje, nuevas dimensiones y características que la hacen convertirse en *el lugar*. Una de sus primeras manifestaciones es el movimiento y la velocidad que adquiere. La gente aparece por las calles ya no sólo para trabajar o para trasladarse, sino para detenerse y ocuparse viendo aparadores, *comiendo en restaurantes, asistiendo al teatro o a la ópera*. Un bullicio diurno y nocturno crece en la otrora pacífica urbe hasta convertirla en el centro de toda acción posible. Es como si la ciudad reviviera de pronto, como si la electricidad la contagiara de su energía y se manifestara en la aparición de múltiples actividades antes desconocidas y en la construcción, literal, de una nueva ciudad y un nuevo mundo conformado, como apunta Rafael Pérez Gay, por

la peluquería Micoló, los bailes en Palacio, los Casinos Francés, Alemán, Español, la tienda La Sorpresa, el Jockey Club,³¹ la tienda de la Viuda de Génin, el Hipódromo de Peralvillo, los billares de Iturbide y los teatros Principal, Arbeau, Nacional. Era la ciudad selecta que delimitaban las calles de Calzada Santa María (después San Juan de Letrán), San Francisco y Plateros (después Francisco I Madero), avenida 5 de Mayo, Cordobanes (después Donceles), Alcaicería (después Palma), Las Escalerillas (después Guatemala), Coliseo Viejo (después 16 de Septiembre), Empedradillo (después Monte de Piedad).³²

Sería en este nuevo mundo en el que los *pollos* y los *lagartijos*, y las damas de buena y mala reputación, gastarían mucho de su tiempo. Para el hombre culto y rico, la modernidad era sinónimo de bienestar, progreso y riqueza, y ella se manifestaba en la construcción de nuevas zonas habitacionales, en una mejor urbanización, en un crecimiento importante,³³ en el embellecimiento

³¹ "De La Sorpresa al Jockey Club —del gran almacén frecuentado preferentemente por mujeres hasta la Casa de los Azulejos, cuartel general del machismo domesticado— estaba la parte más vivificante e intensa de la urbe" Quirarte, *op. cit.*, p. 306.

³² Manuel Gutiérrez Nájera, sel. y prol. de Rafael Pérez Gay, México, Cal y Arena, 1996, p. IX

³³ "1882. The Chapultepec Land Improvement Company inicia el fraccionamiento de la colonia de La Teja en los terrenos de Rafael Martínez de la Torre. 1888. Adela Marquet de Limantour construye la

generalizado de la ciudad, en la imposición de una política sanitaria, y en el afrancesamiento de su población y de su estilo arquitectónico. Esto se haría patente en la proliferación de postes de telégrafo, teléfono y luz; en el despegue del periodismo moderno y de los reporteros; en el esplendor de los teatros y en el uso del *jaquet* y del sombrero Panamá en los varones y de los botines puntiagudos en las mujeres;³⁴ en la danza de los valeses o de los *schottische* y en la lectura obligada de las novelas de Paul de Kock, en fin, en el espectáculo de la "avenida majestuosa; [de] la arteria principal, ruidosa, espléndida, deslumbrante, en la cual los carruajes, a cual más hermoso, apenas cabían; [en el México de] tiendas magníficas; [de] fondas aristocráticas; [de] dulcerías soberbias"³⁵

Pero para el común de la gente que no tenía acceso inmediato a estas novedades, gran parte de la realidad circundante se presentaba como una extensión de los aparadores que empezaban a proliferar en el escenario y que hicieron que los lujos fueran vistos sólo a través de un cristal. Hubo además algunas imposiciones que también modificaron su forma de vida en aras de esa modernidad que, lejos de agrandar, les agredía, como la obligación de vacunarse, de cambiar el calzón blanco por los pantalones, los huaraches por los zapatos, el piloncillo por el azúcar, etcétera.

Era, pues, una realidad que empezaba a permear en otras capas sociales de la que fue difícil mantenerse al margen y que alteraba una forma de vida secular, aquella conocida por la mayoría y que incluía lo mismo hábitos y costumbres que sistemas educativos, formas de vida y horarios. Modernidad que representaba, más que otra cosa, cambios, con toda la incertidumbre que ellos generaban, con todos los temores que producía el rompimiento con lo

colonia Limantour 1901: Morton, Lam y Brown proyectan la colonia Roma en los terrenos de Francisco Lascurain. 1902: el Banco Mutualista levanta la colonia Condesa comprando los terrenos de Manuel Escandón, Vicente Escandón y Rafael Martínez de la Torre" *Manuel Gutiérrez Nájera, op cit*, p XX

³⁴ Botines que eran moda entre las aristócratas o las que pretendían serlo, aunque fuera muy molesto su uso: "aquello significó para la desdichada el uso obligatorio —por lo menos en la calle— del botín de charol y del diario paseo por el boulevard" Heriberto Frías. *Los piratas del Boulevard*. México: Andrés Bots y Miguel, s. f. p 56

³⁵ Rafael Delgado. *Los parientes ricos*. México: Porrúa 1993 p 180

conocido y la aventura de lo desconocido; expresiones tangibles de la modernidad que no por inaccesibles serán ignoradas. Tal vez la mayoría no utilizó los trenes y los tranvías, no contó con focos eléctricos en sus calles, no supo cómo funcionaban los telégrafos y los teléfonos; Plateros y San Francisco no tenían para ellos ningún sentido como bulevares y las nuevas colonias eran meras referencias geográficas. Todas ellas, sin embargo, estarían presentes e irían echando sus raíces en el inconsciente colectivo de la población, arraigándose en sus procesos cognoscitivos de manera intuitiva y empírica, acostumbrándola a la nueva realidad porfiriana que se irá construyendo día a día durante treinta años.

Y es que la decisión estaba tomada y había que insertarse en el nuevo mundo positivo, científico, moderno y progresista. Así, de las aulas de la Escuela Nacional Preparatoria saldrán aquellos positivistas³⁶ que ingresarán a escuelas profesionales en donde se formaron los primeros ingenieros y abogados que ayudaron a conformar la ciudad bajo los lineamientos de la nueva filosofía; los mismos que irán volviendo a sus casas día con día para cuestionar la educación recibida en su hogar y poniendo en duda creencias tan extendidas como la religión³⁷. El positivismo educa herejes —será la primera impresión que reciban de ella los padres³⁸— y constituye una amenaza a las costumbres y tradiciones arraigadas entre la población. Los hijos letrados se harán desnaturalizados, luego entonces es mejor conservarlos ignorantes, pero

³⁶ “Desde 1867 el positivista Gabino Barreda organiza los estudios preparatorios y superiores. En esta fuente se alimentan las generaciones estudiantiles hasta la víspera de la Revolución. La importancia de la ciencia, de la observación de los hechos y de la fe en la modernización económica gozan de un consenso casi unánime. En este sentido el porfiriato, como muchos otros regímenes de la época, es positivista” Guerra, *op. cit.* t II, p. 337

³⁷ “En cuanto a religión, apenas dijo el acaso ‘soy liberal’, se creyó dispensado de tener creencias, se avergonzó de haber oído misa alguna vez y, para sancionar este acto de debilidad de su catolicismo, aprendió de memoria algunas frases de un discurso de Villalobos y acomodándolas a las circunstancias salía del paso airoosamente, según él mismo creía” José T. de Cuéllar, *Ensalada de pollos*. México: Porrúa, 1999, p. 110.

³⁸ “Le da por periodista y por hereje; eso del positivismo, que anda tan en boga entre los estudiantes” José T. de Cuéllar, *Los fuereños*, Santander, Imprenta y Litografía de El Atlántico, 1890, p. 16. —“Vaya! ¡Si vieras qué versos me ha hecho! Dice que son versos positivistas. Mamá no lo puede ver porque dice que es hereje” José T. de Cuéllar, “La Noche Buena” *Presente de Navidad, Cuentos mexicanos del siglo XIX*. México, UNAM 1994, p. 112

honrados y trabajadores.³⁹ “que no se debiliten en él las ideas sanas, que no se prenda de novedades científicas y de saberes al uso”, escribe Rafael Delgado en *Los parientes ricos* para persuadir a la madre de que cuide al hijo que tiene talento y que no debe desaprovecharlo dándole educación.⁴⁰

Las otras manifestaciones de la modernidad tampoco resultan muy atractivas en un principio: la electricidad, se cree, ciega⁴¹ y mata, la civilización y el ferrocarril —“intensa metáfora de la velocidad desconcertante, angustiosa del siglo XIX”⁴²— acarrean la prostitución;⁴³ el cinematógrafo exalta los instintos voluptuosos.⁴⁴ A los ojos de muchos, todos los males son producto de la ciencia y el progreso y sus manifestaciones no son sino reflejo del pecado: “—¡Por desgracia, mi señor D Marianito, por desgracia! Era de esperarse: cerillos de una cabeza, dulces teñidos con sustancias nocivas, protección al Coloso del Norte, irreligión cívica, bicicletas, electricidad, drenaje”.⁴⁵ Todas ellas son muestra de lo mal que está el mundo y tientan los hábitos de los buenos mortales. Porque para los timoratos⁴⁶, como herencia de la hipocresía victoriana, al tren, las bicicletas, la máquina de coser, la electricidad y los espejos, se les asociará con el pecado; el movimiento de los primeros, la sensación de los toques y la concupiscencia que provoca el reflejo de un

³⁹ “Nicolás, casi ya ni lo conocemos; le dio por los libros y se perdió [] le dio por letrado, se vino a México hace diez años, y el muchacho se ha desnaturalizado” Cuéllar, *Los fuereños, op. cit.*, p. 16 “Yo era una de tantas víctimas del lirismo de nuestro país, en el que todos quieren hacer de sus hijos o sabios o artistas; en el que todos desdeñan las profesiones mecánicas, las profesiones industriales, las profesiones útiles que constituyen la fuerza de una nación, la fuerza palpable y positiva” Rubén M. Campos, *Claudio Oronoz*, México, J. Ballezá y Ca, 1906 p. 351

⁴⁰ Delgado, *Los parientes ricos, op. cit.*, p. 158

⁴¹ “De seguro yo me voy a enfermar esta noche de la vista” Cuéllar, *Los fuereños, op. cit.*, p. 16

⁴² Peter Gay, *La experiencia burguesa De Victoria a Freud I La educación de los sentidos*, México, FCE, 1992, p. 64

⁴³ “Con razón le tenía tanto horror al ferrocarril, porque los ferrocarriles es por donde vienen todas esas cosas, todas estas mujeres y todas esas prostituciones de la mentada civilización de las capitales como México” Cuéllar, *Los fuereños, op. cit.*, p. 16

⁴⁴ “Los egoistas, satisfechos que acaban de reír y de enternecerse con las fantasmagorías ridículas o sentimentales del cinematógrafo (alteración de cuadros terroríficos con coplas que canta casi en cueros una bailarina sicalíptica), dan por evitarse un pensamiento desagradable su limosna a la pilluela” Frijas, *op. cit.*, p. 26

⁴⁵ Ángel de Campo, *La semana alegre Tick-Tack*, intr. y recop. de Miguel Ángel Castro, México, UNAM, 1991, p. 116

⁴⁶ Dice un sacerdote: “¡Sería tan bello atisbar el fin de ese siglo que llamaban de las luces y él calificó en innúmeras ocasiones de impío!” Carlos González Peña, *La chiquilla*, México, Porrúa, 1987, p. 181

desnudo son producto del progreso, por eso hay que temerle, rechazarlo y condenarlo ⁴⁷

A estos simbolismos del progreso habría que agregar que, en la práctica, ellos tampoco demostraban muchos beneficios. A los ojos de los escépticos: el tranvía de la capital no había servido de gran cosa, pues lejos de acortar las distancias las alargaba, ya que recorría la ciudad en cuatro circuitos o elipses que permitieron al contratista abarcar el mayor perímetro posible y monopolizar todo el servicio de la ciudad. El gas tampoco demostró mejorar el alumbrado de aceite y la introducción de la electricidad fue vista como una amenaza que llenaría la ciudad de feas torres de hierro que la sumirían en las tinieblas; por si esto fuera poco, los focos harían que aquellas zonas que no contaran con ellos parecieran aún más oscuras por el contraste que se generaba entre éstas y las áreas iluminadas.

Pero a pesar de todos estos bemoles, la carrera del progreso se había iniciado llevando a Porfirio Díaz a la cabeza, y no se pararía en los más de 30 años que dirigió los destinos del país. Era la modernidad que invadía no sólo a México, sino al mundo occidental al que se quería integrar a la nación y que ya se iba haciendo a través del ferrocarril. La electricidad le daría el segundo gran impulso a este proceso.

⁴⁷ En 1876, un especialista, el doctor Thesee Pouillet, publicó un muy bien recibido *Ensayo médico filosófico* acerca de la masturbación femenina, en el que presentó una explicación exhaustiva, claramente clasificada, de estímulos al hábito, que mencionaba (entre otros muchos), la riqueza y la pobreza, confesores equivocados y estatuas lascivas, novelas y obras malsanas, la impotencia del esposo, el baile, la máquina de coser y otros peligros generados por la civilización moderna. Su catálogo de las consecuencias incluía las ya esperadas, y agregaba algunas calamidades sorprendentes como la ninfomanía y, la peor de todas, el suicidio. El temperamento individual, la familia, las costumbres sociales, las influencias artísticas e intelectuales, las innovaciones tecnológicas —a fines del siglo XIX la bicicleta se añadió a la lista de lo que tentaba el orgasmo— todas eran fuente de contaminación que precisaba una vigilancia cuidadosa. Peter Gay, *op cit* p 280

II. EN BUSCA DE LA CIUDAD LUZ

Casi no tengo que demostrar que el cambio es la ley de la vida y que la gran mayoría de las épocas lo son de transición. En el siglo XIX, empero, la naturaleza misma del cambio experimentó un cambio: se volvió más rápido y más irresistible que en el pasado.

Peter Gay

LO VIEJO Y LO NUEVO, UNA CIUDAD DE CONTRASTES

Si nos preguntáramos qué fue lo que realmente se transformó con la llegada de la luz eléctrica, la respuesta inmediata sería que se abrió la posibilidad de inventar una nueva vida de noche, rompiendo de esta manera con una forma de ser y actuar que había permanecido en toda la historia de la humanidad y que llegaría a su término en el último cuarto del siglo XIX con la invención del foco. Gracias a él la gente sería capaz de ver en la oscuridad y podría en adelante *hacer* en tiempos y espacios imposibles antes de su aparición. Esto es lo que una lectura superficial sobre la luz eléctrica dejaría ver, pero la realidad es que ésta afectó muchos otros aspectos de la vida, la convivencia y la percepción de los espacios que los relacionados estrictamente con su poder lumínico.

Antes de la luz eléctrica no había casi ninguna actividad por realizar en la noche, ésta permitía que la gran mayoría de los habitantes del planeta durmieran de manera natural durante las horas en que reinaba la oscuridad; muy pocos, y en condiciones muy difíciles, se atrevían a transgredir el umbral del crepúsculo para realizar sus faenas, y casi nadie el del toque de queda¹

¹ A las seis de la tarde se daba el toque de oración, a las ocho el de ánimas y a las diez el de queda. Todos ellos eran marcados por las campanas de las iglesias y sin duda tendrían relación con los oficios religiosos seguramente durante el resto del día habría otras referencias. Por lo que se puede apreciar en la literatura, el toque de queda no prohibía el movimiento en la vía pública ni marcaba la presencia militar en las calles; era más bien un llamado que indicaba la terminación total de la faena diaria. Sobre el toque

que se daba a las 10 de la noche. El trabajo, los estudios, la vida social y pública se realizaban exclusivamente mientras alumbraba el sol, y tal vez se prolongaba en algunas ocasiones cuando la luna llena lo permitía, aunque entonces había luz pero poca actividad que realizar. La rutina diaria se circunscribía al ritmo que marcaban las horas del alba al ocaso, sin mayor alteración de su repetición infinita. Algunos encontrarían en sus hogares un refugio para la oscuridad nocturna, pero para la mayoría de la población no existía ni siquiera el recurso de iluminar las casas con velas o lámparas de gas o petróleo dada la miseria en la que vivían, como aquellos estudiantes que describe Heriberto Frías, quienes dicen con sus propias palabras: "nosotros asistimos a la iniciación del idilio, pues todos los estudiantes de aquella casa gracias a nuestra pobreza, éramos madrugadores con el objeto de aprovechar el sol, ya que no teníamos en las noches ni para petróleo, ni para velas, siquiera fuesen de sebo."²

De aquellas casas en las que había la posibilidad de alguna luz, tenemos referencias de la vida nocturna previa a la invención de la luz no eléctrica y prácticamente en todas ellas las actividades se reducían a las que se realizaban dentro del hogar y por un período muy breve; la gran mayoría eran de convivencia y algunas más eran testimonio del trabajo artesanal e individual que se lleva a cabo en su interior con la ayuda de una vela o una lámpara de combustible. Todas ellas remiten a espacios oscuros y sombríos, privados por cierto, en donde la penumbra es la reina de la noche.

Los exteriores serían la cueva de león para quien se atrevía a salir, para quien optara por trasladarse al amparo de la oscuridad, sólo a trasladarse porque ¿a dónde se podría ir durante las noches capitalinas si no había lugar alguno al cual dirigirse? El Duque Job afirmaba con pesar en 1883 que las

de ánimas, García Cubas afirma: "las sonoras campanas de la Catedral dan el pausado toque de ánimas, contestado por el de los otros campanarios, costumbre establecida desde los primeros años del siglo XVII. Son las ocho de la noche" Antonio García Cubas, *El libro de mis recuerdos*, México, Editorial Patria, 1945 p 168. Francisco Zarco en *Escritos literarios, op cit.*, y Manuel Payno en *Escritos literarios*, México, Porrúa, 1980, y Manuel Payno en los *Bandidos de Río Frio*. México, Porrúa, 2000. también se refieren con frecuencia a esta costumbre

²Heriberto Frías, *Los piratas del Boulevard*. México. Andrés Botas y Miguel. s. f., p 48

noches de México eran solitarias, silenciosas y tristes, en las cuales no había nada que hacer; y descubriendo aquello que en última instancia inspiraba la luz y la oscuridad escribía:

Las calles parecen enormes ataúdes sin tapa que esperan el cuerpo de un gigante. Los balcones son nichos cerrados que todavía no tienen epitafio. De ninguna ventana sale la luz que todo alegra, ni tampoco brotan los acordes melodiosos de la música. El transeúnte cree que va pasando por una de esas ciudades encantadas, en donde las princesas y las reinas penan, convertidas en flores, en aves, en peces, en muebles y en estatuas. Es la ciudad del sueño: todos duermen.³

Mientras moría la ciudad durante las noches, en el día el paisaje urbano cambiaba diametralmente; los capitalinos sabían que era necesario aprovechar al máximo la luz del sol y desde los primeros rayos se veía un movimiento pertinaz de hombres, mujeres y niños que iban y venían por la ciudad; las iglesias marcaban el ritmo de las horas con sus campanadas, y éstas marcaban a su vez el ritmo de las labores de los capitalinos. Los mercados, las tiendas, las fondas, las neverías y las cantinas desplegarían toda su actividad mientras hubiera luz natural, pero ésta sólo alcanzaría a alumbrar plenamente la mitad de las horas del día y tardaría una o dos más en declinar por completo.

A partir de este momento y hasta las diez de la noche, una nueva dinámica se generaba, los guardias diurnos serían sustituidos por los serenos, quienes montados en sus escaleras irían prendiendo uno a uno los faroles. En las calles se instalaban los puestos ambulantes,⁴ alumbrados con su tenue y humeante luz de aceite o gas, y permanecerían abiertas las boticas, las peluquerías, los cafés y las fondas que hacían las veces de centros de reunión ciudadanos. Entre todos ellos completarían con sus luces la incipiente labor de alumbrado nocturno que brindaba el ayuntamiento y que apenas servía para ahuyentar la oscuridad. Llegada la noche:

³ Manuel Gutiérrez Nájera, sel y prol De Rafael Pérez Gay, México, Cal y Arena, 1996, p. 127

⁴ "Los vendedores encendían sus farolillos de papel, y los quemadores de gas como doble hilera de pálidas estrellas se iluminaban de lejos." Ángel de Campo. *La Rumba*, México Porrúa, 1969, p. 335

aquellas calles de Plateros, antes tan concurridas; aquella avenida que con sus rumores fingió una voz de seductor en los oídos de *La Rumba*, también estaban desiertas, cerrados sus escaparates y apenas si de trecho en trecho una tienda iluminada lanzaba al arroyo su reguero de chispas.⁵

Pero a las diez en punto, cuando se daba el toque de queda, la ciudad toda se guardaba, porque éste era el límite marcado por la costumbre para la convivencia y la actividad, después de ella siempre será "hora impropia para formar tertulia en la botica, en la tercena, en las bancas del Zócalo o de la Alameda"⁶ Las diez de la noche marcaba el inicio de una inactividad que sólo se vería interrumpida por el movimiento de algunos pocos que habían asistido a las funciones de teatro, por las prostitutas y los rateros que no se verían de cualquier manera porque se refugiaban en la oscuridad para practicar sus respectivas actividades. Ellos imprimían nueva vida a la moribunda ciudad.

En las calles, uno que otro carruaje también rompía el silencio nocturno, y su linternilla alumbraba con una luz que sólo servía para que el coche fuera visto, porque su intensidad era apenas visible⁷ Tal vez en esas noches decimonónicas se reflejaría en alguna casa el brillo de una luz como señal de duelo por la muerte del familiar que se estaba velando (porque los cuartos se alumbraban con velas). No habría más vida en la ciudad, toda ella descansaría aprovechando la oscuridad para recuperar las fuerzas que habría de derrochar al siguiente día, al alba, cuando "se percibían los mil rumores de la ciudad que se desperezaba"⁸ y el sol volviera a brillar en el horizonte, porque para la gran mayoría de la población la noche sólo significaba descanso y sueño, no tenía ningún otro sentido porque no se le había inventado ningún otro significado.

Así fueron las noches en la ciudad desde siempre, apacibles quizá, pero también tenebrosas por cuanto podía pasar en ellas, pues era la oscuridad

⁵ *Ibidem* p. 333.

⁶ Ángel de Campo, *La semana alegre. Tick-Tack*, intr y recop. de Miguel Ángel Castro, México, UNAM, 1991, p. 295.

⁷ "Los trenes al pasar arrojan el reflejo de sus linternas en las altas murallas" Campo, *op. cit.* p. 295.

⁸ Rafael Delgado, *La calandria*. México, Porrúa, 1978, p. 29. Aunque en su mayoría, esta novela transcurre en Orizaba, Veracruz, la referencia puede ser perfectamente aplicable a la capital.

propicia para lo real y lo fantástico, para que La Llorona hiciera de las suyas asustando a la población con su diario pregón que se simulaba a partir del soplo del viento que parecía murmurar “¡Ay, mis hijos!”. Eran las noches en las que había “por donde quiera, leyendas erráticas, historias de aparecidos y de almas en pena que salen a recorrer esos dominios, en cuanto la luz se mete”⁹ También sería el tiempo del romanticismo, pero del amor prohibido, de aquel para el que las sombras son el mejor aliado, para el que se expresa a escondidas y a solas, el que no se quiere exhibir, el que se asocia con lo pecaminoso y como tal se oculta haciéndolo aún más pecador, el de las “parejas de amantes que ocultaban en la sombra sus relaciones”¹⁰

Eran las noches en las que se preparaban las confabulaciones y las escenas de folletín en “vericuetos medrosos”, de plazuelas oscuras y de escenas poco edificantes en un tiempo en el que se vendían los tónicos virilizadores en las cenadurías, quizá para que quienes los ingirieran se sintieran fortalecidos en sus correrías nocturnas.¹¹

El día declinaba por completo dando pie a las profesiones prohibidas que no se querían ver y que se refugiaban en la oscuridad para mantener su anonimato. Eran las horas en que

las niñas se retiran de sus balcones, las gentes vuelven a sus casas a tomar chocolate o a comer; los cafés y las fondas se llenan de parroquianos; los simones encienden sus farolillos los jinetes se apresuran a apearse; las hijas de la alegría vagan en todas direcciones ostentando con descaro su vil modo de vivir, las puertas todas se van cerrando; brotan limosneros que de día deben tener vergüenza de mendigar su sustento; de las alacenas del portal desaparecen los juguetes, y los reemplazan las golosinas y los platicones de política y de proyectos revolucionarios¹²

⁹ Federico Gamboa, *Santa, México*, Grijalbo, 1979, p 53

¹⁰ Campo, *La Rumba, op. cit.*, p 190

¹¹ “Pero los focos eléctricos chirriaron en todas las calles: ¿qué puede hacerse que valga la pena a la luz de un foco? El alumbrado se abarató al grado de que cualquier fonducho o recaudería tiene lámparas de Edison ¡Adiós escenas de folletín, adiós confabulaciones terribles! ¡Ya no más vericuetos medrosos! Las plazuelas ‘donde la Llorona se lavaba los pies a las once de la noche’ se convirtieron en jardines ¡Au revoir, azotainas de mujeres jaladas de las trenzas! Prohibióse la venta de tónicos virilizadores en las cenadurías” Ángel de Campo, *La semana alegre, op. cit.* p 267

¹² Francisco Zarco “El Crepúsculo en la ciudad”. *op. cit.*, p 172

La vida nocturna sería de las callejeras más desfavorecidas, de los ladrones y los mendigos, de todos aquellos que amparados en la oscuridad hacían de las suyas en un mundo que les concedía el beneficio de deambular ocultamente entre sus semejantes. Sería el tiempo en que sólo los prostíbulos — reconocibles por la lamparilla roja en su puerta— tendrían vida nocturna, y sería dentro de ellos donde la música y el alcohol se mezclaban bajo las velas o las lámparas de gas y todos ellas, en conjunto, ayudaban a engañar a la clientela con imágenes de meretrices corrientes que aprovechando la pálida luz se verían mejor de lo que realmente eran.

Ésas eran las noches decimonónicas, espacios muertos para la mayoría de la población y vivos sólo para unos cuantos, para los ladrones y los viciosos, los asesinos y los borrachos, las prostitutas y los lascivos, los indigentes y los vagos. Éstos eran los únicos que podían salir en esa oscuridad que para ellos significaba, curiosamente, protección y cobijo, porque sólo ella les garantizaba no ser aprehendidos por la policía. Su presencia sería intolerable en un entorno luminoso como el que surgió con la electrificación de la ciudad, por eso se trasladarían, siempre, a las zonas marginadas donde la luz era escasa, a los cinturones de pobreza que rodeaban la capital, como aquel en el que vivía *La Rumba*

Antes de que llegara la electricidad, la Alameda, el Zócalo, Plateros y San Francisco¹³ eran espacios callados y sin vida nocturna; tal vez con algunos paseantes cuando había luna llena, pero que sólo salían a caminar por la capital o se trasladaban a casa del aventurado que haría alguna reunión en su casa. También lo hacían cuando se celebraba alguna fiesta patria y la ciudad se iluminaba de manera extraordinaria con pálidas antorchas o lámparas de

¹³ “Los diversos segmentos y sucesivos nombres de Plateros, San Francisco o Madero han tenido prolongada vivencia en la imaginación urbana de varias generaciones. Por esa calle se entraba, de manera simbólica y concreta, al corazón del corazón del país, y por ella sucedía todo lo que en la ciudad era importante” Vicente Quirarte, *Elogio de la calle. Biografía literaria de la Ciudad de México*, México, Cal y Arena, 2001, p. 25. Para mayor información sobre esta calle dentro de la dinámica citadina, véase Fernando Curiel, *Paseando por Plateros*, México, Martín Casillas Editores-SEP, 1982 (Memoria y olvido: imágenes de México, III)

gas y aceite; era noche de fiesta y, como antaño, el gasto de alumbrado se justificaba. Pero en realidad eran momentos excepcionales, pues la gran mayoría de capitalinos vivía cotidianamente con luz natural y con el sol por única referencia para las actividades.¹⁴

Además de oscura, la Ciudad de México tenía muchas otras deficiencias que completarían el cuadro de una urbe que se parecía más a un gran pueblo hasta antes del porfiriato. Imaginarla no es difícil si para ello eliminamos de su entorno prácticamente todo lo que se ve ahora: el asfalto de las calles, las banquetas, los edificios de más de tres pisos, los postes, los cables, el sistema de desagüe y los automóviles. No había grandes tiendas departamentales y mucho menos aparadores donde mostrar la mercancía. Sucia y oscura, con calles anegadas o polvorientas por donde circulaban carruajes y caballos. Era una ciudad más bien plana donde lo que sobresalía en las alturas eran las cúpulas de las iglesias con sus erguidas torres, donde tañían las campanas. Era casi el mismo panorama que habían visto los capitalinos durante los últimos cuatrocientos años, pues el México colonial, más pequeño e insalubre, no debió ser muy diferente; el alumbrado de la ciudad habría sido más raquítico aún pues consistía sólo de hachones y se desconocían las propiedades iluminativas del gas, pero las calles de la ciudad de día y de noche no habrían variado mucho.

Podemos suponer que la vida cotidiana de la gente era similar a la que había seguido en todo este lapso. Sus faenas se iniciaban al alba y terminaban con el crepúsculo, pocas cosas alteraban el diario quehacer y las que lo hacían se referían casi siempre a sobresaltos políticos o a algún fenómeno natural —epidemias, temblores, trombas— que modificaba la rutina. Más pobres o más ricos, más liberales o conservadores, los mayoría de los mexicanos vivían en las mismas ciudades en las que habían vivido sus antepasados y en las mismas condiciones.

¹⁴ "En el vago reflejo del alba fría temblaban las sombras, se desvanecían los contornos de las casas, y una puerta aquí, una tos allá, un paso cansado más lejos, iniciaban el movimiento de las diarias faenas." Campo, *La Rumba op. cit.* p. 288

Heriberto Frías refiere que antes de que llegara Díaz a la presidencia, en la Ciudad de México las feas y estrechas calles no recibían el nombre de bulevares; el centro de reunión de los “vagabundos de levita” apenas pasaba del Portal de Mercaderes y la primera y segunda calles de Plateros; para emborracharse no había sino cantinas y para comer a lo *chic* se contaba tan sólo con las fondas de La Concordia y el Fulcheri, o los catés del Cazador y Manrique. Fuera de esto “todo era Cuautitlán y Santa Anita”; Chapultepec no era un moderno parque frecuentado por lujosos carruajes, con avenidas orladas de prados y jardines ingleses, sino un bosque con maleza, frondas y ramajes vírgenes donde se realizaban escenas “obscenas” en las que las mujeres de la vida alegre bebían y coqueteaban, o flirteaban, como se diría después ¹⁵

Indirectamente, el ayuntamiento era también responsable de estos excesos ya que por razones económicas, ordenaba que el alumbrado público no se mantuviera encendido toda la noche, lo que provocaba que “apenas se apaga[ba] la luz eléctrica, com[enzaran] allí mil escenas inmorales”.¹⁶ La luz, natural o artificial, generaba una sensación de seguridad en la población, mientras que la oscuridad de la noche se asociaba a fuerzas negativas, como escribió Manuel Gutiérrez Nájera en su poema *Tristísima Nox*:

Dios deja errar lo malo y lo deforme
en las sombras nocturnas: de su encierro
salen brujas y fieras y malvados¹⁷

Pero hasta 1900, cuando ya existía una red eléctrica más o menos extendida y con una intensidad homogénea en la capital, las bombillas tenían altibajos de luz e incluso podían quedar completamente apagadas por desperfectos, los postes estaban colocados muy alejados unos de otros dejando zonas en completa oscuridad. Además, como muchos de los focos instalados eran de

¹⁵ Concha escuchó una voz destemplada cantando coplas obscenas y un estribillo de mujeres ébrias [. . .] Y vi dentro del coche que volvía un grupo inolvidable, dos hombres y dos mujeres que bebían y cantaban.

—¿De dónde viene esa gente? — preguntó estremecida

—¿De dónde ha de ser, niña: de Chapultepec!— respondió el cochero” Frías, *op cit.* p. 72

¹⁶ *El Monitor Republicano* 7 junio de 1883.

arco,¹⁸ su intensa luz opacaba por completo aquella que emitían las lámparas de gas y aceite, creando un efecto contraproducente en el que, si bien algunas calles se alumbraron más, pareció también que la mayoría había oscurecido,¹⁹ proporcionando "a los rufianes y mesalinas [. . .] la oportunidad de lucir sus conocimientos los unos y su descarado y desvergüenza las otras"²⁰

Las compañías²¹ que proporcionaban el alumbrado cobraban en función de las horas y la cantidad de lámparas que estaban encendidas en la capital, por lo que el ayuntamiento daba instrucciones de cuándo y a qué hora debían prenderse. En los primeros años se contaba con iluminación desde las 7:00 p.m. hasta las 11:30 ó 12 de la noche en la mayor parte de la ciudad, dejando algunas zonas del centro con luz hasta la madrugada. El peligro, entonces, era no sólo para los pocos que salían en la noche sino también para los que madrugaban para asistir a sus faenas diarias y andaban muy de mañana y a oscuras por la calle; corrían todos el mismo riesgo de ser abordados por maleantes o de romperse la crisma en hoyos, atarjeas, escombros o charcos que abundaban, por lo que se solicitó a las autoridades que si no se reparaban, al menos se alumbraran con faroles para poderlos localizar, "¡luz, luz! — escribiría *El Monitor Republicano*— No hablamos de una mujer que así se llame, sino que pedimos se alumbren por las noches con faroles los hoyancos"²²

En 1890 había, en los 9 kilómetros cuadrados que tenía la Ciudad de México, un total de 2 054 luces de todas las variedades, que producían un total

¹⁷ *Manuel Gutiérrez Nájera, op. cit.*, p. 428

¹⁸ Los focos de arco eran tan brillantes como podría ser un reflector actual

¹⁹ "Sea por el contraste que forma la iluminación de la carrera de la Alameda a la Plaza Principal, con lo de las calles restantes; sea porque es malísima la calidad del gas, el hecho es que poco menos que en tinieblas se encuentra la mayor parte de la ciudad. Y como no somos búhos los buenos habitantes de México, no nos encontramos a gusto en medio de las sombras." *El Nacional*, 6 de junio de 1883.

²⁰ *El Monitor Republicano*, 22 de septiembre de 1881. Se refiere a las calles del Estanco de Hombres y los Parados.

²¹ Desde 1865 y hasta 1896, la Compañía Mexicana de Gas y Luz Eléctrica —en adelante CGLE— concentraba el servicio de alumbrado en la capital, a partir de entonces la empresa alemana Siemens y Halske obtendría la concesión en concurso público y en 1898 conformaría la Compañía Mexicana de Electricidad. Estas dos empresas, más la Cia. Explotadora de San Ildefonso, serían absorbidas en 1905 por la Mexican Light and Power Co. que monopolizaría el servicio hasta el final del porfiriato y por muchos años más.

de 616 046 bujías, donde, al parecer, una bujía es equivalente a una vela; de esas luces, 300 eran focos eléctricos. La ciudad tendría una nueva división a partir de su alumbrado: mientras una gran parte de ella mantuvo el alumbrado de gas hasta 1899, en el noroeste y el oeste se incrementaron las inversiones en luz eléctrica como respuesta al crecimiento que se iniciaba hacia esos rumbos y que vería, en las colonias Guerrero, Santa María, San Cosme, San Rafael, Arquitectos, la Reforma y Bucareli sus primeros desarrollos habitacionales bajo un concepto moderno de urbanización²³ Pocos años después empezaría también la electrificación de las colonias Chapultepec y Escandón con la Compañía Mexicana de Electricidad. Obviamente, esta división territorial reflejaba al mismo tiempo una separación del nivel económico de la población.²⁴

Antes de que se lograra uniformar el servicio eléctrico, los sistemas de alumbrado circunscribían las zonas "buenas" y "malas" de la capital, donde las más apartadas del centro, y por ende las peor iluminadas eran las más peligrosas. Humildemente, la población pedía para ellas "aunque sea los farolitos viejos [] y que no se les pongan luces de gas, siquiera de aceite, o de manteca."²⁵

Para todos los que no vivían en las zonas favorecidas por un mejor alumbrado, la oscuridad en que vivían les recordaba día con día su propia condición, pues a partir de entonces la noche había adquirido otro sentido; ya no era, como antaño, un fenómeno natural, sino el recordatorio de que había un mundo inalcanzable para la mayoría, uno que sólo podrían admirar por su resplandor, pero siempre desde lejos. La noche haría una nueva división social de la población en el porfirato, separándola en los que sí podían disfrutar de la

²² *El Monitor Republicano*, 19 de septiembre de 1883.

²³ Rafael Arizpe. *El alumbrado público en la Ciudad de México*. México Tip y Lit "La Europea". 1900, p. 98.

²⁴ "Las avenidas de Juárez, Hombres Ilustres, Humboldt y Patoni, a pesar de que a cada diez varas existe un farol de gas, no se puede transitar de noche por ahí, porque no se ve uno ni las manos. La luz eléctrica ya alumbrá menos que el gas y no hay un solo regidor que vea, a pesar de que todos tienen ojos." *El Monitor Republicano*, 7 de octubre de 1884.

²⁵ *El Monitor Republicano*. 14 de marzo de 1889.

frivolidad y el glamour nocturno y en los que tenían que trabajar como vendedores, choferes, acomodadores de teatros o meseros para que aquellos pudieran gozar de las noches finiseculares.

A su vez, la jornada de los capitalinos empieza a dividirse en dos, una que se realiza de día y otra de noche. En ellas tienen sus actividades los diferentes actores de la sociedad reforzando la separación social del día, pues mientras en las primeras horas de la mañana los obreros, burócratas, técnicos y empleados salen a realizar sus faenas cotidianas, por las noches lo hacen algunos trabajadores también, pero el nuevo sentido de la noche es para el sector que está en posibilidad de disfrutar las diversiones, entretenimientos y placeres que ha originado la electricidad, sector que duerme en las mañanas para recuperar sus fuerzas y empezar de nuevo con su rutina, a partir del mediodía, tomando un aperitivo en algún café de moda.

Para la mayoría de los pobres, para quienes hasta una vela de sebo es un lujo que no pueden aprovechar todos los días, la noche seguirá siendo refugio para descansar y dormir. Pero en la nueva dinámica citadina, ella será la gloria de *pollos* y *lagartijos* ávidos de diversión.

III. LOS ESPACIOS PÚBLICOS

Ya se me acabó el ocote,
¡qué desgraciada fortuna!
¿Para qué queremos luz,
habiendo una hermosa luna?

Canción del pastelero

LA LUNA

La segunda mitad del siglo XIX marcó en México una frontera entre los usos y costumbres muy apegados al ritmo de la naturaleza, y los nuevos hábitos adquiridos a partir de la Revolución Industrial y la tecnología a la que dio lugar y que empezó a conocerse en el país por estos años.

En cuanto a la iluminación, antes de la llegada de la correspondiente tecnología, la naturaleza marcaba los horarios y los calendarios de la población, y regía su vida: mientras brillara el sol habría actividad en las ciudades, pero en las noches era diferente pues ¿qué pasaba cuando la luna caprichosa no alumbraba o decidía simplemente esconderse tras las nubes?

Sabemos que así como el sol determina calendarios y la medición del tiempo, la vida nocturna había estado atada siempre al ritmo de la naturaleza, en particular a las fases de la luna. Así, en las noches de luna llena prácticamente todas las ciudades y pueblos organizaban sus celebraciones; de hecho, los calendarios lunares ofrecían a sus usuarios la posibilidad de anticipar el plenilunio. Y sean o no lunares, todos los almanaques del mundo informan aún hoy sobre las fases de la luna, como un legado de aquella atávica dependencia a su luminosidad.

Era una necesidad impuesta por la naturaleza que la vida nocturna de la población estuviera sujeta a las fases de la luna misma que se conservaría al surgir los primeros sistemas de alumbrado artificial —allá por el año 1700— con hachones o cazuelas prendidas. Entonces, la iluminación quedó también atada al calendario lunar, pues prevaleció la política de que si el astro brillaba

en el cielo se prescindiría de cualquier otro tipo de iluminación. Conforme se fueron realizando progresos y a pesar de que la luz podía ser manipulada a voluntad por el hombre, la luna siguió rigiendo, hasta el siglo XX, el calendario de los días que se prendían y apagaban los faroles, las lámparas o los focos, conservando la tradición de respetar su presencia en el cielo. Como afirmó Manuel Gutiérrez Nájera en su peculiar estilo: "cuando el añalejo anuncia noche de luna, el ayuntamiento suprime el alumbrado"¹

La noche y la luna creaban una atmósfera especial, inspiradora de la labor de poetas y literatos: "Vosotros, los que sois poetas, ¡seguid, seguid cantando a la hora del crepúsculo, y haciendo comparaciones entre nubes y cortinajes, y rumores y besos, y lirios, y virtudes!" escribiría Francisco Zarco², mientras que el Duque Job cantaría en el poema *Efímeras*:

¿Y dónde, triste y bellas,
van las pálidas estrellas
cuando aparece la luz?
Toda muerte es aparente;
el sol renace en Oriente,
surge la luna en el mar³

Pero ¿qué pasaría con la eterna presencia de la luna y las estrellas cuando otra luz opacara su brillo, cuando la "pálida reina de las noches", como llamó Gutiérrez Nájera a la lámpara, fuera también fuente de inspiración de los poetas? ¿Acaso perdería también esta prerrogativa sobre la vida de los mexicanos? Seguro que no, porque lo que pretendían los focos era semejar la luminosidad lunar. Igual que la naturaleza alumbraba la noche, las ciudades se iluminaron con los grandes focos de luz eléctrica que emulaban a la luna, mientras que las pequeñas lámparas incandescentes simulaban las estrellas del cielo. Se mantendría pues el peso de la luna y las estrellas como una

¹ Manuel Gutiérrez Nájera, "Aventuras de Manón (Recuerdos de ópera bufa)", *Mañana de otro modo*, ed. selec. y notas de Yolanda Bache Cortés, et al., pról. de Ana Elena Díaz Alejo, presentación de Fernando Curriel, México: UNAM, 1995, p. 91

² Francisco Zarco, "El Crepúsculo en la ciudad", *Escritos literarios*, México, Porrúa, 1980, p. 173

³ *Poesía Modernista. Una antología general*, sel., pról., notas y cron. de José Emilio Pacheco, México, UNAM, 1982, p. 56.

referencia de lo que la luz inventada por el hombre quería parecer, de lo que deseaba aparentar, pero sobre todo, de lo que podía dominar

Y es que, en efecto, la invención de la luz artificial, y en especial de la luz eléctrica, es uno de los fenómenos en que el hombre ha podido igualar el poder de la creación, robando al sol y a la luna su monopolio sobre la iluminación exterior, prolongando la labor de aquel, tal y como lo señaló Rafael Arizpe al afirmar: "...nosotros, los buenos meridionales, nos curamos la nostalgia del astro rey con la luz eléctrica que es la que más se le parece"⁴

Pero el ser humano no sólo le robó su monopolio para alumbrar al sol y a la luna, más que eso, se quedó con el poder de decidir cuándo prenderla o apagarla, y llevó hasta el interior de los hogares una luz deseada y acariciada, atrapada en la lámpara de globo opaco "pendiente de la viga central [...] que cada noche prestaba su claridad lunar a los raptos poéticos de la romántica Magdalena"⁵

La humanidad adquiere el poder para controlar⁶ la luz nocturna, pero aun así es incapaz de dejar atrás la añeja costumbre de respetar la presencia de la luna en el cielo para que sea la única que brille. Por eso, cuando se esperaba que alumbrara el astro las autoridades decidían no encender ninguna lámpara, con lo cual, si acaso era una noche nublada o lluviosa, la ciudad estaba prácticamente a oscuras, pero había que venerar la alta investidura de este cuerpo celeste "Cada vez que la luna debe alumbrar sobre el horizonte, las calles todas se encuentran en la más pavorosa oscuridad; [...] en el momento en que los agentes de la Comisión de alumbrado leen en el calendario que la luna debe brillar, ordenan que todo quede apagado."⁷ Esto se debía en gran medida a que el ayuntamiento deseaba ahorrar lo más que se

⁴ Rafael Arizpe. *El alumbrado público en la Ciudad de México*. México, Tip y Lit La Europea, 1900, p 88.

⁵ Rafael Delgado, *La Calandria*, México, Porrúa, 1970, p 47

⁶ Peter Gay afirma: "Freud habló más de una vez, de pasada, de un instinto de dominio, y yo incluyo bajo la rúbrica de agresión el impulso del hombre por controlar su entorno mediante los inventos tecnológicos, políticos, estéticos y sociales". De acuerdo con esta hipótesis, el control sobre la luz —vía la electricidad— entraría en la definición de dominio. Peter Gay, *La experiencia burguesa. De Victoria a Freud I La educación de los sentidos*, México. FCE, 1992 p 14

⁷ *El Monitor Republicano*. 10 de noviembre de 1886

podiera en el ramo de la electricidad,⁸ aunque también debemos agregar que el proceso de alumbrado público estaba naciendo apenas y era difícil desplazar por completo a la atmósfera lunar de la noche con una luz que, como veremos, resultó molesta para muchos.

Esta costumbre de apagar el alumbrado se mantuvo durante todo el siglo XIX e incluso hasta los primeros años del XX cuando, a fuerza de demostrar que se requería de luz toda la noche, durante todo el año, las autoridades fueron modernizándose y eliminaron la condición de que no hubiera luna llena para prender los focos. Fue un largo proceso de lucha contra la arraigada tradición lunar, que implicó incluso denostar al astro para convencerse de que ya su luz no era suficiente o que acaso no lo era “para que sus pálidos rayos iluminen nuestros pasos”, los pasos de la modernidad, podemos agregar

Las condiciones en que se encontraba el alumbrado de las noches decimonónicas son descritas por Antonio García Cubas de la siguiente manera

preciso es hacer de las noches tres importantes distinciones: 1ª, noches de absoluta oscuridad; 2ª, noches de verdadera luna, y 3ª, noches de luna oficial, siendo de notar que poco temor infundían las primeras, ninguno las segundas y mucho las terceras; de suerte que por causa de éstas, ganas daban de rogar a la Divina Providencia que se dignase transportar a muy remotas regiones a la casta Diana para que fuese a ser, en lejanos mundos, la dulce confidente de otros amores y nos libertase de las tendencias económicas de nuestros ediles⁹

Las noches de oscuridad absoluta no eran de temer porque simplemente no había nada qué hacer en ellas; las de verdadera luna alumbraban de manera suficiente para la escasa movilización nocturna, pero, en efecto, se temía que el calendario marcara que habría luna porque entonces el ayuntamiento

⁸ “La luz eléctrica es un objeto de lujo que no podemos proporcionarnos más que de vez en cuando.” *El Monitor Republicano*, 7 de julio de 1882. No debemos ignorar que el proceso de iluminación tuvo un lento andar porque la producción misma de energía eléctrica no era suficiente para un gran abasto. Éste se generaba en plantas termoeléctricas ubicadas en puntos estratégicos de la capital, desde donde se enviaba la corriente a los puntos que lo necesitaran. Al mejorar la generación de la electricidad fue factible la sustitución total de la luz lunar por la artificial.

⁹ Antonio García Cubas *El libro de mis recuerdos*. México, Patria, 1945, p. 153

sumergía a la población en la más enfadosa tiniebla, haciendo de las fases una cuestión de presupuesto dejando en la oscuridad a la capital cuando se suponía que el satélite debía brillar con el fin de ahorrar con ello algunos pesos.¹⁰ Esta situación les hizo ganar el mote de “inspectores de la oscuridad” a los “inspectores de la luz” al hacer que los transeúntes caminaran palpando las paredes para no sufrir algún accidente.

Las referencias a la luna y las estrellas se mantuvieron en las crónicas de la época, ya por su presencia o, como también se dijo, porque brillaba por su ausencia y entonces los capitalinos en la oscuridad, “verían, sí, las estrellitas, pero a cada tropezón” De esta manera, en algunos meses, cuando el cielo no se iluminaba como debía hacerlo durante las noches de luna y además la ciudad perdía su luz artificial, por suponerse iluminada por aquella, se creaba una combinación que la sumía en la oscuridad y lo que ella implicaba: inseguridad, temor, muerte.

A partir de la ampliación del servicio de luz eléctrica se fue cerrando un círculo en el que el requerimiento de mayor iluminación era producto de que la vida nocturna de las ciudades se había incrementado; pero ésta surgió, se inventó y creció precisamente porque con la nueva luz se hicieron más accesibles los paseos nocturnos. Se generó así un círculo virtuoso en el que a mayor luz, más vida nocturna, y a mayor vida nocturna, más requerimiento de luz.

Pero a pesar de esta demanda real que surge en la capital en los últimos años del XIX y que se incrementa considerablemente en el XX, el alumbrado de la capital no se mantenía durante toda la noche, como se aprecia en las cláusulas del contrato de 1896 celebrado con la empresa Siemens y Halske, según el cual los horarios de la capital se dividirían en tres grupos:

1º El servicio permanente que se aplicaría en los lugares más amplios y con mayor tráfico nocturno de la capital. Los focos de 2 000 bujías se

¹⁰ “¿Por qué para buscar economías no se establece el sistema de que cuando llueve, durante la época de las fuertes lluvias, se economice el agua se corte en las cañerías la corriente del líquido que llega a la Ciudad, y si no llueve tanto peor con que el calendario lo diga ha salvado su responsabilidad el

encontrarían en “las plazas y jardines de la ciudad, en la Alameda, en la avenida Juárez, en la calzada de la Reforma y en todos los cruces de las calles céntricas”¹¹ Este alumbrado era permanente porque se prendía a diario pero no durante toda la noche, se apagaba siempre a las 4:30 de la madrugada, salvo del 28 de febrero al 14 de agosto en que lo hacían a las 4:15, seguramente porque la noche era más corta. El encendido, según este contrato, se haría entre las 6 y las 7 de la mañana dependiendo de las estaciones del año.

2º El servicio variable que, con luces menos intensas “corresponde a la parte exterior de la ciudad, donde la población es menos densa y donde el movimiento es menor y cesa más temprano”¹² En estas zonas el servicio variaría de una a otra época e incluso de una a otra noche dependiendo de la luna.

3º El servicio auxiliar completará el alumbrado de ciertas calles que requieren de mayor cantidad de luz durante las primeras horas de la noche, nunca permanecerá encendido más de cinco horas.

Esto significaba que en las noches en que la luna no brillaba en todo su esplendor, y que eran la mayoría, la ciudad se mantenía en completa oscuridad durante algunas horas de la noche.

Por otra parte, al ampliar el horario y extender la intensidad de la luz a zonas más vastas se tuvo acceso a un nuevo tipo de regulación del tiempo y se dejó atrás el vínculo natural y primario de vivir durante el día y dormir durante la noche; de vivir con la luz del sol y dormir cuando ésta se retiraba en el crepúsculo. Como escribiera Francisco Zarco: “Ese es el crepúsculo de la humanidad, crepúsculo tenebroso que no ilumina ninguna estrella, noche sin luz de luna, sin alba”.¹³

La vida cotidiana de los que antes seguían este patrón —incluso de trabajo, pues en las sociedades preindustriales el trabajador labora bajo sus

ayuntamiento, como sucede en las noches de luna?” *El Monitor Republicano*, 10 de noviembre de 1886

¹¹ Rafael Arizpe, *op. cit.*, p. 164

¹² *Ibid.*, p. 165

propias condiciones— se rompe con la llegada de la electricidad. Si la gente se despertaba al alba y se retiraba a descansar al crepúsculo era porque no se podía hacer mucho en la oscuridad, o aun con una o varias velas, por lo que más valía seguir el ritmo de la naturaleza

Sin duda, la nueva luz generaría una nueva vida, pero en los primeros años del siglo XX esto no significaba que la luna hubiera perdido su jerarquía, ya que continuaba atando el ritmo de una gran ciudad, la de México, a su férrea disciplina. Fue en los últimos años del porfiriato cuando se dispuso que la luz eléctrica se mantuviera encendida durante toda la noche; hasta entonces, la luna fue la única presencia constante pero cíclica en el cielo pues, aunque estuviera en cuarto menguante o en fase de luna nueva, los capitalinos disponían de una luna artificial diseñada por los dueños de la joyería La Esmeralda en 1897 con focos incandescentes que suplía la ausencia real del astro.¹⁴

Cuando el uso de los focos se extendió, la luna se percibió de manera distinta: ya no fue la gran iluminadora de las ciudades, pero se consolidó como la fuente de inspiración de poetas, músicos y amantes: “Y hubo canto aquella noche, sí que lo hubo, a la luz de la luna” o “las canciones melancólicas a la luz de la luna”.¹⁵

En efecto, la figura lunar se evocaría de muchas otras maneras entre la población y ella mantendría su papel como la única luz posible en los espacios no urbanizados, en aquellos lugares donde la electricidad no había contaminado hábitos y costumbres milenarias, en donde las personas seguían aún ciclos naturales actuando de día y durmiendo de noche.

¹³ Francisco Zarco. *op. cit.*, p. 172

¹⁴ *El Imparcial*, 16 de septiembre de 1897

¹⁵ Rafael Delgado, *op. cit.*, p. 21

DE LA LUNA Y LAS ESTRELLAS AL FOCO ELÉCTRICO

El proceso de iluminación de los espacios públicos y privados habría de seguir y en su camino se irían quedando atrás aquellas costumbres y ritmos atados a la naturaleza. Entre la luz nocturna absolutamente lunar y la electrificada habría un largo periodo en el que la capital recurrió a muchas variantes de alumbrado artificial

Antes de que llegara el alumbrado eléctrico al país (y en realidad al mundo), la población iluminaba sus calles con antorchas, velas o lámparas de aceite, petróleo o gas (éstas últimas las más complejas y las que anteceden a la electricidad en su uso y en su modernidad). Las antorchas se utilizaron desde que el ser humano fue capaz de identificar los diferentes usos del fuego: para calentar, para cocinar y para iluminar¹⁶ Entre este punto y la invención del pabilo debieron pasar muchos años y prácticamente una revolución tecnológica ya que el pabilo permitió la manipulación y el control de la flama.¹⁷ Su uso se aplicó especialmente en los espacios cerrados y generó una sensación de posesión y dominio del fuego inalcanzable hasta entonces

Las antorchas también fueron fundamentales en el alumbrado de los lugares abiertos, principalmente cuando aún no se establecía como política oficial la iluminación pública. Entonces, había jóvenes y niños que llevaban una antorcha y que ofrecían sus servicios al mejor postor para alumbrar el camino y evitar accidentes o robos; también había la posibilidad de llevar su

¹⁶ No sólo eso, fue tan simbólica y representativa la presencia del fuego dentro de las sociedades antiguas que el poseerlo o no dentro de las casas era parámetro para el cobro de impuestos. "El Imperio bizantino, tan opulento como el de Bagdad [] deriva sus rentas del impuesto en el catastro, y del impuesto de capitación contribución fija establecida por "lumbre", es decir, por hogar" Jacques Pirenne, *Historia Universal. Las grandes corrientes de la historia Desde el Islam al Renacimiento (siglos VII al XVI)*, Panamá, Editora Volcán 1965, vol II, p. 76

¹⁷ Según Wolfgang Schivelbush la aparición de la mecha para fines de alumbrado fue tan importante en su historia como lo fue la rueda en la del transporte. "The wick was as revolutionary in the development of artificial lighting as the wheel in the history of transport." En *Disenchanted Night. The industrialization of light in the nineteenth century*. California, The University of California Press, 1995, p

propia luz para iluminar el camino, aunque al hacerlo se corría el riesgo de ser identificado, pues la antorcha no sólo servía para ver, sino para ser visto. Era necesario entonces identificarse ante la consabida pregunta de "¿Quién vive?"

Con las primeras disposiciones para colocar mecheros en las puertas y ventanas de las casas, para el caso de México en el siglo XVIII bajo el gobierno del virrey Joaquín de Montserrat, se emitió un bando que ordenaba mantener iluminada la ciudad desde las oraciones hasta después del toque de queda que se daba a las diez de la noche: "para que de este modo estén uniformemente iluminadas las calles, y por este medio se eviten insultos, pecados y perjuicios que la oscuridad alienta y provoca".¹⁸ Este sistema dependía, sin embargo, de la buena voluntad de los vecinos que no siempre estaban dispuestos a cooperar con el gobierno, con lo que se nulificaba la buena intención del bando expedido.

La oscuridad obligaría al segundo conde de Revillagigedo, Juan Vicente de Güemes, a establecer en 1790 un sistema de alumbrado público en las calles de la ciudad; fue entonces cuando surgió una figura que sería protagónica en el siglo XIX y que aparecería de manera recurrente en la literatura y litografías de la época: el llamado "guardafarolero", que con el tiempo adquirió el nombre de "sereno". Sería este personaje el responsable de sorprender a los maleantes o de interrumpir tórridos romances callejeros

Son clásicas las imágenes de los "serenos" con su gran capa, su sombrero, la escalera y la lámpara en mano con la que van alumbrando el camino y encendiendo los faroles a su paso; persiste aun la evocación de estos hombres gritando su pregón nocturno: "¡las once y sereno!"

El encendido de las lámparas empezaba en el crepúsculo y requería que se fuera haciendo una por una, por lo que los serenos formaban parte de la escenografía nocturna y su recorrido podía seguirse conforme iban prendiendo las luces, trepados en su escalera y atizando los faroles para que emitieran un fulgor débil e indeciso sobre las calles. Evidentemente, si las luces

¹⁸Emilio Carranza Castellanos, *Crónica del alumbrado de la ciudad de México*, México, Nueva

no se encendían ellos se convertían en los villanos de la escena, ya que su falta implicaba pasar la noche a oscuras.¹⁹ De hecho, estos hombres no gozaban de una buena reputación y eran constantemente criticados por la población y las autoridades ya que sus servicios eran contratados por la compañía que ofrecía el alumbrado.²⁰ El presidente municipal de 1883 se expresaba al respecto en los siguientes términos:

El contratista respectivo tiene a su servicio una cuadrilla de encendedores, insuficientes en número y poco celosos del cumplimiento de sus obligaciones. De esto se origina que, en las primeras horas de la noche, una parte de la ciudad, sujeta a esa clase de alumbrado permanece a oscuras. El ayuntamiento estará en su perfecto derecho si exige mayor intensidad luminosa en los aparatos y un servicio más eficaz y exacto por parte de los encendedores.²¹

La capital se mantuvo "iluminada" con 1 500 faroles durante buena parte del siglo XIX, hasta que en 1869 se incorporaron al alumbrado capitalino las lámparas de gas,²² que se colocaron por primera vez en las calles de Plateros y San Francisco. Quizá más que por la luz que proporcionaban estas lámparas, que no era buena ni constante, su instalación fue importante porque con ella se otorgaría la concesión para el suministro de alumbrado público a la Compañía Mexicana de Gas y Luz Eléctrica, empresa que, gracias a los buenos oficios de su representante Samuel B. Knight, monopolizaría el señalado mal servicio desde ese año hasta 1896, y sentaría el precedente para entregar a manos extranjeras la concesión del servicio eléctrico durante casi un siglo de historia mexicana.²³

Dimensión Gráfica 1991 p 18

¹⁹ " por abandono de los encendedores del gas, las calles carecen de luz" *El Monitor Republicano*, 22 de mayo de 1880.

²⁰ Los encendedores, como también se les conoció, usaban uniformes (los cuales no siempre se encontraban en buen estado) y debían traer consigo una buena dotación de cerillos. La gran demanda de lumbre haría que la industria cerillera tuviera gran auge en esta época, entre otras cosas para prender todo el alumbrado nocturno, ya fueran velas, lámparas de aceite o de gas.

²¹ *Reseña leída por el C. Presidente Municipal en nombre de la corporación que funcionó en 1883.*

México, Imprenta Francisco Díaz de León, 1883, pp. 51-52.

²² Cuando se descubrió que el gas podía prenderse, se le llamó gas flamable o espíritu; antes de que se descubriera su uso como sistema de iluminación se utilizó en la magia.

²³ Samuel B. Knight podía aparecer en los periódicos y actas del ayuntamiento como el Sr. Night. Kneit o

En la década de los años setenta del siglo XIX, la vida diaria de los capitalinos, sin embargo, no se modificaría mucho con la entrada de las lámparas de gas en lo que respecta a la calidad del alumbrado que ofrecían, pues era similar al que proporcionaban los faroles de aceite: su luz provenía de una flama. Sin embargo, sí fue importante por el avance en la manera de suministrar el combustible a la lámpara

Hasta este momento, el guardafarolero o sereno era el encargado de trepar por la escalera,²⁴ prender, apagar, llenar el depósito y mantener en buen estado el farol de aceite. Con la llegada de la lámpara de gas sus funciones cambiarían. Conforme avanzó la tecnología se construyeron cañerías de gas que iban de un depósito central a cada lámpara para suministrarles el combustible necesario. La labor del sereno sería, entonces, la de encender y mantenerlas en buen estado, pero ya no había que llenarlas de aceite ni apagarlas, pues para hacerlo bastaba tan sólo con cerrar el suministro

Las lámparas de gas ofrecían una luz apenas un poco mayor que la de las velas, por lo que el alumbrado de las calles de la ciudad, donde lo había, era pobre. No obstante, el asunto era tan importante que los capitalinos tenían un conocimiento absoluto sobre el dinero que se invertía en este ramo, pues los diarios daban una relación pormenorizada sobre cuánto y en qué se empleaban los recursos

Al igual que metrópolis como París, México impulsó el uso del alumbrado exterior no sólo para alumbrar las calles sino también para ofrecer seguridad a sus habitantes y evitar robos y excesos. Por su parte, Londres, primera ciudad del mundo en utilizar el alumbrado de gas y el eléctrico, ya que lo empleaba en sus fábricas para un uso esencialmente industrial, mantuvo oscuras sus calles. La seguridad de la población corría por cuenta de ella misma, por lo que ese país desarrolló un sistema de seguridad doméstica con

Neyt Para mayor abundancia sobre los contratos y negociaciones de Knight para conservar la concesión del alumbrado capitalino, véase Ariel Rodríguez Kuri, *La experiencia olvidada. El ayuntamiento de México: política y gobierno 1876-1912*, México. UAM-Azcapotzalco-El Colegio de México, 1996, y Emilio Carranza Castellanos, *op. cit.*, p 18

²⁴ En marzo de 1881, el ayuntamiento autorizó el gasto de 300 pesos para comprar 100 escaleras para los

base en el uso de los candados Yale.

A la luz que proporcionaban las velas, los faroles de aceite y las lámparas de gas se sumarían, en 1880, los focos eléctricos, con los que la Ciudad de México tuvo una verdadera gama de sistemas de iluminación²⁵ en la que se podía identificar claramente el tipo de alumbrado con una etapa de nuestra historia: la Colonia (velas, aceite), la Independencia (aceite o trementina) y el México moderno y progresista (gas y electricidad).

Como el alumbrado, así era también la población de la ciudad; los más vivían en condiciones precarias, alejados del primer cuadro, usando velas dentro de sus hogares mientras sus calles se encontraban sumidas en la oscuridad; otros menos pobres contaban tal vez con lámparas de aceite o trementina en sus casas y quizás en algunas se alumbraban los exteriores. Las mejores calles y casas contarían con lámparas de gas y sería en ellas donde se empezaría a colocar los primeros focos eléctricos. Evidentemente los sistemas más arcaicos correspondían a los más pobres y los más modernos a los más ricos. Debieron pasar varios años, no obstante la variedad, para que la electricidad fuera realmente efectiva como medio de iluminación y para que pudiera decirse que el foco eléctrico había sustituido a las estrellas y a la luna

EL IMPULSO A LA ELECTRIFICACIÓN

Dentro de las obras de renovación urbana realizadas a lo largo del porfiriato, la electrificación fue prioritaria; de hecho, fue el segundo ramo de infraestructura que mayor inversión atrajo, sólo por debajo de aquella que se realizó en los ferrocarriles.

Invertir en la electrificación respondió a diversos factores que convergen en un momento preciso. Por un lado había el interés gubernamental por la mencionada modernización, aun a pesar de que en la década de los ochenta la

serenos. *El Monitor Republicano*. 16 de marzo de 1881

²⁵ "El alumbrado de la capital es el más variado, de los que tiene cualquiera otra capital todo añadido a una oscuridad en que no se ve uno ni las manos." *El Monitor Republicano*. 19 de octubre de 1884

electricidad hacía apenas sus pininos en las ciudades más industrializadas, por lo que destaca la visión de los porfiristas para atraer inversiones a un ramo que en muchos países se hallaba en fase experimental para su uso en el alumbrado (ni hablar de las aplicaciones que tendría en otras áreas y que serían descubiertas más tarde).

Por otra parte, hay dos condiciones más para la introducción de la electricidad en México: la primera se refiere a la gran presión que ejercía la opinión pública sobre el nefasto servicio de alumbrado de la capital, el cual más que dar luz parecía generar sombras, y la segunda, el hecho de que, como hemos mencionado, la concesión para su iluminación estaba en manos de una compañía extranjera, misma que debió saber de las cualidades de la electricidad y por ello la ofreció al ayuntamiento de la ciudad.

Sea como fuere, es incuestionable que la capital del país se colocó a la vanguardia en cuanto al alumbrado público cuando realizó los primeros experimentos con lámparas de arco (eléctricas) en 1880²⁶ En este sentido, cabe destacar que México llevaba a cabo ensayos como los que se realizaban en París y en Londres, la capital de la Revolución Industrial y quizá uno de los países más avanzados en ese momento²⁷

POR QUÉ EL ALUMBRADO ELÉCTRICO

La queja por una falta de alumbrado público era una constante de la población metropolitana, reflejada tanto en las solicitudes al ayuntamiento registradas en las Actas del Cabildo²⁸ como en las que se hacían a través de los diarios, otro

²⁶ Vale la pena mencionar, que la única empresa en el mundo que fabricaba este tipo de lámparas era la compañía alemana Siemens and Halske y que, para 1890, había fabricado 1850 lámparas que se encontraban repartidas por el mundo. algunas de ellas en México. Cfr Wolfgang Schivelbush, *op. cit.*, p 120.

²⁷ "Leemos en un periódico extranjero. Acaban de hacerse en Londres, nuevas pruebas del alumbrado eléctrico, empleando las lámparas Siemens [.] En París acaba de obtener también una compañía autorización para establecer el alumbrado eléctrico en ciertas vías públicas" *El Monitor Republicano* 13 de septiembre de 1881

²⁸ Según Ariel Rodríguez Kuri, el número de solicitudes de alumbrado entre 1881 y 1903 asciende a 115 de acuerdo con información recopilada en el Archivo Histórico de la Ciudad de México, los diarios por su parte hacen también múltiples menciones sobre calles o colonias que solicitaron iluminación, en las que

órgano importante de expresión ciudadana. Era evidente que la ciudad permanecía a oscuras durante las noches y que, en la percepción de sus habitantes, ello significaba estar en peligro.

La capital iniciaba la década de los años ochenta con poca luz proveniente de las escasas lámparas de gas que ya estaban instaladas y de las muchas de aceite y de petróleo que aún iluminaban. En algunas ciudades del mundo ya se habían hecho experimentos desde 1870 con alumbrado eléctrico a través de las llamadas lámparas de arco, que habían probado su eficacia en espacios abiertos al proporcionar un gran torrente de luz a través de un foco alimentado por un dinamo. Si las lámparas de gas se medían en docenas de bujías, las de arco lo hacían en cientos. Podían ser, entonces, la opción ideal para alumbrar las principales calles y plazas.²⁹

En 1881 se harían los primeros experimentos con las lámparas de arco, pero dada la gran cantidad de luz que irradiaban, la gente —acostumbrada finalmente a la leve intensidad de la flama de gas— pedía que se le pusieran bombillas de cristal blanco a los focos para evitar la reverberación tan intensa.

Tras los primeros ensayos con la electricidad, las reacciones fueron de prudencia; la luz era “pálida pero viva” y se temía que lastimara mucho la vista. Asimismo, se consideraba un defecto el que su luz proyectara una sombra directa, sin penumbra alguna, situación que se debía corregir pues hasta que su luz se lograra difundir en la atmósfera como el gas, sin iluminar de lleno, lograría el apoyo de los mexicanos.

Debemos entender que son los años ochenta del siglo XIX, en los que el gas representaba lo más novedoso en materia de alumbrado público y, por ende, para la población, contar con lámparas de este tipo equivalía a vivir en la modernidad. Los sistemas eléctricos, por su parte, aún no estaban perfeccionados; su intensa luz, con altibajos e intermitencias, provocó que las

no siempre se dice qué tipo de alumbrado requerían. Véase Rodríguez Kuri, *op cit.*, p 214

²⁹ “The arc lamp gave a very bright light and looked promising as a method of illuminating large areas such as markets and railway stations, and for street lighting. For domestic use, however, a much smaller light was needed.” Brian Bowers *Lengthening the day: A history of lighting technology*, US, The Oxford University Press 1998 p 69. Por su parte, la invención del dinamo por Gramme y Siemens en

lámparas más solicitadas fueran las de gas. Además, las eléctricas no convencían, pues se desconocía qué tipo de consecuencias podían acarrear. Tal vez, como señalaba doña Candelaria en *Los fuereños*, de José Tomás de Cuéllar, producían la ceguera de la gente:

—Pues ya se ve, y ahora comprendo, Trinidad de mi alma, cómo es que hay en México una escuela de ciegos; en mi tierra no la hay, y ya caigo por qué: como en mi tierra no hay *eléctricas* ³⁰

A pesar de sus inciertas consecuencias, la electricidad empezaba a dar muestras de ser más eficiente que el gas y el aceite para alumbrar los exteriores; demostraba que su uso podía ser mucho más económico que el resto de los sistemas³¹ y, sobre todo, se auguraba, de manera visionaria, que su llegada marcaría el principio de una nueva época para el alumbrado de la ciudad

Hubo ensayos con luz eléctrica en la capital desde 1880, pero resulta significativo el realizado el 16 de septiembre de 1881, cuando doce robustas y elevadas columnas de madera con focos eléctricos iluminaron desde la primera calle de San Francisco “hasta más allá de la estatua ecuestre”.³² El nuevo alumbrado se aceptó en términos generales al haberse demostrado que su luz “no ofende a la vista” y que superaba a la del gas. Así, apuntaba *El Monitor Republicano*: “Aunque hemos dicho que el ensayo fue feliz debemos, no obstante [...] proponer algunas modificaciones; [...] que se aumente un poste con su respectivo aparato de luz en el centro de cada calle, y que se disminuya la altura de ellos, porque se ha observado que en el centro de las calles iluminadas había penumbra, y en los balcones y azoteas exceso de luz que nadie aprovecha”³³

Ya en 1883 se construyó una nueva “torre de hierro” que se colocó cerca

1867 fue fundamental para poder producir y disponer de la electricidad necesaria para alimentar los focos.
³⁰ José I. de Cuéllar (a. Facundo), *Los fuereños*, Santander, Imprenta y Litografía de El Atlántico, 1890 (La linterna mágica, segunda época, p. 29. El subrayado es del autor)

³¹ “Cada luz de gas en los faroles públicos cuesta anualmente 35 pesos cuando menos, y la luz eléctrica sólo 20 pesos.” *El Monitor Republicano*, 19 de agosto de 1885.

³² *El Monitor Republicano*, 20 de septiembre de 1881.

³³ *El Monitor Republicano*, 18 de septiembre de 1881.

de la estatua a Colón y alumbraba todo el Paseo de la Reforma. Estas torres “más altas que los balcones del primer piso” no eran sino los mismos postes que habían evolucionado para construirse de metal y tener así un mayor lucimiento. La calidad del alumbrado no se pudo apreciar según se dijo, sin embargo, sí se ponderó la estética de las torres, que eran de construcción ligera, de figura elegante y bastante altas.³⁴ Sus cualidades luminosas se ponían en duda y se afirmó que, de aumentar su número, “podemos asegurar que decididamente estamos condenados a vivir a oscuras”,³⁵ ya que los focos no sólo alumbraban irregularmente, sino que además sólo encendían los domingos y los días festivos, que no los feriados en que las familias también salían de paseo.

En estos primeros años de servicio eléctrico, circuló la creencia de que entre más alta fuera la columna, más espacio podría iluminar el foco, de tal suerte que unos cuantos alumbrarían toda la ciudad. Esta idea estaba extendida en otras partes del mundo, a tal grado que la construcción de una de ellas pudo haberse llevado a cabo en Francia tras un concurso celebrado en 1880. Las opciones eran, en este caso, edificar una gran columna de 360 metros de alto con un foco eléctrico que iluminaría todo París o construir la Torre Eiffel. Esta última propuesta resultó triunfadora porque se creyó que su realización sería más económica que la columna, sin embargo, la idea era tan atractiva que el propio Eiffel consideró la idea de colocar un foco en la cima de su torre, para iluminar toda la ciudad.³⁶ En México se presentó un hecho semejante cuando Nicolás Zúñiga y Miranda, un inventor mexicano, afirmó haber logrado extraer de la tierra y la atmósfera una chispa continua que alimentaría un foco colocado sobre una columna de 297 metros en la Plaza de la Constitución, mismo que bastaría para iluminar toda la capital como lo hacía la luna llena, bajo un ángulo de 45°.³⁷

³⁴ Véase *El Imparcial*, 24 de febrero de 1883 y *El Monitor Republicano* 13 de marzo de 1883.

³⁵ *El Monitor Republicano*, 19 de octubre de 1883.

³⁶ Véase, Wolfgang Schivelbush, *op. cit.* p. 128. La Torre Eiffel se inauguraría en 1889.

³⁷ Evidentemente la chispa continua sólo existía en la cabeza del inventor. *El Monitor Republicano* del 6 de enero de 1883 y *El Nacional* del 9 de enero de 1883.

A pesar de los éxitos y fracasos de la nueva iluminación, cuando las pruebas con la electricidad fueron suficientes las autoridades optaron en definitiva por extender el servicio. Se enfrentaron entonces con que todo el material requerido para las instalaciones debía ser importado del extranjero, de Inglaterra en un inicio y después de Alemania. El siguiente paso fue definir qué zonas serían las privilegiadas para estrenar el alumbrado y se optó, como hemos dicho, por el Zócalo y las calles de Plateros y San Francisco, aunque también se colocaron algunas por donde vivía el Presidente, entre las calles de Santo Domingo y Peralvillo.

La luz eléctrica era un lujo que se podía brindar a muy pocas calles de la ciudad en la década de los ochenta, lo que dejaba a la mayoría en la oscuridad y despertaba la crítica mordaz de la prensa, que afirmaba que se debería volver a "la moda de las linternas para poder andar por las calles a las altas horas de la noche" pues las autoridades parecían no haber notado que la Ciudad estaba casi a oscuras, y si bien unas pocas calles gozaban de luz eléctrica, había muchas otras donde los vecinos debían buscar a tientas las puertas de sus casas, pues las lámparas de gas tampoco eran suficientes si acaso servían.

Al respecto, las autoridades se defendían argumentando que faltaba la materia prima necesaria para fabricar el gas, o los recursos para componer las cañerías, o el personal para atenderlo o que, de plano, los serenos no prendían las lámparas por pereza, lo que implicaba que los capitalinos tendrían que seguir viviendo en una ciudad que ofrecía un aspecto triste, lúgubre y sombrío durante las noches; con unas "agrestes sierras que el ayuntamiento se empeña en llamar pomposamente calles [y] en donde más de un blindado pie de yankee ha inspirado a su dueño un *God* más que sonoro, bochornoso"³⁸

³⁸ *El Monitor Republicano*, 12 de diciembre de 1882. Obviamente a Knight, el contratista, se le conferían todo tipo de señalamientos por el pésimo servicio que ofrecía, por robar a las autoridades y por tener arrinconado al ayuntamiento con sus supuestos derechos que le otorgaban la prioridad para ser contratado. Acusaciones que tal vez fueron injustas ya que, si bien la ciudad se mantuvo con un alumbrado deficiente, también es cierto que este hombre, representante de la Compañía Mexicana de Gas y Luz Eléctrica (CGLE), introdujo la electricidad en México mucho antes que se hiciera en otras partes del mundo.

Mientras las críticas al alumbrado de la ciudad iban y venían, la tecnología se perfeccionaba con los descubrimientos que se hacían en otros países. Ya desde 1881 Tomás A. Edison había dado a conocer la divisibilidad de la luz, es decir, la posibilidad de contar con focos de intensidad más baja cuya energía proviniera de una central general que proveyera de electricidad, en lugar de que cada foco tuviera su generador. Un año después se empezó a considerar que las caídas de agua podían generar la fuerza motriz suficiente para generar electricidad, lo que era una idea muy avanzada para la época.³⁹

La nueva tecnología ofrecía la opción de iluminar la capital con una luz más discreta que la de las lámparas de arco, con instalaciones más modernas y en una mayor cantidad. La intermitencia de las lámparas colocadas dejaba mucho que desear entre la población, por lo que era urgente ofrecer una solución al problema, la cual consistió en planear la instalación de más focos. Los avances fueron muy lentos, ya que se iban poniendo de uno en uno y, cuando la cosa iba muy bien, se podía autorizar la colocación de hasta 25 en una avenida principal. Sin embargo, la opinión pública insistía en que a mayor número de lámparas había más oscuridad e, irónicamente, subrayaba que era peor la luz eléctrica que las candilejas de gas. De ello tenemos varios ejemplos, como: "La luz eléctrica ya alumbra menos que el gas, y no hay un solo Regidor que vea, a pesar de que todos tienen ojos",⁴⁰ o "El alumbrado de la capital es el más variado de los que tiene cualquiera otra capital, luz eléctrica, gas, aceite, etc., todo añadido a una oscuridad en que no se ve uno ni las manos";⁴¹ estas críticas abundaban en los periódicos de fin de siglo y constituían una fuerte presión al ayuntamiento por la oscuridad en que se vivía de noche.

Esta situación tenía una razón de ser: dada la innovación, los postes se

³⁹ Porfiria Díaz tuvo sin duda noticia de ello y en 1887 recibió una carta de su compadre Felipe Becerril hablando de una "caída de agua de ochenta metros de altura capaz de proporcionar la potencia de dos mil caballos efectivos [] que se puede utilizar para el alumbrado eléctrico de esa ciudad y algunas poblaciones del D. F." "Carta de Felipe Becerril al General Porfirio Díaz" del 22 de agosto de 1887 en Archivo General Porfirio Díaz, Leg. 12, caja 15, folio: 007096-007097

⁴⁰ *El Monitor Republicano*. 7 de octubre de 1884

⁴¹ *El Monitor Republicano*. 19 de octubre de 1884

colocaban en puntos estratégicos, como cruceros de calles o plazas públicas, pero no había orden ni medida para determinar la separación que debía existir entre uno y otro, de tal suerte que quedaban grandes extensiones, entre un foco y otro, en la más terrible oscuridad. La desesperación de la población por la oscuridad era tanta que, hacia el año 1887, un editorial solicitaba que la luz eléctrica fuera abolida del todo.⁴²

Curiosamente, las quejas que suscitaba la poca luz y la intermitencia de los focos eléctricos es subrayada constantemente por los periódicos pero no así por la literatura de la época, la cual alababa la presencia de estas lámparas en la vía pública. Manuel Gutiérrez Nájera, en "Aventuras de Manón", por ejemplo, coloca en boca de la protagonista las siguientes palabras:

Por fin, el ayuntamiento se había decidido a disipar las sombras.
¡Y de qué manera! Los grandes focos de la luz eléctrica, puestos entre la Plaza Principal y la Alameda, parecían perlas enormes iluminadas por adentro con los ojos de las mexicanas.⁴³

El nuevo paisaje urbano afectaba a la población que se resistía a ver su ciudad con postes y alambres que la afeaban, y pocos veían en este aspecto nuevo un beneficio. Los postes, que algunos llamaban elegantes, eran considerados por otros como esperpentos, de los cuales, para empeorar la cosa, colgaban focos eléctricos que sólo complicaban la situación del alumbrado. "Esos adefesios deberían estar en la sala del cabildo del ayuntamiento para iluminar a los señores municipales", comentaba irónicamente *El Monitor Republicano*.⁴⁴ En realidad no eran muchos los postes,⁴⁵ pero aun así agredían la vista de

⁴² Era tan mala la calidad de la luz eléctrica, que los vecinos de Niño Perdido y Belem solicitaron que se colocaran en sus calles lámparas de gas y si no se puede, de perdida la luz eléctrica. *El Monitor Republicano*, 24 de marzo de 1887.

⁴³ Gutiérrez Nájera, *op cit.*, p 92

⁴⁴ En las esquinas del jardín del atrio de la Catedral "se construyeron dos pedestales de cantería que se hubiera creído iban a sostener bonitas estatuas o elegantes candelabros; pues nada de eso, en ellos se están colocando dos focos eléctricos [.] Esos adefesios deberían estar en la sala del cabildo del ayuntamiento para iluminar a los señores municipales" *El Monitor Republicano*, 16 de septiembre de 1887

⁴⁵ Federico Gamboa afirma el 10 de marzo de 1904 que, en Ohio, un negro fue ahorcado en un poste de luz eléctrica, con lo cual se descubría otro uso práctico para las instalaciones eléctricas. Federico Gamboa, *Diario de Federico Gamboa, 1898-1939*, sel prol y notas de José Emilio Pacheco, México, Siglo XXI, 1977, p. 69. En México, por su parte, la electricidad sería aprovechada también para muchos otros fines ajenos al alumbrado, como por ejemplo la tortura. Así lo refiere José Jesús Olea Bustillos en

algunos capitalinos. Para otros, debemos decirlo, su presencia evidenciaba los progresos del porfiriato, y se los veía como bellas expresiones de la modernidad. *Juvenal*, por ejemplo, describía a la electricidad como un "admirable fluido [. . .] la última palabra en la cultura de nuestro siglo", mismo que cruza ya por todas partes a la ciudad a través de un tejado de alambres; y destacando la importancia de esta energía, afirmaba "el progreso es compañero inseparable de la electricidad".⁴⁶

La compañía Aguirre Hermanos, una de las empresas que competía por proveer el servicio de alumbrado a la capital, solicitaba al ayuntamiento autorización para establecer alumbrado eléctrico incandescente para instalaciones privadas en los siguientes términos:

Al solicitar de esta ilustrada corporación tal permiso, nos atrevemos a esperar que nuestra solicitud será bien acogida por el celo que siempre han manifestado los ayuntamientos, respecto de todo lo que concierne al adelanto y embellecimiento de la Capital, a la comodidad y bienestar de sus habitantes. La mejora de que se trata, está ya planteada como una de las más bellas e importantes en las principales ciudades de Europa y de los Estados Unidos.⁴⁷

De nuevo se descubría el enfrentamiento entre la costumbre y la novedad, entre lo conocido —deseado— y lo desconocido —rechazado—. Para los progresistas, los cables y las torres eran bellos no porque estéticamente lo fueran, sino porque reflejaban la cultura y la civilización; para los más conservadores, que rechazaban estas modernidades, su instalación significaba una agresión a la ciudad.

Había que acostumbrarse además a la presencia de estas novedades en la vía pública, mismas que provocaron en un principio incidentes

entrevista con Ximena Sepúlveda:

"J. O. : No, lo trataban muy mal, le dieron un martirio muy tremendo, lo castigaron con la electricidad

X.S. : ¿Lo torturaron con electricidad?

J.O. : Con electricidad."

Entrevista con el Sr. José Jesús Olea Bustillos, realizada por Ximena Sepúlveda el día 27 de junio de 1974 en Bachiniva, Chihuahua. Archivo de la Palabra. Instituto Mora

⁴⁶ *El Monitor Republicano*, 4 de diciembre de 1889

⁴⁷ Archivo Histórico de la Ciudad de México. Alumbrado. Índice 355 legajo 11, exp. 643. año de 1887

desagradables entre una población a la que ofendía su presencia y que pedía incluso su eliminación de la vía pública:

Me permito suplicar a ustedes se sirvan hacer una excitativa al mismo H. Ayuntamiento para que también se saquen a la orilla de las banquetas los postes de la luz eléctrica que existen en las calles de Esclavo, Pila Seca, etc., pues si los de Bucareli producen atropellamientos, estos últimos, acostumbrados los transeúntes a caminar con libertad por las banquetas, no advierten el poste que está en medio de ellas y se abren la cara con choque tan rudo como inesperado

No son esas las únicas calles donde tal cosa sucede, ni sólo son los postes de luz eléctrica, sino también los de teléfono los que obstruyen las banquetas.⁴⁸

No sólo las personas se estrellaban con los postes, también los carros ocasionaban accidentes por la presencia de los nuevos intrusos, como refiere el inspector general de policía en 1895: "por estar situados en el centro de las calles de Bucareli, los focos de luz eléctrica, se suceden frecuentes atropellos causados por los vehículos y cabalgaduras que transitan por dichas calles, y más continuado aún cuando dichos focos se encuentran apagados en algunas noches."⁴⁹

Los problemas de tránsito que generaba la presencia de los postes de luz eléctrica en las calles fue en realidad un verdadero problema que implicó serias discusiones al interior del cabildo metropolitano. En las sesiones del 30 de abril y 3 de mayo de 1895, los regidores disertaron sobre cómo y dónde debían colocarse y si era conveniente moverlos a las esquinas o construirles unas banquetas que los resguardaran, aunque ello, según el Sr. Teresa, "origina un gasto a la Municipalidad y yo no he querido consultar gasto, tanto más cuanto que se trata no de unos postes elegantes sino de unos palos, que harto afean aquella avenida." Y continuaba argumentando: "en las ciudades europeas que yo conozco no he visto colocadas en el centro las luces eléctricas, sino únicamente las de gas".⁵⁰

⁴⁸ *El Monitor Republicano*, 5 de mayo de 1895.

⁴⁹ Archivo Histórico de la Ciudad de México, Alumbrado, Índice 356, legajo 12, exp. 757, año de 1895.

⁵⁰ *Actas de Cabildo del Ayuntamiento Constitucional de México*, enero a junio de 1895 México Ed de

Más allá de los accidentes, la luz que emitían y los problemas de visibilidad también se empiezan a considerar otras cuestiones:

El C. Teresa: Los focos eléctricos colocados en el centro de las calles deslumbran a los que conducen los carruajes [. . .]

El C. De la Barra: Lo mismo deslumbran los focos eléctricos, ya estén en el centro de la calles, ya en las aceras, y en el centro tienen la ventaja de obligar a los cocheros a tomar los lados de la calle dejando el centro como un refugio a los de a pie que atraviesan de una a otra acera.

El C. Teresa: los días en que hay corridas de toros ha sucedido que los carruajes pegando contra los postes han roto los aparatos eléctricos, porque no hay entre nosotros la costumbre de tomar siempre la derecha ⁵¹

Para agravar aún más la situación sobre la ubicación de estos postes, en 1900 se relata el caso de unos ladrones que treparon por uno de ellos —que como hemos dicho se encontraban muy cerca de los balcones— y se introdujeron en una casa para realizar el robo. Esto fue el acabóse, pues “He ahí otro inconveniente de los postes en las vías públicas” ⁵²

Estas circunstancias se presentaron a pesar de que el ayuntamiento pidió requerimientos muy específicos para colocar los postes; por ejemplo, se disponía que tuvieran 30 centímetros de diámetro —aunque la altura podía variar entre 5 y 8 metros— debían ser rectos y labrados o pintados al óleo, no debían estorbar el tránsito o perjudicar a los edificios y no podían estar frente a los balcones o las puertas de las casas. ⁵³ Objetivos que contrastan con la descripción de las instalaciones que en 1900 presentó Rafael Arizpe, jefe de la Inspección del Alumbrado en la Ciudad de México, quien afirmaba: “Los postes eran toscos, de madera torpemente labrada, las lámparas tenían bombillas de cristal transparente, con reflectores de forma y dimensiones defectuosas, y los conductores, apoyados en postes aún más feos que los de las lámparas, eran

“El Municipio Libre”, Imprenta de la Escuela Correccional, 1897. p. 242-250

⁵¹ *Ibidem*

⁵² *El Monitor Republicano*, 25 de septiembre de 1900

⁵³ Archivo Histórico de la Ciudad de México. Alumbrado. Índice 355. legajo 11, exp. 608, año de 1885

hilos de cobre sin aislamiento alguno”⁵⁴

Conforme avanzaron los años y se extendió la ciudad, la ampliación de algunas calles importantes permitió modificar la colocación de los postes trasladándolos a las banquetas, lo cual facilitó a su vez la circulación de los carruajes y de los automóviles que desde 1903 empezaron a aparecer en este nuevo escenario urbano y que, por lo mismo, requerían de vialidades. Esto ocasionó una gran movilización por concepto de pavimentaciones, colocación de postes, cableado y sistema hidráulico.

A pesar de todo el esfuerzo desplegado por el gobierno para hacer de México una ciudad moderna, la resistencia de la población se dejaba ver en muchas de sus actitudes que aparecían como francos desafíos a las autoridades. En 1897, el vecino Miguel Ruf se quejó ante el ayuntamiento por la colocación de un soporte para el alumbrado —algunos focos colgantes se sostenían con cables que iban de una acera a la otra— en la fachada de su casa, el cual se instaló “sin permiso, ni aviso a nadie” lo que provocó que este señor “obrando del mismo modo descortés y atentatorio, procedi[era] a derribarlo también de propia autoridad”⁵⁵

Con todo y estas manifestaciones, la ampliación del servicio continuaría y se irían regulando mejor las especificaciones para hacerlo más uniforme y estético. En 1886 cuando se autorizó el contrato de luz con la compañía alemana Siemens y Halske, se sustituirían los focos colgantes y los postes por columnas artísticas y elegantes que embellecerían el paisaje urbano. Hay cientos de fotos de la ciudad que muestran tanto los postes que sostenían los cables de electricidad, como las elegantes lámparas con cableado subterráneo que se erguían orgullosas en la gran metrópoli durante las fiestas del Centenario

Como parte de la moderna estética capitalina, no podemos dejar de mencionar que los postes y alambres crearon nuevos ruidos que se escuchaban al soplar el viento contra ellos. El aire —escribiría Rafael

⁵⁴ Rafael Arizpe *op. cit.* p 90

Delgado— “lanzaba agudos silbidos en los alambres del alumbrado y del telégrafo”⁵⁶ y fue también en ellos donde las aves encontraron un nuevo sitio de reposo, adornando de manera diferente el espacio urbano con una vida que se posaba sobre algo tan inerte como un cable. Asombraba además que estos pájaros resistieran la corriente que pasaba por ellos sin sufrir quemadura alguna, mientras que los humanos que entraban en contacto con ellos podían incluso morir. Gozaba de cierta magia todo este asunto de la electricidad pues para el común de la población el entendimiento de la ciencia y lo científico no era tan alto como para comprender este fenómeno

En fin, que la población se habituara paulatinamente a los postes y a los cables en las calles, pero sobre todo se acostumbraría a ver, en sentido literal, durante la noche. También lo haría al resplandor de la ciudad, a ver los edificios y comercios alumbrados generando una nueva atmósfera creada por el brillo de la electricidad que opacaba cualquier otro tipo de luz en la ciudad. Los reflectores, los escaparates, los hilos de focos que cruzaban las avenidas daban una nueva cara a la capital, pero era su luz la que más cambios le imprimía, pues implicaba también que la urbe tuviera movimiento permitiendo que la gente se desplazara de un lugar a otro por las noches, que una nueva vida reinara en la metrópoli, una que permitía la electricidad y que hacía que la modernidad se estableciera en ella. Ese era el nuevo paisaje citadino, el que hacía de la ciudad un teatro y de los capitalinos sus protagonistas y personajes principales.

Sin embargo, independientemente de la estética y el temor que producía, la introducción del alumbrado eléctrico no convencía a la población pues su luz no era constante, tenía mucha intermitencia y no contaba con la intensidad necesaria para de verdad iluminar la noche en el supuesto caso de que los focos estuvieran prendidos porque, cuando no lo estaban, se mantenían “como mudos testigos de los robos que se perpetran”. Para empeorar las cosas y como veremos más adelante, se extiende el rumor de

⁵⁵ Archivo Histórico de la Ciudad de México. Alumbrado. Índice 356, legajo 12, exp 790 año de 1897

que la electricidad podía ser mortal, con lo cual quedaba por completo satanizando el invento en la percepción de la sociedad capitalina al iniciar la última década del siglo XIX.

ADIÓS AL VIEJO SIGLO, ADIÓS A LA OSCURIDAD

Los años noventa del siglo XIX representan la consolidación de la política porfirista y del desarrollo económico. Grandes inversiones habían llegado al país, reflejadas en magníficas obras de infraestructura como el ferrocarril y la electrificación. Aunque la electricidad para el alumbrado público no convencía aún a la mayoría, la acepta porque no tiene alternativa, porque es una decisión de Estado y porque ella “representaba” el rumbo del progreso, y México pretendía llegar a ser un país moderno en el que todos los avances tecnológicos y científicos tuvieran cabida.

Pero la electrificación va teniendo una doble lectura entre los mexicanos: por un lado parece contar con el beneplácito de algunos capitalinos que se suman al discurso oficial que apoya los progresos de la electricidad,⁵⁷ se le asocia a lo novedoso, se pondera la inversión que genera, la posición de México con respecto al resto de las capitales cultas del mundo, etc. *El Mundo Ilustrado*, escribía al respecto: “Ya no clamaremos como Goethe: “Luz más luz...” ya México está alumbrado y ha dado uno de los pasos más importantes de progreso en el sentido del bienestar público”.⁵⁸

Pero, por otro lado, se cuestiona su introducción, se duda de los beneficios que implica, se le tilda de inútil⁵⁹ y se le teme por los efectos que pueda tener en la salud de las personas. La población pedía a gritos una mejor

⁵⁶ Rafael Delgado, *Los parientes ricos*, México, Porrúa, 1993 p. 37.

⁵⁷ “Cuenta el órgano del ayuntamiento, que dicha corporación, además de haber celebrado un contrato para extender los focos eléctricos hasta el número de 300, estudia la manera de sustituir ventajosamente las luces de gas y las de trementina que aún quedaban en algunos suburbios de la ciudad” *El Monitor Republicano* 11 de marzo de 1888

⁵⁸ *El Mundo Ilustrado*, México, 13 de febrero de 1898, tomo I, núm. 7

⁵⁹ “Causa verdadera molestia a los transeúntes el foco de luz eléctrica que se ha situado en la azotea de la casa que hace esquina en las calles de Puente de San Francisco y Mirador de la Alameda” *El Monitor Republicano*, 21 de noviembre de 1894

iluminación para las calles y plazas públicas, pero al mismo tiempo criticaba constantemente la que se le brindaba: si era de gas por no alumbrar, y si era de arco por iluminar demasiado (cuando funcionaban)

No obstante, la decisión estaba tomada y había que continuar con las obras. Así se hizo según consta, con un crecimiento más o menos rápido. En 1890 la capital contaba ya con 208 focos eléctricos⁶⁰ y por ello se empezaron a colocar ménsulas en las paredes (previa autorización de los propietarios) a fin de suspender con alambres en medio de las calles los focos de luz eléctrica. Así, se dio un nuevo avance en la colocación de focos; aunque la instalación de los postes molestaba a algunos, las nuevas luces suspendidas podían alumbrar zonas que no alcanzaban a ser iluminadas por los focos de los cruceros, además de que los postes no estorbarían el paso. Sería en el Paseo de Bucareli, y de nueva cuenta en las calles de Plateros y San Francisco donde se estrenaría este sistema.

A pesar del avance en la extensión del servicio eléctrico, persistían viejos patrones por parte de la autoridad. El ayuntamiento mantenía la vieja costumbre de apagar las lámparas y los focos cuando había luna, y suscitaba las críticas de la población. Era necesario ampliar el número de aparatos, pero más aún cambiar la tradición; las autoridades debían evolucionar y convencerse de que se podía prescindir del ritmo de la naturaleza en el alumbrado de una ciudad moderna, como se pretendía que fuera la de México.⁶¹ En el caso de que debieran seguirse las fases de la luna, se pedía que se hiciera de manera adecuada, pues durante los dos primeros y los últimos tres meses del año, amanecía más tarde y oscurecía más temprano, por lo que las autoridades debían tomar en cuenta esta circunstancia para regular los horarios del alumbrado. A pesar de las quejas, la decisión de ampliarlos tardó aún; se haría a cuentagotas aumentando, a veces, el servicio

⁶⁰ Un año después, este número había aumentado a casi 300, y para 1893 ya había más de 500 focos eléctricos.

⁶¹ “Quéjase *El Tiempo* de la costumbre adoptada de apagar los faroles del alumbrado público antes de las cinco de la mañana, precisamente a la hora en que comienzan a transitar por la calle los operarios de varias industrias.” *El Monitor Republicano*, 30 de noviembre de 1892.

de 30 en 30 minutos, hasta alcanzar la completa iluminación nocturna que no llegaría sino hasta ya avanzado el nuevo siglo.⁶²

Hasta este momento, no sólo en México sino en gran parte del mundo, la colocación del alumbrado eléctrico se basaba en la práctica de ensayo y error, pues no había un patrón establecido que mostrara cómo, dónde, a qué altura y a qué distancia se debían instalar los focos. Si a esto se agrega que la política de las autoridades pretendía reducir al máximo sus gastos,⁶³ se puede entender entonces por qué los focos se colocaban prácticamente lo más distantes posible. Pero como buena innovación, mucha gente opinaba al respecto, por lo que no era raro encontrar sugerencias que invitaran al ayuntamiento a colocarlos igual que algún foco determinado que daba una luz adecuada y sin molestar la vista por estar a la altura ideal.⁶⁴

Ya en los años noventa, la energía eléctrica empieza a utilizarse para alumbrar algunos interiores como teatros, comercios, y en una mínima proporción, las casas. En cuanto al exterior, algunos anuncios luminosos hacen su aparición; por ejemplo, la empresa *Skating Ring* instaló cerca de la Alameda un foco que molestaba a los transeúntes y vecinos de la zona, y para el que se pedía se pusiera una luz roja que fuera menos agresiva a la vista.

Fue también en esta década cuando se vislumbró la oportunidad de aprovechar la ubicación de los postes en las principales calles de la ciudad, para colocar en ellos publicidad, tal y como se infiere de la siguiente noticia: "Victor García y socios solicitan permiso para colocar anuncios en los faroles y los postes del alumbrado público, ofreciendo pagar anualmente un peso por cada uno de éstos que ocupen"⁶⁵ Para junio de 1894 había 493 focos de luz eléctrica, pero muchos de ellos colgaban de alambres o estaban adosados a

⁶² En 1900, por ejemplo, se encenderían los focos de dos mil bujías durante 9 horas a partir de las 6:30 de la tarde; los de doscientas durante seis horas y cuarto, y los de 50 durante nueve horas. *El Imparcial*, 10 de junio de 1900.

⁶³ "En suma, lo más detestable que existe en el alumbrado que nos da el ayuntamiento es ese sistema de economías para la empresa que apaga sus faroles en las noches en que debe haber luna por más que el tiempo esté negro y tempestuoso." *El Monitor Republicano*, 6 de enero de 1886.

⁶⁴ Recordemos que, según las especificaciones, la altura de los postes podía variar de 5 a 8 metros, lo que favorecía que la opinión pública se manifestara sobre las mejores alternativas.

⁶⁵ *El Monitor Republicano*. 21 de junio de 1894.

las paredes con ménsulas, lo que significa que tal vez habría alrededor de 200 postes que podrían convertirse, según la solicitud del Sr. García, en un número igual de anuncios.

La nueva iluminación exterior se afianzaba en las calles de la capital de tal modo que, en 1896, el gobierno apostó a la total electrificación de la ciudad al abrir un concurso público para la construcción y el desarrollo de la obra. Esta decisión tuvo un momento de tensión cuando la Compañía Mexicana de Gas y Luz Eléctrica, ofendida porque se le quitaba la "concesión" que tenía desde 1865 para suministrar el alumbrado, amenazó con suspender el servicio en la fecha en la que terminaba su contrato, con lo cual supuestamente dejaría sumida en la oscuridad a la población y generaría una situación de alarma. Varios meses de negociaciones entre el ayuntamiento y la empresa lograron superar la crisis, pero sobre todo pudieron arrebatar el monopolio que ostentaba esta empresa sobre la electricidad de la capital, lo que significó un gran triunfo ⁶⁶

No lo fue, sin embargo, el hecho de que la concesión se entregaría de nuevo a una empresa extranjera. Aunque participó en el concurso una empresa mexicana, los recursos nacionales estaban en franca desventaja frente a los beneficios que podía ofrecer una de las compañías más fuertes del mundo.

En efecto, en 1896 la empresa Siemens y Halske obtendría la concesión para proveer de electricidad a la Ciudad de México, servicio que tendría un

⁶⁶ El ayuntamiento tendría que asumir una posición mucho más asertiva que la mostrada en el pasado, para expresar su decisión de abrir a concurso público el alumbrado de la capital. En la sesión del 29 de mayo de 1896, por ejemplo, las comisiones de Hacienda y Alumbrado exponen tajantemente la siguiente resolución: "Digase al Sr. D. Tomás Braniff en su calidad de representante de la Compañía de Gas y Luz Eléctrica, que manifieste dentro del perentorio término de 24 horas, si está en disposición de firmar la minuta de contrato celebrado para que esa Compañía siga prestando el servicio de alumbrado que actualmente presta". En caso de que no aceptara, agregaba: "se autoriza desde luego el gasto de \$166 969 96 [.] para instalar desde el día 8 de agosto próximo, un servicio provisional de 4 300 lámparas de solarina" que tendrían por objeto sustituir las lámparas de la CGLE. No sería necesario llegar a este extremo, ya que en la sesión del 5 de junio de 1896, el Cabildo y la CGLE acordarían que la empresa se comprometía a mantener el servicio hasta el 30 de noviembre de 1897. De esta manera "sin duda calmará la alarma pública, causada por las diferencias que se habían suscitado entre el ayuntamiento y la empresa." *Actas de Cabildo del Ayuntamiento Constitucional de México*, enero a junio de 1896, ed. de "El Municipio libre" México: Imprenta de la Escuela Correccional 1899.

costo de 3.5 millones de pesos. En este caso, se advertía que la energía no sería sólo para el alumbrado público, sino también podría utilizarse para iluminar casas y para su uso en la industria, lo que implicaba toda una revolución. Si bien ya había fábricas con electricidad, esto se debía a que tenían su propia planta generadora; con la nueva compañía, las pequeñas empresas podrían gozar del beneficio de la electricidad.

La capital sufriría una metamorfosis completa: en primer lugar por lo que implicaba ver a más de cien hombres trabajando en las calles, abriendo hoyos con máquinas desconocidas, uniendo cientos y cientos de cables y construyendo un edificio en Nonoalco, donde se establecería la estación central con una maquinaria "verdaderamente notable". Todas estas obras se hacían de "una manera concienzuda, dirigida por hombres de ciencia y por obreros prácticos traídos expresamente de Alemania y ayudados por un grupo de operarios mexicanos, en los que según el dicho de los ingenieros, han encontrado colaboradores muy inteligentes".⁶⁷

En segundo lugar, por lo que implicaría tener una ciudad mejor iluminada; una urbe que ahora sí podría presumir de culta y en la cual Porfirio Díaz vería plasmados sus deseos de progreso. El Paseo de la Reforma y la avenida Juárez se engalanaron con la presencia de elegantes postes de hierro que, colocados a 20 metros de distancia, formaban una línea recta que se prolongaba hasta el Castillo de Chapultepec. Pese al ideal de progreso, la división geográfica del suministro eléctrico reforzaría la división socioeconómica de su población. Como parte de este proyecto modernizador se colocaron bombillas de cristal cuajado sobre los focos que ya existían, con lo que su apariencia mejoró.

El Mundo Ilustrado refería a propósito del nuevo adorno de la capital:

la luz, apertada, suave a la vez que intensa, no ofende a la vista, tiene una fijeza completa y un gran poder lumínico y nada más vistoso que las filas interminables de globos opalinos a lo

⁶⁷ *El Imparcial*, 18 de junio de 1897

largo de nuestra avenidas y suspendidos como aeróstatos en el espacio.⁶⁸

Las mejoras realizadas fueron tan satisfactorias que se firmó un nuevo contrato con Siemens y Halske para que toda la ciudad gozara de alumbrado eléctrico a partir de 1899. Finalmente, el 25 de marzo de ese año toda la capital quedó iluminada con luz eléctrica: "El alumbrado no sólo abarca la ciudad, en toda su extensión, aún en los barrios más apartados, sino también varias colonias y las calzadas de la Viga y de la Villa"⁶⁹ Esto permitiría admirar el Paseo de la Reforma por las noches y convertirlo, a la larga, en uno de los lugares favoritos de la sociedad capitalina, mientras que la Alameda y el Zócalo conservarían su lugar privilegiado entre las clases menos favorecidas, y Plateros se afianzaba como zona comercial.

El interés implícito de estas medidas sería empezar el nuevo siglo con la mejor imagen posible. Díaz necesitaba lucir bien y para ello requería de un escenario que luciera tanto como él: que brillara, y que no arrancara expresiones como las que en algún momento había expresado Filomena, la sirvienta de *Los parientes ricos*: "¿Aquél era México? ¿Aquella era la gran capital? ¡Pues que mal iluminada!"⁷⁰

EL NUEVO SIGLO

Para 1900, la vieja historia del México en tinieblas formaría parte del pasado. El nuevo siglo arrancaba con el alarde de que todo el alumbrado público que ostentaba el país en el momento de la Independencia estaba contenido en uno solo de los muchos focos que iluminaban la capital. Entonces, sólo 2 000 bujías daban luz, mientras que ahora casi 1.5 millones lo hacían. Había pues muchos progresos que presumir en materia de electrificación del alumbrado público y así lo demuestran las constantes noticias que dan cuenta de la inauguración de focos aquí y allá en toda la ciudad y zonas aledañas como

⁶⁸ *El Mundo Ilustrado*, México, 13 de febrero de 1898, tomo I, núm. 7

⁶⁹ *El Imparcial*, 26 de marzo de 1899

⁷⁰ Delgado, *Los parientes ricos*, op. cit. p. 179

Tlalpan, Coyoacán, Mixcoac y San Ángel, donde se estrenó alumbrado eléctrico en el primer año del siglo XX.

A partir de entonces la capital podría celebrar sus fiestas patrias y religiosas, con la presencia de cientos de focos que le darían una nueva dimensión a los festejos y una nueva cara a la ciudad. Y como en la electricidad también había progresos, algunas viejas instalaciones del Zócalo donde había lámparas y candelabros que funcionaban con esta energía, serían sustituidos por 5 potentes "focos", palabra que denota en sí misma la modernidad, y su presencia una novedad para la población:

- ¿Qué le sucede a U. Señora?
- Que me lastima el gas.
- ¿Qué gas?
- Ese blanco del farol, mire U. Qué barbaridad.
- Esa es luz eléctrica.
- Por cierto de su *eléctrica!* Si está de volverse ciego.
- Es una luz hermosísima.
- ¡Quite U. allá! Qué hermoso va a ser eso, si es peor que un hachón de ocote en las narices. De seguro yo me voy a enfermar esta noche de la vista, Sr. Gutiérrez.
- No se fije U. En los focos.
- ¿Qué focos?
- Los de la luz.
- ¿Cuáles son los focos? Usted también es científico, pero yo no entiendo de focos.
- Pues bien, señora, no vea U. el farol.⁷¹

Los avances seguirían y llegarían también a México las nuevas técnicas de generación de energía que se empezaban a implantar en todo el mundo a partir del aprovechamiento de la fuerza motriz provocada por las caídas de agua. Los esfuerzos de los gobernantes se veían beneficiados por los avances de la ciencia en este ramo, que implicaban la potencial utilización de la electrificación para iluminar otros espacios de la vida pública como los comercios y los restaurantes, pero también para introducirse en el sector productivo e industrial, en los tranvías y, sobre todo, en el ámbito privado de la población al ofrecerlo de manera masiva para su uso dentro de los hogares.

La ciudad toda había hecho progresos considerables en pavimentación, aseo, supresión de zanjas y caños abiertos, y en la construcción de suntuosos edificios, pero en lo que de verdad podía competir en el ámbito internacional era en los alcances que había logrado su sistema de iluminación, comparable sólo, según los testigos, con el de las grandes capitales del mundo, como París, Berlín, Viena o Nueva York en cuanto a uniformidad y brillantez de la luz.

Los efectos positivos de estas mejoras en la vida de los capitalinos se reflejaban en que podían ver no sólo una ciudad más bella, sino también transitar con confianza aún en los barrios de mala reputación, sin temor a un asalto o a ser sorprendidos en una de las llamadas "manchas de sombras" por los ladrones, porque el transeúnte, como por obra de magia, "ve el peligro de lejos, y lo esquiva y conjura mejor, y la luz, espantando a los buhos del crimen o de la inmoralidad, ha dado a la ciudad un aspecto más culto".⁷²

La nueva iluminación también provocaría que un poeta de la talla de Amado Nervo volcara su talento para expresar su sentir sobre la novedad:

Estos últimos días ha caído sobre la ciudad una lluvia de luz
La Nueva Compañía del alumbrado público ha encendido sus
focos elípticos, que fingen grandes huevos luminosos, la
Compañía antigua continúa encendiendo los suyos y la luna
prende su cuarzo cristalino en lo excelso de las alturas. Han
sido estas noches de azul y oro —azul y oro es la bandera que
enarbola siempre el infinito— y nadie puede prorrumpir ahora en
la supuesta exclamación de Goethe agonizante: ¡Luz, más
luz!⁷³

Por lo general, en estos años se entiende por alumbrado público la presencia de uno o dos focos de arco voltaico con la potencia suficiente para iluminar espacios abiertos; las zonas más privilegiadas, como el Paseo de la Reforma, tenían un alumbrado de lámparas incandescentes que proporcionaban una luz menos intensa, pero más uniforme y a lo largo de una superficie mayor.⁷⁴ La

⁷¹ Cuéllar, *Los fuereños*, *op. cit.* p. 29

⁷² *El Imparcial*, 4 de marzo de 1901

⁷³ Citado por Luis Mario Schneider, *IUSA. 60 años de desarrollo industrial*. México. Fundación Ingeniero Alejo Peralta y Díaz Ceballos, p. 36

⁷⁴ "Hace varios días que, con el objeto de hacerle alguna reposición, fue quitado el foco eléctrico que se

suma de todos los focos que iluminaban la capital hacia 1905 era de aproximadamente 1 200, con una intensidad total de cerca de dos millones de bujías; había unos cuantos más que iluminaban los monumentos públicos, los portales, el kiosco del Zócalo y el Palacio Nacional. Además, como la construcción de la presa de Necaxa había concluido su primera etapa y ya enviaba energía a la ciudad, la electricidad se abarató considerablemente, lo que se reflejó en un ahorro directo de 50% en las tarifas del alumbrado a partir del 1º de enero de 1906.

La iluminación fue vista entonces como una imagen apoteótica, una explosión no sólo de luz, sino de civilización, sobre todo de civilización. Implicaba haber alcanzado un logro largamente anhelado que colocaba de pronto a México como cuna de la ciencia, porque la luz eléctrica, la electricidad más que otra cosa, era un producto del avance científico, del progreso y de la cultura. Como la filosofía que prevalecía entonces era el positivismo y como la electricidad no era otra cosa sino ciencia, ciencia pura y ciencia aplicada, la ciudad se engalanaba presumiendo al mundo, cada día con más potencia y extensión, su gran alumbrado eléctrico.

Díaz tendría además el beneplácito de inaugurar la presa de Necaxa, la mayor del mundo según indicaba *El Imparcial*:

Lo más maravilloso y notoriamente interesante, es que en México se haya podido hacer una cosa igual, batiendo en esto el récord, puesto que si las iluminaciones eléctricas de Búfalo [que aprovechaban la caída de las cataratas del Niágara] estuvieron reputadas hasta septiembre como las mayores del mundo, desde esa fecha las de México corren parejas con las de la hermosa ciudad americana, lo que demuestra la grandísima importancia de las instalaciones de la actual Cia. de Luz y Fuerza...⁷⁵

Con esta capacidad enorme de energía para alimentar no sólo el alumbrado sino todas aquellas actividades para las que fuera necesaria la electricidad, era

hallaba en la mitad de la calle del Corazón de Jesús" o "Se aprobó el gasto para la instalación de un foco de luz eléctrica en la calle Norte 22" o "En la Av Poniente 34 se colocará próximamente un foco de arco de 1 200 bujías" *El Imparcial* 19 de abril, 25 de junio y 2 de agosto de 1902

fácil imaginar que las fiestas del Centenario de la Independencia serían como se afirmó: una orgía de luz. Y así lo fue, como veremos más adelante.

La capital tardaría más o menos 30 años en alcanzar su meta de electrificar la mayor parte de sus calles y extender este servicio a las casas de la ciudad, el mismo tiempo que le tomaría a la población acostumbrarse a esta nueva luz que, si bien a veces molestaba a la vista, también ofrecía seguridad y tranquilidad para poder caminar por ella, sin temor a ser asaltado en la oscuridad de la noche. Al menos la capital, ese apéndice de la persona de Díaz, luciría plenamente iluminada en 1910

LOS PASEOS PÚBLICOS

Iluminar las ciudades durante las noches fue una tendencia natural de la población desde el momento mismo en que lo pudo hacer mediante hachones o antorchas, lámparas, faroles o focos. Sin embargo, es una realidad que esta luz exterior se usaba casi exclusivamente para que la gente se pudiera mover de un lugar a otro, no había gran cosa que hacer en las ciudades oscuras y peligrosas, pues éstas no ofrecían nada como para que los hombres y las mujeres se aventuraran en actividades nocturnas. Tuvo que converger la aparición de los mecanismos de iluminación más modernos, como lo fueron el aceite y el gas, con el crecimiento urbano y demográfico de las ciudades, para que se fueran haciendo comunes los paseos por aquellas zonas que gozaban de algún alumbrado durante la noche. Pero fue hasta la llegada de la electricidad y su coincidencia con el desarrollo de la modernidad dentro de las ciudades, cuando éstas realmente pudieron desplegar su vida nocturna

Como hemos dicho, fue sinónimo de modernidad la urbanización y la movilización⁷⁶ de la población del campo a las ciudades, del campo a la fábrica. La capital de México se transformó en el último tercio del siglo XIX y pasó de ser una ciudad más bien tranquila a una con un importante bullicio nocturno

⁷⁵ *El Imparcial*, 29 de octubre de 1910

⁷⁶ Como bien apunta Peter Gay, "El mito que dominó la época, al menos entre sus beneficiarios, casi tendría que ser el mito de la movilidad" Peter Gay, *op cit*, p 65

gracias al desarrollo de su alumbrado, a la urbanización de sus calles, a la construcción de avenidas y de nuevas zonas residenciales y, de manera muy importante, al incremento de los comercios, restaurantes, teatros y carpas que abrían múltiples posibilidades para aquellos trasnochados que buscaban diversión y entretenimiento, sitios todos que engalanados con luz eléctrica reunían todas las condiciones para hacer que la gente pasara un buen momento.⁷⁷ Debemos agregar aquí los prostíbulos, que sin duda también constituían otra opción de salida nocturna —al parecer muy socorrida por los capitalinos dadas las constantes menciones que en la literatura de la época se hacen al respecto— y cuya luz roja anunciaba su presencia (aunque también, como veremos más adelante, la labor de “proselitismo” de las prostitutas se haría durante el día y en pleno corazón de la ciudad)

Muchos espacios públicos abiertos modificaron su esencia a partir de la aparición de la electricidad: los parques, las plazas, los kioscos, los atrios y las calles sufrirían una metamorfosis con esta mejora, la cual marcaría un antes y un después en todos aquellos lugares en los que se instalaba. Cualquiera que hubiera sido el alumbrado exterior, ya de aceite, de gas o eléctrico, ayudaba a marcar rutas, a señalar el camino por el que la gente andaba en las calles; con la llegada de la modernidad, la iluminación marcaría nuevos derroteros

No debemos olvidar que el arribo del alumbrado de gas a la capital se dio a partir de 1869, y tan sólo 11 años después ya se hacían ensayos con la luz eléctrica, por lo que es frecuente encontrar noticias relativas a la instalación de lámparas de gas en determinadas zonas, al mismo tiempo que otras referentes a la colocación de los primeros focos eléctricos⁷⁸

Podemos afirmar que en la década de los ochenta, ambos sistemas se

⁷⁷ “La ciudad es sus edificios pero también sus personajes, porque ellos son quienes los conciben, pueblan y justifican; con todo, en el siglo XIX las piedras y los hombres adquieren una complicidad tan estrecha, que la ciudad se transforma en personaje.” Vicente Quirarte, *Elogio de la calle Biografía literaria de la Ciudad de México 1850-1992*, México. Cal y Arena, 2001, p 19.

⁷⁸ “These two decades [1860 y 1870] were the heyday of gas lighting. It has become firmly established in the cultural and psychological structure of Western European and American society. Earlier reservations and fears had disappeared, and its modern successor, electric light, had not yet arrived on the scene.” Schivelbush, *op. cit.*, p 152. Como se ve, México no se encontraba tan a la zaga en sistemas de iluminación artificial

disputaban la supremacía. En 1880, por ejemplo, se hicieron las primeras instalaciones para iluminar con gas espacios tan importantes como el mercado de flores ubicado a un costado del Zócalo, y de hecho en este momento la electricidad era todavía una alternativa para el alumbrado, pero desde luego no era la ideal,⁷⁹ la mejor opción era todavía la iluminación con el gas, a pesar de que “parpadeaba en unos picos e hipaba en otros, como si se le hubiera atorado algo.”⁸⁰

En 1883, la Plaza de la Constitución sumó a las lámparas de gas, los focos eléctricos, usando ambos sistemas de manera simultánea o alternativa.⁸¹ En ella y en la Alameda se desarrollaban los principales paseos de la población, la cual podía *bulevardear*⁸² de una a otra a través de la calle de Plateros.⁸³

En el Zócalo había un kiosco donde se presentaba cotidianamente una banda de música que durante las noches amenizaba a quienes se encontraban por el lugar. En él se habían colocado 34 lámparas de gas, de las cuales, en 1882, 30 no tenían bombillas, 3 estaban rotas y la única completa estaba tan sucia que no servía. Esto ocasionaba que los músicos no tocasen sino aquellas piezas que sabían de memoria y que podían tañer incluso en la oscuridad, pues las 30 lámparas que no contaban con bombillas, se apagaban a la menor presencia de viento.⁸⁴ Y el gas, como ya señalé, era en este momento la mejor opción, por lo que esta noticia nos da una idea de lo imperativo que era buscar alguna alternativa para la iluminación.

En la Alameda —“el único parque que poseía la capital”— sucedía algo

⁷⁹ “Una ciudad como la nuestra no es posible que esté punto menos que a oscuras. Que se extienda el alumbrado eléctrico si no es posible fabricar el gas por falta de materia prima.” *El Monitor Republicano*, 7 de julio de 1882.

⁸⁰ José Tomás de Cuéllar. *Vistazos. estudios sociales por Facundo*. Santander, Imprenta y Litografía de L. Blanchard, 1892, p. 71.

⁸¹ “El alumbrado eléctrico. Antes de anoche se eclipsó. ¿Qué sucedió? ¿Por qué se encendieron los faroles de gas y no los focos eléctricos?” *El Monitor Republicano*, 13 de enero de 1883.

⁸² “La ciudad se poblaba de anchas vías para emularse a las ciudades europeas y hacia del sustantivo *boulevard*, aplicado a la calle de Plateros, una palabra madre que daba origen al verbo *bulevardear*.” Quirarte, *op. cit.*, p. 344.

⁸³ “Por esta calle se entraba, de manera simbólica, al corazón del corazón del país, y por ella sucedía todo lo que en la ciudad era importante.” Quirarte. *op. cit.*, p. 25.

similar pues no tendría un buen alumbrado hasta la siguiente década de los noventa. Era un símbolo de la capital al que concurrían las mejores familias en sus paseos dominicales. Era un parque abierto al público incluso durante las noches, pero su alumbrado no se prendía todos los días ni a todas horas, sino que siguiendo la costumbre, sólo se encendían las luces cuando la luna no alumbraba y, a partir de cierta hora, se apagaban la mayoría de las lámparas dejando unas cuantas luces de seguridad que no servían gran cosa para evitar los abusos dentro del mejor jardín capitalino. Por eso se llegó a afirmar: "La Alameda no es ya un paseo, es un antro y ya las familias que solían pasear por las aceras exteriores se han desterrado de aquel lugar. En cambio los ladrones están en jauja y las plantas que no con poco costo y trabajo plantó allí el Regidor de paseos Sr. Ireneo Paz, siguen desapareciendo a gran prisa."⁸⁵

La decisión de electrificar el alumbrado de este parque —el único de la ciudad— se tomó hasta 1892, y un año después se hizo lo propio en el bosque de Chapultepec, mientras que su lago lo haría en 1907 con focos verdes, blancos y rojos.

También aquellos que eran espacios públicos pero cerrados introducirían los focos en su interior. Por ejemplo, un recinto tan importante como lo era la Cámara de Diputados no tuvo alumbrado de gas hasta el 1º de diciembre de 1880, sin embargo, tan sólo 16 meses después, el 1º de abril de 1882, se estrenaría en su salón de sesiones la luz eléctrica, lo que nos da una idea de la rivalidad que existía entre estos dos sistemas.

Para 1884 el uso de la electricidad era aún escaso, por lo que los lugares que contrataban el servicio y se iban iluminando eran noticia. La Estación del Ferrocarril Central de México, por ejemplo, lo haría a partir de este año, mientras que la Casa de Correos lo haría hasta finales de 1886. Los billares de Iturbide estrenaron alumbrado —pero de gas— en abril de 1883, para fortuna de quienes no tenían gran cosa que hacer y encontraban en ellos un lugar de entretenimiento.

⁸⁴ *El Monitor Republicano*. 16 de abril de 1892.

La electricidad tuvo cabida en aquellos edificios que ofrecían servicios públicos, como algunas oficinas, la estación de ferrocarriles, los correos y otros pocos inmuebles; hacia 1888 los restaurantes también la introducen en sus instalaciones, cambian la atmósfera dentro de ellos y desarrollan toda una nueva dinámica de los paseos ciudadanos y de la esencia misma de disfrutar de las noches.

El ocio encontraría en los espacios que se irían abriendo durante la noche un nuevo refugio, pues los lugares de entretenimiento irían adquiriendo iluminación artificial, aquellos en los que el público asistía a ver un espectáculo, como los teatros; a pasar un buen momento, como los restaurantes; a pasear, como los parques públicos, o simplemente a observar, como los aparadores de las tiendas departamentales.⁸⁶

Al iniciarse los años noventa, muchos otros lugares introducirían la mejora, pues poco a poco se fue demostrando que la luz eléctrica es mejor que la del gas. Ello tenía que ver con el mejoramiento de las instalaciones y el perfeccionamiento de la tecnología, pero también con el deseo de modernización que guiaba a las autoridades. Irónicamente, los billares contaron muy temprano con alumbrado mientras que la biblioteca de la Escuela Nacional Preparatoria (ENP) tendría que esperar dejando a los alumnos sin la posibilidad de hacer consultas por las noches: "Por causa del gas [] no permanece abierta hasta la hora de reglamento la Biblioteca de la ENP.

⁸⁵ *El Monitor Republicano*, 29 de octubre y 21 de noviembre de 1886

⁸⁶ Si bien el alumbrado público estaba contratado con la CGLE, algunos edificios públicos o privados podían contratar el suyo con alguna otra compañía de electricidad, como la Mexicana de Luz Eléctrica o la de Aguirre Hermanos. Estas empresas pugnaron también ante el ayuntamiento para obtener mayores concesiones dentro de la capital, casi siempre de manera infructuosa dado el monopolio que sobre el alumbrado público tenía la CGLE. Julio Labadié y José Godoy, de la Cia Mexicana de Luz Eléctricdad, por ejemplo, solicitaron se les concediera parte del alumbrado de la colonia Guerrero, donde instalaron apenas 25 focos, no sin la debida inconformidad de la CGLE. Véase el Archivo Histórico de la Ciudad de México. Alumbrado, Índice 355, legajo 11, exp 624, 625 y 626 de 1886. En el caso de los particulares, aunque los diarios dan la noticia de la electrificación de tal o cual edificio, no siempre mencionan la empresa que se los suministraría y los archivos del ayuntamiento no resguardan esta información de carácter privado. Los pocos datos que tenemos al respecto provienen de los diarios: "Los propietarios del Gran Libro Imprenta y Encuadernación, que está establecida en la 1ª calle de la Independencia de esta capital, han celebrado un contrato con los Sres Aguirre Hermanos, para establecer en todos los departamentos de aquella casa comercial hasta 60 lámparas eléctricas, sistema Edison" *El Monitor Republicano*, 8 de marzo de 1888.

Estando tan cerca los exámenes, los alumnos concurrentes al establecimiento se ven perjudicados por la falta de alumbrado ⁸⁷

La proximidad del día de la Virgen de Guadalupe en un país guadalupano en su gran mayoría, fue el motivo para iluminar el interior de la Catedral en diciembre de 1889; para la celebración se colocaron 40 focos eléctricos de arco, focos que, como hemos referido, emitían una luz muy fuerte y molesta por su intensidad y brillo. El temor a sufrir daños por la nueva iluminación motivó que la gente se preguntara "si sería necesario llevar anteojos de cristales oscuros el día de la fiesta". ⁸⁸

Dos espacios clave de la vida capitalina contarían con el servicio en los noventa, aunque para la importancia de los mismos esta llegada resultó tardía. La cárcel de Belén, en la que todos pensaríamos se requería más que en ningún otro lugar de un buen alumbrado, contó con seis focos de luz eléctrica hasta 1891, mientras que la Escuela Nacional Preparatoria lo logró en marzo de 1892.

En 1896, el Hipódromo de la Indianilla pudo realizar también carreras nocturnas gracias al magnífico alumbrado que se había instalado en él. La pista se iluminó con 600 focos que permitían observar detalladamente a los caballos desde las tribunas. Como hemos repetido, la nueva luz generaba nuevas posibilidades de diversión y de vida nocturna. ⁸⁹ En su contraparte —y exhibiendo las prioridades de los capitalinos— el Cuartel de Bomberos no gozaba de esta mejora en sus instalaciones, lo que impedía desarrollaran de manera expedita las maniobras necesarias cuando surgían incendios durante la noche.

Ya para finalizar el siglo, la contratación de los servicios de alumbrado eléctrico se extendió: en 1899 se hicieron instalaciones en la estación ferrocarrilera de Buena Vista; se aprobó que se realizara lo propio en el

⁸⁷ *El Monitor Republicano*, 20 de septiembre de 1883 ENP, Escuela Nacional Preparatoria.

⁸⁸ *El Monitor Republicano*, 6 de diciembre de 1889.

⁸⁹ "Antes de ayer a las seis de la tarde se hizo una experiencia con el alumbrado eléctrico que se ha instalado en el Hipódromo de la Indianilla para jugar carreras nocturnas. La prueba, según se dice, dio buen resultado" *El Monitor Republicano*. 23 de enero de 1896.

Hospital de San Andrés, en sus departamentos de administración y ginecología, de tal suerte que los alumbramientos nocturnos fueran, efectivamente, alumbramientos El Monte de Piedad, las inspecciones de policía y el Jockey Club,⁹⁰ también contarían con este servicio

Pero quizá lo más curioso es que se realizaron en el Palacio Nacional las primeras instalaciones de luz eléctrica hasta 1895 y el presidente Díaz las inauguró; éstas constaban de 9 lámparas de arco voltaico, una del sistema Seibold y cerca de mil lámparas incandescentes de ocho velas cada una⁹¹ Posteriormente, en 1898, se hizo el gasto para que la fachada del edificio contara con más de 700 focos que servirían de manera permanente en cada festividad pública, también contaría con cortinas nuevas que, como veremos más adelante, fueron un elemento necesario para los lugares alumbrados con electricidad.

Un año después, en el Palacio Nacional se ampliaron las instalaciones a los patios y escaleras de acceso a las secretarías de Hacienda y de Relaciones, y al Observatorio Meteorológico Central, que se hallaba en el mismo edificio.⁹² Increíblemente, aquel que apoyó con mayor fuerza la electrificación del país y, en especial, de su capital, no pudo gozar de este beneficio en sus oficinas sino hasta casi dos décadas después de la introducción de la electricidad a la capital. Para los festejos del 2 de abril de 1900, no obstante, no sólo el interior del Palacio estaría alumbrado sino que se colocarían focos en las almenas, puertas y barandales de los balcones, alumbrando de manera magnífica todo este edificio.

El año de 1900 fue un parteaguas en lo que respecta a la iluminación de la ciudad. La Plaza de la Constitución toda se alumbraría con focos eléctricos, así como los comercios, las fachadas de algunas casas, más calles y avenidas, edificios públicos, hospitales, teatros y cárceles. Las antiguas lámparas de gas

⁹⁰ Club social fundado en 1884 por Manuel Romero Rubio suegro de Porfirio Díaz, en la Casa de los Azulejos.

⁹¹ *El Monitor Republicano*, 9 de mayo de 1895 "Las mismas máquinas de luz eléctrica proporcionan fuerza motriz a las nuevas prensas instaladas en la oficina impresora de estampillas "

⁹² La Secretaría de Guerra y Marina estrenaría el alumbrado eléctrico hasta agosto de 1900. *El Imparcial*,

habían pasado ya a mejor vida, y este combustible se utilizaría, en adelante, sólo como generador de calor.⁹³ Los descubrimientos recientes lo habían hecho a un lado en el terreno de la iluminación y, al contrario de lo que sucedería con las velas, su presencia sería prácticamente nula en el futuro.

En adelante, cualquier celebración especial serviría de pretexto para poner focos. La Biblioteca Nacional, inaugurada desde 1884 en el antiguo templo de San Agustín, estrenaría sus instalaciones eléctricas en noviembre de 1901, precisamente para realizar ahí una velada literaria en honor de los visitantes a la Segunda Conferencia Panamericana, misma que, por cierto, ya no sería velada, sino "focada". Este edificio se iluminó con miles de focos incandescentes que daban un mayor realce a las bóvedas, cornisas, pilastras, ventana, marcos y arcos de medio punto de las puertas, así como a los copetes de los anaqueles y estanterías de los libros. Se instalaron también en su interior cinco grandes focos de arco, a los que curiosamente se les pusieron bombillas blanco mate para "velarlos". Se requería de su luz, pero sin que llegara a molestar. Era "verdaderamente brillante el aspecto" que brindaba San Agustín iluminado con electricidad.⁹⁴

Y así como la biblioteca estrenaría su alumbrado para un acto cultural muy especial, el templo del Carmen aprovecharía una fiesta religiosa para inaugurar el suyo. Fue la celebración de la advocación del Niño Jesús el pretexto para estrenarlo. En este caso, la grey asistió solemnemente a la misa, al ejercicio del rosario y al canto de los misterios. Una vez finalizados éstos y cuando la oscuridad ya reinaba ¡hágase la luz!, se procedió a inaugurar las instalaciones por las madrinas seleccionadas.

Serán los personajes de Rafael Delgado en *Los parientes ricos* quienes

2 de agosto de 1900

⁹³ "During the first decades of the twentieth century, as electricity rapidly gained in popularity, the gas industry, originally a provider of light, found its modern role as a provider of heat." Bowers, *op. cit.*, p. 49

⁹⁴ "La iluminación comienza desde el vestíbulo, de cuya bóveda penden dos poderosos focos de arco, que hacen gran contraste con los focos que forman grecas recortando los marcos y medios puntos de las puertas [En el segundo cuerpo] las aplicaciones eléctricas son muy variadas, pues de pilar a pilar, forman simétricas ondas, hilos sembrados por foquillos hasta completar el número de tres mil." *El Imparcial*, 6 de noviembre de 1901

dejen testimonio de la belleza y grandeza de esta ciudad con su población multitudinaria, sus avenidas deslumbrantes, los coches⁹⁵ que van y vienen por las calles empedradas, muchas casas que cuentan ya con alumbrado eléctrico pero que resguardan su intimidad con los cortinajes, las boticas con sus aguas de colores, la "avenida majestuosa", sus tiendas magníficas, las "fondas aristocráticas" como llamaban a los restaurantes —escenarios de tantos episodios novelescos de la época—, las tradicionales dulcerías —algunas de las cuales subsistirán hasta la actualidad— y las joyerías "en que la riqueza competía con el aparato deslumbrador, y por fin, una calle silenciosa y triste, oscura y desierta",⁹⁶ que provoca sensaciones opuestas a la vida de la luz

Serán todos aquellos que dejaron testimonios del alumbrado quienes nos transmitan sus impresiones sobre la luz que la electricidad emitía, difiriendo a menudo sobre si ésta era espléndida o más bien titilante y mortecina, según la percepción muy particular y la expectativa de cada uno. Lo que sí era cierto es que lo que ella tenía era muy superior a lo que cualquier mexicano hubiera visto con anterioridad y similar a lo que algunos extranjeros habían podido apreciar en otras capitales, lo que le daba, una jerarquía especial al alumbrado público capitalino

Lo que queremos dejar claro al hacer esta breve relación de lugares alumbrados por electricidad es cómo ésta abre espacios desconocidos que van generando una nueva vida nocturna y que prolonga los horarios más allá de aquellas horas en las que el sol brillaba. A partir de la extensión del servicio se pudo salir en la noche y se tuvo a dónde ir durante la misma, pues empezaron a abundar las opciones para hacerlo. La luz eléctrica abrió la posibilidad de hacer cosas durante la noche, y la humanidad se inventó de inmediato qué hacer, ampliando los horarios o creando nuevas actividades para el horario nocturno

⁹⁵ Son coches, carros o carruajes jalados por caballos, porque a los motorizados les llamarán automóviles y aparecerán hasta principios del siglo XX; para 1907 se estima que ya había cerca de mil autos

⁹⁶ Delgado *Los parientes ricos op. cit.* p 180

SIEMPRE EN VIGILIA

Casi desde el momento mismo en el que aparecen las primeras luces en los centros de reunión y entretenimiento, se hace una distinción entre éstas lámparas, que atraen y que muestran aquello que se quiere ver, y las que están instaladas en las calles y lugares públicos, y que se asocian con la vigilancia policial que ejerce el ayuntamiento. Son luces iguales tal vez, con similares objetivos, descubrir e iluminar la oscuridad, pero desde diferentes perspectivas.

El alumbrado artificial nocturno se instaló inicialmente en la década de los ochenta, como una manera no sólo de alumbrar, sino en buena medida, como un recurso para mantener la seguridad dentro de las calles. Como apunta en 1900 el jefe de la Inspección del Alumbrado en la Ciudad de México, Rafael Arizpe: "es el alumbrado un auxiliar eficaz de la policía",⁹⁷ palabras que confirman el papel oficial de este recurso dentro de la vigilancia de la ciudad.

Esta interpretación del aprovechamiento de la electricidad, más para fines policiales, que para el alumbrado o la propia seguridad de los transeúntes, se iría consolidando conforme se avanzó en las instalaciones eléctricas de la capital, y aquel recurso que se veía como un beneficio directo para la población, se convirtió también en un instrumento de vigilancia permanente de las autoridades. Por ello, Ángel de Campo escribió en 1905: "La luz eléctrica a chorro, el asfalto laminado a manos llenas y una nomenclatura nueva y agradable al oído, hacen más por el progreso urbano que un bimestre de editores, un año de catecismo y una pareja de gendarmes en cada esquina".⁹⁸

De esta manera, el alumbrado público juega un doble papel, por un lado sirve, efectivamente, para que las autoridades ejerzan una mayor observancia y extiendan su presencia policial, pues la luz misma funge como eterna vigilante; por el otro, la población misma asume la presencia de la iluminación

⁹⁷ Arizpe *op. cit.*, p 88

⁹⁸ Ángel de Campo. *La semana alegre Tick-Tack*, intr y recop Miguel Ángel Castro. México. UNAM 1991, p 265

como un auxiliar policial que ayuda a resguardar y a proteger sus personas e intereses. La sola presencia de un foco eléctrico auxilia a que la policía vigile, pero también a que la población sienta mayor seguridad

En su contraparte, pronto sería vista por algunos como una restricción a la libertad de la gente, quien la consideraba como una intrusa que no sólo iba invadiendo todos los espacios y rincones de las habitaciones, sino revelando a su paso los actos privados. Y con este poder de parte de la policía, la luz se convierte en un elemento de control de la sociedad, no sólo para vigilarla, sino para manejar el alumbrado público a voluntad, para gobernar la luz y con ello gobernar de manera indirecta a la población. Una buena iluminación será en adelante sinónimo de una buena policía y, por lo tanto, de un buen gobierno.

Por ello, casi como regla general, cuando alguna manifestación de descontento popular surgía, las lámparas o los focos eran el objetivo principal de piedras y palos; la rebeldía del público se volcaba contra aquellos elementos acusadores que delataban sus movimientos⁹⁹

En 1884, bajo el gobierno de Manuel González, se renegó la deuda inglesa y se decidió iluminar especialmente la ciudad como señal de regocijo, pero la percepción de muchos era que el arreglo se había dado en condiciones desfavorables para el país, lo que provocó una manifestación que salió a las calles para reclamar al presidente su decisión. El blanco físico de su descontento se dirigió hacia el alumbrado público, en el que muchas lámparas fueron quebradas en los enfrentamientos con la policía.

De ello tenemos noticia: "Los [faroles] del alumbrado público que se hallan en las calles principales, continúan sin vidrios desde que los rompieron los enemigos de la deuda inglesa",¹⁰⁰ relató *El Monitor Republicano*, para dar idea del descontento popular hacia un gobierno errático, y mostrar cómo los revoltosos arremetían contra los elementos que simbolizaban el poder y el

⁹⁹ "Every attack on a street lantern was a small act of rebellion against the order that it embodied and was punished as such. In Paris, destroying lanterns was not treated as disorderly conduct (*contravention aux ordonnances*) but as a criminal offence not far short of lese-majesty" Schivelbush, *op. cit.*, p. 98

¹⁰⁰ *El Monitor Republicano*, 19 de diciembre de 1884. Ni hablar de la tinta que se gastó en deliberar quién correría con el gasto de los faroles rotos y de su reposición: si el ayuntamiento o el contratista

control del gobierno: aquellos que, al prenderse de manera extraordinaria, hacían referencia a una fiesta que ellos no querían celebrar por parecerles injusta. Y al mismo tiempo que atacaban al gobierno, al romper los faroles podían hacer desmanes sin ser identificados por la luz traicionera que, en este momento, dejaba ver más de lo conveniente para el pueblo.

Un año después, la prensa se refirió a la falta de luz en los faroles del centro de la capital y al rechazo de las autoridades a arreglarlos, señalando que ante el descontento provocado por la expedición de la moneda de níquel, el gobierno prefería no colocar luz por temor a que las manifestaciones populares se volcaran de nuevo contra ella.

Pero la acción policial de la luz no se circunscribe a su papel a favor de la seguridad y en contra de ladrones y asaltantes, a vigilar en manifestaciones públicas o a iluminar en celebraciones especiales. Ella es también la encargada de eliminar esos rincones oscuros propicios para la inmoralidad y la indecencia, pues como hemos visto la oscuridad es un espacio en el que se puede ejercer lo prohibido.

Sin luz no hay higiene, ni moralidad pública, ni policía, ni seguridad posibles. La luz espanta al ladrón, modera al intemperante, refrena al vicioso e influye no sólo en el bien parecer, sino también en el desarrollo de las buenas costumbres. Una ciudad bien alumbrada es una ciudad no sólo más bella, no sólo más cómoda, sino más segura, más morigerada y más pulcra. Lo primero que hizo el Creador fue alumbrar el caos como único medio de organizarlo.¹⁰¹

Es entonces necesaria la luz para hacer desaparecer el caos de la noche y ésta es una percepción ampliamente extendida entre la población, que no rompe el binomio luz-seguridad, por el contrario, lo fortalece, conforme los sistemas de iluminación se perfeccionan. Pero esta necesidad de contar con un mejor alumbrado para sentirse más seguro, no surge con la electricidad, aparece desde el momento mismo en que cualquier luz facilita la visibilidad y el movimiento nocturno, porque la oscuridad que le acompaña incrementaba sin

¹⁰¹ *El Mundo Ilustrado*. México. 13 de febrero de 1898. tomo I. num. 7

duda las posibilidades de accidentes, robos o ataques. A esos peligros se refería Guillermo Prieto cuando solicitaba “un destello de luz de aceite o una rajilla de ocote, para que la prostitución, el robo y el asesinato no cuenten con un pasaporte de impunidad en cada vericuerdo” ¹⁰²

Paradójicamente, sin embargo, así como se deseaba la luz, de igual manera un gran porcentaje de la población sentía añoranza por la oscuridad, porque aunque ésta se asociaba con peligros, accidentes, robos, prostitución y muerte, la noche y el ambiente oscuro que proporciona se veían como un refugio a la tristeza, a la fealdad y a la pobreza, cosas que, tanto quienes las padecían como los que las veían, trataban de esconder, pues eran realidades muy íntimas o agresivas que no siempre se estaba dispuesto a compartir o contemplar.

Esto provocaba que tal vez por juego o por violencia, muchos de los focos fueran rotos también sólo para apagar aquella luz reveladora y que se requiriera entonces de la misma policía para vigilar a los malhechores y para cuidar de los focos que le permitían cumplir con su trabajo ¹⁰³ De nueva cuenta, como a lo largo de toda esta historia, surge una especie de contradicción entre quienes desean una iluminación nocturna y los que añoran la oscuridad de la noche para esconder o esconderse, pues por cierto que no hay luz más reveladora, de la belleza o la fealdad, de la inmundicia o la pulcritud, que la del sol, y después, que la de un foco eléctrico.

EN LOS SUBURBIOS

El qué hacer se extendería también a algunas de las poblaciones aledañas a la capital como San Ángel, Tlalpan y Mixcoac, donde la introducción de la electricidad provocaba el traslado de grandes personalidades para participar en

¹⁰² Guillermo Prieto, “[Mujer hermosa, susto perpetuo]” en *Cuadros de costumbres 2 ‘san Lunes de Fidel’* en *Obras Completas III*, México CONACULTA, 1993

¹⁰³ “Desgraciadamente se va haciendo costumbre que algunos malintencionados, dando muestra de verdadero salvajismo se entretengan en tirar chinitas a los focos del alumbrado [] El gobierno del Distrito, obrando acertadamente ha dispuesto se despliegue mayor vigilancia a fin de que se aprehenda in

las fiestas que se hacían con ese motivo.

La primera población en inaugurar su alumbrado eléctrico el 18 de enero de 1901 fue San Ángel,¹⁰⁴ donde el Presidente del ayuntamiento, Eusebio Gayosso,¹⁰⁵ viajó junto con la crema y nata de la sociedad capitalina en dos convoyes eléctricos¹⁰⁶ especiales que habían salido de la Plaza de la Constitución, y en los que viajaba también una banda que tocaba un alegre pasacalle mientras las señoras y señoritas iban arrojando serpentinas y confeti por las ventanas y a los ojos de aquellos que salían de sus casas *ex profeso* para ver la comitiva

Una vez en aquel poblado, que se mantenía a oscuras para dar más realce a la inauguración, se dirigieron al jardín de San Jacinto donde se había construido un pabellón para guardar los generadores de la luz. Las madrinas cortaron los cordones que encendieron las calles de San Ángel, mientras la banda tocaba una diana. La instalación contaba con 30 lámparas de arco y 100 focos incandescentes y el servicio lo brindaría una compañía extranjera a quien se le dio en concesión por 20 años y que, por cierto, también generaría la electricidad que pondría en movimiento las fábricas de Tizapán. Obviamente hubo reunión en el salón de Cabildos, donde se bailó un vals y se comieron *sandwiches*, mostrando así el carácter cosmopolita de la sociedad porfiriana. Para el resto de los lugareños hubo fiesta popular en el jardín de San Jacinto con millares de cohetes y combinaciones bengálicas.

En el caso de Tlalpan el gobernador del Distrito, Ramón Corral, junto con una gran comitiva se dirigió a dicho poblado para poner en marcha el alumbrado eléctrico. Llegaron a él todavía con luz donde esperaron el

fraganti a los imbéciles chistosos y se les impongan severas penas" *El Imparcial*, 1º de enero de 1906.

¹⁰⁴ La de Coyoacán se quiso realizar el primer día del siglo XX, pero ciertos desperfectos lo impidieron, retrasando la inauguración hasta el 23 de enero. Como en los otros casos, hubo baile y "lunch" *El Imparcial*, 23 de enero de 1901.

¹⁰⁵ Eusebio Gayosso había hecho progresos desde luego, pues en 1893 recibía apenas un sueldo mensual de \$160 como recaudador del Panteón de Dolores. Véase la Sesión del martes 28 de noviembre de 1893 en *Actas de Cabildo del Ayuntamiento Constitucional de México, año de 1893*. Ed. de "El Municipio Libre", México, Imprenta de la Escuela Correccional, 1895.

¹⁰⁶ "Con la expansión de la urbe, surgen las ciudades satélite. Para unir las al centro, aparece un personaje que se vuelve parte lo mismo de la mitología cotidiana que de las páginas literarias: el tranvía, a punto de

momento preciso en el que iniciara la noche para entonces prender las luces y que brillaran intensamente en la oscuridad. Hubo cohetes, vivas, aplausos, música y baile que terminó hasta el amanecer. La ocasión lo ameritaba, 150 lámparas alumbraban ya la localidad ¹⁰⁷

En Mixcoac sucedería algo similar tan sólo dos días después. De nueva cuenta, Ramón Corral se trasladaría al poblado en un flamante tren eléctrico designado especialmente para el acontecimiento y amenizado con una estudiantina que tocaba marchas españolas "La comitiva se dirigió a la estación del primer circuito de luz, para abrir [sic] las llaves de luz".¹⁰⁸ Las madrinas del acto, junto con el gobernador, abrieron una por una las llaves de conexión, que llevaban atado un moño tricolor. Al momento de encenderse las luces, la banda tocó, la gente aplaudió y los cohetes estallaron en el aire; poco después hicieron lo propio en la estación número dos y de ahí se dirigieron al salón principal del ayuntamiento donde hubo "lunch" y baile. La fiesta terminó hacia las dos de la madrugada, aunque el gobernador y sus acompañantes volvieron a la capital a las once de la noche. Mixcoac contaba ya con 146 focos eléctricos

decretar la insurgencia animal para incorporarse a la edad eléctrica. Quirarte. *op cit.*, p. 325

¹⁰⁷ *El Imparcial*, 2 de marzo de 1901

¹⁰⁸ *El Imparcial*, 4 de marzo de 1901

IV. LAS FIESTAS

La capital está de fiesta;
ya ha comenzado a ostentar
la espléndida gargantilla de perlas luminosas
con que el ayuntamiento
y los sres. Siemens & Halske
la han dotado.

El Mundo Ilustrado

EL 15 DE SEPTIEMBRE: LAS FIESTAS DE DON PORFIRIO

Alumbrar los espacios públicos durante las celebraciones especiales ha sido siempre una necesidad humana, y ya sea con hachones, antorchas, velas o lámparas de gas, las poblaciones han buscado la manera de iluminar las noches de fiesta con el doble propósito de contar con luz y de brindar tributo a la ocasión derrochando este lujoso recurso.

La aparición de la electricidad facilitó e incrementó esta situación, pues los focos incandescentes ofrecieron la posibilidad de aumentar la intensidad de la luz, de bordear los edificios o comercios, de agregar colorido o formar figuras. De esta manera, la añeja costumbre de alumbrar las calles y el cielo, alcanza con la luz eléctrica niveles apoteóticos.

A partir de que se hicieron las primeras instalaciones eléctricas se fue iluminando más la Ciudad de México; conforme se fue extendiendo el servicio y aumentó la capacidad, se fue adornando más a la capital. Así, en las conmemoraciones del 2 de abril, el 21 de marzo, el 15 y 16 de septiembre, las fiestas decembrinas y de las que se realizaban para celebrar las reelecciones de Díaz¹ se llenaba de luz la ciudad. Veamos algunos ejemplos:

¹ "En la noche del miércoles último, con motivo del banquete reeleccionista [.] se quiso hacer una iluminación [.] Dicha iluminación consistió en encender los faroles del gas y ponerles bombillas de color que con la noche de luna y la luz eléctrica encendida formaban un bonito conjunto" *El Monitor*

Al parecer, la primera fiesta que se realizó con luz eléctrica a borbotones fue la que se celebró en diciembre de 1900, en la cual coincidieron la quinta reelección del presidente con el inicio del nuevo siglo, contando para la ocasión con cientos de focos incandescentes que formaban banderas, flores y estrellas, aunque

La iluminación más notable, consistía en el retrato de el Sr. Presidente de la república, que coronaba el edificio rodeado de luces tricolores, y teniendo como detalles, estrellas colocadas en las paredes

Abajo del óvalo en que se había colocado el retrato del Sr General Díaz, formado también con focos de luz, se leía la siguiente inscripción: 1º de diciembre de 1900.²

Cuando se descubre la forma en que refiere la prensa al acto, resaltando el gran despliegue de luz que se realizó, no puede uno sino pensar en el poder que existía tras este personaje al lograr que no sólo las oficinas publicas sino incluso las empresas particulares se sumaran al festejo, dando muestra palpable de lo que se podría traducir como una alegría inigualable que se reflejaba en la ciudad iluminada y orgullosa de tener a aquel héroe en el Ejecutivo una vez más. *El Imparcial*, de hecho, refirió que las fiestas se celebraron en honor del presidente Díaz y su reelección dejando el cambio de siglo como algo secundario.

Y es que se trataba de dejar constancia de que al comenzar el nuevo siglo, México se estaba incorporando al mundo moderno y progresista, y qué mayor muestra que la electricidad y el que las primeras campanadas de 1901 se ahogaran "al fin en el clamor de los silbatos de las fábricas, que saludaban al siglo nuevo con chorros de vapor, y el chillido agudo de las locomotoras".³ Fábricas, vapor y locomotoras que serían sin duda los símbolos del ansiado

Republicano, 26 de mayo de 1888 Para la reelección de 1900 se tomaron las siguientes medidas: "I. La ciudad será profusamente adornada [] II. Gran iluminación eléctrica de la Av Plateros al Puente de San Francisco, edificios del Palacio Municipal y Catedral III Iluminación con faroles venecianos en la Plaza de la Constitución, Jardín del Zócalo Av De Plateros a Carlos IV" *El Imparcial*. 1 de diciembre de 1900.

² *El Imparcial*, 2 de diciembre de 1900 Para tener una mayor precisión de lo que fue esta fiesta de luz véase la descripción completa de este acontecimiento en el anexo 1 al final de este trabajo

progreso y del desarrollo alcanzado, propios de un país culto y civilizado.

Lo mismo sucedería en la reelección de 1904, cuando en todas las bocacalles, sin excepción, se colocaron hilos transversales de focos; se formaron ánforas y macetones sobre las cornisas de la Catedral,⁴ mientras que al pie de su reloj se colocó un gran retrato de Díaz circundado con focos y una bandera luminosa de diez metros de extensión por seis de altura que aparecería en su asta. La capital nunca se había visto tan hermosamente iluminada como entonces

Pero si las reelecciones presidenciales eran motivo de celebración especial, las fiestas de la Independencia se convertirían en *el suceso* anual más importante del país. Díaz se había encargado de que así fuera, modificando incluso el calendario patriótico para que el festejo coincidiera con su cumpleaños y año tras año, en la noche del 15 de septiembre, se conmemoraba la independencia, sí, pero también algo más que eso. Don Porfirio se festejaba a sí mismo y a través de las grandes celebraciones nacionales se rendía tributo a quien se consideraba el salvador de la nación. Era la fecha en la que la ciudad se engalanaba especialmente, y al hacerlo, engalanaba la figura presidencial, porque la capital era una extensión de la personalidad de Díaz, y con ello, cuanto mejor luciera, tanto mejor sería la imagen que se tendría del presidente.

En este contexto, el hecho de que la capital se iluminara con más o menos focos eléctricos se convertiría no sólo en un despliegue tecnológico, sino en un acto político que simbolizaba y sintetizaba el poder de Díaz y que alcanzaría su apoteosis en las fiestas del Centenario, culminación del sueño porfirista. Hagamos un breve recorrido por lo que significó la fiesta de luz en las celebraciones del 15 de septiembre

Esta historia iniciaría 30 años antes, justo cuando llegaron los primeros

³ Carlos González Peña, *La chiquilla*, México, Porrúa, 1987, p. 101

⁴ Es probable que por estas fechas Amado Nervo escribiera: "¿Quién hubiera soñado, hace apenas diez años, ese bordado de luz eléctrica que parece hacer de la inmensa Catedral y del viejo Palacio de los Virreyes una arquitectura fantástica, calada a punzón sobre el fondo negro de la noche?" *Obras completas*, tomo XXV Citado por Vicente Quirarte en *Elogio de la calle Biografía literaria de la*

aparatos eléctricos a México en 1881 y se iluminó con 12 focos desde la estatua de Carlos IV⁵ hasta la esquina de las calles Vergara y San Francisco, muy cerca del Zócalo capitalino, en lo que sería el primer despliegue de alumbrado eléctrico y, en consecuencia, la primera impresión al respecto por parte del público, misma que fue referida de la siguiente manera:

El curioso, colocado al pie de la columna del foco, goza de un espectáculo divertido. En primer término, figuras perfectamente iluminadas de pies a cabeza, colores vivísimos, y ojos entorpeados [sic] para que no les hiera de lleno la luz, un paso más allá, algo como espectros pálidos, colores indecisos y contornos vagos; y en el centro de la calle, oleadas de sombras como que se empujan unas a otras en busca de la claridad, que se halla a veinte pasos ⁶

Entonces se comprobó que la nueva luz no “ofendía” a la vista, pero también que, por su colocación, los focos eléctricos iluminaban más los balcones y las azoteas que las calles, lo cual motivaría que el editorial concluyera irónico, que “Para diversión está todo muy bueno, para alumbrado público, creemos que necesita algunas modificaciones”.⁷ No obstante la queja, un año después sólo se habían instalado cuatro focos más para la celebración

En 1883 no hubo alumbrado artificial pues, como coincidió con que hubo luna en el cielo, se decidió suprimirlo ⁸ Algunos edificios, respondiendo al llamado del ayuntamiento, habían adornado sus recintos, como el Teatro Nacional que incluso lo iluminó pomposamente (sin duda con lámparas de gas) y presentó en su pórtico imágenes de cuerpo entero de los héroes de la Independencia ⁹ Pero las calles céntricas de la capital debieron festejar a la luz

Ciudad de México 1850-1992, México, Cal y Arena, 2001., p 288

⁵ En el cruceo actual de Av. Juárez y Reforma

⁶ *El Monitor Republicano*, 20 de septiembre de 1881.

⁷ *El Monitor Republicano*, 18 de septiembre de 1881.

⁸ “El ayuntamiento de la capital tuvo a bien suprimir el alumbrado de gas el 15 y 16 de septiembre del presente porque eran noches de luna. Que economice otros días, pero no en los de fiestas patrióticas y más cuando se pegaron en las esquinas papeles pidiendo que todas las clases de la sociedad contribuyeran como les fuera posible para el ornato de la ciudad. Esto es hacer el papel de diablo predicador” *El Monitor Republicano*, 19 de septiembre de 1883

⁹ “Para la festividad de anoche se adornó pomposamente el teatro Nacional. La entrada estaba alumbrada con toda profusión y adornada con bastante buen gusto” *El Monitor Republicano*, 16 de septiembre de 1883

de la luna, y como estaba nublado, lo hicieron a oscuras. En los siguientes años, 1884-1886, banderas y flámulas, globos de colores, luces venecianas, fogatas y luminarias por toda la ciudad hicieron que la fiesta estuviera animada.¹⁰ El Jockey Club, el Banco Nacional y la casa del señor Knight (representante de la Compañía Mexicana de Gas y Luz Eléctrica) lucían espléndidamente alumbradas con gas, pero se empezó a considerar la idea de asociar la celebración con la magnitud de luz que se desprendiera de la ciudad.

En 1887 se construirían en el atrio de la Catedral dos pequeños pedestales de cantera donde la gente pensó que se instalarían estatuas o elegantes candelabros, pero, para desagrado de la población, fueron el sostén de dos focos eléctricos que no fueron bien recibidos. En ese año, además de la fiesta cívica, la Sociedad de Amigos del Presidente, organizó un gallo, una serenata y fuegos artificiales para celebrar el cumpleaños de Díaz y las calles por las que hizo su recorrido "el gallo" se iluminaron con gas.¹¹

La idea de festejar el 15 y el 16 de septiembre se volvió más sofisticada conforme se consolidaba la presencia de Díaz en el poder y se empezaban a mostrar algunos visos de progreso en el país como el crecimiento de la red ferroviaria, telegráfica, telefónica y eléctrica. Así, al llegar 1888 se formuló un programa¹² para solemnizar el septuagésimo octavo aniversario de la Independencia, que consistiría en que el día 15 la Plaza de la Constitución estuviera convenientemente decorada e iluminada para que entre las 8 y 12 de la noche se presentara un gran concierto con varias bandas militares. Se organizó asimismo una procesión cívica con miembros de diferentes gremios de músicos, obreros, escuelas y cuerpos de seguridad, que partió del Paseo de

¹⁰ "las calles habrán parecido inmensos cordones de fuego" *El Monitor Republicano*, 17 de septiembre de 1884

¹¹ "Las calles que recorrió el gallo estaban iluminadas, algunos edificios como la dirección del gas y el Jockey Club, tenían lámparas de hidrógeno. En la Plaza de Armas había un inmenso gentío: a las 9 y media se quemaron unos fuegos artificiales; los salones del Palacio se veían brillantemente iluminados" *El Monitor Republicano*, 16 de septiembre de 1887.

¹² "El ayuntamiento Constitucional de México ha formulado el siguiente programa para solemnizar el 78 aniversario de la independencia de México" *El Monitor Republicano*, 15 de septiembre de 1888

la Reforma, portaba faroles y hachones encendidos, y se dirigió al Palacio Nacional para esperar que el presidente vitoreara la Independencia y, entonces, se lanzarían salvas de artillería, sonaría la música, los campanarios repiquetearían y de las azoteas de los edificios que rodean la Plaza saldrían luces de bengala para iluminar todo el escenario. El programa se quedó en eso debido a un temporal que cayó sobre la ciudad y aguó la fiesta, y con ello la iluminación que, basada en la flama, era difícil de mantener encendida si llovía o soplabla el viento.

Pero el año de 1889 anunció lo que sería la electricidad en las futuras celebraciones patrióticas, así como la influencia francesa sobre la cultura nacional. En el jardín del Zócalo se construyeron unas fuentes luminosas que mostraban al pueblo una de las aplicaciones de la "óptica", tal y como se había hecho en ese año en París, seguramente durante la Exposición Universal. Asimismo, en la sexta demarcación del Distrito se erigió una torre Eiffel que se iluminó con la luz eléctrica "de Edison".¹³ Si bien el Zócalo se adornó con faroles venecianos, algunas casas particulares y de comercio colocaron estrellas de focos incandescentes¹⁴ y al darse "el grito" se iluminaron las torres de la Catedral, efecto que sólo se pudo haber dado con la electricidad por ser el único sistema que podía prender en un instante los focos.

Esta manera de celebrar se mantendría hasta 1893, cuando además de los consabidos palacios Nacional y Municipal y la Catedral se vistieron con luces tricolores la mayoría de los edificios y casas de comercio, entre los cuales destacaba la droguería de Labadie, la casa Mosler Bowen y Cook y el edificio de las Fuerzas Hidroeléctricas de San Ildefonso. Pero quizá lo más significativo de la noche fue la realización de un desfile de carros alegóricos que presenciaría el presidente desde el balcón del Palacio Nacional.

Para dar una idea de lo que significaba para el país, y en una franca alusión a su importancia en el desarrollo nacional, el progreso y la modernidad

¹³ Se obsequió "a los vecinos de este mismo lugar con una serenata compuesta de 50 profesores, dando término a las 12 de la noche". *El Monitor Republicano*, 15 de septiembre de 1889

¹⁴ "Advertiase que este alumbrado se generalizaba y que muchas casas particulares y de comercio lo han

alcanzados, el primer carro que desfiló fue el de la empresa eléctrica del señor Knight. La alegoría “representaba la electricidad por una estatua de mujer plateada y sentada sobre un caldero de vapor. En la mano de la estatua se veía una especie de cetro despidiendo rayos”.¹⁵ La aparición de la electricidad en primer sitio era un símbolo y una declaración de la prioridad que se le daba a este servicio. También era una buena manera de anunciar que México había entrado, como de hecho lo hacía, a la era eléctrica.

Al año siguiente, el señor Knight atraería nuevamente la mirada de la población capitalina durante los festejos: en la fachada de su casa, ubicada en la 1ª calle de San Francisco, se vio en la noche un gigantesco cometa con una cauda de diez metros de longitud y cuyo núcleo era una estrella giratoria. Todo el cometa contaba con 200 luces incandescentes y es de imaginar el efecto que pudo causar sobre la gente que no sólo se admiraba por las luces, sino porque éstas se movían. Le seguía en impacto la droguería de Labadie,¹⁶ que lucía en su fachada “cojines” de flores en cuyos centros había una bombilla de luz eléctrica; los balcones estaban cubiertos por “ráfagas tricolores” de focos y sus balcones contaban con más estrellas incandescentes que también giraban. De manera similar lucirían la joyería de La Esmeralda, la droguería de Carlos Félix —con un gran arco de luz—, el Casino Nacional —que aún usaría abanicos de gas para formar en su fachada las letras CN—, la droguería Plateros, la Lotería de Beneficencia Pública —adornada con los retratos de nuestros héroes e iluminada con bombillas de luz eléctrica—. La Sorpresa, La Concordia, El Zafiro y la Casa Barrón seguramente no contaron con la energía, pues la crónica sólo anuncia que sus fachadas lucían vistosas durante el día.¹⁷

En 1896 la novedad fue la colocación de la Campana de Dolores sobre

adoptado” *El Monitor Republicano*, 17 de septiembre de 1889

¹⁵ *El Monitor Republicano*, 17 de septiembre de 1893

¹⁶ “A lo lejos en la Av. de Plateros y San Francisco mirábase como un bosque de banderas y en la noche como un mar de luz. La casa cuyos adornos llamaban más la atención, era la Droguería de Labadie en la calle de la Profesa.” *El Monitor Republicano*, 16 de septiembre de 1894

¹⁷ *Ibid.* Para 1895, de nuevo la lluvia se haría presente en las celebraciones de la Independencia. “No obstante la incesante lluvia que estuvo cayendo la noche del día 15, las fiestas estuvieron bastante animadas” *El Monitor Republicano*, 17 de septiembre de 1895

el balcón principal del Palacio.¹⁸ El discurso oficial se iba consolidando en el sentido de reforzar el nacionalismo y de recuperar la confianza, se celebraba un aniversario más en un año clave para el país pues por primera vez en la historia nacional la Hacienda Pública mostraba un superávit que daba esperanzas a propios y extraños sobre el futuro. México mejoraba su reputación, daba un vuelco a su historia, asumía costumbres europeas, recibía grandes inversiones, tenía un importante desarrollo económico y vivía un impulso inédito en su infraestructura. Como parte de esta última, la electricidad se convertía en una de las piezas maestras del rompecabezas y a partir de entonces progreso y grado de iluminación irían de la mano

Las fiestas patrias se celebraron con más casas iluminadas con focos incandescentes, los cuales formaban la bandera nacional en las principales calles, como en la de Plateros. Descollaron además el Jockey Club —con 6 focos de arco rojos, blancos y verdes—, la Lotería Nacional, la joyería de La Esmeralda, el Hotel de Iturbide, El Globo y las droguerías de Labadie,¹⁹ la Azul y la de Plateros. La casa del señor Knight no podía quedarse atrás; presentó ese año la variante de que los arcos de luz cambiaban constantemente de colores, ya eran rojos o verdes. De nuevo hubo desfile de parroquianos con hachones y farolitos venecianos, que llegaron al Zócalo, justo para ser testigos de cómo, al sonar las once de la noche, se iluminó súbitamente la histórica campana, arrancó un sonoro rumor a los presentes y ahogó así el sonido de los dos toques que le dio Díaz. Acto seguido, las campanas de la Catedral tocaron a vuelo, mientras que sus torres se iluminaban y “de sus flancos

¹⁸ “La colocación de la campana de la Independencia sobre el balcón principal del Palacio Nacional, atrajo en este año a muchos forasteros sobre esta capital y galvanizó, por decirlo así, nuestras fiestas patrióticas imprimiéndoles un sello de novedad que no tuvieron en años anteriores” *El Monitor Republicano*, 17 de septiembre de 1896

¹⁹ “La Droguería Labadie ofrecía primorosa perspectiva. cerca de el asta bandera brillaba un foco de arco, de allí desprendiéndose en colosales ondas multitud de luces incandescentes rojas, azules, verdes y blancas, estas luces veíanse interrumpidas por estrellas de focos azules con reflectores blancos, en el centro otra grande estrella alumbraba un gran escudo con las armas nacionales; las ráfagas de los balcones tenían diagonales de luz y en las cornisas prolongadas líneas de focos eléctricos, de varios colores formaban precioso conjunto” *El Monitor Republicano*, 19 de septiembre de 1896. Pareciera como si este comercio, al igual que otros muchos, se esforzara cada año en lucir sus mejores galas con la ayuda de la electricidad

vomitaban luces de colores y lluvia de chispas doradas que bañaban a la muchedumbre”.²⁰ Por si esto fuera poco, del Palacio se desprendieron globos aerostáticos y más luz surgió del jardín del Zócalo, con lo que se dio un aspecto feérico a la celebración e hizo que “la iluminación fuera más profusa y brillante que en años anteriores”.²¹ Por ello se puede afirmar que la iluminación fue lo más destacado del día.

Era evidente que conforme pasaron los años y se volvió más accesible la electricidad, surgió una especie de rivalidad capitalina para ver qué edificio resultaba más adornado e iluminado en las fiestas de la Independencia. En 1897 fue significativo que La Esmeralda reprodujera en la cima de su asta bandera una gran media luna formada con “picos” incandescentes a la que acompañaba una estrella también luminosa. Era la luz que se podía imitar con la electricidad y era el poder del hombre sobre la misma. Asimismo, en el primer piso del edificio se colocaron gallardetes con los colores de las banderas francesa y mexicana, mientras que en sus escaparates se formaron las iniciales R. M. y R. F. en alusión a las repúblicas mexicana y francesa. Modernidad y afrancesamiento iban de la mano y en todo se manifestaban

Pero también se expresaba aún el México tradicional, el que no se sumaba todavía al progreso y optaba por formas más arcaicas de iluminación, como la Droguería Japonesa, que adornaría sus escaparates con bujías que ardían dentro de farolillos de papel de formas caprichosas, o el mismo Palacio Nacional, donde se podían apreciar estos contrastes: mientras que su campana fue rodeada de una aureola de focos incandescentes, en los balcones principales se colocaron hileras de luces “encerradas en guarda brisas” de cristal rojas, blancas y verdes.²²

En 1898 se sumarían a los establecimientos comerciales iluminados con electricidad otros más: el Surtidor, la doraduría Pellaudini, las fábricas de Lyon, la Casa Hillebrand, la camisería Marnat, La Parisiense, el almacén de Zivy, el

²⁰ *El Monitor Republicano*, 17 de septiembre de 1896

²¹ *El Monitor Republicano*, 19 de septiembre de 1896

²² Estas luces pudieron haber sido velas o lámparas de gas, pues la nota no lo precisa. *El Imparcial*, 16 de

Congreso Americano, Au bon Marché, el edificio de Correos, la finca de los Escandón y las oficinas de la empresa de Siemens y Halske, que rivalizaban en esplendor con las de la Compañía Mexicana de Gas y Luz Eléctrica.²³ La droguería de La Profesa tendría una iluminación "célebre", mientras que la Catedral formaría en sus torres dos colosales águilas con focos blancos y con la actitud que tiene la del escudo de armas mexicano. En el Palacio resaltaban, además de los cientos de focos, los años 1810-1898, y al sonar las once apareció bajo la campana la fecha 16 de septiembre de 1810, sacando un grito unánime que se extendió como eco por toda la ciudad. Se magnificaba la presencia de Díaz, se extendía el alumbrado y se exacerbaba el espíritu patriótico de la población al mismo tiempo que se buscaba afianzar el nacionalismo y la veneración de la figura del presidente

Como era de suponerse, la profusa iluminación atrajo como nunca antes miles de espectadores al centro de la ciudad, ávidos de ser testigos del nuevo paisaje nocturno. El primer cuadro lucía radiante, pues todos los edificios estaban adornados con luces simulando diferentes formas. Pero el que más llamó la atención fue sin duda el nuevo edificio del Centro Mercantil. Construido por el señor Teresa y ubicado en la esquina de Mercaderes y Tlapaleros, se adornó con 1000 focos y un retrato al óleo del general Díaz enmarcado en una guirnalda y circundado por focos incandescentes. En su parte superior, grandes letras de luz formaban las palabras *Centro Mercantil*. De él se decía.

El golpe de vista que ofreció el conjunto de lo que en detalle hemos descrito, es indescriptible; verdaderamente no hay palabras con el colorido necesario para que pudiera dar siquiera una idea de esa orgía de luz y de colores que vimos anoche.²⁴

Toda esta fiesta que se vivió en la noche del 15 de septiembre de 1898 culminó con una lluvia de "serpentinadas de fuego" que caería del cielo una vez que Díaz dio el grito y la ciudad toda apagó sus luces multicolores para dar paso a los

septiembre de 1897.

²³ "Estos eran los edificios mejor iluminados" *El Imparcial*, 15 de septiembre de 1898

²⁴ *El Imparcial* 16 de septiembre de 1898

juegos pirotécnicos.

En 1899 la Ciudad de Bruselas, la Concordia, el Repertorio Wagner y Levien, la Maison Dorée, el Repertorio Heuer, el Club Americano, la Mutua, el Hospicio de Pobres, la Agencia de Bicicletas y el Banco Nacional, sumados a los ya mencionados y a varios edificios particulares más, contratarían de nueva cuenta con las casas eléctricas Siemens y Halske, CGLE y Nacional, el servicio provisional para las noches del 15 y 16 de septiembre, aunque muchas se quedaron sin el suministro por falta de energía suficiente.²⁵ Además, todos los arcos triunfales que montaban los estados de la República serían iluminados de igual manera. De nueva cuenta, el Palacio Nacional contaría en sus balcones con mecheros de gas cubiertos con pantallas tricolores

Así, se puede decir que el año de 1899 marcó un hito en la historia del alumbrado eléctrico y en el de las celebraciones del 15 de septiembre, pues en este año algunos encabezados periodísticos se referirían ya a las fiestas como las que se realizan en honor del "Primer Magistrado de la República" y no de la Independencia.²⁶ Y en su honor se hizo, como en años anteriores, un desfile de carros alegóricos que cruzó la ciudad. El desfile fue presidido por el carro que evocaba la electricidad, producto del esfuerzo conjunto de las tres compañías establecidas en la capital. De hecho, fue el que llamó más la atención y arrancó las mejores expresiones, pues representaba:

un gran globo terrestre flotando entre nubes tenues formadas de gasa de plata. Sobre el mundo las ruedas del progreso y sentada en ella una joven morena, mórbida, bien formada, llevando un gran foco sistema Edison en una mano, representación de la electricidad. Su traje consistía en una túnica confeccionada de brocado de plata, colgando grandes hilos de perlas de su tocado [. . .] Al frente del carro una niña, Refugio Zúñiga, coronaba con un gran laurel circular los bustos

²⁵ "Las compañías eléctricas de Siemens y Halske, de Knight, y la Nacional, dejaron de hacer otras instalaciones que los particulares solicitaban por no poderse comprometer a ello. Se calcula que el alumbrado extraordinario de estos días puede alcanzar la cantidad de 20 000 bujías, extra, aproximadamente, correspondiendo la mayor parte a la Compañía Siemens y Halske." *El Imparcial*, 13 de septiembre de 1899.

²⁶ Quizá por esta razón, "el sr. Regidor, don José Ignacio Icaza, ha tomado empeño en esta parte principal de los festejos y él personalmente ha vigilado algunas de las instalaciones." *El Imparcial*, 10 de septiembre de 1899.

de Siemens y Edison En el centro de la alegoría había un dinamo eléctrico.²⁷

La alusión a la electricidad quedaba implícita, pero más que eso, era el significado de esta energía como motor del desarrollo Su aparición encabezando el desfile ubicaba también su lugar en el orden de los progresos y la joven era una alegoría de la nación que, iluminada, podría ocupar un lugar en la cima del mundo El carro anticipaba la llegada del nuevo siglo y el papel que en él desempeñaría la electricidad

En 1900 "la ciudad en general era un reguero de luces de brillantes colores, un manto de claridad que se extendía por todas partes" ²⁸ Era lógico que fuera así: además de las fiestas patrias se celebraría la proximidad del cambio de siglo y la sexta reelección de Díaz al frente del Ejecutivo, hechos que en conjunto merecían un gasto mucho mayor que el de años anteriores

Conforme a la tradición, Plateros sería la avenida más iluminada ²⁹ En el Zócalo se colocaron mástiles que sustentaban estrellas formadas con focos eléctricos, mientras que farolillos de cristal de variados colores formaban un gigantesco calidoscopio alrededor de la plaza; había luces hasta en los árboles y gente hasta en la coladeras, como apuntó Ángel de Campo: "allá van, maridaje de átomos populares a engrosar la densa chusma en fermentación que llena con su olor y su miseria tenebrosa, la vía deslumbrante de luz eléctrica aquí, negra como para un asalto allá" ³⁰ Y es que, en efecto, por más que se hubiera extendido el alumbrado en la capital quedaban aun zonas iluminadas de manera deficiente o que no contaban con ningún foco en sus

²⁷ *El Imparcial*, 16 de septiembre de 1899 El carro iba jalado por cuatro 'soberbios' caballos

²⁸ *El Imparcial*, 16 de septiembre de 1900

²⁹ "Seguramente y como en años anteriores en la amplia Av. que se extiende desde la Plaza de Armas hasta el Paseo de la Reforma, era donde se había reconcentrado el más brillante decorado Las fachadas de algunas casas comerciales se distinguían por su costosa iluminación." *El Imparcial*, 16 de septiembre de 1900 Véase también el Contrato con la "Compañía Mexicana de Electricidad", para el alumbrado decorativo de las calles de Plateros al Puente de San Francisco. en *Memoria del Ayuntamiento de 1900* Tomo II, Documentos. México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1901, p. 524

³⁰ Ángel de Campo, *La semana alegre. Tick-Tack* intr y recop Miguel Ángel Castro México, UNAM 1991, p. 133

calles, como las colonias Hidalgo y Peralvillo.³¹

El nuevo siglo recibiría a los mexicanos con las mismas manifestaciones en las fiestas de la Independencia. Año tras año, algunas casas se iluminarían más que otras, pero en general, las más importantes harían un mayor derroche de luz para demostrar con ello su jerarquía, en un proceso similar al que operaba en la capital, en la que la ampliación del servicio y la intensidad del alumbrado eran vistas como signo de crecimiento y desarrollo.

Por otra parte, el país se debía preparar para los festejos del Centenario de la Independencia, por lo cual muchas zonas de la capital se vieron afectadas por las obras de infraestructura y ornamentales dirigidas a construir una ciudad que estuviera a la altura de las grandes capitales europeas y estadounidenses y que así luciera durante las fiestas de 1910, cuando Díaz se encargaría de que los ojos del mundo estuvieran puestos en esta parte del planeta que parecía hacer progresos milagrosos y en donde la iluminación jugaría un papel protagónico, como lo anunciara en agosto de ese año *El Imparcial*:

La iluminación de la ciudad de México durante el próximo mes, será de hecho una de las más elocuentes demostraciones del progreso de este maravilloso país durante los últimos cien años. Al recorrer estas calles brillantemente iluminadas, no hay que olvidar que desde aquella hora memorable en que el patriota sacerdote Hidalgo tocó la campana que había de señalar los futuros destinos de México, hasta la hora actual, la mayor parte del progreso de ésta y otras grandes naciones del hemisferio Occidental, se ha debido a ese misterioso poder que tan liberalmente será empleado durante la celebración del Centenario.³²

En efecto, en septiembre de 1910 la ciudad brilló como nunca antes gracias a la luz eléctrica que dominaba ya la capital. Lo haría por la dimensión que adquirirían en ese año las fiestas y celebraciones; por la calidad y cantidad de

³¹ Véase el plano de la ciudad que indica la distribución del alumbrado eléctrico en 1900 en Rafael Arizpe, *El Alumbrado Público en la Ciudad de México*, México, Tip y lit "La Europea", 1900, p. 203. Sin embargo, debemos recordar que el discurso oficial señalaba que la capital toda contaba con alumbrado eléctrico desde un año antes.

invitados especiales que visitaban México y le conferían la jerarquía de una verdadera capital cosmopolita, y lo haría también por la magnitud ornamental de los monumentos y edificios inaugurados para la ocasión presididos por la Columna de la Independencia, que coronada por una Victoria alada estaría iluminada las 24 horas del día (en la mañana por el sol, en la noche por los reflectores ocultos en su capitel).³³

La trascendencia de la fiesta y la magnitud del espectáculo que se quería ofrecer implicaron preparar un programa de actividades y designar una comisión encargada de la iluminación de los edificios públicos, calles y fachadas y de tres subcomisiones responsables del alumbrado de la Catedral, del Palacio Nacional y del Municipal, respectivamente. El objetivo era que todo saliera de lo común y alcanzara los límites de la grandiosidad. Los proyectos de iluminación abarcaban por igual las fachadas de las casas suntuosas que las humildes, los comercios, las industrias y las calles. Desde el principio, el ayuntamiento —léase Díaz³⁴— concibió el programa de iluminación como uno de los más ambiciosos de los festejos para hacer de la ciudad una verdadera “ascua de oro”.³⁵

Para lograrlo no se escatimarían recursos económicos ni energéticos. Mientras que la Secretaría de Instrucción Pública, por ejemplo, asignó 1 050 956 pesos para iluminar todos sus edificios,³⁶ la planta hidroeléctrica de

³² *El Imparcial*, 28 de agosto de 1910.

³³ Sólo en la primera quincena de septiembre de 1910 se llevaron a cabo las siguientes inauguraciones: el Hospital de la Castañeda, el monumento a Alejandro Von Humboldt en la Biblioteca Nacional, la Estación Sismológica, el teatro de la Escuela Nacional Preparatoria, el nuevo edificio para el Ministerio de Relaciones Exteriores y otro para el de Defensa, y la Escuela Normal de Maestras. De manera paralela se inauguraron diferentes exposiciones de arte e industria de España, de productos japoneses y de arte mexicano de vanguardia. También se llevaron a cabo el Congreso Internacional de Americanistas, el 4º Congreso Médico Nacional y el Congreso Pedagógico de Instrucción Primaria. Cfr. Mauricio Tenorio Trillo, “1910 Mexico City: Space and nation in the city of the Centenario”, en *Journal of American Studies* 28, London, The Cambridge University Press, 1996, p. 77.

³⁴ No olvidar que desde que se promulgó la ley de organización política y municipal del Distrito Federal, el 26 de marzo de 1903, el gobierno federal absorbió todas las funciones de la Ciudad de México.

³⁵ La prensa es particularmente generosa en torno a la información que ofrece sobre los festejos del Centenario y, casi a lo largo de todo el año de 1910, aparecen constantes menciones a lo que será esta celebración, a su organización y a los avances. La información que aquí se sintetiza proviene de esa fuente.

³⁶ *El Imparcial*, 14 de junio de 1910.

Necaxa tendría disponibles 10 000 kilovatios para ese mes. Serían, como se apuntaba, unos días en que la otrora Ciudad de los Palacios se convertiría, robándole su título a París, en la Ciudad Luz. Tenochtitlán saldría esas noches "como de un maravilloso baño hecho con luz de estrellas, de luna y de diamantes".³⁷ La alegoría de la luna y las estrellas remitía sin duda a una añoranza primaria de estos astros sobre nuestras cabezas

Se presumía que, atendiendo al número de bujías por metro cuadrado y a la zona que abarcaban, la Ciudad de México era una de las mejor iluminadas del mundo, pero para el Centenario eso no sería nada, pues a las ya existentes se sumarían unos 250 mil focos para alcanzar un total de un millón de lámparas aproximadamente brillando sobre la ciudad, en especial, sobre las calles principales que serían las más abarrotadas de luz.³⁸ Desde meses antes la población imaginaba cómo se vería la capital para septiembre y especulaba sobre el número de lámparas que llevaría cada uno de los edificios principales, como el Palacio Municipal, que con sus 5 mil focos semejaría 5 mil "diamantes engastados en un enorme joyel de plata", o la Catedral, que con sus 16 mil, no sería superada por ningún otro edificio.

El ocio y la expectación llevarían a calcular lo que hubiera implicado lograr un alumbrado como el que se pretendía contando sólo con las tradicionales velas. Según estos cálculos se hubieran requerido más de 1.5 millones de bujías, pero lo realmente curioso fueron los siguientes cuestionamientos:

¿Cuántos barriles de esperma³⁹ se necesitarían para elaborar esas bujías? ¿Cuántas millas de pabilo entrarían en la fabricación de las mechas únicamente? ¿Cuántos barcos y carros se necesitaría utilizar para traer a México los materiales necesarios? Y aún podríamos pensar en lo que serían esos millones de bujías colocadas en fila o convertidas en una soía bujía gigantesca ¿De qué punto a cuál otro se extendería esa

³⁷ *El Imparcial*, 3 de julio de 1910

³⁸ En total se lograría una intensidad de 1 5 millones de bujías. Los focos que se agregaron eran, todos, de 12 voltios, para que la iluminación fuera uniforme. *El Imparcial*, 28 de agosto de 1910

³⁹ Sustancia grasa que se extrae de las cavidades del cráneo del cachalote y que servía para hacer velas

inmensa línea de esperma y mecha?⁴⁰

Más allá de estas preguntas, llama la atención cómo, a pesar de que la electricidad ya estaba extendida por toda la ciudad y era de uso más o menos común entre la población, la referencia a unos días de esta explosión de luz sigue siendo el sistema antiguo de iluminación, anterior incluso a las lámparas de gas y en términos familiares aún para toda la población

El esfuerzo realizado por todos los capitalinos se vería coronado con creces en septiembre de 1910, cuando se lograría que de noche pareciera como si la ciudad se debatiera "en la angustia de un incendio, pues la luz corre, se extiende, inunda y se eleva dorando el horizonte con matices de llama"⁴¹ Esto era producto de la cantidad de banderas, gallardetes, festones y cortinas de luces que, sumadas a aquellas adosadas a los edificios, resplandecían como si más que una ciudad fuera una estrella la capital. Todos los comercios vistieron "ropajes de luz" para la festividad y cada uno de ellos compitió en elegancia, belleza, diseño y resplandor de su iluminación. La fábrica de cigarros El Buen Tono desplegaría en su fachada una gigantesca águila, por lo que se convirtió en uno de los recintos más admirados de las fiestas por su arte, buen gusto y esplendor. En general, todos los edificios ayudaron a crear un espectáculo fantástico de la capital, gracias a un avance tecnológico que consistió en tiras de cable a las que venían ya soldados los *sockets*, esto facilitó la colocación, la distribución y la armonía de los en los edificios.⁴²

Las calles que contaron con el mayor alumbrado público fueron 5 de Mayo, San Francisco y 16 de Septiembre, pero en cada cruce o bocacalle había arcos con focos tricolores, siendo el principal aquel que se colocaría en la intersección del Zócalo y Plateros. Astabanderas luminosas y figuras simbólicas se distribuyeron estéticamente por la ciudad, mientras que los mercados de la Lagunilla, la Merced, Santa Ana, San Juan, San Cosme, San Lucas, Dos de Abril y Martínez de la Torre gozarían de alumbrado especial

⁴⁰ *El Imparcial*, 28 de agosto de 1910

⁴¹ *El Imparcial*, 6 de septiembre de 1910

Las casas comerciales y los centros de reunión no se quedaron atrás, entre ellos destacaron la iluminación de la Gran Sedería, el Puerto de Veracruz, las fábricas Universales, la Francia Marítima, el Palacio de Hierro, el Banco Mexicano de Comercio e Industria, la Droguería Grisi, las casas Boker, El Globo, los teatros Principal y Colón, el Casino Francés, la Corsetería Francesa, el Centro Mercantil, el Círculo Católico, el Centro Asturiano, el Casino Español,⁴³ el Hotel Sanz y La Esmeralda, así como las casas de las familias Cervantes, Braniff y de la Torre, entre otras. Por si esto fuera poco, la Compañía Mexicana de Luz y Fuerza Motriz⁴⁴ ofreció a la población capitalina prestar lámparas enteramente gratis para el adorno de las viviendas que lo solicitaran,⁴⁵ y ella misma realizó unas instalaciones hermosas en su edificio. No en balde era también la representante del progreso.

La Catedral, por su parte, fue una de las piezas clave del escenario y la mayor iluminada con 10 lámparas de arco más 16 mil focos incandescentes, el doble de los que tendría el Palacio Nacional, lo que da una idea del peso y la jerarquía de este inmueble entre los mexicanos. En sus torres, profusamente iluminadas, destacaban las palabras *libertad* y *progreso*, al calce de las cuales se podían distinguir, respectivamente, las figuras de Hidalgo y de Díaz, haciendo alusión a lo que cada uno de ellos significaba; si Hidalgo simbolizaba la libertad, Díaz, lo menos que podía encarnar era el progreso, un progreso que se reflejaba con todo el esplendor que la luz eléctrica daba a la ciudad; luz que, por cierto, también se erguía como un símbolo del mismo, pues ¿qué mayor adelanto que mostrar al mundo, a través del derroche de electricidad, lo mucho

⁴² *El Imparcial*, 28 de junio de 1910.

⁴³ El Centenario coincidió con las fiestas de Covadonga en el mes de septiembre, para ello, la colonia española organizó corridas de toros, kermeses y se transformó el parque español de Covadonga para que en él hubiera celebraciones todas las noches desde el día 4 hasta los últimos del mes. *El Imparcial* 18 de agosto de 1910.

⁴⁴ Para la prueba de la iluminación del edificio hubo invitados especiales a los que, una vez realizada con éxito la exhibición, se les invitó un lunch-champagne, en donde H. D. Hutchinson y James Carson fueron los anfitriones. Tanto el ambigú como los nombres dan idea de la influencia extranjera en la empresa y, por ende, en la economía del país.

⁴⁵ "Para el Centenario lámparas gratis. ¿Piensa ud. decorar su casa en honor de la gran celebración? En tal caso usted puede conseguir las lámparas necesarias enteramente gratis" *El Imparcial*, 20 de julio de 1910.

que se había logrado en el porfiriato?⁴⁶ En medio de ambas torres, en el lugar del reloj, aparecía la palabra *paz* resaltando evidentemente lo que Díaz quería destacar: Libertad, progreso y paz ¿Acaso había algo más que presumir al mundo?

La noche del 15 de septiembre la ciudad presenciaria uno de los espectáculos más sublimes que se pudieran haber realizado en cualquier parte del mundo para esos años, en el cual convivieron arraigadas costumbres con un despliegue impresionante de tecnología moderna, así resumido por Federico Gamboa:

Y pausadamente, el reloj del Palacio y el de la Catedral rompen juntos ese silencio; primero con cuatro campanadas lentas —los cuatro cuartos de hora—, después con once, que nacen con idéntica lentitud mecánica. No bien han nacido, cuando todo a un tiempo, se enciende el balcón histórico, el de barandal de bronce, y dentro de un óvalo de rayos eléctricos, surge el Presidente de la República, símbolo en medio a tanta claridad ⁴⁷

A pesar de la aparición de Díaz en ese óvalo de rayos eléctricos, las fiestas guardaban aún lo mejor en materia eléctrica. La intensidad de la luz se fue dosificando y entregando a cuentagotas a los observadores en un afán de hacer más espectacular el momento climático. Para el 5 de septiembre se había encendido una parte de la iluminación; la mayor parte se prendió en la noche del 15, pero se quiso dejar su totalidad para el día 19, cuando el presidente ofreció un baile en el Palacio Nacional e hizo que sus salones estuvieran alumbrados como nunca antes lo había estado ningún otro recinto en el mundo⁴⁸ y lograr que los cortinajes de sus balcones y las bombas de cristal disfrazaran la fealdad de su fachada ⁴⁹ Según las crónicas, habría en el edificio 40 mil lámparas incandescentes y más de cien lámparas de arco. Además, para evitar el tráfico, las aglomeraciones y las molestias a los dignos

⁴⁶ Véase Anexo 2

⁴⁷ Federico Gamboa, *Santa*, México. Grijalbo, 1979. p. 98

⁴⁸ La afirmación tiene que ver con la celebración en Nueva York del centenario de la navegación de vapor que se realizó con un gran baile que fue iluminado profusamente. *El Imparcial*. 12 de agosto de 1910

⁴⁹ Gamboa, *op. cit.* p. 96

asistentes al baile, se usó un nuevo invento, un tablero indicador de dos caras. Los invitados daban el número de su carruaje o automóvil a un sirviente para que lo transmitiera por teléfono a un aparato eléctrico colocado frente al Palacio, donde aparecería el número que, al ser visto por el cochero, procedería a recoger a quienes lo habían llamado. Era la tecnología en su máxima expresión.

Pero no todo quedaría en el centro de la capital. En lo alto de la ciudad, Chapultepec luciría radiante también, mientras que sus árboles y aguas "centellearían" alumbradas por miles de focos. Asimismo, el Palacio Cobián de la calle de Bucareli, donde se alojó la delegación americana, lució una iluminación espectacular. En general, el alumbrado alcanzó su apoteosis entre los días 12 y 20 de septiembre y entre las 6 de la tarde y las 12 de la noche, horas durante las cuales se mantenía encendido.

Prácticamente todos los periódicos y crónicas de la época dieron noticia de la explosión de luz que caracterizó, por sobre todo lo demás, a las celebraciones del Centenario. Fue lo más sobresaliente de los festejos, por encima de las obras públicas u ornamentales, más allá de otros trabajos de infraestructura como asfaltado, instalaciones hidráulicas o el desarrollo de nuevas colonias. Fueron unos días en los que se iluminaron como nunca las calles, los edificios, los monumentos, los comercios, los aparadores y las casas particulares, y quizá nunca más se hayan vuelto a encender igual después de aquel mes.

Muchas lecciones dejaría la celebración del Centenario de la Independencia. Una, quizá la más sobresaliente, la necesidad, casi obsesiva, de mostrar un país donde había de más: más progreso, contundente en el uso y abuso de la electricidad. Dos, que la manifestación de esta energía, por medio del alumbrado, dejaba constancia de que su presencia en México era real, que ésta era quizá la ciudad mejor iluminada del mundo y, por ende, la que tenía mayor potencial. Tres, que la electricidad representaba la fuerza que movía, en sentido literal y figurado, los motores de la industria, en un mundo que hizo de las máquinas su monumento y emblema, y que se traducía en

progreso Cuatro, que en consecuencia México tenía todo para ser una potencia igual o mejor que las extranjeras. Cinco, que Díaz era el artífice de este prodigio y como tal tenía que ser reconocido y señalado, y aparecer igual que en la torre de la Catedral, como sinónimo de progreso.

Fue por esto que Federico Gamboa escribiría en su *Diario*, apenas unos días después de las fiestas:

El espectáculo que ha ofrecido el reciente Centenario ha puesto de bulto lo que vale y significa la obra titánica que Porfirio Díaz ha consumado en su país, el grado a que logró prestigiarlo, el concepto en que el mundo que cuenta tiene hoy por hoy a nuestro México⁵⁰

⁵⁰ Federico Gamboa, *Diario de Federico Gamboa, 1898-1939*, sel prol y notas de José Emilio Pacheco México. Siglo XXI 1977, p 69 La referencia corresponde al 1º de octubre de 1910

V. LA NOCHE, UN ESCAPE A LA FRIVOLIDAD: TEATROS, RESTAURANTES Y ALMACENES

Suenan las ocho; se oye el toque de ánimas en los campanarios todos de la ciudad y por todas partes corren gentes muy bien vestidas que van al teatro, desvaneciendo a veces con sus aromas: allí en la fachada del teatro hay muchos que se detienen por ver y ser vistos...

Francisco Zarco

EL TEATRO

Como parte de la vida pública de México, y seguramente como uno de los espectáculos más populares del siglo XIX —junto con los toros y las peleas de gallos—, el teatro metropolitano simbolizaba toda una forma de vida y diversión para la ciudad.¹ Si ésta ya ofrecía a la población la posibilidad de salir en las noches, era necesario mejorar los lugares a los que podía acudir, y el teatro era por tradición uno de ellos; desde antaño, ofrecía una de las pocas opciones de salida nocturna en todo el mundo y México no era la excepción. Como hemos dicho, la modernidad implicaba que las urbes se convirtieran en un gran escenario en el que se desarrollaban las principales acciones cotidianas de la población, el teatro será “el espacio público por excelencia donde la ciudad decimonónica vive algunas de sus principales comuniones colectivas.”² Por ello se mantuvo durante tantos siglos como un lugar de entretenimiento y convivencia cultural o de análisis y reflexión social, aunque sus instalaciones no siempre fueron las mejores, según deja ver Guillermo Prieto en la siguiente

¹ Si bien los teatros y los circos se perfilan como las principales diversiones públicas del porfiriato y son de los primeros sitios que se benefician de la luz eléctrica, paradójicamente será también la electricidad la que les haga perder su importancia al aplicarse para el cinematógrafo.

² Vicente Quirarte, *Elogio de la calle. Biografía literaria de la Ciudad de México 1850-1992*, México, Cal y Arena, 2001, p. 47

narración:

Debajo de los palcos primeros hay unas gradas con sus respectivas barandillas, a las que no sé por qué se les llaman balcones; la subida a ellos es un verdadero asalto; la luz que allí reina es de crepúsculo; se ve en una posición equívoca, que no es ni sentado, ni en pie.

El apetito desordenado de Hacienda, hizo crear unas cuclillas ocultas subterráneas fantásticas, como el camino del Simplón, es un plagio del infierno del Dante: allí envuelto en negro capuz, se rebulle y hormiguea un público vergonzante; pero como el conjunto, entusiasta y tiernísimo

En la luneta florece y se levanta nuestra esperanza patria, nuestra juventud amada.³

Era en estos espacios, unos mejores que otros, donde se reunían también literatos, poetas, políticos, artistas y cómicos a representar, presentar o denunciar aquello que ocurría a su alrededor. Era el lugar en el que se podían transmitir las ideas por medio de la declamación, la oratoria o la actuación, a través de expresiones que comunicaban al público ideas, pensamientos o arengas con una filosofía o una ideología propia y definida, misma que se trasminaba a quienes asistían a los teatros no sólo a divertirse, sino también a informarse sobre lo que ocurría, pues era tal vez uno de los pocos medios de conocimiento para la población que no sabía leer, que no tenía acceso a libros o a periódicos y en ellos saciaba su deseo de saber y de entretenerse

Los teatros eran uno de los espectáculos que daban vida a las ciudades en las noches, pues con el crepúsculo —al toque de ánimas que se daba a las ocho— la mayoría de la gente se retiraba a sus domicilios, la ciudad se apagaba poco a poco en vida y luz y sólo quedaban trabajando los peluqueros, los mozos del café, los dulceros y los boticarios. Entonces, los habitantes de la capital se dividían en dos, en los que trabajaban de día y los que lo hacían por un par de horas más en la noche. Además, cuando se ponía el sol, salían los serenos, los cómicos, los actores y las meretrices; la gente común se guardaba mientras unos cuantos privilegiados acudían al teatro. Más tarde, a las diez, se

³ Guillermo Prieto, "Teatro de Nuevo México", en *Obras completas Cuadro de costumbres I*,

daría el toque de queda y a esa hora todo se cerraba: "y nada interrumpe el silencio de la noche, hasta que se acaban las funciones de teatro. La multitud sale en masa y se dispersa en todas direcciones."⁴

El teatro no era un espacio tan popular como la carpa, sino indicio de estatus al que acudían las clases media y alta,⁵ así había sido por tradición en ciudades de la talla de Londres y París, y así lo era en esta nueva capital llena de pretensiones.⁶ Los "lagartijos" y los "pollos" se divertirían de noche, dormirían por la mañana y su vida cotidiana iniciaría hacia el mediodía a la hora de la comida. Cambiar el horario del diario quehacer para "vivir de noche" se reservaba a la gente con clase; esa es una más de las posibilidades que ofreció un alumbrado exterior eficiente y efectivo. En este sentido, era importante ofrecer una variedad adecuada de diversiones en la que el teatro tenía uno de los primeros lugares. Pero cuando los teatros tuvieron mejor iluminación, resultó que la exterior, donde ya se contaba con focos eléctricos, se apagaba a las doce de la noche, de tal suerte que la gente salía de estos lugares a calles solitarias y oscuras donde podía sufrir mil infortunios. Las necesidades de la capital habían cambiado y así se debería de entender en el caso del alumbrado que debía prolongarse como respuesta al ritmo de vida que la ciudad moderna iba adquiriendo.⁷

Muchos literatos ofrecen descripciones y párrafos enteros a los sucesos teatrales, y es en su interior de los teatros donde se llevan a cabo algunas escenas centrales de sus novelas y crónicas,⁸ los diarios, por su parte, toman nota pormenorizada de los sucesos que ahí se desarrollan. Si las ciudades

compilación, presentación y notas de Boris Rosen, México, CONACULIA, 1993, p. 258

⁴Francisco Zarco. "México de noche", en *Escritos literarios*, México, Porrúa, 1980, p. 176.

⁵"El pueblo cena, la clase media y la alta [] van al teatro, o se aburren en un sofá." *Ibidem*, p. 172

⁶"The later one began the day, the higher one's social rank. Consequently, everything began to appear later and later [] This new order of the day—or rather, of the night—marked not only the social gulf between the leisured classes and the working population, but also the difference between the metropolis and the provinces." Wolfgang Schivelbush, *Disenchanted Night. The industrialization of light in the nineteenth century*, California, The University of California Press, 1995, p. 140

⁷"No sabemos por qué motivo se apaga a las doce de la noche la luz eléctrica, hora en que justamente salen las familias de los teatros. Sería muy conveniente que se prolongase siquiera una hora más, pues así lo exigen hasta las necesidades y el decoro de la capital." *El Monitor Republicano*, 1 de abril de 1883

⁸Francisco Zarco. José T. de Cuéllar. Rafael Delgado. Rubén M. Campos o Gutiérrez Nájera, hacen

son las protagonistas de la modernidad, el teatro es uno de los actores principales en esta trama y por lo tanto debían abrir sus puertas a los capitalinos, salvo "los miércoles y sábados en que los teatros cierran sus puertas por ser aquellos días de correo";⁹ en estos días, los que podían hacerlo se dedicaban a leer o a leerle a los demás, en una tarea que tal vez acaparaba la atención y el tiempo de quienes asistían, actuaban o trabajaban en las representaciones

El teatro brindaba el espectáculo, pero más que eso era también un importante centro de reunión social donde la gente asistía a ver, pero sobre todo a ser vista, para que se supiera que se pertenecía al mundo de la sociedad capitalina, lo que hacía imprescindible que los teatros tuvieran buena iluminación ¹⁰ "La vida de teatro, cuyo sol es la luz artificial",¹¹ escribiría Manuel Gutiérrez Nájera, dando su lugar a la importancia del alumbrado dentro de estos inmuebles.

No se necesita mucha audacia para imaginar cómo sería un teatro alumbrado con velas o con lámparas de aceite o petróleo, en especial los recintos que no eran precisamente pequeños y que podían tener incluso palcos. Como describe Carlos González Peña, en ellos: "Palidecían los foquillos, envueltos en densa nube de polvo, esparciendo reflejos débiles en la atmósfera saturada del humo del tabaco y de las emanaciones fuertes de los organismos vibrantes..."¹² Se entiende pues que los teatros fueron de los primeros recintos públicos en los que se llama la atención para aplicar en ellos las mejoras de la iluminación, primero con velas y lámparas de gas, después con los focos eléctricos ¹³

descripciones fabulosas de sus interiores

⁹ Antonio García Cubas, *El libro de mis recuerdos*, México, Editorial Patria, 1945, p. 187

¹⁰ "Pedimos a los empresarios de teatros. Si no basta con el gas porque en efecto es pésimo, que se aumenten aparatos de trementina. Luz más luz." *El Monitor Republicano*, 9 de julio de 1882.

¹¹ Gutiérrez Nájera, Manuel, "Aventuras de Manon (Recuerdos de ópera bufa)", en *Mañana de otro modo*, ed. selec. y notas de Yolanda Bache Cortés, et al. pról. de Ana Elena Díaz Alejo, presentación de Fernando Curiel, México UNAM, 1995, p. 85

¹² Carlos González Peña, *La chiquilla*, México, Porrúa, 1987 p. 182. Se escribió entre junio de 1905 y enero de 1906

¹³ "El alumbrado [del teatro Vergara] está reducido a las candilejas del foro y a noventa luces colocadas

Refiriéndose a los teatros, Gutiérrez Nájera llama a la luz "la soberana de las magas", porque permite ver una realidad falsa: "Desde la luz del sol que nos engaña con los colores, esa superchería de los ojos, hasta la luz del gas, ese otro sol de invención humana, que nos hace morirnos por las bailarinas, no hay luz ninguna que no sea una suprema embaucadora [...] La luz, esa suprema embaucadora, nos pinta todo de color de rosa, y mientras haya luz somos felices No apaguéis la vela!"¹⁴

Y claro, porque con la escasa luz que proyectaban los quemadores de gas quizá sólo se podría ver la silueta de los actores, una belleza ficticia a través del maquillaje que disimula la fealdad o los defectos¹⁵. Además, este tipo de iluminación no podía ser dirigido estratégicamente pues se colocaba a los lados del escenario o en el piso al frente de los actores, dejando el área central, donde mayor luz se requería, como la parte más oscura; esto a veces obligaba a los artistas a disputar sutilmente por un poco de luz dentro del círculo de actuación. El teatro sin luz eléctrica era una especie de juego de claroscuros y sombras donde los que iban realmente a ver la obra, veían a ratos una realidad ilusoria, tal y como puede ser reproducida con una luz tenue, pálida y amarillenta, con oscilaciones y titilantes. Si a esto agregamos los encoquetados peinados de las señoras, los tocados y sombreros, bien podemos imaginar el espectáculo que se podría ver desde el recinto teatral.

La iluminación dentro del escenario, si era de velas o de gas e iba en dirección del suelo hacia arriba, cambiaba por completo la fisonomía de los actores, a los que se percibía de manera diferente por las sombras que proyectaban las luces colocadas al nivel de los pies. No provenía, como la luz natural, del cielo, de las alturas; era una luz infernal que salía del inframundo.¹⁶

en un gran disco de metal blanco bruñido, con su perilla dorada en el centro, aparato a que dan el nombre de *lucerna* y el cual descende ya encendido o asciende para encenderse por la horadación practicada en el centro del cielo raso" García Cubas. *op. cit.* p. 160.

¹⁴ Gutiérrez Nájera, *op. cit.* p. 86

¹⁵ "Toda la miseria de esta vida errabunda del teatro se adivina [...] en esos rostros que todavía no tienen colorete, en esos cuerpos flacos, desgarrados y raquiticos que mañana a la luz del gas y entre verde follaje de cartones, se miraban tan blancos y tan bellos" Gutiérrez Nájera *op. cit.*, p. 86

¹⁶ "If we see the source of light at the actor's feet, do we not assume that it must be coming straight from Hell [...] After all in nature light always shines down from above, while in the theatre we are condemned

Sabemos, por ejemplo, que el "gran" teatro Nacional contó como la gran cosa con faroles de gas para la presentación de Ángela Peralta, "el ruiseñor mexicano", en la primavera de 1880, pues era ridículo que la capital de la República y algunos puertos ya contaran con iluminación de gas, y el principal coliseo del país no lo tuviera.¹⁷ Por ello había que iluminarlo por dentro y por fuera, para que destacara en la penumbra de la noche; ésta era una labor conjunta de la CGLE que suministraba el alumbrado (a la que se tildó siempre de ineficiente) y de los propios empresarios que debían hacer las inversiones respectivas¹⁸

Ángela Peralta cantó en el teatro Nacional como lo demandaba su público, iluminada con lámparas de gas. Pero no todo sería miel sobre hojuelas. Además de alumbrar de manera insuficiente, pues "se quejan los concurrentes a la ópera de que ven las funciones a media luz",¹⁹ el olor del gas quemado provocaba dolores de cabeza, el calor elevaba la temperatura de manera considerable y el ambiente se enrarecía por la combustión, con lo cual, tras una o dos horas de función, el espectáculo se iba tornando gris, caluroso y muy pesado para quienes padecían en lugar de disfrutar del "Rruiseñor".

Conforme pasaban los días, el humo de las lámparas iba deteriorando el escenario restándole aún más lucimiento al espectáculo. Si sumamos a lo anterior que el servicio que ofrecía la CGLE era irregular y defectuoso, podemos concluir que muchas de las funciones se llevaban a cabo en condiciones francamente adversas, como se infiere de las siguientes noticias: "El gas hidrógeno cada vez está peor, al grado de que la función del día 15 en el teatro Hidalgo, se verificó casi en la oscuridad." O bien: "... es tan pésimo en

to get it from Hell!" Citado por Schivelbush, *op cit* p 194-

¹⁷ "Entendemos que la prensa está en el estrecho deber de procurar el progreso de la cultura de las sociedades, y testimonio inequívoco de cultura es la belleza material de los grandes centros de población. Cuando hasta las aldeas de los Estados Unidos y Europa están alumbradas con gas, y cuando la capital de nuestra República y algunos de sus puertos lo están también, era ridículo que nuestro gran teatro permaneciese alumbrado con aceite o trementina." *El Monitor Republicano*, 22 de enero de 1880

¹⁸ "En los teatros hay penumbra bien sensible" *El Monitor Republicano* 15 de diciembre de 1881

¹⁹ *El Monitor Republicano* 25 de septiembre de 1885

el teatro Arbeu, que del patio a los palcos no se pueden distinguir los concurrentes que ocupan localidades altas.”²⁰

En el caso del teatro Nacional, que era el más importante de la capital y en consecuencia del país, esta situación prevalecía, y su iluminación no mejoró hasta que el alumbrado eléctrico se perfeccionó; mientras tanto, con lámparas o con focos, su iluminación siguió siendo pésima.²¹ Hubo ocasiones en las que “el gas no disipaba las sombras” por las deficiencias del servicio, y si esto pasaba en el Nacional, podemos suponer que en el resto —como el Hidalgo, el Principal, el Arbeu, el Colón o el Renacimiento— las funciones se realizaban casi en la oscuridad. La situación llegó a tal extremo que hubo alguna ocasión en que el gas se fue apagando paulatinamente, hasta dejar el interior en completa oscuridad, “al grado que numerosos concurrentes encendieron cerillos para alumbrarse”.²²

El primer teatro alumbrado con gas en Londres data de 1817, lo que indica una diferencia de 63 años con respecto al primero que lo hizo en México. Pero tanto en Londres como en Viena, el alumbrado eléctrico en los teatros se introdujo en los años ochenta, igual que en nuestro país; incluso es probable que se haya inaugurado aquí algunos meses antes que en Londres, lo que nos da una idea de los alcances de las inversiones realizadas en nuestra nación durante esos años.

Con la luz eléctrica se abrió una esperanza para los teatros y, en la misma década de los ochenta, al poco tiempo de que se introdujera la electricidad en el alumbrado público, se instalaron también en ellos los primeros focos de arco voltaico, aquellos que emitían suficiente luz como para

²⁰ Las citas corresponden a *El Monitor Republicano*, 22 de septiembre de 1885 y 21 de febrero de 1889, respectivamente. Era tan mala la iluminación de los teatros, que cuando el alumbrado público no servía se comparaba con el del teatro Nacional: “Lo mismo que los picos de gas hidrógeno, están los focos eléctricos.” *El Monitor Republicano*, 9 de enero de 1886.

²¹ “El alumbrado del teatro nacional no puede ser peor. Recomendamos al empresario de la ópera que exija la mejora de dicho alumbrado, para lo cual le asiste perfecto derecho, pues para fuerte suma al dueño del teatro.” *El Nacional*, 27 de marzo de 1883.

²² “La concurrencia comenzó a pedir luz a gritos y los artistas suspendieron la representación. Uno de los actores se dirigió al público participándole que se había mandado aviso de lo acontecido a la Administración del gas.” *El Monitor Republicano*, 7 de agosto de 1888.

alumbrar una plaza entera. Habrá que imaginar entonces el contraste entre la iluminación que proporcionan las velas y las lámparas de gas con esta novedad; en adelante se podría ver todo, y de hecho se vería de más... Y tal como sucedió en la calle, se descubrió también en estos recintos la fealdad y la miseria, porque "las damas no sólo no salen favorecidas con la luz eléctrica, sino perjudicadas puesto que las hace aparecer pálidas como espectros [.] Alumbrar el foco, es exhibir, perdónesenos tan ruda franqueza, en toda su plenitud la fealdad de la mayor parte de las personas que forman los coros"²³ Llama la atención, sin duda, que la nota haga énfasis en que ni las damas ni la gente del coro resultaba favorecida con la electricidad, ignorando que estas mismas personas deambulaban por las calles durante el día, bajo la plena luz del sol, mostrándose ante el mundo de manera natural y sin que al parecer a nadie le resultara agresiva esta exhibición de fealdad. ¿Qué tenía de especial la luz eléctrica que modificaba el concepto de belleza a tal grado que resaltaba los defectos mucho más allá de lo que se podían apreciar durante el día? ¿No sería acaso tan sólo un recurso para evitar que se extendiera más el uso de la electricidad en la capital, rompiendo con lo establecido? ¿No podría ser un argumento de los empresarios para evitar el gasto de la mejora en sus negocios? O, tal vez, ¿no era toda una concepción de la estética teatral a la que no podían aplicarse los criterios convencionales de la realidad?

Y es que, además de enseñar descaradamente la realidad de los espectadores, la nueva luz distorsionaba todo el entorno teatral, construido *ex profeso* para las velas o el gas. Ese cúmulo de iluminación permitía ver las caras de los actores, que debían ensayar un nuevo tipo de maquillaje tal vez más vivo y brillante para destacar en medio de tanta luz; los escenarios se desnudaron dejando ver tramoyas, cables y demás enseres que en conjunto lo formaban, lo que obligó a los productores a inventar una nueva manera de crear la atmósfera teatral a partir del alumbrado eléctrico

²³ *El Nacional*. 7 de octubre de 1882

También significó un atentado contra la imaginación del espectador que antes de la luz eléctrica, debía echarla a volar para ver algo que sólo estaba insinuado en la escena, mientras que el nuevo recurso limitaba esta posibilidad al dejar ver exactamente todo lo que había, dando al traste con toda la fantasía que implica ver y actuar una obra de teatro. Fue urgente, a partir de esta novedad, innovar también en los aspectos técnicos de la puesta en escena para hacer del escenario un espacio mucho más acabado y sugerente. Lo que con la luz de las velas simulaba un cielo que se veía como cielo, con la electricidad aparecía como una simple tela colgada del techo.

La luz de las velas o de gas era embaucadora, como afirmaba el Duque Job, pues no iluminaba a la perfección pero mejoraba lo que se veía; la electricidad, por su parte, reflejaba la realidad, la verdad, una verdad que no se quiere ver, una realidad que lastimaba los ojos más por lo que enseñaba que por su brillantez. Fue por ello fundamental para los teatros, al igual que para las calles, que la luz perdiera su intensidad, su agresividad, y se volviera más tenue.

Mientras tanto, los empresarios se las arreglaban para agradecer tanto a los que pedían luz como a quienes se inclinaban por las sombras; pero el paso estaba dado y la modernidad ponía sus condiciones, y así como Ángela Peralta había exigido el alumbrado de gas, así se exigiría en su momento el alumbrado eléctrico. Lo que con el tiempo sería sencillo, en los primeros años implicó un gran esfuerzo; los empresarios podían pedir prestados al ayuntamiento los focos del servicio público para utilizarlos en sus recintos durante funciones de gala, en las que era muy importante contar con buena iluminación dada la calidad de los visitantes, entre los que se encontraban, por supuesto, extranjeros²⁴

²⁴ Archivo Histórico de la Ciudad de México, Índice 355 legajo 11, exp 627, año 1886 "José J. Moreno, arrendatario del Gran Teatro Nacional de esta Ciudad, ante la Ilustre corporación municipal, con el debido respeto expone. que ha venido siendo costumbre desde que se estableció el alumbrado de luz eléctrica, introducirlo en este Gran Teatro. en las funciones de gala, y como en la próxima semana van a tener lugar dos bailes de máscara, los cuales, por las condiciones del local están siempre muy concurridos, no sólo por las personas de la capital, sino también por otras muchas que vienen de los Estados, y de multitud de extranjeros, queriendo que el gran salón de este edificio pueda causar una

En 1888 se anunció que el teatro Nacional usaría los focos incandescentes para “sustituir el pésimo alumbrado de gas” que tenía, para lo cual se colocaría en sus instalaciones toda la maquinaria necesaria cuyo costo ascendería a 10 mil pesos. La inversión era necesaria y estaba a la altura de lo que requería una ciudad como México, pues “un teatro sin luz es un antro, no puede servir de lugar de reunión.”²⁵ Sin embargo, curiosamente, el teatro Nacional no fue el primero en iluminarse con focos incandescentes —a pesar de ser el de mayor categoría y al que concurría lo más granado de la sociedad—; fueron el Principal y el Arheu los que lucieron esta mejora en 1889.²⁶ El Nacional lo hizo en 1893 cuando se instaló el dinamo²⁷ que generaría la energía de su alumbrado; hasta entonces sólo contaría con un foco ubicado en el centro del techo de los palcos, además de su tradicional iluminación de gas.²⁸ Todos los teatros tendrían que esperar a que Edison comercializara a gran escala su invento y que éste fuera traído a la capital.

Con la luz eléctrica de los focos incandescentes se crearon espacios, atmósferas y efectos novedosos; también se jugaría con los colores y se generaría una nueva dinámica de movimiento dentro del escenario, considerando que los actores podrían ir y venir por todo el espacio sin temor a

agradable impresión, acudo a esa Ilustre Corporación, para que en las noches de los dos bailes citados, se permita a la empresa de luz eléctrica retirar del servicio público doce focos, para que según la costumbre se introduzcan en este teatro...” Como respuesta, el empresario obtuvo el permiso correspondiente

²⁵ *El Monitor Republicano*, 27 de septiembre de 1888

²⁶ “Ayer hemos visto que tanto el teatro Principal como el de Arheu, estaban alumbrados en las funciones de la tarde y de la noche con focos eléctricos, mientras que el Nacional ha continuado con el pésimo alumbrado de gas que no es suficiente para dar la claridad que requiere su extenso salón, que es el primero en la capital” *El Siglo XIX*, 22 de abril de 1889. Gamboa, por su parte, apunta sobre el teatro Arheu: “ostentaba encendidas todas sus baterías de luces, abiertas sus puertas, y por éstas saliendo a la calle los concurrentes, a disfrutar del entreacto. Las luces se estiraban hasta la pared frontera, arrancando de los balcones destellos que simulaban interior iluminación en los edificios alumbrados” Federico Gamboa, *Santa*, México, Grijalbo, 1979, p. 295

²⁷ Entre enero y abril de 1895 el dinamo y la caldera del Nacional sufrirían algún tipo de desperfecto generando peligros para los concurrentes. Esto ocasionó que el ayuntamiento obligara a los empresarios a suspender las funciones hasta que fueran reparados. *El Monitor Republicano* 23 de enero 21 de marzo y 18 de abril de 1895

²⁸ Si cualquier edificio contaba con su propia maquinaria era capaz de producir su electricidad para alimentar el alumbrado; si no lo tenía debía forzosamente contratar el servicio con alguna de las compañías que lo proveía

perderse de vista en la oscuridad. Se inventó, en síntesis, un nuevo concepto del teatro, de la actuación y la escenografía

Por alguna extraña razón, se creyó entonces que los rayos ultravioleta de la luz eléctrica agotaban más a las actrices que los métodos anteriores de iluminación, por lo que era imprescindible que tuvieran un mayor "coeficiente de energía" para aguantar la carga de trabajo ²⁹

Así como la electricidad había dividido la ciudad en las zonas con electricidad, las que estaban alumbradas con gas y las que no podían prescindir de la trementina o el aceite, asimismo la jerarquía de los teatros y carpas se dejaría sentir en relación con la calidad de su iluminación; por supuesto, los más elegantes eran los que tenían electricidad. En estos teatros se incrementaban las medidas de seguridad mediante inspecciones periódicas de las instalaciones,³⁰ sobre todo para evitar incendios y explosiones; asimismo, se aumentaron los requerimientos de puertas de emergencia y tomas de agua dentro de los inmuebles.³¹

Surgió así una nueva concepción de los espacios públicos y también una nueva forma de apreciar el teatro, pues los focos permitían orientar la luz al escenario y suprimirla del resto del salón, con lo que la dinámica dentro de ellos habría de cambiar haciendo del espectáculo, ahora sí, el centro de atención del público; el ver y ser visto pasaría a un lugar secundario con las nuevas herramientas luminosas de los teatros

Así, los teatros en México poco a poco se irían modernizando y se pondrían a la altura de la gran ciudad que se construía. Fue un largo proceso

²⁹ "Una tiple debe tener más excelencias que un vino reconstituyente para niños, salud de bronce a pesar de la influencia patológica de sus trabajos nocturnos, que requieren mayor coeficiente de energía que los desempeñados durante el día pues los rayos ultravioletas de la luz eléctrica desempeñan un papel importante." Angel de Campo, *La semana alegre. Tick Tack*, intr. y recop. de Miguel Ángel Castro, México, UNAM, 1991, p. 65

³⁰ "Terminada la visita de inspección a los diversos teatros de la capital, se trata de normalizar su sistema de alumbrado eléctrico, tomando cuanta providencia sea necesaria para evitar los casos de incendio." *El Imparcial*, 23 de septiembre de 1904.

³¹ Para 1904, sólo el Circo Orrin había incrementado el número de sus salidas y el de las tomas de agua; el resto de los teatros no. Los peligros que podía generar la electricidad fueron en general exagerados, pues si bien es cierto que los había, los que generaba el gas no lo eran menos y no fueron tan satanizados por la opinión pública.

en el que podemos apreciar desde la llegada —tardía— del gas a los teatros, hasta la introducción —muy temprana— de la electricidad a sus recintos. Desde la historia de pedir prestados algunos focos de la vía pública para alumbrar una función de gala, hasta la apoteosis de la aplicación de la electricidad en los teatros, con el efecto que generaba entre el público el teatro Nacional —que sería el primero de América según imaginó Díaz en la obra de Juan A. Mateos—,³² totalmente alumbrado e incluso con un telón eléctrico que, a pesar de sus quince toneladas, podía subir o bajar en tan sólo 76 segundos. Entre estos dos puntos de la historia hay un abismo de diferencia; o mejor dicho, hay un porfiriato de treinta años de diferencia.

Pero quizá lo más sobresaliente es que los teatros simbolizan y sintetizan muchos de los cambios que la electricidad impulsó en todos los ámbitos de la vida. En ellos, la manera de presentar las cosas se modificó, tal y como se modificó el escenario nocturno de las calles. La forma de ver se alteraría pues la luz eléctrica parece remitir a una manera diferente de percibir la realidad circundante, una que quizá no se parezca a la que se descubre durante el día. Los objetos presentados en los escaparates, lo mismo que los artistas en escena, deberían tener un arreglo diferente, no mejor o peor, sino adecuado a la luz eléctrica. La fantasía que acompañaba a la oscuridad y las caminatas nocturnas cederían ante la realidad que dejan ver los focos, al igual que en el teatro se perdería una buena parte de la imaginación que rodeaba la puesta en escena. El anonimato que favorecían las sombras quedaba atrás y finalmente toda la percepción del espacio público y privado se modificaba ante la posibilidad de ver y ser visto a plenitud.

¡A LA CAZA DE LAS ILUSIONES!

Otro de los conceptos que cambiaron con la llegada de la modernidad fue el de las tiendas. De manera tradicional, la práctica comercial de la ciudad funcionaba de la siguiente manera:

³² Juan A. Mateos, *La majestad caída*. México, s. e. 1914, p. 17.

Durante la colonia y las primeras décadas del siglo pasado [XIX] una parte del consumo de bienes no alimenticios era adquirido en las llamadas tiendas o cajones de ropa, las cuales en su mayoría se localizaban en el mercado del Parián o en la calle de Mercaderes, lugares donde había tiendas que ofrecían variados productos y en algunos casos, eran establecimientos abiertos por los artesanos y productores³³ Junto a éstos, estaban los cajones de ropa que vendían vestidos, calzado y diversos ornamentos³⁴

Hacia la segunda mitad del siglo XIX estas costumbres cambiarían, pues la modernidad vendría acompañada del establecimiento de las grandes tiendas departamentales, donde el concepto de la venta de mercancía difería del que se hacía de modo casi doméstico.

En la calle de Plateros se encontrarían las tiendas de mayor lujo y última moda, en las que ya en la segunda mitad del siglo la mercancía se exhibía en grandes aparadores de reciente invención.³⁵ En el Portal de Mercaderes se encontraban las sombrererías, librerías y mercerías de cierto prestigio, mientras que en la calle de la Monterilla estaban las tiendas de menor categoría. Al igual que en el resto de la ciudad, los horarios de estos comercios estaban regidos por la luz solar y su presencia no generaba ningún atractivo adicional a la metrópoli.

Pero con la llegada de la electricidad, la posibilidad de hacer construcciones más elevadas, la fabricación de cristales de mayores dimensiones y la penetración de la cultura francesa en muchas de las expresiones culturales, influiría también en el mercado nacional y daría pie a la

³³ William Bullock, un viajero que visitó la capital en la década de los veinte del siglo XIX, escribiría a propósito de estas tiendas: "El aspecto de las tiendas de México no refleja la riqueza de la ciudad. Nada se exhibe en los aparadores y las puertas están abiertas a la manera de las tiendas londinenses del siglo XVI; pocas tienen anuncios o la razón social al frente, y la mayor parte de ellas venden artículos fabricados por ellas mismas". *Apud* en Hira de Gortari R. y Regina Hernández Franyuti, comps *La Ciudad de México y el Distrito Federal (1824-1928)*, México. Instituto Mora, 1988, tomo III p. 236.

³⁴ *Ibid*, p. 228. Véanse, en esta misma obra, las diferentes descripciones sobre el comercio en la capital entre las que se encuentran las de algunos viajeros.

³⁵ "Around 1850 it became technically possible to produce large sheets of glass and so to have a glass shop-front." Schivelbush, *op. cit.*, p. 146. José L. Cossío, al referirse a las sombrererías del Portal de Mercaderes, afirmaba: "Los aparadores de estas tiendas no eran grandes como los de hoy". Hira de Gortari, *op. cit.*, t. III, p. 239.

construcción de las grandes tiendas departamentales, edificadas con un concepto diferente de comercialización, en donde la tienda especializada iría dejando poco a poco su lugar a los almacenes que abarcaban una amplia gama de productos "Éstos fueron promovidos por los residentes franceses en México, los cuales siguiendo los cánones franceses del comercio de ropa, calzado y otros artículos de consumo, abrieron tiendas como El Palacio de Hierro, El Puerto de Veracruz, La Ciudad de Londres y el Centro Mercantil"³⁶

A partir de la última década del siglo XIX, estos comercios, en combinación con muchos otros cambios que viviría la ciudad, fueron testigos del surgimiento de una nueva cotidianidad en la cual la vida callejera cobró mucho auge. Las personas pasearían de la mano de la Duquesa Job por las avenidas y por los bulevares que estrena la capital,³⁷ y estas tiendas más amplias y atractivas —también más cosmopolitas— se convertirían en uno de los mayores atractivos de esta ciudad que empezó a hervir en movimiento y que se sentía atraída por la luz que desplegaban los grandes almacenes donde los capitalinos pudientes gastarían su dinero durante el día.

El Palacio de Hierro, El Puerto de Veracruz, La Ciudad de Londres, El Puerto de Liverpool, La Francia Marítima, El Centro Mercantil, La Sorpresa y Primavera Unidas, Las Fábricas Universales, la Reforma del Comercio y muchas otras, no estarían fuera de lugar en los barrios más bellos de París y podrían rivalizar en disposición y surtido con el *Louvre*, el *Bon Marché* y *Printemps*³⁸

³⁶ *Ibid.* I III, p 228

³⁷ "Desde las puertas de la Sorpresa hasta la esquina del Jockey Club, no hay española, yankee o francesa, ni más bonita, ni más traviesa que la duquesa del duque Job"

A propósito de la modernidad de Manuel Gutiérrez Nájera, José Emilio Pacheco apunta: "Uno de los rasgos que la hacen [a su poesía] fascinante para el lector actual es ver desplegarse en ella la dialéctica de lo nuevo y lo viejo. La Duquesa Job (1884) es el primer poema resuelto e inequívocamente urbano y modernista escrito en Hispanoamérica". Véase "La Duquesa Job" de Manuel Gutiérrez Nájera en *Poesía modernista, una antología general* sel. pról., notas y cron de José Emilio Pacheco, México, SEP-UNAM 1982, p 51. Seguimos sin duda con la tesis de Marshall Berman sobre la necesidad de que el espacio urbano o ciudadano sea un protagonista de la modernidad.

³⁸ Augusto Génin, *Notes sur le Mexique*. México, Imprenta Lacaud. 1908-1910. *Apud* en Gortari, *op. cit.* tomo III p 244

Esto escribiría, para deleite de los mexicanos, Augusto Génin hacia 1908, presentando un abanico de los más renombrados almacenes de este país.

La iluminación nocturna de estas tiendas atrae la mirada y el deseo del resto de la población. Se convierte también en un nuevo signo de separación social que muestra un mundo inaccesible para la gran mayoría que debe consolarse con espiar a través de los cristales rebosantes de luz, una luz que traspasa las fronteras de esos almacenes iluminando las calles, los carruajes y los peatones que circulan en sus márgenes; es cierto que no pueden acceder a ellos, pero lo mismo utilizan su luz para crear sus propias fantasías al tiempo que la aprovechan para alumbrar su camino.

Es por eso que, independientemente del derroche eléctrico que estas tiendas fueron desplegando en las ocasiones especiales —de las que ya hemos hablado—, su presencia revela una nueva manera de vivir la ciudad por parte de los capitalinos y que afectó de manera democrática a toda la población, compraran o no en los almacenes.

Asimismo, el desarrollo técnico abriría una nueva posibilidad de compra al permitir que las tiendas exhibieran en los grandes aparadores su mercancía al público que circulaba por las calles y que no tenía que entrar para averiguar qué era lo que se vendía. Además, la posibilidad de ver desde fuera se enriquece, precisamente, gracias a un alumbrado eléctrico que evoluciona, que permite iluminar la mercancía en un principio y que más tarde —gracias a la sofisticación de los sistemas— se dirige hacia donde se requiera a través de reflectores. Es aquí donde se inicia el concepto de “*shop window*” que había de devenir en el conocido “*window shopping*” actual.

Desde 1886 la Compañía Mexicana de Gas y Luz Eléctrica ofreció a los establecimientos mercantiles de la capital que contarían en breve con luz eléctrica, lo que se consiguió dos años después, pero lo que realmente sorprende es que en 1892 se anunció: “pronto 5,000 luces aumentarán el alumbrado en los centros comerciales de nuestra metrópoli”,³⁹ cifra exorbitante

³⁹ *El Monitor Republicano*, 24 de febrero de 1892.

si se considera que en 1900 el total de luces del alumbrado público en la capital era de 2,192 Evidentemente, la luz que ellas emitirían serían parte de la escenografía nocturna, pero más que esto, ellas revelan el papel tan destacado que jugarían los comercios en la nueva dinámica citadina, al concedérseles mucha más energía que la que consumía el ayuntamiento.

Como en todas las aplicaciones de la electricidad, su utilización en las tiendas departamentales fue un símbolo de estatus; los que podían acceder a este servicio eran los más grandes y reflejaban más lujo en sus escaparates. Por su parte, los pequeños changarros debían conformarse, si acaso, con las lámparas de gas o de aceite.⁴⁰ Como señala Federico Gamboa en *Santa*: “las innumerables luces incandescentes que cubrían caprichosamente las fachadas del comercio rico [contrastaban con] los humildes farolillos de vidrio o papel con que adornaban las suyas los mercaderes pobres y los particulares ídem.”⁴¹

Como hemos mencionado, el alumbrado de los comercios no sólo serviría para que la gente se asomara al interior de las tiendas y ubicara su oferta, sino también constituyó una nueva fuente de iluminación para las calles de la ciudad, las cuales ganaban con toda la luz que salía de los aparadores o de los anuncios luminosos de los comercios. Esta luz ayudaba de una u otra manera a prolongar la luz solar o aumentar la lunar y, sobre todo, a ampliar la actividad más allá del crepúsculo. Toda proporción guardada, la iluminación de los nuevos comercios extendía la labor que, en su momento, hicieron otro tipo de negocios, más sencillos y burdos quizá, pero que también tuvieron su razón de ser en esta historia. Como apuntó Francisco Zarco: “La luz del sol ha acabado de desaparecer, comienzan a brillar las estrellas, y poco a poco los estanquillos, las tiendas, los cafés, los cosmoramas, las peluquerías, las dulcerías, se iluminan con aceite y con gas y ayudan a la autoridad a librar a

⁴⁰ “Hemos recibido una carta firmada por varios comerciantes en la que se llama seriamente la atención del ayuntamiento acerca de las deficiencias que se notan en el alumbrado del gas, a fin de que excite a la empresa respectiva a que proceda a limpiar sus cañerías y a hacer más útil ese servicio importante para los pequeños comerciantes que no pueden hacer uso del alumbrado eléctrico.” *El Monitor Republicano*, 4 de enero de 1896.

⁴¹ Gamboa *op cit* p 92

los demás de que se rompan las piernas o tropiecen unos contra otros.”⁴²

Una cosa más a propósito de estos almacenes y su alumbrado eléctrico, es el hecho de que su luz llamaba la atención de los paseantes, era tal la intensidad del brillo que la mirada se volvía casi de manera instintiva hacia él. Pero este fenómeno pasa desapercibido a quienes se ven atraídos por la luz y lo que ella anuncia, no se detienen a pensar en el porqué de su atracción, únicamente responden de manera inconsciente a ella. Saben, por otro lado, que es agradable salir a caminar recorriendo escaparates adornados e iluminados de manera especial. Saben, los afortunados que pueden ingresar a estos espacios, que pertenecen a un nuevo mundo que les permite ver, tocar, comprar; para el resto, la mayoría que no tiene acceso a este universo, la iluminación marca una zona vetada para ellos, como lo fue para *La Rumba*, que se asombra ante “aquel lujo que desbordaba de los escaparates”⁴³

La importancia que las tiendas departamentales van adquiriendo en la vida de la capital, el hecho de que estén iluminadas, que cuenten con anuncios luminosos y el efecto casi automático que su luz genera al atraer la vista de los transeúntes, propiciaron que el municipio creara leyes para reglamentar la buena disposición de focos y anuncios. Para ello, dispuso que la publicidad se colocara a una altura específica para que no molestara ni perjudicara. Se consideraba una infracción encender un letrero, y se multaba con 50 pesos por noche, lo que propició que “sólo con permiso del ayuntamiento se podrá hacer uso de letreros de luz incandescente alternativa, con los que varios comerciantes anuncian sus mercancías”⁴⁴. La nueva luz propició, de hecho, ingresar a un nuevo concepto de la publicidad y la mercadotecnia que se iría perfeccionando y haciendo más sofisticado al cabo de los años, pero que encuentra, en el porfiriato, su simiente.

Como hemos señalado, la luz eléctrica, mucho más que alumbrar los espacios, marcó diferencias sociales, económicas, culturales y hasta

⁴² Zarco, *op. cit.*, p. 172

⁴³ Angel de Campo, *La Rumba*, México, Porrúa, 1969 (Colección de escritores mexicanos 76) p. 204

⁴⁴ *El Imparcial* 23 de julio de 1902

generacionales entre la población. Las clases altas, ricas, cultas, positivas y modernas (entendiendo por esto no sólo la edad sino la actitud frente a los progresos) anhelarían la electrificación, la verían como la panacea que “iluminaba” su vida; para los pobres y para los más conservadores, ignorantes o apegados a la costumbre y la tradición, la electricidad no sólo no les beneficiaba sino que simbólicamente, les segregaba de un mundo al que, en el primer caso, no pertenecían y, en el segundo, reprobaban y rechazaban.

Además, toda la idea de acudir a los grandes almacenes —como el Centro Mercantil—⁴⁵ genera una nueva percepción de la capital como un espacio cosmopolita en el que se desarrollan escenas de gran mundo, entre ellas la de ingresar a estas lujosas tiendas “donde se profesa la religión del consumo masivo”.⁴⁶

Este proceso se iría incrementando de tal manera que para 1910 los comercios eran uno de los mayores atractivos de la Ciudad:

Las casas de comercio de este rumbo han sido las más suntuosas en su decorado y en el derroche de luz. La Gran Sedería es una acua de oro, el Palacio de Hierro, el Puerto de Veracruz, las Fábricas Universales todas, todas las casas de comercio, los grandes almacenes de nuestras principales avenidas, las casas Boker, El Globo, el teatro *Principal*, y el *Colón*.⁴⁷

Todos ellos cooperaron para crear una ciudad fantástica, capaz de deslumbrar de día y de noche, de crear espacios y momentos únicos e irrepetibles para propios y extraños, de lograr que la calle apareciera “como el símbolo fundamental de la vida moderna”.⁴⁸ Atrás quedarían entonces las grandes botellas de la farmacia del Carmen que su dueño parecía encender por las noches para producir un efecto vivísimo de luces moradas, rojas y amarillas, y que lucían más y mejor gracias a la otrora semioscuridad que reinaba en la

⁴⁵ “Se encendían las tiendas, lanzaba su claridad melancólica la luz eléctrica, el Circulo [sic] Mercantil brillaba, dejando ver sus salones desiertos.” Rafael Delgado, *Los parientes ricos*, México Porrúa 1993, p. 49

⁴⁶ Vicente Quirarte. *op cit.* p. 348.

⁴⁷ *El Imparcial*, 15 de septiembre de 1910

⁴⁸ Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, México Siglo XXI 1988, p. 333

capital...⁴⁹

LUZ A LA CARTA

Finalmente, la modernidad significó disfrutar la ciudad pero también que ésta se enriqueciera con la vida que la gente le confería. Por ello, se harían famosos en estos años aquellos lugares a los que concurrían los capitalinos y en los cuales se desarrollaron muchas de las principales escenas sociales del porfiriato, como los cafés y los restaurantes, puntos medulares de la vida social de estos años. Ellos, con su variedad de comida y sus luces resplandecientes atraerían a buena parte de los trasnochados de la segunda mitad del porfiriato.

Este sería el caso, por ejemplo, del Fulcheri, que ubicado donde antaño estaba el Café de la Unión, es descrito por Díaz y de Ovando a partir de un grabado de la época, de la siguiente manera:

El interior se acerca al *art-nouveau*, es lo más moderno para su época, su decoración de líneas muy sencillas, anuncia el funcionalismo que poco después habrá de aparecer. La lámpara, aunque con resabios de candil por los prismas y las bombillas que luce, es ya de luz eléctrica. Las sillas son "austriacas", sillas que nos llegaron con el Segundo Imperio y que fueron muy populares. El café tiene ese refinamiento muy de finales de siglo.⁵⁰

Nótese desde luego la atmósfera afrancesada del lugar.

Como apunta Marshall Berman, en relación con el fenómeno francés de la modernidad, "Baudelaire nos muestra algo que ningún otro escritor ve tan bien: cómo la modernización de la ciudad inspira e impone a la vez la modernización de las almas de sus ciudadanos" En efecto, es este escritor quien describe, tal vez por primera vez, los bulevares y los cafés a los que acuden los parisinos, haciendo una franca alusión a estos dos elementos como

⁴⁹ " y el propietario de la farmacia del Carmen, el que encendía en las noches por quién sabe qué artes, unas botellas muy grandes que despedían vivísimamente, luces moradas rojas, amarillas " Gamboa, *op. cit.*, p. 48

⁵⁰ Clementina Díaz y de Ovando. *Los cafés en México en el siglo XIX*, México, UNAM, 2000

una muestra de la modernización de la ciudad y comparando a sus concurrentes con esas almas que se han asimilado ya al nuevo proceso que implica tener una vida exterior propia. Este mismo autor, agregaría: "Tomad a cualquier buen francés que lee *su* diario en *su* café y preguntadle qué entiende por progreso, y contestará que se trata del vapor, la electricidad, el alumbrado de gas, milagros que los romanos desconocían."⁵¹

Y a imitación de París, la Ciudad de México también construiría sus propios cafés⁵² y restaurantes afrancesados a donde se dirigiría la gran sociedad metropolitana: La Maison Dorée, el Sylvain, la Chez Mountaudon o El Café de París y el célebre Tivoli Central, donde la lámpara de arco a mitad del patio y los múltiples focos incandescentes de la cantina y los gabinetes prolongarían hasta la noche la vida de los personajes de *Santa*, y sería en ellos donde se consumirían platillos y vinos europeos, franceses de preferencia, para hacer honor a la cuna de la cultura⁵³

Con la nueva luz se podía caminar tranquilamente por las calles y asistir a cafés y restaurantes, que ya no estarían circunscritos a un espacio cerrado. La electricidad permitiría salir a la calle, colocar mesas en las banquetas y recrear un ámbito figurado a partir de la iluminación, porque ella también creaba paredes artificiales delimitadas por la zona alumbrada; ésta era una ventaja más del alumbrado, la posibilidad de construir espacios en la intemperie imprimiéndole aún más vitalidad a la metrópoli.

Como hemos dicho, las novedades llegaron a destruir viejas formas de comportamiento y costumbres arraigadas entre la población, que las recibirá no sin lamentar la desaparición de su viejo espacio conocido. El mismo Federico

⁵¹ Citado por Berman, *op. cit.*, p. 137

⁵² En la *Guía general descriptiva de la República Mexicana* de 1891, de J. Figueroa Doménech, se da cuenta de los siguientes cafés y billares: Colón. La Concordia. El Cazador, Iturbide, La Paix. Maison Dorée y Monte Carlo. Cfr. Díaz y de Ovando, *op. cit.*, p. 89

⁵³ A propósito del Tivoli: "Es el alumbrado eléctrico el autor de la derrota [de la luz sobre las sombras]; es el sinnúmero de focos incandescentes de la cantina, y de los gabinetes, cuyos luminosos rayos intranquilos salen al jardín desde ventanas y puertas. en decidida persecución del enemigo. El enemigo se despereza por dentro." Federico Gamboa, *Santa, op. cit.*, p. 102 "Los tívolis son tan viejos como la embriaguez, y tívolis tuvimos desde temprano en México: pero tales jardines se destinaron a las comidas de hombres solos o mal acompañados." Campo *La semana alegre, op. cit.* p. 295

Gamboa, al referirse a los vetustos cafés, afirma con nostalgia que su México se va y pone de ejemplo el caso del café Iturbide "tan lleno de carácter y de color local, propiedad de franceses desde su fundación [que] ya pasó a manos yanquis, con brebajes de allá, y parroquianos de allá"⁵⁴ A partir de entonces este lugar se convertiría en *Sanborn's*, con su moderno concepto de *drug store*, lejano a la cultura mexicana pero que pronto se asimilaría a la misma, pues implicaba estar a la moda.⁵⁵

La electricidad se instaló en las cantinas o neverías, otrora oscuras y de vidrios apagados, donde se tomaba el café caliente o los canutos de piña, todas ellos quedarían atrás,

La Bella Unión, el Bazar, Fulcheri y La Concordia, introdujeron el desorden despertaron los apetitos nuevos, crearon nuevas necesidades, los espejos de cuerpo entero, las bancas de terciopelo, los mozos de corbata blanca, el gabinete con biombo, el derroche de luz, todo ello contribuyó a sacar de sus palomares y casillas a nuestros abuelos, que ya tuvieron a donde ir después de la queda.⁵⁶

Como hemos dicho, esta moda la impuso primero la clase alta y después se trasladaría hacia otras esferas, pero para estos años en los que la modernidad empezaba en la capital, eran los ricos quienes disfrutaban de las novedades.

Para los pobres habría otros espacios públicos adonde asistir, pero casi todos ellos se cerrarían a las diez de la noche, con el toque de queda. Estos espacios jugarían el rol de centros populares de reunión circunscritos prácticamente a los vecinos del lugar, a los más allegados. Tal es el caso de ciertos cafés, fondas y cantinas,⁵⁷ de algunas peluquerías y de uno que otro

⁵⁴ Federico Gamboa *Diario de Federico Gamboa 1898-1939* selección, prólogo y notas de José Emilio Pacheco, México, Siglo XXI, 1977 p. 54. La cita corresponde al 25 de abril de 1895.

⁵⁵ Tiempo después, este *Sanborn's* se mudaría al Palacio de los Azulejos, otrora residencia de los Condes de Orizaba y, a partir de 1884, Jockey Club. Durante la Revolución se convertiría en la Casa del Obrero Mundial, para finalmente convertirse en una sucursal más de esta cadena comercial.

⁵⁶ Campo, *La semana alegre, op. cit.*, p. 295.

⁵⁷ Otros espacios, no obstante se irían también modernizando, como la cantina que describe Rafael

tendejón al que concurrían los miembros de una comunidad, tal vez de una cuadra o una colonia pequeña. Bajo la luz de una vela de sebo, en ellos se conservarían tradiciones añejas y el pueblo consumiría el tradicional pollo asado, las tortillas, los frijoles, las salsas y los peneques.

Así era el tenducho de *La Rumba*, en el que por las noches, al quitar los cucuruchos que protegían a las lámparas del polvo y de las moscas, se encendía un fulgor amarillento que le daba "no sé qué alegría, no sé qué aseo que le negaba la claridad del sol"⁵⁸. Este rito se repetiría por años, así como el de aquellos tugurios a los que por años acudían algunos hombres ávidos de alcoholizarse y en los cuales se encendía un farolillo rojo "comparable al ojo inyectado de una policéfala hidra"⁵⁹ una vez que anochecía. De nuevo, nos enfrentamos al mismo fenómeno desconcertante de la luz nocturna que así como modifica la belleza, también altera ciertos rasgos que de alguna manera el sol disimulaba o escondía. Es la oscuridad la que resalta el rojo del farolillo y también la alegría y el aseo, imposibles de obtener durante el día.

Y si en las clases altas fue donde tuvo un mayor impacto la llegada de la modernidad con sus teatros, tiendas y restaurantes, también fueron las que más pronto se desprendieron de sus costumbres y tradiciones. Éstas, por su parte, se mantendrían más arraigadas y sobrevivirían por más tiempo entre las clases humildes, ya que, por sus propias condiciones socioeconómicas, la modernidad les fue algo lejano que, más que integrarlos a un mundo nuevo, marcaría una nueva división social que ya no tenía que ver nada más con la riqueza sino con toda una manera de comportamiento y de respuesta frente a novedades como el ferrocarril, el teléfono y el telégrafo. El apego a la costumbre y la tradición sería consecuencia también, en última instancia, de una cuestión de nivel socioeconómico más que de arraigo, pues si se tenía con qué, se podían dejar atrás aquellos hábitos y sustituirlos por los que imponía la modernidad, pero si no era así, entonces la población se aferraba a lo

Delgado en la novela *Los parientes ricos*, la cual lleva por nombre "El Siglo eléctrico" y de cuyo interior brotan torrentes de luz gracias a "las lágrimas de Edison" que la iluminaban

⁵⁸ Campo, *La Rumba op. cit.*, 209

conocido, a dormir de noche, a no asistir al teatro, a no comprar en los almacenes ni comer en los restaurantes

Para esta parte de la población, la noche se mantendría como un espacio de recogimiento y descanso, obligado además por cuanto era necesario madrugar para buscar la subsistencia, porque después del crepúsculo "los artesanos o están ya cenando con sus hijos, o se detienen en una vinatería para aprovechar los últimos momentos en que la autoridad permite la embriaguez, o se pasea comiendo golosinas, porque para el pueblo no hay paseos, ni placeres, si en ellos no toma parte su estómago."⁶⁰ Entre los pobres, sólo tenían oportunidad de vivir de noche quienes trabajaban en los lugares de entretenimiento o diversión o aquellos que vivían en la mendicidad, el vandalismo o la prostitución.

Por ello, la electricidad sería tal vez una de las más significativas muestras del desarrollo, pero también de la marginación porque, en adelante, algo tan elemental y democrático como la luz, como la posibilidad de disfrutar del poder ver y hacer durante las noches, estaría circunscrito a quienes tuvieran la capacidad económica para gozar de estos espacios iluminados, que eran públicos sin duda, pero sólo para quienes pudieran afrontar el desembolso que implicaban, como los teatros y los restaurantes. Para quienes no tenían acceso a ello, las noches porfirianas se traducirían en nuevos ámbitos laborales en los que podrían constatar, tal vez de una manera más violenta, sus propias limitaciones y su propia condición.

⁵⁹ Rubén M Campos, *Claudio Oronoz*. México Ballezá y Ca. 1906, p 210

⁶⁰ Zarco, *op cit*, p 174

VI. LOS ESPACIOS PRIVADOS

Fortaleza de la *privacy*
que protegen a la vez el umbral, los
conserjes, guardianes del templo, y la
noche, verdadero tiempo de lo íntimo,
la casa es escenario de luchas internas,
microcosmos atravesado por las
sinuosidades de las fronteras donde se
afroitan lo público y lo privado, hombres
y mujeres, padres e hijos, amos y
criados, familia e individuos

Philippe Ariès y Georges Duby

... OSCURIDAD DE LA CASA

Hemos visto cómo la luz artificial llegó a la calle —que es el espacio público por definición— y cómo ella fue fundamental para inventar una nueva vida a partir de la aparición de diversas actividades nocturnas. La electrificación de las calles de la Ciudad de México siguió un proceso lógico, fue de menos a más en cantidad y calidad, se fue extendiendo del centro a la periferia y en el mismo sentido se fueron incrementando las posibilidades de salidas nocturnas para una parte de la población que acogió con gusto el surgimiento de la nueva realidad.

La hemerografía registró de manera pormenorizada los progresos que se hicieron en materia de electrificación y abundó en noticias y descripciones de cómo se fue extendiendo la red en la capital, así como del despliegue de la iluminación que tuvo alcances apoteóticos para la época. Pero para el caso de la presencia de la nueva luz en las casas particulares, estas fuentes resultaron deficientes, pues si bien dan cuenta de la instalación en las nuevas colonias que disfrutarían del suministro, no traspasan los umbrales de la privacidad para

referir qué pasaba en el interior de los hogares. Los diarios tampoco dan testimonio de la vida dentro del resto de las casas, en las viejas habitaciones que componían el paisaje urbano, y en la mayoría de las cuales no se instalaría la nueva luz durante todo el porfirato.

Al respecto, resultó muy reveladora y generosa la lectura de las novelas de la época, las cuales corresponden a varias tendencias narrativas — costumbrismo, realismo y naturalismo—, todas ellas propicias para la recreación del tiempo y espacio porfiriano, y todas ellas testimonios fundamentales de la cotidianidad de los hogares finiseculares y de principios del siglo XX, pues como apunta Vicente Quirarte: “la literatura —y específicamente la novela— es la historia de los que no tienen historia.”¹ Con su ayuda, hemos podido recrear cómo eran estos espacios, acercarnos a su dinámica interna y privada y recoger de qué manera la luz que los iluminaba posibilitaba o no la vida nocturna. En qué medida la casa habitación se convirtió en una extensión del frenesí metropolitano que implicaba una movilidad vertiginosa, o bien, un refugio contra ese movimiento, un remanso de calma para el acelerado ritmo de vida que empezaba a surgir en la capital y que encontraba en la electricidad, que todo lo agilizaba, uno de sus mejores exponentes e impulsores en la luz, los telégrafos y los tranvías.

Es importante, en primer lugar, retomar la idea que desarrollan Philippe Ariès y Georges Duby en la *Historia de la vida privada*, donde afirman que hacia finales del XIX se da todo un proceso de introspección, en el que “el dominio privado por excelencia es la casa, fundamento material de la familia y pilar del orden social”² Fue a partir de entonces, que este espacio se convierte en el ámbito donde sus miembros despliegan su intimidad, desarrollan su cotidianidad, encuentran su seguridad y se resguardan del mundo exterior; también es donde se sienten libres para hacer y deshacer a su conveniencia,

¹ Vicente Quirarte *Elogio de la calle Biografía literaria de la Ciudad de México 1850-1992* México, Cal y Arena, 2001, p. 262

lejos de la posible observación de los extraños. Y si bien Ariès y Duby no abordan el tema de la luz y menos el de la electricidad en el siglo XIX, podemos aventurar que una de las razones por las que la casa habitación se consolida como el espacio privado por antonomasia, es porque los individuos requieren de él, lo inventan como una manera de protegerse de la intromisión del movimiento de la vida nocturna que surge y de la intensa luz artificial que empieza a alumbrar y a invadir los exteriores, las calles, las plazas, los lugares públicos, y que deja ver todo lo que sucede y hace a un lado el preciado anonimato nocturno.

La casa habitación ofrece a sus miembros un espacio de recogimiento y aislamiento del exterior; de un exterior que sin duda es atractivo para muchos gracias a la nueva explosión de vida nocturna que la electricidad ha propiciado, pero que al mismo tiempo puede resultar agresivo para otros, por la misma presencia de la luz y lo que ella permite ver. La casa se convierte entonces en el único refugio donde se guarda la gente para protegerse de lo público, de lo intrusivo, de lo que agrede, de lo que molesta, de lo que roba intimidad y privacidad; quizá por ello Flaubert escribió: "Ya que no podemos descolgar el sol, hemos de cerrar todas nuestras ventanas y encender las luces en nuestra habitación",³ para aislarnos del mundo y resguardarnos de lo extraño.

Pero los hombres y las mujeres del porfiriato se enfrentaron en este punto a una paradoja, pues la consigna de la modernidad era que ellos tenían que anhelar vivir en una ciudad que contara con los últimos avances en sistemas hidráulicos, asfaltado, comunicaciones y electricidad; una en la que un nuevo paisaje urbano ofreciera una realidad por completo diferente de aquella en la que nacieron y crecieron. Además, no debemos olvidar que una condición de la modernidad es la capacidad de transformar nuestro entorno y, por extensión, a nosotros mismos y a nuestros hábitos. En este sentido, salta a la vista, en primera instancia, que la llegada de la electricidad a los hogares

² Philippe Ariès y Georges Duby. *Historia de la vida privada. Sociedad burguesa: aspectos concretos de la vida privada*, España Taurus 1992, p 10

³ *Ibidem*, p 23

implicó romper viejas reglas de comportamiento y convivencia para imponer otras nuevas: unas que respondieran al moderno mundo "científico y positivo", donde no se aceptaba ir en contra de lo nuevo.⁴

Y aquí radica el conflicto, pues el vivir en una ciudad que debía ser moderna por definición no significaba que la mayoría de quienes la habitaran quisieran ser mexicanos modernos; ni que su idiosincrasia, arraigada durante siglos, se comportara en la intimidad del hogar de una manera renovada, o que no vivieran esta modernidad como una amenaza hacia su historia y su vida. De ahí la importancia de descubrir cómo se reacciona en los espacios privados a las novedades porfirianas y, en este caso particular, cómo se reacciona ante la nueva luz. Sabemos, casi como valor universal, que las personas sienten mucho mayor seguridad estando dentro de sus casas que en el exterior,⁵ por lo que este ámbito reviste una importancia significativa para los procesos de aprendizaje y adaptación. En este sentido, resulta interesante descubrir primero qué pasó dentro de los hogares una vez que se logró electrificar la mayor parte de la capital; segundo, saber si al final del porfiriato, cuando se logró imponer la luz eléctrica dentro de las casas, se dejó atrás toda la gama de percepciones, sensaciones y sentimientos que generaba la reunión familiar o el recogimiento individual frente al fuego; y por último, escudriñar si al cabo de los treinta años de gobierno de Díaz se olvidó en los hogares la flama de la vela, del hachón, del farol o de la lámpara de gas, tal y como éstos se perdieron también en algún momento de esta historia en todas las calles de México.

⁴ Marx afirmaba: "Todas las relaciones estancadas y enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas veneradas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen añejas antes de haber podido osificarse. Todo lo sólido se desvanece en el aire; todo lo sagrado es profanado, y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas." Citado por Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, México, Siglo XXI, 1988, p. 7.

⁵ "A lo largo del siglo XIX los burgueses [] buscan en sus casas el *sweet home* que los haga sentirse seguros: 'El espacio se reparte simbólicamente en interior/familia/seguridad y exterior/extrañeza/peligro'" Aries y Duby. *op. cit.*, p. 37

LA CASA VELADA

Vayamos hacia atrás. Desde siempre el fuego ha desempeñado un papel protagónico en el desarrollo de cualquier sociedad del mundo por sus propiedades para calentar, cocinar y alumbrar. En consecuencia, el lugar donde se encontrara el fuego del hogar se convertía en el punto de reunión más importante y obligado de las familias; así durante siglos hasta... la llegada de la electricidad

Conforme pasó el tiempo las velas o el hogar se constituyeron en un símbolo dentro de las casas, pues ellos remitían a comportamientos muy primitivos de convivencia alrededor de la flama, en donde ésta hacía las veces de gran aglutinadora, y ofrecían al mismo tiempo que calor, alimento y alumbrado, un sentimiento de comunión, seguridad y protección entre quienes lo compartían.⁶

En el siglo XIX, a partir del crepúsculo —cuando no había más la luz del sol y la de la luna no era suficiente para iluminar los espacios interiores— los padres e hijos se congregaban generalmente en la cocina o en algún cuarto de reunión,⁷ en donde se mantenía la flama encendida, propicia para la convivencia social y familiar. Era una práctica común ver al padre, en una especie de ritual casi místico, cortando el pabito, cambiando la vela o llenando la lámpara de combustible mientras la familia charlaba, jugaba al ajedrez⁸ o hacía determinadas labores como coser o cocinar. Ese era el entorno al cual se refería el Duque Job cuando escribió: “La cena patriarcal que reúne a todos bajo la tosca mesa de encino es el gran símbolo de la familia creada por el Evangelio”.⁹ En esa mesa había, podemos asegurar, alguna luz que permitía

⁶ Como apunta Wolfgang Schivelbush: “Although refined and civilized over the centuries in the form of stoves, oil lamps and candles, fire had always remained clearly and physically recognizable as not merely a product but also the soul of the house.” En *Disenchanted Night. The industrialization of light in the nineteenth century*, California, The University of California Press, 1995, p. 28.

⁷ El clásico *living room* de los Estados Unidos de Norteamérica.

⁸ “No hay luz en los balcones. Todos duermen o juegan al ajedrez, el más insoportable de los juegos.” Manuel Gutiérrez Nájera, “Aventuras de Manón” en *Mañana de otro modo*, México. UNAM, 1995, p. 92.

⁹ “La Noche de Navidad”, en *Manuel Gutiérrez Nájera*, sel. y prof. de Rafael Pérez Gay, México. Cal y Arena, 1997, p. 264. Publicado originalmente en *El Partido Liberal*, 28 de diciembre de 1890.

llevar a cabo la reunión, como también la había en la que recuerda Claudio Oronoz, cuando refiere: "me instalé en torno de las mesitas de pino, bajo la danzante luz del gas, en los rincones penumbrosos donde nos contábamos nuestros flamantes episodios"¹⁰

Curiosamente, como parte de esos episodios, los mexicanos hablarían de cómo era la vida sin electricidad, tal y como refiere de nuevo el propio Gutiérrez Nájera:

Cuando los jóvenes del día tengamos nietos —el caso es muy remoto—, les referiremos en las veladas de invierno, cómo fue un tiempo en que las ciudades se iluminaban con el gas. Ellos nos oirán como oímos nosotros a nuestros abuelos cuando nos contaban cómo era el alumbrado de la ciudad en la época de los virreyes.¹¹

El fuego generaba un espacio íntimo y cercano entre la familia en el sentido estricto de las palabras, pues como era una luz pálida que no alcanzaba un perímetro amplio, era necesario que quienes la compartían se encontraran juntos, unidos, forzando prácticamente la convivencia familiar. La flama brindaba la última oportunidad para robar unos momentos de más a los días y es ella la que permitía, aunque de manera muy incipiente e imperfecta, que se pudieran hacer ciertas actividades que la oscuridad de la noche impedía¹²

En este punto no podemos olvidar que estamos en el siglo XIX y que prácticamente hasta su última década, cuando empiezan a aparecer algunos signos de la modernidad, la Ciudad de México no ofrecía mucho que hacer durante las noches; las salidas nocturnas, circunscritas a la presencia de la

¹⁰ Campos *op cit.* p 205

¹¹ La cita proviene del artículo "Crónicas mundanas" publicado por El Duque Job en *El Nacional* en noviembre de 1881 y reproducido como "Desventajas del foco eléctrico" en *Manuel Gutiérrez Nájera, op. cit.* p 314. Llama la atención desde luego, que se refiera a la iluminación con gas como algo que va a pasar de moda, en un momento en el que éste apenas se va extendiendo en el alumbrado público, como hemos visto. Quizá Gutiérrez Nájera, con una visión que sorprende sin duda, tuviera muy claro que estaba inserto en un momento de profundo cambio característico por cierto de lo que se denominaría con el tiempo modernidad.

¹² "Cogiendo la caja de cerillas se dispuso a encender la lámpara [] Macilenta luz iluminó la pieza. Los muebles se dibujaban con vaguedad en la penumbra. Sólo se distinguían los juguetes colocados simétricamente sobre la mesita en donde doña Pepa, después de atravesar la sala con paso tardo, fue a poner la lámpara." Carlos González Peña, *La Chiquilla*, México. Porrúa, 1987. p 12

luna en el cielo despejado, eran escasas, esporádicas y se limitaban a las reuniones sociales¹³ José Juan Tablada recuerda cómo, hacia 1891, “el cabaret no había nacido; el baile no era popular y en el salón del cafetín apenas si resonaba un viejo piano romántico”¹⁴ Poco después, con el incremento de los espectáculos en teatros, carpas o circos, las caminatas no podían disociarse de cierta inseguridad potencial además del costo económico que implicaban las salidas nocturnas, lo que las hacía accesibles a un público reducido. Era una sociedad diurna, tanto así, que hasta las prostitutas desfilaban durante el día mientras que las casas de mala nota eran de los pocos lugares abiertos por la noche y, dada su constante mención en las diversas obras literarias, seguramente, de los más visitados

Manuel Gutiérrez Nájera también deja ver en sus crónicas que la vida nocturna exterior no existía durante las noches decimonónicas y entonces, “la única sociedad que se divierte es la sociedad internacional, en la que predomina, por fuerza, el elemento americano”¹⁵ Esta sociedad acudía con cierta frecuencia a los clubes privados, espacios que a la mayoría de los mexicanos estaban vetados¹⁶ Pero dentro de las casas, según afirma el Duque Job, tampoco había mucho que hacer pues los capitalinos no abrían sus puertas a una vida social intensa y aquellos que hacían fiestas o bailes lo hacían cada 4 ó 5 años¹⁷ Salvo el señor Zamacona y José Tomás de Cuéllar que abrían sus puertas semanalmente para ofrecer el té, “ningún otro mexicano

¹³ “In *Sense and sensibility*, published in 1811, Jane Austin recounted the Dashwoods’ visit a rather short notice to Barton Park. They were received by Sir John, who ‘hoped they would excuse the smallness of the party. He had been to several families that morning, in hopes of procuring some addition to their number; but it was moonlight and everybody was full of engagements’.” Citado por Brian Bowers, *Lengthening the day. A history of technology*. USA, The Oxford University Press, 1998 p 2

¹⁴ José Juan Tablada, *La feria de la vida*, México, CONACUITA, 1991 p.98.

¹⁵ “Las noches de tedio” en *Manuel Gutiérrez Nájera op cit* p 132 Publicado originalmente en *La Libertad*, el 25 de febrero de 1883

¹⁶ Al finalizar el siglo unos pocos podrían asistir al Jockey Club, aunque, al decir de José Juan Tablada, cuando se fundó “el de México, como todos los del mundo, adolecía de inoportunidad y anacronismo, desde que el caballo como elemento de transporte había sido invalidado por el vapor, la electricidad y sus aplicaciones al tráfico” Tablada, *op cit*, p 194

¹⁷ “En México en donde los bailes son tan raros como los cuervos nácares y los gatos de tres colas una fiesta de éstas marca época” “Baltravesti” en *Manuel Gutiérrez Nájera, op cit*, p 256 Publicado originalmente en *El Cronista de México*, el 28 de agosto de 1880. Se refiere seguramente a Manuel María de Zamacona

se resigna a encender las velas de los candelabros y a poner en movimiento las teclas del piano”.¹⁸

En aquellas casas en las que había jolgorio, aunque fuera muy de vez en cuando, el movimiento y la luz que emitían permitían, en efecto, que la fiesta trascendiera el espacio privado y que desde fuera se distinguiera la ocasión especial: “Al pasar ante un zaguán abierto, deslumbrante de luz, escuchó el son de un vals canallesco, ejecutado en el piano, coreado por gritos de alegría brutal”¹⁹ narra Carlos González Peña. Será pues, una sociedad que limite de manera más o menos generalizada su vida nocturna a aquella que pueda desplegar dentro de sus propios hogares, y serán escasas las veladas compartidas —algunas de ellas las célebres veladas literarias—, muy distinguibles en el entorno capitalino porfiriano

Esto significaba que, durante las noches, la actividad de la gran mayoría de la población en los últimos veinte años del siglo estaba reducida a los hogares y en ellos, por cierto, tampoco había muchas actividades que realizar, debido principalmente a la pobreza generalizada que impedía a la mayoría consumir velas para alumbrar. Para quienes sí podían hacer el gasto, la noche no significaba nada tampoco, pues no había buena luz que ofreciera cierta posibilidad de trabajo o movimiento

Tampoco existían distractores que ocuparan la atención de la gente. Como el índice de analfabetismo en México alcanzaba entonces cerca de 85% ó 90% de la población total, la mayor parte de los mexicanos no requería luz para leer o escribir, lo que eliminaba esta alternativa ocupacional.²⁰ En la mentalidad de la época esta falta de quehacer no se veía como sinónimo de aburrimiento, pues uno no puede extrañar lo que desconoce o es inexistente, es decir, para la gente tal vez lo normal era convivir tal vez escuchando algunas historias transmitidas por los padres a los hijos —y que a la larga

¹⁸ “Las Noches de Iedio” en *Mamuel Gutiérrez Nájera op. cit.*, p. 132

¹⁹ González Peña *op. cit.*, p. 226

²⁰ “En el Distrito Federal, donde era mínimo, el analfabetismo llegaba al 62 % de la población; [ascendía] a 84 el promedio nacional y [había] zonas como el estado de Guerrero, donde la ilustración era tan

formarían parte de la historia y la tradición oral—, descansar y dormir durante la noche. Eso era todo. Lo demás no existía, no se había creado; era un mundo sin la necesidad de salidas u ocupaciones nocturnas.

En estas condiciones, la práctica de reunirse alrededor del fuego tenía un peso prioritario dentro de la dinámica hogareña y el lugar en el que se encontraba sería distintivo dentro de la casa. Sería en él en donde tendría mayor carga la costumbre y la tradición familiar y en donde se desarrollarían las principales acciones. Cuando en el orden de los progresos se descubrieron las propiedades del gas para el alumbrado y se desarrolló un sistema de distribución mediante el cual una central proporcionaba el fluido a través de cañerías hasta las casas, el cuarto de reunión en el que estaba la estufa o el hogar fue el último espacio doméstico en el que se sustituirían las velas o las lámparas de parafina por el alumbrado de gas, presumiblemente como una resistencia a perder la independencia e individualidad que implicaba manejar la propia luz en el espacio privado por excelencia, además de que era una forma de prolongar la esencia de este recinto el mayor tiempo posible²¹ y de oponerse a los cambios agresivos y violentos. Y es que la luz proporcionada por la llama, hasta antes de la del gas, era una luz propia, individual, que daba una sensación de pertenencia.

Si recorriéramos las casas y nos adentráramos en los cuartos privados —cuando los había— descubriríamos que la tímida luz de la flama ayudaba más bien al recogimiento personal y a la comunión de quienes habitaban el espacio íntimo; ella daba pie para meditar, para emprender acciones solitarias, tal vez amorosas, imposibles de concebir en la literatura a la luz de un foco eléctrico. Era una luz que cambiaba de intensidad, que bailaba, que emitía sombras y que variaba según la dirección y la fuerza con la que soplara el viento y azotara las flamas de las velas o lámparas. Y, aunque discreta, esta

universal que sólo 6 de cada 100 personas sabían leer y escribir” Daniel Cosío Villegas *Historia Moderna*, México, Editorial Hermes, tomo IV, p. XIX

²¹ “By keeping their independent lights people symbolically distanced themselves from a centralized supply. The traditional oil-lamp or candle in a living-room expressed both a reluctance to be connected to the gas mains and the need for a light that fed on some visible fuel” Schivelbush, *op. cit.*, p. 162

luz era necesaria tanto en las noches solitarias como en cualquier reunión familiar o social; se volvería imprescindible en cualquier "velada", porque eran las velas las que permitían que las personas actuaran o interactuaran durante las noches en los hogares porfirianos

La imagen que sobrevive de estas habitaciones alumbradas por alguna flama remite a espacios oscuros en los que, quizá después de un proceso de reconocimiento y memorización, se podía caminar sin luz alguna. Pero quienes las ocupan deberán saber siempre, con toda precisión, dónde se encuentran las velas o las lámparas en cualquiera de sus modalidades, y no menos importante es la dotación de cerillos.²² Una vez resuelto este primer trámite se enciende el fuego y se busca la botella,²³ la palmatoria, el candelero o el candelabro donde se colocará la vela; se establecerá así una relación simbiótica hombre-fuego, en la que éste será como un apéndice más. En adelante, será el acompañante perenne de los miembros de la casa durante las noches²⁴ y hasta el momento mismo de conciliar el sueño; en algunos casos, incluso después.

Serán a estas mismas velas a las que se acercarán en las noches aquellos que sepan leer, para escribir o descubrir el contenido de los libros o las cartas,²⁵ en un ejercicio público o privado, pues no debemos olvidar que la lectura en voz alta era una práctica más o menos generalizada como una manera de compartir conocimientos y cultura. Es decir, quienes lo sabían hacer, leían a los analfabetas para mantenerlos informados²⁶

²² "¡Una luz! ¡Una luz! -gritó la impura. Pero los mozos dormían, nadie la oyó, y entonces, a tientas, quiso encontrar la caja de cerillos que tenía encima del buró." Gutiérrez Nájera, "Aventuras de Manón (Recuerdos de ópera bufa)", *op. cit.*, p. 102

²³ "Gabriel cerró la puerta, encendió una cerilla, y con ésta una vela que estaba sobre la mesa, en una botella que le servía de candelero" Rafael Delgado, *La Calandria*. México, Porrúa, 1970 p. 33

²⁴ "Sonriente, al escuchar la respuesta, la vieja se alejó con la vela encendida" González Peña *op. cit.* p. 189

²⁵ "Y a la luz de una lámpara cuyo fulgor opalino se difundía gratamente en la estancia, leyó el sobreescrito de la carta" Rafael Delgado, *Los parientes ricos*, México Porrúa, 1993, p. 123 "Con mano trémula, hubo de trazar sobre el papel que brillaba al fulgor de la llama, renglones y más renglones." González Peña *op. cit.*, p. 132

²⁶ No deja de sorprender, sin duda la relación que existe entre el número y el tiraje de los libros y periódicos impresos en la época y las estadísticas de analfabetismo. Por ejemplo, González Navarro habla de índices de 82% de analfabetas en el país. en una población que alcanzaba los 10 millones de

Esto ayudaba a que, en el interior de las casas, la dependencia de la flama fuera total. Las velas eran artículos personales, cercanos; no como el foco distante e impersonal que iluminaba a destajo, pero que ya no pertenecía más al individuo que lo llevaba. Era una luz que necesitaba avanzar hacia donde se quería; había que llevar la llama por delante o, si así era el caso, acercarla hacia cualquier espacio que se deseara alumbrar con mayor intensidad, por eso encontramos descripciones de las velas que suben o bajan según se deseara iluminar la cabeza o los pies²⁷ y que se desplazaban de derecha a izquierda dentro de los cuartos, como la que se describe en *Ensalada de Pollos*, en una escena que debió ser común en toda la población, independientemente de su nivel socioeconómico:

–Coloca la vela y el espejo en el suelo
–¿Para ver los botines? Ya entiendo.
–Más allá –dijo Concha levantándose la falda y procurando encontrar sus pies en el espejo que se movía en las manos de la criada.²⁸

Por cierto que en estas épocas también los espejos acompañaban a las velas en sus movimientos, pues como eran pequeños había que llevarlos, de la mano de la flama hacia donde se quisiera ver, y aprovechar asimismo el reflejo de la luz para sacar el máximo provecho al fulgor.

Y para alumbrar a Lupe, una de las invitadas al *Baile y cochino*, quien se había arreglado en su casa y era en ese momento la atracción de la vecindad, conmueve imaginarla caminando hacia el zaguán “alumbrada por dos o tres velas de sebo que bondadosamente sacaban las curiosas”, mientras que los muchachos iban iluminando con cerillos el pasadizo que recorría.²⁹ Porque ésta era la única alternativa que tenía Lupe para ver en los pasillos de la

mexicanos. Sin embargo, nos encontramos con que, tan sólo de *El Imparcial*, se tiraban 100 mil ejemplares diarios. La pregunta obligada es ¿de dónde salían tantos lectores?

²⁷ “Entonces el muchacho que levantaba la vela la puso en el suelo. El examen pasó de la cabeza a los pies [...] El muchacho volvió a levantar la vela, seguro de que aquel señor quería también contemplar a Lupe.” José T. de Cuéllar *Baile y cochino*, México, Porrúa, 1999, p. 329.

²⁸ José Tomás de Cuéllar, *Ensalada de Pollos*, México, Porrúa, 1999, p. 44. En *Baile y cochino* por su parte, el mismo autor refiere: “Lupe se levantó de aquel potrero de tormento se vio en un pedazo de espejo y se desconoció a sí misma” *op. cit.*, p. 328.

²⁹ Cuéllar *Baile y cochino*, *op. cit.* p. 331.

vecindad donde vivía, que su paso lo fueran iluminando con cerillos. Para que sus vecinas la pudieran ver, era necesario sacar la propia vela y alumbrarla, haciendo público un momento que sin luz pasaría desapercibido, sin atención y quedaría en el ámbito de la privacidad.

Pero no sólo la belleza se exhibía con la llama que ilumina, también lo fueron la muerte, la pobreza, la desgracia, el trabajo o el temor. Todos ellos invitaron a un tipo diferente de comunión nocturna, en la que la luz de las velas o las lámparas provocaba sensaciones diferentes, pareciendo que cada fulgor respondía a una emoción particular.

Así por ejemplo, cuando un resplandor nocturno resaltaba en una casa, sin música ni movimiento de cortinas, significaba que había un muerto que pasaba la última noche en su vivienda antes de salir al cementerio, según relató Francisco Zarco.³⁰ O como la escena que encontramos en el cuarto de Cornichón, donde, tras haber sido herido, fue una vela la que retrató la tragedia al seguir "parpadeando, arrancando en cada palpitación de su llama rojos reflejos en el aparador, a la vajilla; en el suelo, a un charco de sangre. Luchaba la trémula flama por vivir, chisporroteando todavía como un moribundo."³¹

También descubrimos la luz artificial vigorosa que ayuda a trabajar porque con ellas las personas pasan las noches "velando" porque para hacerlo requieren de las velas: "Pasó la hora del crepúsculo; los talleres se cerraron, quedando abierta una que otra tienda de modas, sastrería o zapatería, donde el obrero trabaja con luz artificial, donde está *velando*, como él dice, siempre que hace algo de noche".³²

Y serán éstas también las que podrán provocar un efecto tenebroso en su entorno, como el que recrea Emilio Rabasa al describir la celda de Juan Quiñónez cuando el padre Quebradillo entra con una luz que iluminó la prisión

³⁰ Francisco Zarco, "México de noche" en *Escritos literarios*, México, Porrúa 1980, p. 176

³¹ Estamos en 1890, ya hay luz eléctrica en la Ciudad, pero *La Rumba* es una zona marginal de la capital, una que se distingue de la misma por la calidad de su iluminación; mientras que allí lo que se encienden son los faroles, en el centro se escucha el chirrido que antecede a la explosión de luz de los focos eléctricos que se prenden. Ángel de Campo *La Rumba*, México, Porrúa 1969, p. 288

y produjo "el espanto que al condenado a muerte le da el día del suplicio",³³ escena que no resulta difícil imaginar con una luz que podía proyectar sombras enormes y terroríficas.

En los hoteles, donde se creaban ambientes privados, se reproducía un ritual que desapareció con la llegada de la electricidad, pues en ellos se entregaba a cada "pasajero" dos velas puestas en un candelero para su iluminación, como lo apunta Manuel Gutiérrez Nájera al referirse a los visitantes del Hotel de Iturbide,³⁴ uno de los mejores de la capital, y dejar testimonio de una práctica olvidada para nosotros pero no por ello menos reveladora de cómo se iluminaban estas áreas

En contraste, las casas ricas contaban con candiles y candelabros de plata en los que podían arder a un tiempo varias bujías que proyectaban una luz tenue sin duda, pero mucho más intensa y uniforme que aquella que ofrecían las velas solitarias. Podríamos decir que era una luminosidad que anunciaba la fiesta y el júbilo que en esas casas se desarrollaba. Las lámparas colgaban de los techos o contaban con su propia base para colocarlas sobre las mesas de reunión y destacan especialmente al combinarse con el arreglo generalizado de los salones. Evidentemente, además de estados de ánimo, la flama también denotaba estatus, según los artefactos que los sostuvieran: entre los candelabros había clases y ellos podían ser más o menos elegantes, según su material, el número de velas y la cantidad de flamas de aceite o petróleo que quemaran. Si este era el caso, contaban entonces con "mamaderas" de donde abrevaban el combustible.

Volviendo a la fiesta que se organizó en *Baile y cochino* y alrededor de la cual gira toda la trama de esta novela costumbrista, el autor concede varios párrafos al asunto de la luz que alumbró la reunión y que implicó la compra de los candelabros de seis luces en la Casa Lohse, la colocación de las velas en ellos por parte de la anfitriona un día antes del festejo, su ubicación en las

³² Zarco, *op. cit.*, p. 173

³³ Emilio Rabasa, *La gran ciencia*, México, Porrúa, 1988, p. 352.

³⁴ Manuel Gutiérrez Nájera, "Aventuras de Manón (Recuerdos de ópera bufa) *op. cit.*, p. 91

partes estratégicas de la casa para iluminar a la multitudinaria concurrencia y contar con los repuestos de velas necesarios para sustituir aquellas que se fueran consumiendo. Llegada la noche, comenzaba el encendido de todas las velas a partir de las ocho, con la anticipación necesaria, de tal manera que hubiera tiempo suficiente para prenderlas antes de que llegaran los invitados, pero no tan temprano que se empezaran a consumir sin que hubieran llegado aún. Por último, al finalizar la fiesta y sin reparar en lo cansado que debían estar los anfitriones, eran ellos mismos los encargados de apagar, una por una, todas las velas, reproduciendo lo que debió de haber sido una práctica común entre las familias con cierto nivel social dentro de la capital. Pero lo que resalta entre líneas en ésta y en muchas otras descripciones de la novela de José T. de Cuéllar, es que la abundancia de velas, que no de luz, era una pretensión de la familia por aparentar su pertenencia a una élite pudiente que debía ostentar la abundancia en la que vivía.

Como afirma Peter Gay, "muchos burgueses acumularon señales de cultura no para agradar al ojo, deleitar el oído ni para conmover el espíritu, sino para exhibir, al modo del auténtico advenedizo, su riqueza y estatus recién adquiridos"³⁵ Y esto hacen los protagonistas de esta novela porfiriana al derrochar la luz en los candelabros, mostrar su riqueza en una actitud semejante a la que asumirá el gobierno al iluminar la capital, en lo que habrá sido, tal vez, un comportamiento compartido en el ámbito porfiriano.

Pobre o rica, con derroche o sin él, los capitalinos requerían de algún tipo de iluminación nocturna para tener cierta posibilidad de acción. Sin embargo, y a pesar del gasto que implicaba, la imagen de la capital porfiriana antes de que llegara la electricidad es la de una ciudad oscura, pretenciosa, a fuerza de presumir de un alumbrado artificial basado en varios sistemas de iluminación, ninguno de ellos lo suficientemente poderoso como para eliminar la penumbra porque todos alumbran lo inmediato, lo que está cerca, lo

³⁵ Peter Gay, *La experiencia burguesa. De Victoria a Freud*, México, FCE, p. 33

próximo, pero que no sirven para iluminar lo distante y descubrir lo que hay tras las sombras

Las casas, por su parte, compartirán esta característica con las calles; ambos serán espacios oscuros porque no se siente aún la intromisión de una luz invasora y reveladora. Las casas ricas tendrán una mayor profusión de candelabros y lámparas, pero su alumbrado apenas logrará disipar las tinieblas. En los hogares pobres reinará una oscuridad más uniforme, producto de la estrechez económica para pagar el material combustible que se reservará para ocasiones especiales; en ellos se reducirá al mínimo la iluminación nocturna y quizá también los escasos momentos de convivencia familiar. "Por las rendijas de las puertas asomaban tenues rayitos de luz, y en el ambiente un tanto frío resonaban los cantos de las madres que dormían a sus niños, ruidos de vajilla removida, disputas veladas por los muros; todo ese murmullo de las casas pobres"³⁶

Cada ocasión y cada espacio requería de su propia luz y aquella que emitía la flama adquiría su propia significación según el entorno donde se encontrara; quizá era la misma llama, pero no tenía igual presencia cuando iluminaba una fiesta que una celda, un cuarto pobre que uno rico, la vida o la muerte. Y en cada uno de estos espacios se generaba una dinámica particular, que dependía en gran medida de la calidad y la cantidad de luz que se tuviera

LA PERCEPCIÓN DEL ENTORNO

Más allá de la iluminación propia de los espacios, la introducción de los focos a las casas no sólo modificó la apariencia y los colores de las habitaciones alumbradas, cambió también la percepción de los olores, la temperatura y hasta los sonidos dentro de una estancia cerrada. Antes de ellos, y como

³⁶ González Peña, *op cit* p 260

producto de la combustión del sebo, la parafina, el aceite, el petróleo³⁷ o el gas, el ambiente se viciaba y se enrarecía; además, dado que la flama consume oxígeno y genera bióxido de carbón, la resequedad que privaba era muy molesta para quienes estaban dentro. Es probable que estos sitios no tuvieran una buena ventilación porque, de haberla, se hubieran apagado con frecuencia las velas o las lámparas.³⁸

Al mal olor producido por la combustión habría que agregar el hecho de que la flama –y más la de las lámparas de gas– incrementaba la temperatura de los espacios, lo que provocaba que en los lugares muy concurridos y que requerían de muchos quemadores, el termómetro se elevara en algunos grados. Para dar una idea de lo que significaba esto, tenemos noticia de una iglesia londinense a la que los fieles dejaron de asistir en época de calor por las altas temperaturas que se registraban en su interior cuando se prendían las lámparas de gas³⁹. En México, Rafael Delgado se refiere también al calor ocasionado por las velas dentro de las iglesias cuando apunta: “¡qué candelabros! Tienen muchos arbotantes, como treinta, y cada arbotante sostiene dos velas. ¡Figúrense muchachas, si habría calor bastante para que se marchitaran las flores!”⁴⁰ Y las iglesias no suelen ser espacios tan pequeños como las habitaciones de las casas, por lo que es posible que en éstas se sintieran más las altas temperaturas.

Finalmente, las lámparas de gas producían un sonido similar a aquel que hace un soplete, y si se piensa que en una habitación podía haber varias de ellas, se generaría un tipo de silbido molesto; las velas, por su parte,

³⁷ “Las lámparas de petróleo apestaban” o “El mechero de petróleo de la cocina ardía junto a ella, inundando la estancia de un humillo negro” escribirían respectivamente Federico Gamboa en *Santa* México, Grijalbo, 1979, p. 247 y Carlos González Peña en *La Chiquilla*, *op. cit.*, p. 49.

³⁸ El mal olor puede haber sido una de las razones por las cuales las lámparas de gas tardaron en ser usadas en muchas de las casas porfirianas. “While the bourgeois was reluctant to admit gas because of its unpleasant smell and its poisonous, explosive nature, all doors were immediately opened to electric light.” Schivelbush, *op. cit.*, p. 71.

³⁹ “I was informed that people would not go in the gallery in warm weather owing to the great heat caused by the many gas jets, whereas on the introduction of the incandescent lamp there was no complaint” Bowers, *op. cit.*, p. 103.

⁴⁰ Rafael Delgado, *Los parientes ricos* *op. cit.* p. 108.

también emitían un constante crepitar,⁴¹ perceptible sobre todo en una ciudad tranquila en la que la oscuridad recogía literalmente a la mayoría de la gente en su casa y donde escaseaban los sonidos nocturnos. Pero si bien esto se refiere al sonido que hacían propiamente las velas y las lámparas, es interesante considerar que el concepto mismo del ruido se modifica con la electricidad, pues cualquiera puede experimentar que no es lo mismo escuchar algo en medio de la oscuridad, que poder ver qué es lo que lo produce para poder eliminar muchas sensaciones negativas

Algo más acerca de las velas o cualquier tipo de alumbrado no "mecanizado" era que implicaban tener siempre una buena reserva de velas, aceite, petróleo, gas, pabilo y cerillos para estar alimentando la luz, mientras que la electricidad facilitaba las cosas al máximo pues sólo había que contratar el servicio con una compañía y la participación de los habitantes se limitaba a prender o apagar un control; si acaso, a cambiar un foco ⁴²

En síntesis, los sistemas de iluminación previos a la electricidad, no tenían que ver única y exclusivamente con su utilización para alumbrar, implicaban también toda una manera de actuar para construir un ambiente singular en un entorno específico. Involucraban aspectos de convivencia social, formas de percibir el rededor y maneras de ver, oler y escuchar. Tenían que ver, en realidad, con toda una forma de vida en la que la entrada del foco eléctrico marcó un hito, por cuanto a las posibilidades que cerró pero sobre todo por aquellas a las que dio lugar.

⁴¹ "Y en el silencio del comedor, cuando Antoñita callaba, sólo se oía el crepitar de la vela" González Peña, *op cit*, p. 191.

⁴² Como consecuencia lógica de la introducción eléctrica la industria dedicada a la producción de velas y sus componentes o la de las lámparas se vendría abajo paulatinamente, en un proceso muy lento que acabaría por reducir la presencia de los grandes atados de velas de las tiendas, pero que quizá nunca dejarían de existir del todo (Es obvio también que otras industrias como la del cristal o la del cobre surgirían a partir de su uso en los focos y los cables eléctricos)

DE LA VELA AL FOCO

La llegada de la electricidad al ámbito privado tomaría mucho más tiempo que su introducción a la vía pública, e implicaría una serie de inventos previos que permitirían incrementar la intensidad de la luz en espacios cerrados.

Si el primer gran paso del alumbrado artificial fue el pabilo, otro muy significativo rumbo a los focos fue la aparición de la lámpara de Argand. Su novedad era la colocación de una bombilla de cristal sobre el depósito donde ardía el combustible a través de la mecha; esta lámpara contendría algunos de los elementos del futuro foco tales como el bulbo aislador, una llave para abrir o cerrar el depósito, tal y como lo haría el *switch*, y la propia mecha equivalente del filamento que arde. Posteriormente, el combustible fue sustituido por el gas, pero la base del sistema de la lámpara se mantuvo; lo importante entonces fue que, a semejanza de las redes de agua, se hicieron instalaciones con tuberías de gas, las cuales, a partir de un suministro general distribuían el fluido hacia las calles, pero también a casas o edificios que lo requirieran, lo que facilitó el proceso de iluminación; cabe señalar, que este procedimiento de distribución lo tuvo en la mente Edison cuando pensó en las instalaciones eléctricas. El resplandor de esas lámparas dependía de su flama, cuya intensidad era limitada ⁴³

Ya en la etapa de la luz eléctrica, las lámparas de arco fueron las primeras que se inventaron, capaces de producir un brillo tan fuerte, que en un principio sólo podían utilizarse en espacios abiertos pues resultaban insoportables dentro de los hogares por su gran luminosidad. Esto provocó que casi desde finales de la década de los años setenta se acuñara el término

⁴³ Como señala George Basalla: "Constituye un tributo al genio de Edison el que, al desarrollar su esquema de electrificación, tuviese la audacia e imaginación para establecer analogías entre dos tecnologías tan dispares como el gas de iluminación y la electricidad. Además, el hecho de que hubiese sentido la necesidad de buscar estas analogías es evidencia adicional en apoyo del modelo de cambio tecnológico continuado. El ejemplo de iluminación de Edison ha mostrado que cada nuevo sistema tecnológico surge de un sistema anterior, igual que cada nuevo artefacto discreto sale de los artefactos anteriores." George Basalla, *La evolución de la tecnología*. México, CONACULTA-Crítica 1991 p 68

de la "subdivisión de la electricidad",⁴⁴ que significaba buscar la manera de lograr que la gran intensidad que caracterizaba a aquellas lámparas se dividiera entre varios focos que, sin perder su efectividad y sus atributos para la iluminación, resultarían menos molestos. Ésta fue una de las grandes aportaciones de Tomás A Edison, quien con su descubrimiento de la subdivisión de la electricidad o del foco incandescente, como se le conocería comúnmente, logró el tan ansiado objeto lumínico, capaz de ser utilizado dentro de los espacios pequeños dado su reducido poder⁴⁵

EDISON TRASPASA EL UMBRAL DEL HOGAR

Vale la pena abrir un paréntesis aquí a propósito de Edison quien no sólo descubrió el foco incandescente, sino que al hacerlo, hizo posible que la energía eléctrica pudiera ser introducida a los hogares o espacios más pequeños sin agredir a la vista.

Según apuntó Luis Mario Schneider, "algunos historiadores aseguran que [Edison] fue recogido, infante, por una pareja de estadounidenses que respetó el nombre y apellido del pequeño Tomás Alva, apellido muy común en la región de Sombrerete, Zacatecas, de donde se afirma que era oriundo y el matrimonio agregó el propio Edison". También existe otra versión que sugiere que era originario de un poblado cercano a Teotihuacán,⁴⁶ mientras que las biografías "oficiales" dicen que Tomás nació en Milan, Ohio, EUA

Cualquiera que haya sido su origen, Edison sería conocido en México antes de que se propagara su fama en el mundo gracias a Guillermo Prieto, quien hizo una descripción de él, que a la distancia resulta visionaria. En una

⁴⁴ 'A phrase much used in Victorian Scientific circles was 'the sub-division of the electric light' " Brian Bowers, *op. cit.*, p 69.

⁴⁵ Sería este invento quizá el más célebre de Edison, aunque en realidad él poseía la patente de más de mil artefactos entre los que destacaron el gramófono, el telégrafo sin cables y la primera película hablada.

⁴⁶ Schneider agrega: "el desaparecido Rafael Soñana en su artículo 'Las glorias de San Martín' (Excelsior, 10 de abril de 1968), afirma que en el testamento de Tomás Alva Edison, pide que no se pague, durante cien años, la energía eléctrica en San Martín de las Pirámides, poblado próximo a las ruinas de Teotihuacán, por ser originario de este sitio" Luis Mario Schneider *IUSA 60 años de desarrollo industrial* México. Fundación Ingeniero Alejo Peralta y Díaz Ceballos. p 27

fecha tan temprana como octubre de 1878, Prieto apuntó en su tradicional *San Lunes de Fidel* la crónica de un viaje realizado a Nueva York en el que tuvo la oportunidad de conocer a un "loco" del cual escribió:

Los que se acercaban a Edison venían poco menos que con la chaveta trastornada; les hablaba a los unos de subdivisiones de corrientes eléctricas, como si se tratara de hacer tejidos de rayos o de uncir a un carro los relámpagos: a otros les decía que pensaba convertir en fuerza motriz la catarata del Niágara; es decir, un mar que se despecha a una altura mayor que las torres de Catedral, y todos esperaban que un día se quisiese meter el sol en el bolsillo o establecer un carril aéreo para ponernos en contacto con los habitantes de la luna

No obstante que para mis adentros, si aquel chico no estaba loco, merecía un exorcismo, por tener un diablo de mucha cuenta en el cuerpo, yo vi a aquel joven con admiración profunda, no sé por qué, y está fijo en mi memoria su rostro, y hasta sus manos de tendones salientes, largas y tiznadas ⁴⁷

Prieto ubicó este encuentro en 1876 y escribió sobre el mismo dos años más tarde, justo después de que se dio a conocer en México el fonógrafo, al que este mismo autor calificó de "portento" y por el cual comparó a Edison con Newton y con Franklin. Curiosamente, fue justo el 19 de octubre de 1878, es decir dos días antes de que Prieto escribiera esta crónica, cuando se supone que Edison descubrió el foco incandescente, aunque la primera demostración pública se realizó en Menlo Park, New Jersey el 31 de diciembre de 1879 y a nivel masivo hasta noviembre de 1881,⁴⁸ lo que hace imposible que Prieto pudiera haber tenido noticia del descubrimiento. Es evidente, por ello, y debe resaltarse la sensibilidad de Prieto para creer en el potencial del científico que efectivamente descubriría la divisibilidad de la luz.⁴⁹

⁴⁷ Guillermo Prieto, "El fonógrafo", en *Cuadros de costumbres 2 "San Lunes de Fidel"*, en *Obras Completas III*, México, Conaculta, 1993 (Este escrito apareció en *El Siglo XIX*, el 21 de octubre de 1878)

⁴⁸ "Filament lamps were first shown in public on a large scale at the International Electrical Exhibition held in Paris from August to November 1881" Bowers, *op. cit.*, p. 87 Después se exhibió en Londres y Munich en 1882, en Viena en 1883 y en Philadelphia en 1884. En 1882 Edison instaló la primera estación eléctrica central en la ciudad de Nueva York

⁴⁹ Por cierto, Prieto apunta que Edison nació en Ohio en 1847 en el seno de una familia pobre, por lo que ganaba la vida voceando papeles y repartiéndolos

La invención del foco eléctrico siguió su propia evolución, que incluyó la mejora del sistema y la aparición de otras empresas eléctricas que se convirtieron en competencia seria de la General Electric Company (GE⁵⁰), propiedad del mismo Edison. Para los propósitos del presente trabajo, basta agregar que fue este foco, que emitía una luz tolerable a la vista y suficiente para alumbrar espacios cerrados, el que modificó el ritmo de vida dentro de los hogares de todo el mundo,⁵¹ y que este invento es el antecedente directo de todos los focos utilizados comúnmente desde entonces dentro de los hogares.

En términos generales, la nueva tecnología para iluminar los interiores tenía las siguientes ventajas frente a los sistemas anteriores: no robaba oxígeno ni contaminaba el aire, era más segura que el gas, su luz no era desagradable y sí más poderosa que la que emitía la flama, era de fácil control y no era costosa.

A pesar de los beneficios, la introducción de estas lámparas en el ámbito doméstico fue muy paulatina porque no todos querían o tenían las posibilidades para realizar las instalaciones correspondientes dentro de sus hogares. Además, era difícil atender la demanda inicial de la década de los ochenta porque las compañías no estaban en posibilidad de disponer de un gran suministro por las limitaciones propias de las instalaciones, lo que implicó que aunque se quisiera no se pudiera ofrecer el servicio.⁵²

⁵⁰ De hecho, la GE surgió en 1892 de la sociedad de la General Electric Company y una de sus rivales, la Thomson-Houston, y logró manejar 80 % de la industria eléctrica en EUA para 1912; su competidora más fuerte en este país fue la Westinghouse. En Europa, el mercado estaba dominado para los noventa por tres compañías, dos alemanas, la AEG y Siemens and Halske (la que hace la expansión del sistema eléctrico en la Ciudad de México a partir de 1896), y por la firma holandesa Philips.

⁵¹ El foco inventado por Edison brindaba una luz pálida y sólo se conseguiría una mayor intensidad a partir de la incorporación del filamento de tungsteno a la bombilla. Asimismo, la tecnología eléctrica en función del alumbrado alcanzaría su mayor desarrollo a partir del siglo XX cuando se incorporaron nuevos elementos y conceptos novedosos como luz directa, indirecta, difusa, focal, localizada o generalizada. Para mayor información sobre la evolución tecnológica de los focos eléctricos puede verse Basalla, *op. cit.* y Bowers, *op. cit.*

⁵² Vale la pena agregar aquí la experiencia londinense, donde la llegada de la electricidad no significó como podría suponerse, una demanda masiva y una lluvia de solicitudes para las compañías eléctricas. William Siemens, por ejemplo, tuvo que aceptar en 1882 ante la Cámara de los Comunes, que después de 6 meses de haber abierto sus oficinas al público en Surrey, R.U. sólo había logrado que 10 hogares contrataran sus servicios.

Si bien fue lenta la introducción de la luz eléctrica a los hogares, conforme fue llegando se fue alterando la convivencia, la dinámica y el paisaje casero. El paso más grave, quizá, fue el que se hizo hacia el interior de las personas que se sentirían vigiladas y perderían por siempre el refugio invaluable de la oscuridad, cuando, como veremos en otro capítulo "el sueño utópico de las noches iluminadas tan brillantemente como el día se transformó en la pesadilla de una luz de la que no había escapatoria."⁵³

EL NUEVO ESPACIO ELÉCTRICO

En este nuevo entorno iluminado con la electricidad lo primero que salta a la vista es la noción misma de espacio que se genera con un foco. Mientras que la vela propiciaba una relación cercana e íntima entre la familia, todos unidos alrededor de la flama para aprovechar al máximo la tenue luz que se desprende de la misma, con el foco los miembros se alejan, ya no es necesario estar cerca, como atados, a un pequeño resplandor, pues la luz está por todas partes en la casa electrificada. También se pierde esta cercanía entre la familia y el padre, cuando éste cuidaba la vela o la lámpara, y se cambia por una actitud distante e impersonal, porque la nueva luz sólo requiere de un movimiento mecánico.⁵⁴

Si el siglo XIX había logrado hacer de la casa el espacio íntimo por excelencia, la luz eléctrica cambiaría toda la dinámica familiar dentro de ella; no es que perdiera su esencia privada, es tan solo que la vida dentro del hogar se disgrega, se separa en habitaciones, se rompe con el espíritu de unión y reunión que lo caracterizaba para dar paso a un nuevo tipo de cotidianidad marcado por el alejamiento físico de sus miembros, pues ya no es necesario

⁵³ "The utopian dream of nights lit up as bright as day was transformed into the nightmare of a light from which there was no escape" Schivelbush, *op. cit.*, p. 134

⁵⁴ Al parecer, Edison mismo se propuso que el encendido de la lámpara eléctrica fuera similar al de la de gas, por ello, lo que conocemos como switch tenía en un principio la forma de una llave, igual a la que se utilizaba para abrir o cerrar el depósito. Es pues innegable que para alcanzar la invención del foco eléctrico se debió haber pasado por la lámpara de gas, pues mucha de su tecnología se aplicó en este nuevo invento. Para mayor información sobre el desarrollo de los inventos véase Basalla *op. cit.*

estar cerca de la flama⁵⁵ La electricidad logra romper con un rito secular asociado con la convivencia familiar, clánica o tribal incluso alrededor del fuego,⁵⁶ y la sustituye por una fría, rígida y distante, tan distante como lo era el foco en relación con las personas y en comparación con la cercanía inobjetable de la llama⁵⁷ Esto refleja tal vez la nueva forma de comportamiento surgida a partir de las prácticas capitalistas que tienden a enfriar las relaciones humanas, a hacerlas menos personales y más distantes, al enajenamiento de los trabajadores Así pues, la luz tradicional es sinónimo de cercanía, mientras que la moderna tiende a ser distante,⁵⁸ en una franca alusión al proceso que vive el mundo en este periodo Y siguiendo con la tesis de la luz como símbolo del desarrollo económico-político que presencié el mundo, la electricidad permitirá que la que reciban todos los miembros de una casa, una oficina o una fábrica, sea la misma, sea democráticamente repartida e incluso, más allá, favorecerá el fortalecimiento de la colectividad, que no de la familiaridad.⁵⁹

De la mano del alejamiento familiar propiciado por la aparición del foco eléctrico, el concepto mismo del movimiento en el interior de las casas se modifica Y lo hace en dos sentidos, por un lado, desaparece el vaivén propio de la llama que reaccionaba ante cualquier estímulo físico ajeno a ella: parpadea, tintinea, crece, se marchita o muere, y genera en las habitaciones donde se encuentra sombras —más cortas o más largas dependiendo de su

⁵⁵ Curiosamente, si la luz eléctrica aleja a las persona, su intensidad atraerá a los insectos impulsando el saber científico, como apunta José Juan Tablada: "La luz eléctrica recién establecida por aquellas épocas atraía de muchas leguas a la redonda cientos y millares de insectos de todo género, sobre todo los crepusculares y nocturnos que por recatarse entre la sombra son tan difíciles de capturar No tenía yo más que apostarme al pie de un foco cercano al bosque para hacer coilectas abundantes que sorprendían a mis competidores, incapaces de sospechar su origen" Tablada, *op. cit.*, p 99

⁵⁶ "en el silencio de la noche, en público secreto y a la luz del petróleo, enciende sus trípodes y congrega a sus pontífices en torno de las aras cubiertas con el tapete verde" Delgado, *La Calandria*, *op. cit.* p 81

⁵⁷ Será la misma electricidad la que logre volver a reunir a la familia en torno a un espacio común con la aparición del gramófono y con mucho mayor impacto a partir de la invención del radio y la televisión aunque la convivencia será entonces distinta.

⁵⁸ Sin abundar en el tema, Wolfgang Schivelbush señala de manera tangencial el hecho de que la pintura también se iluminó por estos años, dejando atrás aquellas escenas cerradas y oscuras, para presentar espacios más abiertos e iluminados De ello nos dice: "By contrast to this, every painting of the fifteenth to eighteenth centuries resembles a bowl that is of varying size but always closed and filled with a close light right to its edges but not beyond" Schivelbush, *op. cit.*, p 172

⁵⁹ Lenin's famous formula: "Electricity + Soviet Power = Communism is a radical echo of this social philosophy founded on electricity" *ibidem* p 76

intensidad— pero que en conjunto conforman una atmósfera cambiante a pesar de lo mortecino de su luz, como la que se presenta en *La Chiquilla*, cuando Linares “distraía su insomnio mirando temblaquear la llama de la bujía, que ora parecía morir, irradiando en torno resplandores débiles, ora se reanimaba, luciendo azulados y amarillentos tonos.”⁶⁰ Este movimiento será sustituido por la luz estática del foco eléctrico que, salvo las deficiencias iniciales en el servicio, tenderá a ser constante, uniforme y homogénea, tan intensa como lo permita la tecnología, suficiente para estar presente en todos los rincones de las habitaciones. Será una luz que, a diferencia de aquella que proviene de la flama, irradie de arriba hacia abajo y no al contrario, inaugure una nueva percepción de las habitaciones, y permita que los cuartos queden iluminados en su totalidad y que se despeje de golpe la oscuridad.

Por su parte, otro tipo de movimiento desapareció con la llegada de la electricidad: el que se registraba cuando la gente iba de un lugar a otro de la casa con la vela o la lámpara en la mano y cuya luz seguía al ritmo de quien la portaba. Esto facilitaba que desde el exterior se pudieran ver los movimientos de las personas en el interior de los hogares, pues las siluetas y las sombras se dibujaban al tiempo que la luz pasaba de una ventana a otra, como lo refiere Ángel de Campo: “Las puertas de palo se cerraron, la luz del quinqué se filtraba por las rendijas y salía de la vivienda”⁶¹ Ella daba noticia de lo que sucedía dentro de los hogares. La electricidad, a pesar de dar una luz más intensa, no proyectaba las imágenes hacia el exterior como lo hacía la flama; ella permitía, si acaso no había alguna protección como unas persianas, que se viera perfectamente el interior de la casa, no sólo la silueta, sino el bulto completo y todo el menaje propio de las habitaciones alumbradas con focos. De la vela se pasó a la lámpara de gas, pero ambas basaban su luz en aquella que irradiaba la flama, ambas crearían el mismo efecto sobre cuartos y cuerpos cuando, “alumbraban con apacible luz una figura femenil, semidesnuda, y proyectaban sobre el muro una sombra esbelta y graciosa que se movía lenta y

⁶⁰ González Peña, *op. cit.*, p. 132

triste";⁶² sombra que, como hemos dicho, iba de abajo hacia arriba, creando figuras monumentales sobre las paredes y cuyas dimensiones podían variar según el tamaño de la flama que se lograra, pues el uso del fuego para iluminar también tendría su ciencia: era diferente la luz que emitía un pabilo corto que uno largo o aquella que se desprendía de un orificio pequeño o grande por el que salía el gas⁶³

Como hemos dicho, más allá de la atmósfera que crean, los sistemas de iluminación antiguos o modernos, sirven de parámetro para medir el estatus socioeconómico de quienes los utilizan: electricidad y lámparas de gas para los ricos, petróleo para la clase media, candilejas de aceite de nabo para los pobres, ocote para los más humildes.⁶⁴ A la llegada de la electricidad, la presencia de las novedades en los hogares sería la mejor muestra de pertenencia a una clase social privilegiada; los rezagados, no sólo en las casas, sino en las colonias o en los poblados, serían los más pobres

Cuando en *Los parientes ricos* la familia Collantes llega a la capital, pasea por las calles céntricas de la Ciudad de México, por aquellas en las que se puede percibir ya el arribo de las novedades. Les llama la atención ver algunas casas grandes iluminadas y adornadas con cortinajes espléndidos, mientras que uno de los hijos asegura que el presidente se encuentra en el alcázar de Chapultepec porque ve luces en las habitaciones, signo inequívoco de la presencia del Ejecutivo. La electricidad ha llegado y su resplandor es lo suficientemente poderoso para permitir que, a lo lejos, se pueda ver en los interiores, acción casi imposible de percibir si fuera la luz de una flama,⁶⁵ pero es claro que aún no está muy generalizado su uso en la capital!

⁶¹ Campo, *op. cit.*, p. 259

⁶² Delgado, *La Calandria, op. cit.*, p. 77

⁶³ "Una vela, crecida de pabilo, alumbraba la estancia y ardía con flama prolongada y trémula. Las sombras de los muebles se balanceaban en el muro, tomando extrañas proporciones." *Ibidem*, p. 85

⁶⁴ "y los farolillos con que estaban decoradas las casas; globos de papel y lámparas de petróleo en las ventanas de los ricos; candilejas de aceite de nabo en las puertas de los pobres." *Ibidem* p. 115

⁶⁵ Federico Gamboa reparó también en la iluminación eléctrica del Castillo así como el elevador que estrenó al despuntar el nuevo siglo. *Diario de Federico Gamboa, 1898-1939*, sel, prol y notas de José Emilio Pacheco, México, Siglo XXI, 1977, p. 69. La referencia corresponde al 4 de enero de 1901

El paso se ha dado, y si al empezar el nuevo siglo en el exterior se ha logrado suprimir cualquier tipo de iluminación que no sea la eléctrica, en los interiores el proceso de aceptación y adaptación de este símbolo de la modernidad será más lento. Según consta en la literatura que ubica su trama entre la última década del XIX y la primera del XX, la electricidad intra muros puede aparecer, pero no por ello desaparecen las referencias a otros tipos de iluminación, y hay testimonios de que sobrevivieron a la presencia de los focos. Tal vez resultaba mucho más cálida una íntima reunión familiar si se realizaba ante una luz no tan intensa; se añoraba quizá la presencia de la flama titilante en la mesa de noche, la cual seguramente era mucho menos agresiva a la vista que aquella proveniente de un frío y distante foco eléctrico, o era tan sólo que la economía andaba en bancarota y era imposible para la gran mayoría contar con su propia luz artificial

Hacia el final del porfiriato, un editorial afirmaba:

Las elegantes deben cada día dar gracias a la imaginación de los industriales que han llevado tan lejos el refinamiento de los aceites minerales y han lanzado al uso corriente esos maravillosos aparatos para el gas y la electricidad que realizan la economía, al mismo tiempo que redoblan el esplendor del lujo. Hay casas donde el alumbrado es fiérico [sic] y cuya originalidad en la distribución de la luz es tal, que no puede llamarse alumbrado, sino verdadera iluminación⁶⁶

Dejaba claro así que incluso en las casas pudientes, en aquellas en las que la electricidad era una realidad, se mantenía el uso de lámparas de gas como un elemento moderno y efectivo de iluminación. No es difícil pues imaginar lo que sería la luz en las casas más modestas.

No obstante lo anterior, debemos incluir aquí una noticia dudosa, en la cual *El Imparcial* afirmaba, en 1901, que durante el año anterior se habían incrementado las solicitudes de luz incandescente para las casas particulares y habían alcanzado la cifra de 75 897 inscripciones para obtener luz de las 19 a las 23 horas; 25 900 de las 23 horas a la 1 de la noche y 13 201 de la 1 a las 3

⁶⁶ *El Imparcial*, 22 de abril de 1910

de la madrugada ⁶⁷ Esta información ofrece cifras impresionantemente altas para una ciudad que contaba con unos 360 mil habitantes, explosión de luz en el interior de los hogares que la literatura no refleja para nada. Es más, escritores como Carlos González Peña o Rafael Delgado e incluso el mismo Federico Gamboa, que ubican sus novelas por estos años, describen más bien espacios oscuros que iluminados.

El número de solicitudes denotaría que prácticamente uno de cada 6 capitalinos pidió al ayuntamiento alumbrado particular, cifra absurda si consideramos los siguientes factores: la pobreza de la gran mayoría, el número de habitantes por casa —el cual debió haber sido muy superior a los seis miembros considerando el comportamiento demográfico—, las propias descripciones de los novelistas que hablan de la luz eléctrica más como la excepción que como la regla, entre otras cosas. Estas circunstancias nos obligan, de nueva cuenta, a ser cautelosos con las cifras y las estadísticas manejadas durante el porfiriato.

UNA NUEVA ESTÉTICA INTERIOR

Conforme fue haciendo progresos la electricidad en los hogares y en la ciudad, se empieza a dibujar una nueva escenografía urbana en la que algunas casas y edificios filtran su luz al exterior y ayudan a iluminar la capital. México empieza a resplandecer hacia el final del siglo, ya que se han hecho instalaciones mayores para el suministro y se ha ampliado su oferta. Como hemos dicho, básicamente, la nueva luz permite ver, pero también abre la posibilidad de ser visto, lo que al parecer no fue una sensación muy agradable para la población según se infiere de la proliferación del uso de las cortinas en este periodo.

Más que un adorno, las cortinas mantenían la privacidad de los hogares y la protegían de miradas impertinentes hacia el interior. También se

⁶⁷ *El Imparcial*, 10 de marzo de 1901

avanzó entonces en el diseño y textura de los cortinajes que debían cubrir las ventanas, haciéndolos cada vez más gruesos a fin de evitar que, por la noche, la luz artificial dejara ver los movimientos privados de las casas.

La nueva luz era un atentado contra la intimidad familiar, una intromisión en todos aquellos haceres y quehaceres que se realizan en la vida diaria de un hogar y que no tienen por qué ser compartidos con nadie; una manera de evitarlo fue adoptar el uso de las cortinas, que se vuelven populares entre la sociedad capitalina por esta época. "Subí las escaleras y toqué en una vidriera que estaba velada por cortinas blancas" escribiría Rubén M. Campos en *Claudio Oronoz*,⁶⁸ combinando en un mismo tiempo recursos pasados y modernos, narrando, a fin de cuentas, la supervivencia de lo nuevo con lo viejo: de las velas con las cortinas y de las cortinas que velan, porque crean un efecto simulador, apenas visible, discreto e íntimo.

Mas las cortinas también se utilizaron con otro propósito por el cual se popularizaron incluso en aquellas casas que aún no contaban con el alumbrado eléctrico, pero que igual las requieren para no permitir que la luz de la calle —aquella que en su modalidad de lámpara de arco era tan intensa como un reflector o la que emiten los focos incandescentes callejeros— se entrometa indiscretamente del exterior público al interior privado por las ventanas y muestre la intimidad casera, aquella permitida sólo para sus miembros y en donde cualquier tipo de allanamiento sería considerado como una invasión a ese territorio.⁶⁹

La luz que entra a las casas del exterior y aquella que se tiene dentro, empiezan a diferenciar los conceptos y la percepción de los espacios públicos y privados. El despliegue de alumbrado que se logra a partir de la electricidad

⁶⁸ Campos, *op. cit.*, p. 39

⁶⁹ "The evolution of *homogeneous light* into two increasingly different species, *outside light* and *inside light* (or *distant* and *close light*) relates to the wider social process by which the public and the private were increasingly separated in bourgeois life. This process started in the eighteenth century and reached its climax in the nineteenth century with the Industrial Revolution. The anxiety with which everything private, and especially the family, was shut off from a public that was felt to be more and more unpleasant, is reflected in attempt to prevent light from the street from falling directly into rooms" Schivelbusch, *op. cit.*, p. 186

va abarcando poco a poco prácticamente todos los rincones de las ciudades en donde todo se ve y todo puede ser visto. Esto hace que el ámbito privado se circunscriba en adelante a las casas particulares, en donde se refugiarán sus miembros. Por eso es necesario prohibir que esa luz intrusa proveniente del exterior se entrometa en los hogares a través de las ventanas, para que dentro de ellos se goce de una iluminación propia, una que defina el espacio privado, manejada a voluntad, que pertenezca a sus habitantes y que deje ver una realidad sólo asequible a ellos.

El caso de las cortinas, "oscuros" o visillos, al igual que el de las pantallas que veremos adelante, sugiere la presencia de un elemento que por los nuevos descubrimientos en la iluminación, los hace más necesarios en la práctica para matizar la luz, así como para cubrir y para proteger a las personas de ser vistas. A partir de esta utilidad real, se desarrolló toda una moda⁷⁰ en torno a este elemento que sirvió para vestir y engalanar los hogares, que significó considerar la tela, el color, la textura, la caída y la transparencia o el grosor de los cortinajes y que se convirtieron a la larga en un símbolo de estatus social. "¡Qué cortinas! ¡Oh! Las cortinas eran de raso bordadas de oro"⁷¹ expresarán los invitados a la fiesta de don Gabriel en *Baile y cochino*,
72

No sabemos si en el plano estético se ganó o no con la llegada de la electricidad, pero es un hecho que la luz emitida por las lámparas de gas o las velas creaba un espectáculo diferente dentro de los hogares de aquel que brindarían los focos. Y así como se modificó el maquillaje en el teatro, tendríamos que imaginar cómo se veían los muebles y enseres con la nueva iluminación, adivinar los tonos y los matices que adquirirían bajo el efecto de la

⁷⁰ *Artes y Letras* describirá en 1905 el elegante taller de Antonio Fabres de la siguiente manera: "Muchos de los objetos que fantásticamente decoran los salones caprichosamente iluminados con luces tamizadas por telas de variados tonos, combinándose algunas veces los más sorprendentes efectos de luz natural con los variadísimos de la incandescente, son dignos de figurar en los más notables museos del mundo" *Artes y Letras*, julio de 1905, año 1 núm. 12

⁷¹ Cuéllar, *Baile y cochino*, op. cit. p. 244

⁷² "Hoy que las telas delgadas, los velos impalpables y las muselinas transparentes, han substituido a los damascos y a los brocados no se encuentra la adusta gravedad de las salas antiguas" *El Imparcial*, 22 de abril de 1910

flama: "aquella noche los manteles y las servilletas albeaban y la luz del gas reía en los blancos muros recién enjalbegados."⁷³ Sería sin duda interesante comparar estos tonos con aquellos que les imprime la nueva luz eléctrica al iluminar los interiores y que provocaba expresiones como "¡Esto, de noche, debe parecer marfil!"⁷⁴ Porque si hemos sostenido que la electricidad tiene las dos vertientes, que por un lado rompe, agrede, se entromete y violenta formas de vida tradicionales, no podemos soslayar que por el otro enaltece a quien la posee, hace destacar lo que su esplendor lograba

Y para engalanarla más, será también en este momento cuando se desarrolle la industria de pantallas para lámparas, las cuales tenían por objeto, no de manera gratuita, matizar la intensidad de la luz eléctrica para crear, de nuevo, una atmósfera más acogedora y menos molesta a los ojos, más acorde con la intimidad del hogar. El pretexto para usarlas hará surgir la industria de las pantallas para focos eléctricos; gracias a ellas, se podrá mitigar la fuerza de la iluminación y jugar con el colorido y con las formas de la luz que emite la lámpara. De manera tal vez inconsciente y simbólica, también será ésta una forma de retornar a viejos estadios de convivencia familiar y social de un modo que remite a prácticas primarias alrededor de la pálida luz de la flama. Así pues, la luz directa, intensa, moderna y distante, se asociará con el cambio, mientras que recuperar la antigua luz, pálida y cercana, se asociará con lo pasado, lo conocido, lo agradable y lo que no amenaza

Puede ser que por esta razón hayan tenido tanto éxito los diseños de pantallas para lámparas que a partir de 1890 realizó la casa Tyffany de Nueva York, mismos que crearían el efecto de un calidoscopio, evocaban los vitrales góticos, rompían la monotonía de la luz y fueron muy acogidos en México.⁷⁵ No es difícil imaginar la atmósfera generada en aquellos hogares que tuvieron

⁷³ Campos, *op cit*, p 222

⁷⁴ "—A manera de araña velada por una pantalla amarilla con guarnición de encajes, cinco focos eléctricos ¡Esto, de noche, debe parecer de marfil! ¡Ah! Me falta lo último: las cortinas de los balcones [. . .] ¡Qué sencillas! De una pieza [. . .] Son de una tela pesada, semejante a esta de los muebles." Delgado. *Los parientes ricos, op. cit*, p 205

⁷⁵ En marzo de 1904, George Steele Tiffany obtenía la patente para comercializar en México unos relojes eléctricos. Véase Archivo General de la Nación. Patentes y marcas leg. 1 exp. 1. f. 16

la oportunidad de adquirir estas pantallas modificadoras del espectro de la luz (posteriormente también se hicieron diseños para las ventanas, los cuales dieron un aspecto policromo a los espacios interiores). El uso de pantallas en las diferentes lámparas —de techo, mesa, piso o buró— adquirió un peso muy importante en la decoración de las casas y modificó incluso el manejo de los colores con los que se decoraban los espacios, dejando que los tonos claros dominaran en adelante los muebles, las paredes y los techos de las casas.⁷⁶

Resulta curioso que a pesar de los progresos, estas lámparas y sus pantallas recordaban en su forma las de Argand, con su cilindro de cristal para proteger la flama. Asimismo, y a propósito del sincretismo entre lo viejo y lo nuevo, el diseño de las primeras lámparas eléctricas imitaba el de los candelabros y candiles de velas, tal como sigue ocurriendo hasta nuestros días.

Por último, es importante subrayar lo que ya hemos afirmado en el sentido de que así como la electricidad llegó más pronto a los comercios ricos y a las mejores zonas de la capital, de igual forma son las casas de los más pudientes las que introducen esta luz en primera instancia; correspondiendo, en el caso de la Ciudad de México, Carlos Pacheco, ministro de Fomento del gobierno de Díaz, el privilegio de que en su casa se instalara la primera planta de luz en marzo de 1882. De nueva cuenta, lo bello, lo que se quiere y se puede ver, es lo que se ilumina con más anticipación en el porfiriato. Lo feo, lo que no se aprecia, lo que desmerece o avergüenza, se mantiene oculto, oscuro.

DE LA CALLE A LA CASA

Todos los cambios señalados fueron reales desde un punto de vista pragmático, es decir, era cierto que la luz brillaba de manera diferente y mejor, que las sombras se alejaban del hogar, que bastaba tal vez con hacer un ligero movimiento para prender los focos, que no había olores ni sonidos extraños,

⁷⁶ “Si en la sala la luz era pálida, velada por los tonos oscuros de los muebles y el papel de los muros” González Peña, *op. cit.*, p. 94

etcétera; lo que queremos destacar ahora es el contraste en la vida diaria de la gente, entre lo que había antes y después de que hubo focos eléctricos.

Tal vez no contemos con testimonios directos que nos den a conocer qué pensó, que sintió o cómo reaccionó tal o cual persona ante el prodigio de ver que se encendía un foco eléctrico en un espacio privado. Sin embargo, sí contamos con narraciones que de manera indirecta lo expresan y que nos confirman que la gente que vivió durante el porfiriato debió acostumbrarse a una realidad ajena en muchos sentidos y que produjo cambios drásticos en su vida. En este sentido, podemos seguir la línea que nos ofrece Peter Gay cuando afirma que sólo podemos percibir el pasado a partir de experiencias aisladas y personales, pero que para nuestros fines —y a pesar de los riesgos que ello implica— conviene aceptar como experiencias compartidas por muchos y a partir de esta inducción recrear el pasado.⁷⁷

La literatura de la época recrea múltiples experiencias de las noches porfirianas en las que de manera invariable aparecen las velas, las lámparas o los focos iluminando pobre u ostentosamente, el entorno que los rodea. Y ya sea unos u otros, ellos integran la decoración interior de los espacios, pero más que eso, forman parte de la cotidianidad citadina

En la sola descripción que Carlos González Peña hace de la casa donde se desarrolla la trama de *La Chiquilla* podemos descubrir la variedad de luces existentes en un pequeño escenario de la ciudad: lámparas de gas, faroles y mecheros de petróleo, quinqués, candelabros, candeleros y botellas para las

⁷⁷ “En rigor, desde luego, no hay ninguna experiencia burguesa en el siglo XIX, ni en ningún otro: hubo sólo experiencias. La experiencia de cualquier individuo, tal y como el historiador orientado psicoanalíticamente tiene razones particulares para saber, difiere, aunque poco, de la de los demás. Escribir la historia de la experiencia burguesa en el siglo XIX, entrar tan inquisitivamente como se pueda en la mente de la clase media, es arriesgarse a hacer generalizaciones peligrosas. Sólo el individuo ama y odia, refina gustos en pintura y mobiliario. se siente contento en los momentos de consumación y angustiado en los momentos de peligro, furioso ante los agentes de la privación; sólo el individuo se vanagloria de la superioridad o se venga de sí mismo en el mundo. Lo demás es metáfora. “Pero es una metáfora necesaria. Pues todos los seres humanos comparten al menos su humanidad: sus pasiones, sus caminos a la maduración, sus necesidades irrepresibles. Y cada quien desarrolla nexos sociales, pertenece a culturas parciales que lo exponen a grupos predecibles de experiencias, cada quien tiene parecidos familiares lo bastante grandes para seducir al historiador a hacer juicios colectivos. Las denominaciones religiosas, la vecindad urbana, las comunidades lingüísticas y en el siglo XIX, las clases

velas y, por supuesto, la luz de la luna, que se mantiene como un importante auxiliar que aviva las sombras nocturnas cuando no se tiene ningún otro sistema de iluminación. A esta variedad podemos agregar las lámparas de aceite de nabo, trementina o nafta, y las velas esteáricas, de esperma, de sebo o de manteca.

Todos estos métodos, no obstante, brindaban apenas una pequeña luz que por las noches más que alumbrar, alborotaban las sombras dentro de los cuartos. Cuando Antoñita enciende la lámpara y una "macilenta" luz ilumina el espacio, los muebles se dibujan con vaguedad en la penumbra, pero para quienes participan de este rito, las tinieblas se habían alejado sólo para dar paso a otro tipo de oscuridad, una menos grave y más amarillenta quizá. Posteriormente, al despabilar la vela, la llama se avivaría e iluminaría mejor la habitación por un momento, por el instante que durara el pabilo grande. En aquellas casas de clase media que tuvieran sala, se podrían encontrar tal vez algunos candelabros o quinqués que, contando con más luces, alumbraran mejor estos espacios. En realidad los iluminaban bajo el mismo concepto de penumbra, con la desventaja, en el caso de las lámparas de petróleo, del humo negro que despedían y que no sólo enrarecía el ambiente sino que producía un desagradable olor.

En la casa de la familia Fernández, escenario de la misma novela, se hacen presentes los diferentes sistemas de iluminación prevalecientes en la capital hacia 1900. Encontramos, por ejemplo, que para la cena de "fin de siglo" la sala lucía espléndida con su lámpara azul que "esparramaba vivos destellos", así como con un candelabro de bronce que uno de los invitados había llevado para la ocasión⁷⁸ y que deja ver la importancia de la iluminación en las reuniones especiales, pero también su escasez, al grado de propiciar que los convidados al festejo lleguen con su propia luz. Será el comedor el que verdaderamente derroche mayor luz en esta fecha tan importante, con su

moldean al individuo haciéndolo un miembro reconocible de las sociedades respectivas" Peter Gay. *op cit.* p 23

lámpara colgante de petróleo —que hacía acres los olores en el cuarto— y que junto con las 18 velas esteáricas elevaba la temperatura, pero que en una noche decembrina prodigaban un calor bienvenido.⁷⁹

La experiencia de esta familia de la clase media, que se ubica hacia 1900, cuando la electricidad iba extendiéndose en la capital, se puede trasladar a gran parte de los pobladores de la Ciudad de México, pobres o ricos, que podían contemplar estos contrastes y compararlos con sus propios hogares u observarlos en los espacios exteriores de manera cotidiana, como testigos de la convivencia de lo viejo y lo nuevo y de la permanencia de los métodos más antiguos de iluminación en los interiores, pues, según se ha visto, algunas casas contaban con electricidad pero mantenían la costumbre de contar con velas prendidas.

Si bien fue una constante que en las ocasiones especiales las reuniones se acompañaran siempre por la luz de las bujías en los candelabros de plata o bronce de las casas elegantes y en las pobres ardían en palmatorias de hojalata⁸⁰ o en simples botellas,⁸¹ el espectáculo que generaron los focos eléctricos fue único. En *Los parientes ricos* se recrea este efecto durante una cena especial y ante los ojos de los maravillados provincianos que no conciben lo que ven cuando se encienden los focos eléctricos. Para hacer aún más impresionante el momento, los criados retiran los candelabros de las mesas; a un tiempo, ¡oh prodigio!, todas las lámparas eléctricas ofrecen su luz y generan entre los concurrentes la sorpresa propia de ver semejante maravilla, exhibición que más que ciencia habrá parecido magia a los asistentes:

⁷⁸ “En un rincón, a instancias de Alberto, colocóse un candelabro de bronce, propiedad de Arsenio Urizar, que lo amaba como a la musa.” González Peña, *op cit.* p 88

⁷⁹ “Y sobre la mesa, sin orden ni concierto. Lena hubo de arrojar puñados de flores, cuyo perfume se confundía con el de las golosinas, haciéndose acre por instantes a causa del calor producido por la panzuda lámpara de petróleo que pendía del techo y la docena y media de velas esteáricas...” González Peña, *op cit.*, p 94

⁸⁰ “Y una vela esteárica de las de a medio real, que se consumía encajada en palmatoria de hojalata, recubierta de capas de estearina petrificada que las velas anteriores habían ido acumulando con su indigente arder y pródigo chorrear.” Gamboa, *Santa, op cit.* p 297

Inmensa oleada de luz inundó el recinto: centelleó la argentería; subió el mantel en nitidez; brillaron con transparencia incomparable vasos y garrafas; duplicaron los boles su glauco tinte, y aviváronse granates y rubíes en los póculos de burdeos de chabli⁸²

¿Cómo que se prenden los focos eléctricos todos juntos, sin que nadie se les acerque siquiera?, ¿cómo es que les llega la luz?, ¿cómo es que las cosas se ven mejor que antes? ¿cómo se logran aquellos efectos? El espectáculo sólo podía ser resultado de los prodigios que hacía una gran capital, científica y progresista como la de México

Debemos agregar que muchas residencias contaban con otra de las novedades que se popularizaron por esos años: los espejos de cuerpo completo o las grandes lunas que recubrían salones enteros.⁸³ Éstos completarán la función de los focos eléctricos al duplicar y reflejar la luz de las lámparas; se logrará así una mayor iluminación interior y una mayor impresión en quienes tenían la oportunidad de presenciar el fenómeno. Además, estos espejos, con o sin luz eléctrica, permiten por primera vez en la historia, la autocontemplación; al tener la capacidad de verse uno mismo reflejado tal cual, hay un efecto en la manera de conceptualizarse.⁸⁴ Los espejos habrán de revolucionar, de la mano de la electricidad, el concepto de los espacios y de la iluminación.

De los salones de convivencia familiar, la nueva luz pasaría a los cuartos más reservados del hogar: las recámaras. Pero las referencias a este ámbito

⁸¹ "Ya dentro de su habitación, luego de haber encendido la vela que, sostenida por panzuda botella, se erguía en la mesa" González Peña, *op. cit.*, p. 129

⁸² Delgado, *Los parientes ricos, op. cit.*, p. 302.

⁸³ Para descripciones de espejos en salones y restaurantes se puede ver a Federico Gamboa, José I. de Cuéllar, Carlos González Peña y otros. Será por cierto, en uno de estos espejos, donde supuestamente Díaz se estrellaría al tratar de salir de un salón, confundiéndolo con una salida.

⁸⁴ En los poblados del siglo XIX sólo los barberos contaban con espejos y eran para uso exclusivo de los hombres, mientras que a las mujeres sólo se les vendían unos pequeños. "En las clases acomodadas, el código de las buenas maneras impondrá durante mucho tiempo a la muchacha que evite contemplarse desnuda [] La estimulación erótica de la imagen del cuerpo, exaltada por semejante prohibición, obsesiona a esta sociedad bienpensante que acumula los espejos en sus burdeles antes de surtirlos, tardíamente, de puertas con espejo en el armario nupcial" Ariès, *op. cit.*, p. 125. Además, como una

son casi nulas en la literatura; esto da idea de la moral de la época que las protege como el espacio sagrado que no se puede transgredir (los únicos cuartos descritos serán los de las prostitutas o las actrices, como Santa y Manón, personajes de Gamboa y Gutiérrez Nájera, respectivamente).

En estos cuartos sería mucho más discreto el cambio, pues aquel espacio íntimo por definición y habitado preferentemente durante las noches, rechazaría la invasión de la nueva intrusa que de golpe podría alterar su fisonomía por una más radiante quizá, pero con toda seguridad, menos privada, menos propicia para la meditación y el amor, para la tranquilidad y el recogimiento, actividades propias de la alcoba. Esta costumbre se mantuvo tan arraigada en la población que incluso un editorial de *El Imparcial* señalaría en 1910: "Sabemos que la antecámara y el comedor deben estar muy bien alumbrados. En cuanto al salón y las alcobas, sólo deben tener una luz discreta."⁸⁵ La electrificación del alumbrado público se puede calificar como exitosa, muchas casas ya contaban también con este beneficio, sin embargo, es obvio que por más que la luz artificial hubiera invadido incluso algunos lugares del hogar, el más íntimo se mantendría vetado a la luz eléctrica, al menos así lo fue hasta el final del porfiriato.

Los espacios privados que introdujeron la iluminación se acondicionaron para poder hacer en ellos actividades que hasta este momento se realizaban limitadamente por la falta de luz, como leer y escribir, bordar y coser, platicar e interactuar y otras muchas que romperán con la tranquilidad e inactividad prevalecientes en los hogares, con lo que se prolongarán las faenas, otrora exclusivamente matutinas, en horas y lugares inconcebibles hasta entonces.

Entonces, surgieron nuevos horarios, ocupaciones y paisajes, pero más que esto, aparece una nueva cotidianidad, una vida más fácil para quienes tuvieron la oportunidad de poder prender y apagar la luz a su antojo, con sólo un movimiento, sin las molestas escaleras, sin cerillos, sin supervisión.

manifestación más de la modernidad y del proceso de civilización, con la burguesía nace también el individualismo y, en este sentido, los espejos ayudan a cobrar conciencia sobre uno mismo

⁸⁵ *El Imparcial*, 22 de abril de 1910

Pero insistimos, la electricidad no invadió el ámbito privado como lo hizo en el público. En las casas pobres y de clase media no fue desde luego lo que prevaleció, pues seguramente las casas ni siquiera contaron con las instalaciones adecuadas, por lo rústicas que eran. Por su parte, en las casas más ricas, en las que sí aparecen algunas descripciones de luz eléctrica, se mantuvo por lo visto la costumbre de complementar el alumbrado con gas o petróleo, quizá por apego a su presencia o simplemente porque su luz era la indicada para estos espacios.

Hacia el final del porfiriato, en 1910, apareció en la sección de damas de *El Imparcial* un editorial en el que se habla de cómo limpiar las lámparas en las casas elegantes, y en él se mencionan prácticamente todos los tipos:

cualquiera que sea el alumbrado, hay que vigilar la escrupulosa limpieza de los aparatos. Las lámparas de petróleo se limpian perfectamente con lechada de cal o con una solución caliente de cristales de sodio. Para las bombillas y pantallas de vidrio se emplea el vapor de agua caliente en que se haya disuelto potasa en ligeras dosis. Para evitar que las mechas hagan humo, se empapan en vinagre y se dejan secar. Las bombillas no se estrellan si se les hace en la base una raya con diamante.⁸⁶

El cambio sería agresivo tal vez en función de que la luz que proporcionaban una vela y un foco no era igual, pero desde luego que en el interior de los hogares no fue tan dramático, fue un proceso lento que permitió que cuando se apagara "la luz eléctrica. La bujía de la mesa de noche flamea[ra] mortecina"⁸⁷

Esta convivencia de lo nuevo y lo viejo permitirá que la población acepte de manera paulatina la novedad, pero sobre todo, que el sentimiento de pérdida por la añoranza de lo conocido, de lo aprendido, de lo acostumbrado se dosifique y sea menos violento. Y es que no todos querían luz, y tampoco que ésta entrara indiscreta e indiscriminadamente a sus vidas. Por ello José T de Cuéllar reproduce con sarcasmo la conversación de las plantas del jardín del Zócalo capitalino, las cuales no pueden dormir porque la luz eléctrica las

⁸⁶ *El Imparcial* 22 de abril de 1910

mata: "En tercer lugar, interrumpió la Mimosa la falta de sueño: nadie puede vivir sin dormir y la luz eléctrica nos mata []. ¡Abajo la selva! Gritaron otras plantas, excepto la Mimosa, que aprovechándose de que habían apagado la luz eléctrica, iba a echar un pisto"⁸⁸ Y tal vez esto sucedía a todos aquellos cuyas casas estaban próximas a un foco de arco, uno de aquellos que alumbraban con gran intensidad y por los cuales era menester colocar cortinas en las ventanas.

Quizá podamos considerar que ésta haya sido otra de las razones —y no sólo las economías del Ayuntamiento— por la que se apagaban las luces durante las noches, pues si bien era necesaria para el trasnochado, era molestas para quienes trataban de conciliar el sueño dentro de sus casas, porque ésta era la otra cara de la moneda: se había inventado una nueva vida nocturna, pero para quienes no la deseaban —o no podían seguirla porque finalmente era algo accesible a muy poca gente— el ritmo y movimiento nocturno podía ser un atentado a la privacidad casera

En conclusión, parece ser que es durante el siglo XIX cuando el espacio privado se define como íntimo y alejado de la vista de las personas, porque la electricidad que ha inundado las calles sólo ha llegado a algunas pocas casas de la capital, a aquellas que se construyeron en los nuevos barrios, en las colonias modernas y con los últimos avances. Estas no serán, por cierto, escenario de la mayor parte de las novelas de la época, las cuales refieren de manera preferente la realidad de una clase baja y media de la ciudad, la realidad de quienes constituyen el grueso de la población y en cuyas historias no aparece el brillo que la electricidad debió haber dado a las casas ricas. Cuando se habla de resplandor, en ellas se alude al que reina en la ciudad, al que priva en las avenidas, en los comercios y en los restaurantes, mientras que de estas casas sólo se rescata su penumbra. Por su parte, las alcobas y los

⁸⁷ Delgado, *Los parientes ricos. op. cit.*, p. 434

⁸⁸ José Tomás de Cuéllar, "Apólogo Nocturno" en *Vistazos estudios sociales por Facundo*. Santander. Imprenta y Litografía de I. Blanchard, 1892 p. 77

espacios más íntimos, al parecer se mantendrán vírgenes frente a la nueva intrusa eléctrica.

VII. LAS PERCEPCIONES

¿Qué explica la pasión de la clase media del siglo XIX por la intimidad tan continuada e irresistible como para incluirla en la definición misma de burguesía?

Peter Gay

LUZ Y SOMBRA

La llegada de la luz eléctrica a la vida cotidiana de la población afectó no sólo el espacio físico exterior o interior, público o privado, en los que se movía la gente, sino que abarcando un espectro mucho más amplio, también tuvo un efecto directo en la forma en la que se expresaban y percibían las sensaciones y los sentimientos. Así por ejemplo, cuestiones tan abstractas como el amor o la belleza, el temor o la fealdad, el placer o la comodidad, el pecado y la reclusión, adquieren una dimensión muy diferente antes y después de la aparición del foco incandescente

Quizá valga la pena definir lo que provocan el día y la noche, aceptando de antemano que ambas tienen acepciones mucho más simbólicas que aquellas que se refieren únicamente a la presencia o la ausencia de luz en nuestro entorno

En términos generales, la luz simboliza vida, nacimiento, alumbramiento, claridad, inteligencia,¹ brillantez, acción, movimiento, progreso y novedad; mientras que la oscuridad refleja muerte, pérdida, vacío, inactividad, soledad, tinieblas, sombras, miedo, temor, pecado, amenaza, peligro.² Estos mismos sentimientos se recogen y trasladan a los términos de día y de noche, para los cuales, sin ser excluyentes, al primero se le conceden todas las características

¹ "Después [] mi talento fue alumbrando el camino; comprendía que no habíamos nacido para tantas patrañas y se me fue quitando lo bruto" Heriberto Frías, *Los piratas del Boulevard*, México. Andrés Botas y Miguel, s. f. p 26

² "Que lo asediaba, que lo despertaba en el pavor de la noche y lo hacía encender una luz, presa del pánico, para cerciorarse de que quien estaba a su lado era Clara Rionda, no el espectro de su vaga pesadilla siniestra" Rubén M. Campos, *Claudio Oronoz*, México, J. Ballezá y Ca., 1906 p 204

de la luz y al segundo las de la oscuridad; así pues el temor a la oscuridad será también temor a la noche. Independientemente de la cultura, la educación, la edad, la situación geográfica o el estatus económico de quien lo siente, en las noches se incrementan los temores de la gente y se despierta el sentido de alerta, mientras que ambos disminuyen al despuntar el día, como lo refleja el siguiente párrafo: "y a la alegría de la tarde llena de luz, sucedía la penumbra saturada de melancolía, de una melancolía desconsoladora."³

Y es que de hecho la puesta del sol se ve literalmente como una defunción: "Aquella muerte del sol le traía a la memoria el recuerdo de la agonía"⁴ escribiría Carlos González, mientras que Manuel Gutiérrez Nájera rescataría la misma alegoría en su poesía al apuntar: "Quiero morir cuando decline el día"⁵ La noche, la oscuridad y la muerte irán de la mano en nuestra cultura

La oscuridad cumple también su misión de ocultar lo que no se quiere ver, lo que lastima y agrede: la miseria, los vicios, la indigencia que se incrementa y la suciedad que sale de noche, al amparo de las sombras

La sociedad presenta de noche en la capital los síntomas de estar cansada de sí misma, y este cansancio conduce indirectamente al incremento de la inmoralidad y de los vicios; mientras que la actividad de la vida social influye directamente en el mejoramiento de los individuos, en el bienestar de las familias y en la felicidad de los matrimonios.⁶

Es la inmoralidad y los vicios que ven, los que avergüenzan a los señorones que, enfundados en sus levitas, asisten la noche del 15 de septiembre del primer año del siglo XX al Jockey Club; es su presencia la que enturbia su celebración en medio del derroche de iluminación de la fiesta "Era un oprobio que la chusma aquella fuese a envilecer la atmósfera del bulevar con su olor de miseria; horrorizaba, en verdad, que mujercuelas de la peor catadura, de

³ Carlos González Peña. *La Chiquilla*, México, Porrúa, 1987, p. 273

⁴ *Ibidem*, p. 7

⁵ "Para entonces" de Manuel Gutiérrez Nájera. Véase *Poesía modernista. Una antología general* sel. Pról. notas y cron. De José Emilio Pacheco, México SEP/UNAM, 1982, p. 57

vientres hinchados por la maternidad, se codearan con las damas distinguidas”⁷

La primera consecuencia del alumbrado eléctrico será que, a la vez que despierta a la sociedad del más prolongado sueño para ponerla en acción, permitiría también descubrir las lacras sociales que perseguían al porfiriato y que era mejor mantener ocultas. Por ello los marginados se movilizarían hacia los lugares que permanecían oscuros, en donde el carácter policial, que como hemos dicho poseía la luz, no los alcanzara. Como afirmó Rafael Arizpe: “el carácter de los pobladores de las regiones cálidas [...] por ser más inquieto exige mayor número de medidas preventivas, siendo como es el alumbrado un auxiliar eficaz de la policía”⁸.

Pero tal vez lo más significativo de la nueva luz es que rompe con los sitios tradicionales de encuentro y desencuentro, de vicio y pecado, de recogimiento y pasión. A partir de la electrificación de la ciudad se amplían las horas, los espacios y los lugares destinados a determinadas actividades mientras que disminuyen en su contraparte las horas de recogimiento y descanso.

La luz cambia entonces el sentido de la noche, quitándole quizá su esencia de espacio oscuro destinado preferentemente a los oficios marginados, para convertirlo en uno pleno de vida y movimiento, de aquello que simboliza en términos generales la luz. A partir de este momento la percepción de la gente de lo que le daba la noche y lo que le dará en adelante se modifica. Algunas situaciones se conservarán en la oscuridad como las expresiones de amor, otras se modificarán como la belleza y otras más tomarán una nueva dimensión, como la percepción de los sentidos.

⁶ José I. de Cuéllar, *Artículos ligeros sobre temas trascendentales por Facundo*. Santander, Imprenta y Litografía de L. Blanchard, 1892. p. 188.

⁷ González Peña, *op. cit.*, p. 280.

⁸ Rafael Arizpe, *El alumbrado público en la Ciudad de México*. México: Tip y Lit. La Europea, 1900. p. 88.

DEL AMOR VELADO AL EROTISMO ELECTRIZADO

En mí desgracia, en mis infortunios, en las tinieblas
en que vivo envuelta, eres para mi felicidad y
ventura, dicha y amor; eres luz del cielo, luz
incomparable, soñada, pedida, anhelada, luz de sol
espléndido, el sol mismo ¡Juan! ¡Quiéreme tanto
como yo te quiero!

Rafael Delgado

Cómo imaginar un encuentro amoroso, el primero o el más pecaminoso tal vez, allá por 1890, en un siglo que de manera tradicional se regía por prácticas más conservadoras en lo que se refiere a las expresiones amorosas y sexuales; en el que las buenas costumbres conducían a la represión, la inhibición y el ocultamiento de cualquier manifestación que implicara acercamiento físico; en el que las parejas no podían besarse o tocarse sino hasta después del matrimonio.⁹ Es un entorno en el que la cultura popular y dominante pregonaba la incapacidad de las mujeres para las sensaciones eróticas y dejaba a los hombres como los únicos capaces de disfrutar las relaciones sexuales; un mundo en el que la masturbación es vista como una perversión que puede llevar a la locura e incluso al suicidio. ¿Cómo imaginar la expresión del amor y la sexualidad en este contexto que pretendía esconder algo que sin duda se practicaba y en un mundo donde hasta los espejos eran mal vistos porque permitían la contemplación del cuerpo desnudo y de tamaño natural? ¿Cómo cambiaron estas prácticas con la desaparición del espacio oscuro que sin duda hacía las veces de gran alcahuete y aliado de las parejas al encubrir y potenciar las relaciones prohibidas? Y ¿cuál será el impacto de la luz eléctrica en este rubro al ampliar la iluminación de las calles y las casas? ¿Arrincona a los amantes en los espacios oscuros que sobreviven o impulsará la apertura pública de sus expresiones? En síntesis, tratemos de averiguar qué papel representan la oscuridad y la luz en el amor

⁹ Es la hipocresía burguesa a la que se refiere Peter Gay, burguesía que igual transgrede el umbral de la moral pública, pero de una manera velada, hipócrita Peter Gay, *La experiencia burguesa. De Victoria a Freud I. La educación de los sentidos*. México, FCE, 1992

No es difícil encontrar relatos de amor durante el porfiriato, de hecho, la gran mayoría de las novelas escritas en el periodo contienen en sus páginas historias románticas, muchas de triste final, en las que encontramos descripciones de complicadas y escandalosas relaciones amorosas. Son novelas en las que de manera frecuente se pinta a los "calaveras" llevando una vida disipada y prácticamente en todas ellas aparece alguno que busca o mantiene relaciones con prostitutas; se pueden pasear incluso de día con ellas, pero son las noches el escenario principal para hacer sus correrías. No se juzga ni se condena esta forma de ser, sino que se presenta tal como sin duda habrá sido un comportamiento común masculino.

El caso de las mujeres es diferente. Para ellas no hay más que dos opciones de vida: por un lado la sumisión y la abnegación que las convierte casi en santas;¹⁰ por el otro, la perdición y el pecado que las lleva de la mano a la prostitución. No hay nada en medio, de la virtud pasan al vicio sin cortapisas, como apunta Vicente Quirarte: "A la imagen de la mujer enciaustrada en el hogar, fabricada por la novela romántica, los escritores finiseculares oponen la mujer de la calle, la mujer y la calle, la mujer que es la calle".¹¹

No hay visión femenina del asunto tampoco, pues de todas las novelas de la época leídas para esta investigación, no hay una sola escrita por una mujer, todas ellas son testimonio del sentir masculino y en todas ellas la moraleja es una lección de vida para las mujeres: si salen de su casa, si son ambiciosas o coquetas, su destino será la perdición y su futuro, si bien les va, el de las cortesanas elegantes que se exhibían por la capital en sus carruajes.

¹⁰ "Persuádase la mujer de que el rápido transcurso de los siglos no ha cambiado en nada la noble y hermosa misión que la trajo al mundo. misión sacrosanta y sublime, una vez que consiste en el amor y el consuelo de la desgracia. Comprenda la mujer su glorioso destino y sea ella la que inspire a los hombres al amor y la gloria, la compasión y la caridad, y todos los sentimientos que son útiles al género humano, y agradables a la Divinidad" Francisco Zarco, "La Mujer" en *Escritos Literarios*, México: Porrúa, 1990, p. 28.

¹¹ Vicente Quirarte, *Elogio de la calle*. México: Cal y Arena, 2001, p. 331.

durante el día; si no, el de aquellas pecadoras que se ocultan amparadas por la oscuridad ¹²

Y es que la iluminación tenía también relación con la manera en que se exhibían las prostitutas. José Juan Tablada, Gutiérrez Nájera o Rubén M Campos describen a la perfección las salidas matutinas de las mujeres que se paseaban durante el día por el centro de la ciudad para exhibir así sus atributos en una práctica de lo más común dentro de la capital.

Era complemento de aquella vida —escribiría Tablada— una especie de gran parada, de cortejo o desfile que dos veces al día, a la hora meridiana del aperitivo o la vespéral del ajeno, como la señalaba el calendario de los “calaveras”, transcurría por las calles de San Francisco y de Plateros [] En carruajes de lujo, en carretelas de bandera azul o en simples calandrias de amarilla banderola desfilaban por esas calles las fáciles heroínas en quienes ponía su ilusión la pecadora juventud de entonces ¹³

Resulta evidente que los paseos matinales o vespertinos, aun con luz natural, responden a la necesidad obvia de poder ser vistas y apreciadas, condiciones casi imposibles de obtener si el desfile se realizaba durante la noche, donde la escasa luz del alumbrado público no hubiera servido para que las prostitutas pudieran ser observadas plenamente

Las mismas caras, sucias y greñudas —informaba el Duque Job—, pasan sesenta o ciento veinte veces frente a nosotros; las mismas bocas de diez centímetros sonríen durante dos horas; y por poco nervioso que uno sea, si permanece largo rato en esas calles, pierde a poco la noción de la línea, le parece que está girando cerca de sus ojos un gigantesco rehilete de mujeres y abultando con la imaginación las formas y figuras ¹⁴

¹² En prácticamente todas las novelas de la época aparecen prostitutas o mujeres pobres que han optado por convertirse en amantes de hombres ricos forjando así la lápida de su próximo destino; desde luego el clímax de este tipo de literatura se alcanza con *Santa* de Federico Gamboa, pero también en las obras de Cuéllar, Delgado, González Peña, Ángel de Campo y Rubén M. Campos

¹³ José Juan Tablada, *La feria de la vida* México, CONACULTA, 1991, p. 71

¹⁴ “Esposas, grisetas y damas alegres” en *Manuel Gutiérrez Nájera*, sel y prol de Rafael Pérez Gay, México. Cal y Arena 1996 p 33 Publicado originalmente en *La Libertad*, el 14 de febrero de 1883

El amor decente, en cambio, tendrá otra historia, pues si es en realidad puro, podrá exhibirse a la luz del día, porque el hombre sólo manifestará respeto a la mujer como si fuera su misma madre, que por ser madre es por supuesto una santa a quien no se puede ofender ni con la mirada ¹⁵ Y es que si un hombre quería bien a una mujer no la tocaría, ni la besaría y mucho menos la llevaría a espacios oscuros que implicaran su perdición, antes bien, debería respetarla y respetar las reglas de urbanidad de la sociedad porfiriana, según las cuales había que hacer las visitas de rigor, expuestos a la vigilia de alguna luz, acompañados de la chaperona y manteniendo la separación adecuada, como la que guardan los protagonistas de *La Chiquilla*: "Encendida que fue la lámpara, que esparcía en derredor tenues rayos azulados, ambas chicas hubieron de tomar asiento a la distancia que de Linares les aconsejaba su recato y honestidad."¹⁶

Pero no todos los amantes respetaban estas condiciones y por eso es que la noche adquiere tantos simbolismos en las relaciones entre los sexos; ella brinda a las parejas el mismo anonimato que ofrece a los rateros y asesinos. Y es que la expresión del amor se consideraba, al igual que aquellas actividades, un acto ilícito y reprobado, y quienes fueran sorprendidos en escenas livianas serían condenados por la sociedad timorata e hipócrita cuyos preceptos rigen en el porfiriato. La cautela indica que en la oscuridad nadie puede ser testigo de un beso furtivo o de la caricia delatora de un amor concupiscente; es más la penumbra refiere de manera natural a lo pecaminoso, y hace aún más excitante la pasión, pues lo prohibido resulta más atractivo. Entonces, tal vez de manera inconsciente pero muy efectiva, las parejas buscan las sombras que harán más estimulantes sus encuentros, siempre alejados de la luz.

¹⁵ "—Una vez te di mi corazón y tuyo es. Acaso en toda mi vida no podré olvidarte [] y te amaré, si, te amaré; pero no a la Carmen de hoy que se deja abrazar como una perdida, que se deja besar de quien no la quiere, sino aquella que no se desdénaba de amar a un pobre; que me cuidaba como a un hermano; que me acariciaba tierna y enamorada; aquella a quien siempre respeté; aquella a quien no me atreví a besar, ni aun teniendo su boca cerca de la mía" Rafael Delgado, *La Calandria* México, Porrúa, 1970, p 90

¹⁶ González Peña, *op. cit.* p 149

Pero si amparados por la oscuridad las expresiones de amor se extralimitan, entonces terminará mal la historia, porque todos los relatos de la época concluyen que una vez que se ha dado rienda suelta a los placeres, no habrá vuelta atrás para sus protagonistas y se perderán en el lumpen urbano

Y esa es la otra historia de amor que reflejan las novelas porfirianas, la que trata de las relaciones lujuriosas que ocurren en la noche. De nueva cuenta lo público y lo privado aparecerá y tendrá una fuerte carga moralizadora: no existe la sexualidad en las casas decentes, ni la expresión del amor a la luz del día o del foco eléctrico; el amor es un acto privado, tanto que en las descripciones de los hogares honorables no aparecerá ninguna mención de la sexualidad, al menos no en la literatura ni en la hemerografía. Estas relaciones sólo podrán ser descritas en dos escenarios posibles: en las calles oscuras que las encubren o en los prostíbulos y restaurantes en los que se exhiben. En ambos casos, se trata de actos públicos que sin embargo no pueden ser vistos bajo los rayos del sol o bajo la luz de la calle: por un lado las encubre la noche y por otro la moralidad decimonónica.

Pero como hemos dicho, el simbolismo de la noche y la oscuridad están llenos de un erotismo velado; ellos son encubridores sí, pero, más que eso, provocadores e incitadores de la lujuria: el espacio sombrío, las tinieblas, la negrura, la penumbra conllevan su propia carga sicalíptica. Por eso, Esteban se pregunta en *La Chiquilla*, cuando se siente rebasado por la pasión:

¿Arrojarse sobre ella, hacerla suya con la complicidad de la sombra, poseerla con el furor del creyente por la imagen, o bien rogarle, suplicarle, arrodillarse con ingenuidad de niño? [] Le embriagaban el aliento de aquella mujercita adorable, la oscuridad inquieta que les rodeaba, el seductor silencio.¹⁷

Más adelante, el protagonista de esta novela, Eugenio Linares, también cederá ante los impulsos que propicia la oscuridad cuando se pregunta: "¿Era que se

¹⁷ *Ibidem*, p. 227

había rendido al fin, que se entregaba en el misterio de la sombra?"¹⁸ Y en efecto, se entregarían a su pasión

La historia de Lena y Eugenio estará escrita a partir de que tuvieron relaciones sexuales en una escena que ni siquiera es referida como tal sino que sólo se insinúa. Pero lo que realmente resulta interesante de la trama es que el autor la narra después de que ha llevado a los protagonistas por el centro de la capital, justo el día del grito de la Independencia en alguno de los primeros años del siglo XX y en donde una de las cosas que más resaltan es la iluminación de la ciudad. Ellos se han admirado del esplendor y del derroche de luz que hay en las calles con motivo de las celebraciones; han caminado, han comido incluso en un restaurante de lujo, se han excedido en todo y estos excesos servirán de antesala para exacerbar los ánimos de los amantes en una descripción cargada de simbolismo. La luz, los comercios, los restaurantes, la fiesta, el vértigo de la modernidad llevarán a la pareja a pecar.

En su contraparte, será la tenue luz de una vela la que disipe las sombras que han propiciado la falta y que permita que la novia engañada presencie la terrible escena:

Eugenio la miraba, embrutecido, con las manos en las sienes, tras de la mesa; Lena, con las ropas en desorden temblando de miedo, procuraba esconderse. Antoñita, extrañada al ver la puerta abierta, dio algunos pasos. Sus pupilas dilatadas erraron por el recinto; y súbitamente, un grito de sorpresa, de dolor, un grito estridente, la desgarró.¹⁹

Si la oscuridad favoreció que tuvieran relaciones, sería la luz, pero no la que proviene de la exuberante electricidad, sino la de una vela, la que en manos de la "santa" de la historia, devela la escena. La conclusión no podrá ser más categórica en esta historia: para ambos la perdición, pero a Lena le sería más caro su pecado, pues la falta la llevaría a terminar de prostituta por las calles de México

¹⁸ *Ibidem*, p 296

¹⁹ *Ibidem*, p 300

¿Acaso hubiera sido posible despertar esta pasión sin “el misterio de la sombra”, sin la protección, pero sobre todo la excitación que brindaba la oscuridad? Difícilmente, porque en cuestiones de amor, la luz estorba de manera tradicional, la luz es la pureza y la noche incita a pecar; no obstante, la electricidad excita la lujuria, aun entre los más timoratos. Se da entonces una doble lectura de la luz que si bien sirve para apaciguar el carácter erótico, inquieto por su sola presencia, también lo desatará cuando ella proviene de la electricidad.

Y es que la luz estorba para el amor. A pesar de lo mucho que han avanzado los sistemas de iluminación en el mundo, de las diferentes variedades e intensidades que hay para ellos, los grandes amantes de la historia y la literatura seguirán prefiriendo los espacios velados, es decir, aquellos iluminados por una luz tenue, preferentemente por alguna vela que invita a la cercanía y a la convivencia y remita de nueva cuenta a aquellos encuentros cercanos entre las personas unidos a una luz que los funde. Cualquier exhibición o recreación de una escena romántica, que presuma de serlo, deberá desarrollarse bajo el amparo no de un molesto foco eléctrico, sino de la compañía de algunas velas que harán mucho más agradable y cercana la “velada”.

En este sentido, la luz eléctrica terminaría con la oscuridad de la calle, propicia para el amor oculto, y haría que conforme pasaran los años se fuera exhibiendo éste de manera más natural, mostrando lo que antes se ocultaba, sin embargo, en el espacio privado e íntimo del hogar o la recámara, la nueva luz no será aceptada en las prácticas amorosas. Ésta quedará circunscrita a los exteriores y a aquello que se quiere ver, nunca a la intimidad del hogar, nunca a los espacios sagrados. Es decir, que si bien la electricidad rompe con ciertos hábitos compartidos, también es cierto que al menos en cuanto respecta al amor, culturalmente las tinieblas se seguirán escogiendo para su demostración, tal y como lo harán los recién casados en su luna de miel, expresión que denota, *per se*, que las relaciones deben practicarse durante la noche.

LA SEXUALIDAD

Pero si bien la nueva luz no transgrede el umbral privado legítimo dejando ver lo que ahí sucede, la electricidad será uno de los símbolos del erotismo y una de las más voluptuosas expresiones de la modernidad, con referencias metafóricas y literales a la sexualidad. Los besos son eléctricos, el acercamiento entre dos personas puede provocar choques electrizantes, estremecimientos y temblores electrizados, donde la connotación misma de la electricidad refiere de manera inconsciente a placeres guardados que brotan como chispazos: "un temblor electrizado culebreaba espasmodiando los nervios de quienes eran besados por las miradas de aquella suntuosa mujer".²⁰

Por su parte, la gente se dirige *ex profeso* a una nueva diversión que surgiría en estos momentos: los toques eléctricos, asociados con una recarga de virilidad para los hombres, porque a la electricidad se le conceden atributos mágicos; así, quienes cargaban energía estaban listos para gastarla en situaciones poco edificantes para una sociedad hipócritamente conservadora, retrógrada para las mujeres y abierta y permisiva para los hombres. Por eso, todo lo que se pudo haber dicho en contra de la electricidad sería insuficiente frente a las promesas de mejora que brindaba y para los cientos de atributos que se le van confiriendo en la creencia popular y que no tienen que ver sólo con el milagro de la luz.

Quizá uno de los aspectos más destacables en la época respecto a la electricidad y la sexualidad fue la comercialización de los cinturones eléctricos que curaban prácticamente todo.²¹ A partir de 1900 empezaron a publicarse en los periódicos anuncios de diversos doctores que prometían aliviar diversas enfermedades "y principalmente y con más brevedad que en ninguna otra, la

²⁰ Campos, *op cit*, p 185

²¹ En este rubro, el médico más publicitado desde estos años hasta el final del porfiriato, será el Dr McLaughlin quien a través de su cinturón eléctrico base de todos sus secretos, había ejecutado millares de curas, cuando todos los otros tratamientos habían fracasado

impotencia [...] aún en los casos más desesperados”.²² En este contexto, no resulta extraño que muchos hombres solicitaran sus servicios y, a falta del cinturón mágico, recurrieran a los toques eléctricos como una manera de demostrar su hombría al soportarlos, pero también con la convicción de que de esta forma serían más viriles.

Es una época de la historia donde la electricidad adquiere una fuerte carga erótica y se le asocia con los placeres de la carne, pero lo mismo pasa con la oscuridad, de modo que surge una asociación interesante de esta combinación que puede despertar la pasión de los amantes: un roce en la oscuridad, provocará reacciones electrizantes, léase eróticas, como la que siente Enriqueta en *Baile y Cochino*, cuando tiene “sensaciones [que] se parecían al chirrido de la electricidad de un aparato electro-magnético, y hasta ejercían en Enriqueta cierta influencia voluptuosa”. Enrique, por su cuenta, sentirá “en su mano izquierda, en contacto con el raso que ceñía la cintura de Leonor, como los alfilerazos de la electricidad; y apoderado de todo el ramal nervioso de la enguantada mano izquierda de su compañera, sentía como la fusión inevitable de dos organismos, como un soplete ígneo que funde dos metales en un solo líquido”.²³ Cuéllar también tocará el tema de los toques electrizantes, cuando en el cuento de *La Noche Buena* describe cómo la dama “hizo vibrar todos los ramos nerviosos de aquel desgraciado como con un contacto eléctrico” o cómo “sintió la influencia funesta de un baño electromagnético que hacía retozar en el fondo de su alma, oscura, avezada a las humillaciones, la sabandija de la lujuria”²⁴

Descripciones como las anteriores abundan en la literatura porfiriana asociando la electricidad con la sexualidad, haciendo alusión a ella de manera velada o franca, pero siempre haciendo referencia de la carga erótica de la

²² Barragán no es persona, sino un cinturón eléctrico, porque sirve para todo” Escribiría burlescamente Micrós, dejando constancia del poder que se le confería a dicho artefacto Ángel de Campo, *La semana alegre. Tick Tack*, introd y recop de Miguel Ángel Castro, México, UNAM, 1991 p 122

²³ José Tomás de Cuéllar, *Baile y cochino*, México, Porrúa, 1999, p 286.

²⁴ José Tomás de Cuéllar, “La Noche Buena”, en *Presente de Navidad. Cuentos mexicanos del siglo XIX*, Prof Jorge Ruedas de la Serna. selec Jorge Ruedas y Celia Miranda México, UNAM, 1994 pp 128 y 137

misma. Será pues el amor electrizado la más franca referencia a la lujuria, la lascivia y el pecado,²⁵ y por extensión, como hemos visto, la luz eléctrica será su prolongación, asociando de manera velada sus efectos; lo anterior podría explicar de alguna manera el rechazo inicial hacia esta novedad entre las clases más conservadoras rechazo que incluso abriría una brecha generacional entre los jóvenes y los viejos.

LA LUZ DE LA BELLEZA FEMENINA

En cuanto a la noción misma de belleza, en las crónicas de la época, escritas antes de que la electricidad se conociera, hay descripciones poéticas que destacan una estética diferente de los objetos, y en las que se alude a menudo a la claridad de la iluminación y la calidad de sus haces luminosos que arrancan reflejos metálicos de los tapices blanco-oro de los muros o que arrojan hilos de plata sobre los vestidos de las damas. Pero también se alude a otro tipo de belleza como la de los maquillajes femeninos que lucen espléndidos cuando las velas esteáricas envían rayos directos sobre los párpados de las mujeres y crean un juego de sombras precioso sobre los ojos. Francisco Zarco afirmaba hacia mediados del siglo XIX que "Las tertulias, los bailes, los conciertos, han de ser de noche; porque entonces se descansa de las ocupaciones del día, y porque las mujeres necesitan de la luz artificial para que resalte su hermosura"²⁶ O para que no se viera, pues podemos imaginar qué cantidad de luz podrían brindar las velas o el aceite como para ayudar a ver mucho.²⁷

"Este valioso préstamo de la luz de la estearina estaba dando a los ojos de Julia un valor sin límites, de que ni ella misma se daba cuenta",²⁸ escribía

²⁵ Nunca se sabe los visos que tomará el amor en la modernidad ni lo que ocasionará: Pantaleón Cruzado, panadero "exigió como prueba de afecto a Lupe Revelador (alias) 'La Motorista', que se tirara en la vía de un eléctrico: la insensata que estaba ebria lo ejecutó, siendo pasada por las armas del 'trolley'." Campo, *op. cit.* p. 127.

²⁶ Francisco Zarco, "México de noche", en *Escritos Literarios op. cit.* p. 176.

²⁷ La Compañía de Gas y Luz Eléctrica se fundaría hasta 1865

²⁸ Cuéllar, "La Noche Buena" *op. cit.* p. 127

José T. de Cuéllar, y es que, al igual que el amor velado contaba con ciertas características, de la misma manera la belleza iluminada por la tenue luz, gozaba del beneficio, siempre ilimitado, de la imaginación de quien podía fantasear cuanto quisiera ante un rostro o un cuerpo velado, como el que se describe en *La Chiquilla*, cuando: "a la luz tenue de la vela, Eugenio pudo ver, como una visión rápida, las piernas regordetas, bien modeladas de ella, cubiertas por negra media."²⁹

La belleza femenina es uno de los aspectos que se modificaría sustancialmente según la iluminación existente. Hay registro de que las mujeres aprovechaban la oscuridad para pasar desapercibidas en determinadas situaciones, mientras que la luz que emitían las velas acentuaba a su vez, ciertos rasgos, como el oro de los cabellos a la luz de una vela.³⁰

Como hemos visto, sin embargo, las salidas vespertinas estaban más bien restringidas a ciertas celebraciones comunes, como las fiestas patrias o religiosas que invitaban a la población a salir durante las noches. Esta fue una de las formas de vida que cambió con la modernidad cuando se abrieron nuevos espacios para la convivencia nocturna. Hasta antes de esto, sólo quienes podían asistir al teatro o a las carpas y los que acudían a alguna de las raras reuniones sociales, necesitaban de una luz especial para realzar la belleza de noche. La vida en la ciudad después del toque de queda era escasa y, como tal, no había necesidad de un arreglo especial en estas horas para las damas.

La electricidad ofrece una nueva realidad al entrar en los espacios cerrados. La gente que ahí vive puede ver y verse a sí misma ayudada de otro portento reciente que es la democratización del uso del espejo de cuerpo entero.³¹ No será desde luego lo mismo ponerse las modernidades del "polvo blanco" y el "cold cream" sobre la cara ayudadas por la luz de una vela y un

²⁹ González Peña, *op. cit.* p. 200

³⁰ *Ibidem*, p. 267

³¹ "A fin de siglo, la difusión urbana de este ambiguo mueble hace posible la organización de una nueva identidad corporal. En el espejo indiscreto, la belleza puede delinearse una nueva silueta. El espejo



pedazo de espejo, que hacerlo con un foco eléctrico y ante una luna que refleja la imagen dando una idea precisa del arreglo y la belleza. Y así como los maquillajes tuvieron que modificarse en los teatros y las carpas, de la misma manera las mujeres debieron encontrar la medida precisa de adornos que no palidescieran o fueran exagerados ante la nueva luz, e incrementar el uso de colores más intensos sobre la piel, para evitar rostros pálidos

El cambio provocaría que algunos rasgos de la imagen femenina se perdieran al restarle este halo de fantasía e imaginación a los encuentros nocturnos y al eliminar la curiosidad natural por ver más allá de lo permitido, pero ganaría otros al presentar un aspecto más radiante de las mujeres, uno donde la belleza no se basara únicamente en la silueta sino en el conjunto que implicaba, lo mismo la cara que el peinado, los zapatos y el vestido. No debe olvidarse que una nueva vida se inventaba en la capital y con ella las salidas y las reuniones por la noche cobraban importancia lo mismo que el arreglo personal. Una nueva moda sería necesaria también para los actos sociales, adecuada para la nueva dimensión de las horas que rebasan el toque de queda. Se dio entonces un proceso que corrió paralelo entre el cambio de la luz de la vela o la lámpara de gas y la invención de la vida y la moda nocturna.

Para las mujeres en particular, la oscuridad era sin duda un cómplice que las favorecía no sólo para ocultar la fealdad o los defectos, sino que también ayudaba a esconder el sonrojo de las mejillas, la mirada enamorada o la caricia comprometedora. La luz eléctrica por su parte, con su poder iluminador haría lo contrario: destacaba la belleza o enfatizaba la fealdad, tal y como lo afirmó Manuel Gutiérrez Nájera:

Los gomosos han notado que la luz eléctrica pone más de relieve las partes calvas y las superficies desteñidas de una levita. Las mujeres sospechan que los átomos de polvo de arroz³² o crema oriza aumentan de volumen cuando el rayo,

vertical va a autorizar la emergencia de la estética de la delgadez y a guiar la dietética por nuevos caminos” Philippe Ariès y Georges Duby, *Historia de la Vida Privada*, España, Iaurus, 1992, p. 125.

³² Además del polvo de arroz aromatizado, las mujeres harían uso, para embellecerse, de otras voluptuosidades desconocidas, como el *cold cream*, la esponja y el jabón de Pivert y todas las últimas novedades del “comfort” traídas de París que harían de ellas señoritas de “gran tono”. Véase José Tomás de Cuéllar, *Ensalada de pollos*, México, Editorial Porrúa, 1999, p. 107

desprendido de los grandes focos, viene a herirlos. Toda mujer pintada debe abstenerse cuerdamente de pasar por las calles que ilumina el foco eléctrico. A esa luz byroniana los poros del cutis se hacen más visibles y los ungüentos de Coadray dan a los rostros cierto parecido con los de las bailarinas que aparecen en *Roberto el Diablo*. Los trajes, en cambio lucen mejor. Una falda azul parece la ola de un río alemán iluminada por la luna. La seda adquiere tintes y espejos maravillosos. Los encajes parecen alas de libélula y las plumas de ganso, plumas de faisán³³

Esto lo escribió en noviembre de 1881, cuando los primeros ensayos con la luz eléctrica se hacían apenas, opinión que sin duda cooperó para el rechazo casi generalizado que produjo su introducción en la capital, según consta en las crónicas de la época. El buen gusto, la prudencia y la presunción aconsejaban mantenerse alejados de los focos eléctricos que empezaban a instalarse a partir de entonces por toda la ciudad, sobre todo si había algo de fealdad que enseñar.

Sin embargo, había algo en la nueva luz que resultaba incomprensible al considerar juntas a la electricidad y a la belleza; citas como la anterior o la siguiente parecen olvidar que además o por encima de la luz eléctrica, la luz del sol alumbraba igual o más que aquella:

... las damas no sólo no salen favorecidas por la luz eléctrica, sino perjudicadas puesto que las hace aparecer pálidas como espectros. Por consiguiente los focos en el salón desagradarán a las señoras. Alumbrar el foco es exhibir, perdonémoslo tan ruda franqueza, en toda su plenitud la fealdad de la mayor parte de las personas que forman los coros.³⁴

Resultan confusas las expresiones citadas: es como si durante el día no se pudieran ver las imperfecciones o que el arreglo nocturno *ex profeso* implicaba mayor maquillaje o uno diferente al que se utilizaba por las mañanas. Sea como haya sido, esta idea de la luz complementa la opinión de que la

³³ "Desventajas del foco eléctrico" en *Manuel Gutiérrez Nájera, op cit.*, p. 314 (publicado originalmente en *El Nacional*, 8 de noviembre de 1881 bajo el título "Crónicas mundanas")

³⁴ *El Nacional*, 7 de octubre de 1882

introducción de la electricidad buscó enseñar la belleza, pero se cuidó bien de que no destacara la fealdad.

En este sentido, sería el propio Duque Job quien agregaría en su crónica que "las que buscan novio se adornan con los trajes más vistosos y voyantes [sic], empenachan su cabeza con los adornos más extravagantes y se colocan, como en mostrador, bajo algún foco eléctrico".³⁵ Con ello confirmaba la idea de que nada como la luz eléctrica para enseñar, lucir y presumir aquello que se quería, eliminando el peso de la imaginación en los encuentros nocturnos. Mientras hubiera luz, quedaría fuera la necesidad de inventar una cara o una silueta, pues la iluminación dejaría ver plenamente la realidad. Adiós a las velas en las reuniones sociales y adiós a la fantasía.

LOS SENTIDOS

Finalmente, consideramos algunos ejemplos que permiten vislumbrar en qué medida afectó la luz eléctrica la manera de percibir la realidad a través de nuestros sentidos

Como hemos visto la introducción de los focos de arco e incandescentes en la vía pública y en las casas porfirianas fue un proceso más o menos lento, pero constante y creciente. Durante los años en los que se fue extendiendo el servicio, se fueron modificando también, de forma paulatina, los hábitos, las costumbres, los horarios, las salidas, la convivencia y la cotidianidad de la población. La vida de la capital nunca volvería a la inactividad nocturna que había antes de la llegada de la modernidad, expresada en este caso por el incremento de la iluminación. Insistimos, si algo cambió en el porfiriato, fueron las noches. Más pronto o más despacio, la gente fue asimilando que podía salir, que existían espacios abiertos para el recreo, que se podía pasear, caminar o divertirse en horas antes impensables por la falta de luz. Fue pues un proceso constante, que tomó su tiempo

³⁵ "Desventajas del foco eléctrico" en *Manuel Gutiérrez Nájera, op. cit.*, p. 314

Sin embargo, en la percepción de los sentidos el cambio fue inmediato. Una vez que apareció la nueva luz, la impresión que se captaba del entorno sería diametralmente opuesta en la noche oscura o en la noche iluminada. Por ejemplo, ya no sería lo mismo comer a la luz de una vela que con un foco eléctrico; no resultaría igual de impresionante escuchar un estruendo o un rechinido en un lugar oscuro a hacerlo en uno iluminado; los olores no serían lo mismo, sabiendo qué era lo que se olía que desconociendo su procedencia; por último, el tacto perdería su importancia y dimensión en un mundo nocturno en el que la vista se coronaría como la reina sobre el resto de los sentidos y que se expresaría en la proliferación de espectáculos y actividades.³⁶

Como escribiera José T. de Cuéllar a propósito de su linterna mágica y en franca alusión al poder de su iluminación, lo que ésta permitía era ver mejor los defectos y los vicios de las personas y asociaba la iluminación a la claridad y a una manera diferente de mirar.³⁷ Por su parte, Gutiérrez Nájera afirmaba que la luz de las velas era la soberana de las magas, la suprema embaucadora que pintaba todo color de rosa, mientras que la luz del gas permitía que los objetos se vieran también blancos y bellos. Ambos se referían no obstante a un alumbrado no eléctrico y, por lo tanto, sombrío. La moraleja para estos dos autores será que la luz permitía una mejor apreciación del entorno y con la llegada de la electricidad este fenómeno se incrementaría considerablemente.

³⁶ Desde luego que es muy discutible la importancia de un sentido sobre otro, sin embargo, al parecer, es la vista el más apreciado de todos los sentidos. "In the popular mind, at least, the most important of our senses is sight. I am not sure that this assumption is correct. I suspect that the hardest sense to live without would be that of feeling, touch; but even if that is true I would still have to acknowledge that sight comes second in importance among our five senses. In either case you are without one of the primary sources of perception and experience on which human beings in general rely." Bryan Magee and Martin Milligan, *On blindness*. Great Britain, Oxford University Press, 1995, p. 1. Norbert Elias, por su parte, hace una muy interesante disertación sobre cómo se va modificando la importancia de los sentidos: "En el proceso de la civilización va restringiéndose el olfato como si fuera algo animal e igual sucede con la tendencia a olfatear las comidas u otras cosas. Se muestra aquí una de esas interacciones por la cual otro sentido, la visión, alcanza una significación absolutamente específica en la sociedad civilizada. El ojo se convierte en un transmisor de placer similar o, incluso, superior al oído, precisamente porque las satisfacciones inmediatas de la necesidad del placer en la sociedad civilizada están restringidas por una gran cantidad de prohibiciones y de limitaciones." *El proceso de la civilización*. México, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 241.

³⁷ Cuéllar, *Ensalada de pollos*, op. cit. p. XV.

Fisiológicamente, la vista misma tendría que acostumbrarse a una nueva perspectiva y a reaccionar de una manera diferente ante la luz de una vela que aquella que emitía un foco, cuya luz era más intensa. Se ha comprobado que la reacción del ojo ante la luz eléctrica es similar a la respuesta que tiene ante la luz solar; por su parte, con la luz que emite una flama, el estímulo es menor³⁸ Esto lo intuía Rafael Delgado al escribir que *La Calandria* "dejó el lecho y se acercó a la cómoda, desdoblado el pliego que había mantenido oculto bajo las coberturas. La luz de la vela hirió dolorosamente sus pupilas."³⁹

Como en el caso del teatro o de la belleza femenina, los sentidos perderán también parte de la imaginación y fantasía que acompañaban a su propia experiencia, limitándolos, cual el positivismo, al conocimiento empírico.

³⁸ "In arc-light, the eye saw as it did during the day, that is with the retinal cones while in gaslight, it saw as it did at night, with retinal rods." Wolfgang Schivelbush, *Disenchanted Night. The industrialization of light in the nineteenth century*. California, the University of California Press. 1995. p 118

³⁹ Delgado, *op. cit.*, p 141

VIII. LOS TEMORES

Primero es un albor trémulo y vago,
raya de inquieta luz que corta el mar;
luego chistea y crece y se dilata
en ardiente explosión de claridad

La brilladora luz es la alegría,
la temerosa sombra es el pesar,
¡ay! en la oscura noche de mi alma
¿cuándo amanecerá?

Carlos González Peña

DEL TEMOR AL AMOR

Si bien es cierto que en el imaginario colectivo la oscuridad tenía una fuerte carga negativa y despertaba temores y todas las asociaciones que hemos referido, como la muerte, la soledad, lo incierto, lo desconocido, no sería menor el temor que la electricidad generaría entre la población en los primeros años —digamos hasta antes de 1895— principalmente en dos vertientes. Por un lado, no se conocían los efectos nocivos de la nueva luz sobre la salud de quienes se encontraban expuestos a ella, en especial sobre la visión; por el otro, no tuvo que pasar mucho tiempo para que algunos que entraron en contacto con los cables sufrieran descargas eléctricas que les ocasionaron desde simples toques hasta quemaduras y muerte, generando un pánico colectivo ante esta nueva fuerza fulminante.

Y es que una cosa era que la gente se quejara de un mal alumbrado, de la inseguridad y los peligros que ella provocaba, y otra que el ayuntamiento resolviera el problema contratando tecnología que aún estaba en periodo de experimentación en otros países —más adelantados que el nuestro— y que no había demostrado aún su efectividad¹ Pero los incesantes reclamos de la

¹ Por cierto espíritu de vanidad, pretenden algunos que en México se adopte el alumbrado eléctrico antes que en ninguna capital europea, sin reflexionar que si no lo han hecho en otros pueblos, es porque

población, sumados al clamor de modernización de las autoridades y a la visión del propio presidente que apostaría a la electrificación, darían un impulso sin precedentes a la solución del problema del alumbrado en la capital.

No hay que olvidar que para 1881, año en que se empiezan a hacer los primeros ensayos, en la Ciudad de México apenas se conocía la máquina de vapor aplicada al ferrocarril, en las fábricas y minas, pero aún de manera aislada. La capital, alumbrada con trementina o gas a partir de las 7 de la noche,² mostraba un aspecto lúgubre durante las noches a pesar de su iluminación artificial y de la ayuda que le brindaban los brotes aislados de luces provenientes de los puestos de comida que se ponían en las calles y del tenue resplandor de las fondas o cantinas que se mantenían abiertas hasta el toque de queda. Después todo era oscuridad y silencio.

Esta situación implicaba que constantemente el ayuntamiento recibiera quejas de vecinos solicitando que se colocaran lámparas en las calles que aún estaban sumidas en las tinieblas, pero en las décadas de los ochenta y noventa encontramos en los diarios y en las Actas del Cabildo constantes peticiones de uno u otro sistema de iluminación para las calles de México.

En sus inicios, la percepción pública hacia la electricidad era ambivalente. Por un lado, aparece como el remedio ideal a la oscuridad que reina, pero por el otro llama la atención la cantidad de noticias periodísticas destacando sus peligros potenciales en un afán de disuadir a las autoridades sobre su introducción. Es el eterno "quiero pero no quiero" que caracterizará al proceso de electrificación y que no es más que el temor a lo desconocido y a la pérdida de algo que nos es familiar, en este caso la privacidad, el recogimiento y el anonimato que brindaba la noche a la población, aun cuando no estuviera muy consciente de esto.

comprenden que aún no se perfeccionan los sistemas hasta hoy descubiertos. *El Nacional*. 17 de octubre de 1883

² "Hace tres noches a las 7:45 de la noche, la ciudad estaba envuelta en tinieblas. A esa hora, después de más de tres cuartos de oscuridad se principió a encender los farotes públicos." *El Monitor Republicano*, 27 de mayo de 1880

Tratemos de imaginar la impresión que causó uno de los primeros ensayos con luz eléctrica. Es el sábado 6 de febrero de 1881; la ciudad, como siempre empieza a sumirse en la oscuridad; es la hora del crepúsculo, cuando la gente se retira a sus casas por lo que aún hay mucho movimiento. De pronto, para quienes van caminando por la Rivera de San Cosme surge una luz que ilumina todo como si fuera el mediodía, tan intensa que permitiría leer el periódico. “Los pájaros se despertaban asombrados y aleteaban en los árboles, algunos alados insectos nocturnos revoloteaban sobre el aparato e iban a abrasarse en el cristal que cubre el reflector, los transeúntes se agrupaban en la calle y los vecinos salían a los balcones y ventanas a contemplar aquel”³

Terror generalizado. Tal vez uno que otro vecino haya estado enterado del ensayo que se hacía, pero para la mayoría de la población el fenómeno sólo podía ser producto de una anomalía en el ritmo de la naturaleza alterándola tanto como lo haría un eclipse, sólo que en este caso en vez de que se oscureciera se iluminaba el entorno, y en ese sentido cómo no temerle. Aun para quienes sabían del experimento, ¿acaso no era raro que los animales rompieran un ciclo tan vital como el dormir para reiniciar sus faenas? Si esto provocaba el nuevo artefacto, ¿qué otras cosas no podría crear?

Estamos en los inicios de lo que será la Revolución Industrial en México, de la introducción al país de las máquinas, los motores, la tecnología, todas ellas manifestaciones claras del progreso alcanzado por el hombre, pero que en términos generales eran desconocidos por la mayoría y que para muchos significaban un trastocamiento del orden natural —el mismo ferrocarril era descrito como un dragón de hierro echando humo por la nariz—; son fuerzas poderosas cuyos efectos pueden resultar mortales y que en el caso de la electricidad se incrementan por el gran desconocimiento que hay sobre ella

³ “Invitados por el Sr. Ortiz Monasterio, ocurrimos el sábado último a las siete de la noche a su casa... a ver funcionar el aparato de luz eléctrica, que el gobierno compró para nuestra escuadrilla en el Golfo. La experiencia no pudo ser más perfecta, y quedamos verdaderamente complacidos al ver aquella luz intensa y clara como la del mediodía, alumbrando la Rivera [de San Cosme] y los campos y caseríos inmediatos

Por eso, cuando se empieza a divulgar la posible introducción de esta energía para el alumbrado público, los diarios comienzan también a publicar información catastrófica sobre sus consecuencias, alentando los miedos de una población mayoritariamente ignorante:

Es tan inmensa la corriente eléctrica que pasa por los alambres que comunican el foco productor con cada uno de los faroles del nuevo alumbrado, que si alguna persona tocara un alambre, recibiría un choque terrible, poniendo en peligro su existencia. Si reventando un alambre durante la transmisión de la corriente, alguna persona, con el fin de ligarlo, o por mero pasatiempo tomase las dos extremidades, la descarga eléctrica sería tan poderosa, que esa persona caería muerta como herida por el rayo.

Y de manera lapidaria agrega: "Ninguna precaución —y hasta hoy no se ha tomado una sola— sería inútil para evitar las desgracias que puedan sobrevenir."⁴

La electricidad mata, parece ser la consigna, pero la oscuridad también puede provocar la muerte y otro sinfín de peligros, por lo que en las autoridades capitalinas parece pesar más el miedo a vivir en una ciudad tenebrosa durante las noches que el temor a sufrir un accidente con electricidad. Por otro lado, la ecuación es clara en el sentido de que a mayor luz menores desmanes. La política porfirista, además, está por el progreso y la ciencia, y la electricidad, ni duda cabe, es científica; luego entonces habrá que electrificar a la capital, como decisión de estado y sin importar sus peligros.

Pero son los propios científicos los que llaman la atención sobre lo que la electricidad puede provocar a la vista incrementando el recelo de una población que si bien en los primeros años tenía razón de temer ante lo desconocido, lo continúa haciendo una década después de que se hicieran los primeros ensayos y de que su presencia se hacía más o menos familiar: "Opinan algunos hombres científicos que la luz eléctrica [...] es muy perjudicial

A una considerable distancia de la casa, en cuya azotea funciona el foco reflector del aparato, pudimos leer un periódico, como si la luz del sol nos bañara con sus rayos." *El Nacional*, 8 de febrero de 1881

⁴ *El Monitor Republicano*. 11 de enero de 1882

para la vista", publicaba *El Monitor Republicano*⁵ en 1890, cuando ya existían al menos 300 focos eléctricos instalados en la capital ⁶

Además de los efectos nocivos propios de la luz, los primeros accidentes por electricidad no tardaron en aparecer. Pronto se empieza a saber de miembros chamuscados, de quemaduras que dejan marcas de "extraños paisajes, dibujados como con una piedra infernal", de los olores que provoca la carne carbonizada, de cuerpos contraídos, de cadáveres no identificables dada la dimensión de la descarga ⁷ Se habla de cosas horribles provocadas además por una fuerza intangible, que no se podía ver, ni oler ni escuchar, la única manera de percibir su potencia era por sus efectos, como se aprecia en la siguiente nota:

Un conductor pasaba [...] frente al Portal de las Flores y un alambre [] tocó su cachucha; con la mano quiso separar el estorbo y cayó privado de sentido. Un cargador, que ve caer a aquél caballero de un modo tan instantáneo se acerca a verlo y a su vez es herido en la frente y cuello por el rayo. El gendarme número 11 ocurrió a levantar a aquellos desgraciados, pero cayó también herido de mucha gravedad, tocóle a su vez un peladito [] y también cayó redondo. El grupo de curiosos permaneció a raya, no sabiendo a qué atribuir tan extraño acontecimiento. El gendarme número 106 corrió despavorido a dar cuenta al Inspector Barroso, de que cerca del Portal de las Flores, había un lugar que al pasar se moría la gente ⁸

⁵ *El Monitor Republicano*, 2 de marzo de 1890

⁶ No obstante ellos, el alumbrado de la ciudad se complementaba con 501 luces de gas, 1 130 de trementina y nafta y 123 de aceite pero todas estas últimas generaban en su totalidad 16 mil bujías, mientras que los focos tenían un poder de 600 mil, lo que en términos comparativos nos puede dar una idea de la diferencia entre unas y otra, y del impacto de ella sobre la gente, que sin duda tenía razón en temer a una fuerza tan grande, nueva y desconocida Rafael Arizpe *El alumbrado público en la Ciudad de México*, México. Tip. y Lit "La Europea", 1900, p. 99

⁷ "tenía el brazo y la mano derecha horriblemente quemados." , "las señales de las quemaduras le quedaron en la frente y el cuello como extraños paisajes dibujados como con una piedra infernal" , "una mula pisó uno de los alambres del alumbrado eléctrico y sufrió efectos curiosísimos [] se le entiesó la cola como el bauprés de un barco de vela y arrojó torrentes de sangre por la boca [] el olor a carne quemada se percibía a distancia" , "El cuerpo terriblemente contraído, quedó sobre la acera" , "El cadáver del infeliz obrero estaba carbonizado, todavía sujeto a los hierros, y la corriente seguía pasando por su cuerpo, la identificación del cadáver fue imposible." *El Monitor Republicano* 5 de noviembre de 1884 y 1º de noviembre de 1887; *El Imparcial* 12 de septiembre de 1900 y 4 y 15 de diciembre de 1901., respectivamente

De alguna manera estos accidentes parecen ser “avisos” providenciales en respuesta a la soberbia del hombre que se atrevía a trastocar el orden divino alterando los ciclos naturales, alargando el día, violando la esencia de la noche, creando monstruos que alteraban también la naturaleza humana. Y es que, en efecto, el poder de la electricidad se hacía presente de una manera que parecía mágica, más aún, sobrenatural y que incluso recibía adjetivos que la asociaban con lo diabólico.

De origen infernal o divino, la electricidad pasó de ser temida por sus posibles efectos sobre la vista, a serlo ante la amenaza de sufrir una descarga eléctrica en una ciudad que, no obstante, poco a poco empezó a verse tapizada por cables y postes que llevaban además de la luz, la muerte. La prensa —de manera amarillista quizá— se encargó de divulgar detalladamente los daños que provocaba, pero definitivamente se había pasado ya de un nivel de temor, de aquel que generaba la ignorancia y la sensación de pérdida de lo conocido, a otro más tangible y real que liquida o mutila, una fuerza que sin duda debió parecer infernal, pues su origen y poder resultaban incomprensibles para la mayoría que no lograba comprender cómo es que la fuerza del agua podía producir corriente y transportarse por cables.

Además de esta amenaza inherente a la energía eléctrica, aparece otra más relacionada con las instalaciones de las compañías y que tiene que ver con los peligros de los postes y alambres: “El principal argumento contra ellos es la inseguridad que con ellos existe contra los transeúntes, amagados de morir aplastados a cada momento”, como sucedió con la señorita Regagnon, que fue maltratada y herida por un madero podrido que la aplastó.⁹ También serán los postes cómplices de los ladrones, pues al estar ubicados muy cerca de los balcones, servían de escalera a los cacos para entrar a las casas y robar, lo que se tradujo en “otro inconveniente de los postes en las vías públicas”¹⁰

⁸ *El Monitor Republicano*, 4 de noviembre de 1884

⁹ *El Monitor Republicano*, 16 de febrero de 1888.

¹⁰ *El Monitor Republicano*, 25 de septiembre de 1890

Era una innovación para la que el pueblo mexicano tal vez aún no estaba preparado, pues se atribuyó a su carácter el incremento de los accidentes ya que se consideraba que la gente, en especial la de la clase baja, alardeaba de valor que confundía con temerarias fanfarronadas que les provocaba consecuencias terribles, como querer ganarle al tranvía y morir atropellado, o engrasar las máquinas en movimiento y sufrir mutilaciones, o aquellos relacionados con las quemaduras de quienes dudaban del poder de la corriente eléctrica y tocaban los cables por incredulidad o por un exceso de confianza en los efectos virilizadores de la energía.¹¹

La electrificación implicó el aprendizaje de toda una cultura sobre su uso y precauciones, así como el descubrimiento de técnicas curativas para aliviar los estragos en quienes se hubieran electrocutado. Conforme se fue avanzando en el conocimiento y el desarrollo de la industria en la ciudad, los responsables debieron aprender paralelamente acerca de los riesgos y las medidas de seguridad que se podían establecer para luego hacérselos saber a la población. Había que enseñar, por ejemplo, que los cables no debían tocarse y que para hacerlo era necesario utilizar alguna capa aislante; en síntesis, había que desarrollar toda una cultura del uso y los peligros de la electricidad.

Y así como hubo un rechazo contra ella, cuando parecía que su instalación era inevitable, la prensa dedicó varios segmentos a dar a conocer tanto los accidentes como las medidas precautorias, con notas pormenorizadas de situaciones específicas e indicaciones de qué hacer, como por ejemplo, en el caso de que alguien que se hubiera electrocutado:

El salvador, sin tocar a la víctima, separará el hilo con un bastón, caña, etc., de modo que dicho hilo no vuelva a tocar ni en la cara ni en parte alguna descubierta al accidentado. Si esto no fuera posible después de aislar sus manos, como queda prescrito, quitará el conductor y operará con la víctima, sin olvidar que ésta forma parte del circuito mientras el

¹¹ *El Monitor Republicano*. 13 de octubre de 1898

contacto exista. Una vez separados los índices, apártense de la vía pública evitando nuevas desgracias¹²

Este tipo de noticias no ayudaba mucho a que la nueva energía fuera aceptada sin reservas por la población, que empezaba a ver sus beneficios pero temía por su seguridad. De hecho, fueron tantos y tan señalados los accidentes¹³ que la Compañía Mexicana de Electricidad distribuyó carteles en los que señalaban qué medidas habían de tomarse en caso de contacto y que habían sido aprobadas por la Unión de Electro Técnicos de Alemania.¹⁴

Hemos visto que a la electricidad se le imputaban efectos nocivos para la vista, quemaduras terribles y hasta defectos en sus instalaciones que podían provocar muertes por aplastamiento, pero además se le achacaban los perjuicios que ocasionaban las máquinas que trabajaban con su energía y que se sintetizaban en noticias como la siguiente: "Un hombre despedazado por un motor: Los peligros de la electricidad" Se le satanizaba por la negligencia de los operadores, por los accidentes que ocurrían a causa de la ignorancia de la gente —que lo mismo tomaba los cables que se paraba sobre un transformador— o por las quemaduras de los ladrones que robaban el material eléctrico. Entre enero y diciembre de 1902, *El Imparcial* dio noticia de 20 accidentes, de los cuales 11 fueron mortales; por si esto fuera poco, a partir de 1903 se difundió también el peligro de incendio que se ocasionaba cuando una lámpara entraba en contacto con algún celuloide

¹² *El Monitor Republicano*, 13 de octubre de 1898.

¹³ En 1900 fue muy publicitado el caso de Warren Laud, empleado norteamericano que se electrocutó en un poste, quedando colgado de los alambres y dando un espectáculo siniestro a quienes lo vieron. *El Imparcial* dedicó diversos artículos a la noticia narrando el accidente, el estado del cuerpo, la muerte, etc., pero además de esta información, la última nota le pone un toque de sentimentalismo al afirmar: "Contaba apenas 30 años de edad y estaba para emprender un viaje a los E. U. con objeto de visitar a su familia y contraer matrimonio con una bella srita de Ohio." *El Imparcial*, 28 de septiembre de 1900.

¹⁴ *El Imparcial*, 26 de julio de 1900. Uno de ellos, por ejemplo, señalaba qué hacer en caso de que alguien sufriera una descarga: la nota decía: "Se sujeta fuertemente la parte anterior de la lengua entre el pulgar y el índice de la mano derecha, con el intermedio de una tela o pañuelo para impedir que escurra, y se ejercen sobre ella hacia fuera fuertes tracciones repetidas, sucesivas, cadenciosas y rítmicas, seguidas de cesión o abandono, en dos tiempos imitando los movimientos rítmicos de la respiración, en número por lo menos de 20 por minuto. Estas tracciones iguales deben practicarse por una persona, sin retardo, por igual y con constancia durante media hora, dos o más, sin perder esperanza." *El Imparcial*, 4 de enero de 1899.

Y a pesar de todos los esfuerzos por mejorar las instalaciones y advertir a la población sobre las precauciones que debían tomarse frente a la electricidad, los crudos relatos sobre las quemaduras, calcinamientos o incendios abundaron durante todos estos años, reproduciendo en los diarios escenas escalofriantes de niños, mujeres, hombres o animales que morían al entrar en contacto con esta energía.

Se desató entonces toda una campaña contra el ayuntamiento por no tomar las medidas convenientes para evitar estos accidentes, en una actitud que sorprende pues denota un constante señalamiento de las iniciativas que emprendía el cabildo y que, en el caso del alumbrado, pasaron de una crítica por la falta de iluminación a otra por la elección de la electricidad para remediarla; una vez que ésta había demostrado ser mucho más eficiente que los sistemas anteriores para alumbrar, la lucha se concentró por la inseguridad y el peligro que ella generaba (esto sin mencionar la crítica pertinaz contra las compañías que ofrecían el servicio).

En general, los accidentes con electricidad fueron abordados por la prensa, pero el tratamiento de este tema refleja mucho más que la simple nota roja; nos da cuenta de cómo la nueva energía tuvo que inventar una nueva cultura íntimamente asociada con la modernización de la vida en México y para la cual el uso de la tecnología era fundamental.

Acciones tan obvias como enseñar a la población a no tocar, a guardar distancia de los cables, a tenerle respeto a la electricidad, a vivir, en fin, con una herramienta que más allá de la constante amenaza que significaba, brindaba beneficios, aunque muchos de ellos aún fueran desconocidos

Abundantes, escandalosos, publicitados y temidos, los incidentes con la electricidad no fueron suficientes para disuadir a las autoridades. La electrificación, como hemos dicho, fue una decisión de Estado y nada sería tan importante como para modificar este objetivo. Además, poco a poco fue echando raíces en la capital y su población se acostumbró a ella de manera paulatina, tanto que en poco tiempo fue imposible concebir a la Ciudad de México sin ella.

BIENAVENTURADA SEA LA LUZ

Para 1896 la electricidad había demostrado ya sus ventajas sobre el resto de los métodos de iluminación; se conocerían muchas otras de sus aplicaciones y el proceso de electrificación sería irreversible. Las autoridades habían decidido invertir en el desarrollo no sólo del alumbrado eléctrico, sino en su eventual extensión a otras ramas, tanto para la industria como para el hogar, y fue con este espíritu que se llegaría al cambio de siglo. Es justo en este momento que el servicio eléctrico se volvió accesible a casi cualquier inmueble de la ciudad con posibilidades de afrontar el gasto que implicaba desde su instalación hasta su usufructo, lo mismo para casas habitación que para edificios, hoteles, restaurantes, tiendas y teatros, y en los cuatro últimos años del siglo XIX se dará un impulso sin precedentes a esta tarea, hasta lograr que, el 25 marzo de 1899 *El Imparcial* anunciara que la ciudad toda estrenaba un nuevo alumbrado y con ello empezaba el esplendor¹⁵

Para 1900, el alumbrado público de la Ciudad de México estaba conformado por 1 003 lámparas eléctricas con una potencia total de un millón y medio de bujías que opacarían por completo aquellas 60 mil que había al inicio de este proceso¹⁶ Para entonces se habría eliminado de toda la capital cualquier otro tipo de sistema público de iluminación —al menos de manera oficial—¹⁷ Por cierto, el 15 de enero ese mismo año correría por las calles de la capital el primer tranvía eléctrico

¹⁵ “Anoche se inauguró en toda la parte de la Ciudad que no estaba alumbrada con luz eléctrica, la instalación que la Cia Mex de Elec hizo por contrato del ayuntamiento. El alumbrado no sólo abarca la ciudad en toda su extensión, aún en los barrios más apartados, sino también varias colonias y las calzadas de la Viga y de la Villa” “Los barrios que han quedado alumbrados con luz eléctrica son: al norte, los que se encontraban muy lejanos de la 1ª demarcación y la Colonia Morelos, la de Valle Gómez, la de la Calzada de la Villa de Guadalupe, hasta donde está el límite con la Prefectura de Guadalupe Hidalgo; al este muchas calles de la 2ª Demarcación, la Plazuela de Pacheco, Santo Tomás y otras; al oeste, gran parte de la Colonia Sta María de la Rivera, y al sur, entre otras, la calzada de San Antonio Abad y Santa Cruz Acatlán. También en algunas calles y callejones del centro se han puesto más focos eléctricos, o sea, casi toda la ciudad” *El Imparcial*, 26 y 21 de marzo de 1899 respectivamente.

¹⁶ En 1880, al momento de iniciar la electrificación de la ciudad, la intensidad total del alumbrado público era de 60 mil bujías, lo que implica una multiplicación sustantiva en 20 años.

¹⁷ Vale la pena hacer la aclaración porque en la literatura posterior a 1900 aparecen con frecuencia referencias a otro tipo de iluminación, como lámparas de gas o aceite, lo que habría que tener en cuenta porque las cifras referidas son las oficiales. Por ejemplo, una cláusula única entre el ayuntamiento y la

La Ciudad de México se podía inscribir entre las urbes modernas que contaban con electricidad y así lo ostentaría en la Exposición Universal de París de 1900, donde la representación mexicana llevaría una reseña pormenorizada de los avances de este ramo en la capital.¹⁸ La Exposición destacaría por el alumbrado eléctrico que presumían todos los pabellones, dando idea de la importancia de esta innovación y de lo simbólico que sería del nuevo siglo.

Para este momento, las nuevas instalaciones eran mucho más seguras que las anteriores, los alambres conductores estaban cubiertos por una capa aislante que evitaba que la electricidad corriera al aire libre; se definió la altura y separación de los postes, mientras que en los lugares donde era posible, se hicieron instalaciones subterráneas que redujeron considerablemente el peligro; de esta manera el temor a la electricidad se convertiría en respeto, pues tras 20 años de inversión en el ramo su presencia, ya fuera a través de los equipos o del aprovechamiento de su fuerza, se había vuelto familiar para los capitalinos

Al tiempo que desaparecían los miedos iniciales, la población comenzó a disfrutar de los beneficios de la electricidad pues, ubicada en el alumbrado público, favorecía por igual a los pobres que a los ricos que transitaban por las calles. La diferencia estribaría en que las zonas céntricas serían las mejor iluminadas y las más alejadas las menos favorecidas; los horarios y la intensidad del alumbrado también variarían según el lugar y calidad de las lámparas, pero la ciudad toda estaba electrificada y en el futuro se imitaría este mismo proceso en el resto del país¹⁹

Compañía Mexicana de Gas y Luz Eléctrica señalaba: "Se aprueba el convenio [] para que esta Compañía conserve y amplie sus instalaciones para el alumbrado con luz eléctrica y con gas en la ciudad de México." Véase *Memoria del ayuntamiento de 1900*, tomo II Documentos, México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1901, p. 543.

¹⁸ Véase al respecto Arizpe, *op. cit.* Esta obra contiene la información que llevó México a la Exposición Universal de París en 1900, dando una idea pormenorizada de los avances de las instalaciones en la capital.

¹⁹ "Entre 1897 y 1911 se establecieron cerca de cien compañías abastecedoras de electricidad. Muchas de éstas fueron formadas legalmente en el extranjero y aquellas que contaron con mayores recursos pudieron hacerse de un mayor número de concesiones." Alma Parra, "Los orígenes de la industria eléctrica en

También aumentó la cantidad de casas que contrataron el servicio, correspondiendo evidentemente a las clases más pudientes el poder disfrutar de este lujo. El resto de la población tendría que esperar a que hubiera suficiente suministro, a que se ampliaran las instalaciones y a contar con los recursos para introducir esta mejora; el proceso, no obstante los impresionantes avances que se alcanzaron con la construcción de la presa de Necaxa, sería aún muy lento para la mayoría de los hogares capitalinos, tal y como dicho y como lo revela la literatura de la época en la que hay referencias constantes a las velas o lámparas de gas y aceite en las casas.²⁰ Sin embargo, es evidente que la electricidad, los automóviles, los ferrocarriles y los *trolleys*²¹ daban una nueva imagen a la ciudad, mucho más cosmopolita que la de 1880, y su población, como consecuencia, parecía más acostumbrada a vivir en el nuevo espacio urbano, epítome de la belleza, el desarrollo y el progreso.

La primera década del siglo XX sería la de la consolidación de los esfuerzos porfiristas por el progreso, y en la electrificación se reflejaría con creces. La construcción de la planta hidroeléctrica de Necaxa representó uno de los mayores logros alcanzados en la materia; ella sería una de las presas más grandes del mundo, lo que colocaba al país como uno de los mayores generadores de energía²² al ofrecer a su capital la posibilidad de contar con un gran suministro; por cierto, la primera transmisión eléctrica de origen hidráulico ocurrió en 1905.²³

México: Las compañías británicas de electricidad (1900-1929)", *Historias 19*. México, octubre-marzo, 1988, p. 150. Rafael Arizpe, por su parte afirma que existen 58 poblaciones iluminadas con electricidad en 1900 Arizpe, *op. cit.*, p. 8

²⁰ Y la propia historia nacional, que es testigo de cómo, a más de cien años de que se iniciara la electrificación, México llegó al siglo XXI sin que sus beneficios alcancen al 100% de su población y con fuertes amenazas de desabasto energético en el futuro inmediato

²¹ En abril de 1896 han comenzado los proyectos para electrificar los tranvías de acuerdo con el sistema de cableado *trolley*, en sustitución de la tracción de vapor" Vicente Quirarte, *Elogio de la calle. Biografía literaria de la Ciudad de México 1850-1992*, México, Cal y Arena, 2001, p. 325

²² Necaxa alcanzaría en 1910 su capacidad máxima al producir 100 mil caballos de fuerza (HP). Compárese esto con los 6 mil que producían las plantas termoeléctricas de Nonoalco y San Lázaro, o los 1 100 que generaba la Cía. Explotadora de las Fuerzas Hidroeléctricas de San Ildefonso. Cfr. Ernesto Galarza, *La industria eléctrica en México*. México. Fondo de Cultura Económica. p. 19 y *El Imparcial*. 13 de noviembre de 1909

SURGE UN NUEVO MOTIVO DE TEMOR

¿Qué pasaría si en una ciudad inmensamente electrificada como México, faltara de pronto, el maravilloso fluido eléctrico, que presidiendo y regulando todas las actividades de la vida contemporánea, no es otra cosa sino el alma de las ciudades modernas? La respuesta es consternadora y pavorosa. . . digno de la pluma de un Edgar A. Poe.²⁴

El Imparcial, 1909

Haber aprendido a vivir con la nueva energía, proceso que al final del porfiriato alcanzaría los treinta años, significó asimilar el no temer a la nueva luz, guardarle el respeto conveniente a la electricidad y disfrutar paulatinamente sus grandes beneficios. Era evidente que la energía ya rendía frutos en toda la capital a través no sólo del alumbrado, sino también en la industria, los transportes, las comunicaciones, el entretenimiento, las diversiones y la comodidad que ofrecía en general a quienes podían disfrutar de su fuerza.

Definitivamente el miedo a los efectos colaterales de la electricidad había pasado, pero sólo para dejar su lugar a un nuevo temor: aquel que implicaba ahora la pérdida de esta energía que movía, en sentido literal, la vida de la capital. En 1909 un derrumbe en Necaxa provocó que ésta dejara de suministrar electricidad a la Ciudad de México por unos días; prácticamente se paralizó toda la capital, a pesar de que las viejas plantas termoeléctricas de Nonoalco, La Verónica, Indianilla y San Lázaro lograron proveer parte de la energía requerida, aunque en una escala mucho menor, suficiente tan sólo para evitar el caos, pero insuficiente para que la industria continuara sus labores.

Este accidente despertaría la conciencia de la población sobre lo que sucedería si por algún imponderable el suministro eléctrico cesara. Entonces, la peor pesadilla imaginada fue reproducida por un editorial de *El Imparcial* en

²³ *El Imparcial*, 26 de mayo de 1909

²⁴ *El Imparcial*, 24 de mayo de 1909

el que se presentaba un panorama catastrófico de la ciudad al momento que se perdía la electricidad

De pronto las lámparas de Edison amenguan su luz hasta una roja incandescente, y después se apagan [. . .]. Una ansiedad opresora desciende sobre la redacción a oscuras [. . .]. Por el balcón la impotente luz de las estrellas cae como un sarcasmo sobre la ciudad fantasmática, que de pronto retrocede en los siglos y adquiere la pavorosa apariencia de un burgo medieval [. . .]. La ciudad sin luz va a ser un fermento de pasiones y de odios. La bestia que adorna en todo ser humano va a despertar rugiendo. ¡Ah de la virgen inocente en su camarín virginal! ¡Ah del tesoro mal guardado y del ser débil, a quien odia un traidor! Al par que la luz en la ciudad, se apaga la luz moral en sus conciencias y un doble caos desploma sus torrentes tenebrosos ²⁵

Las imágenes de la nota no tienen ya nada que ver con temores a muertes o miembros calcinados; es un miedo mucho más profundo, uno que implica retroceder en el tiempo a condiciones prácticamente de barbarie, como si la luz eléctrica obrara ahora milagrosamente sobre la moral humana en la correlación de fuerzas que hemos mostrado en este trabajo: a mayor luz, más decencia, a menor, la perdición. Se revela aquí el significado de lo que en realidad significaba la oscuridad para muchos.

Pero más allá de esta asociación que ata a la noche y a la oscuridad con lo malo, lo perjudicial y lo negativo, lo que se manifiesta en el editorial es, en última instancia, el fundado temor a que, si se apaga la luz de la ciudad — uno de los símbolos del éxito porfirista— se habrá perdido la tan anhelada modernidad y el progreso. Y entonces, estas dos condiciones se relacionan no sólo con el desarrollo y el bienestar, sino también, en un plano mucho más profundo, con el grado de civilización y cultura de la raza humana, con uno que no permite comportamientos bestiales, que conduce a una convivencia respetuosa, que resulta fundamental si es que se quiere hablar de

²⁵ A menos que se indique lo contrario, esta cita y las subsecuentes, aparecieron en *El Imparcial*, 24 de mayo de 1909

desarrollo social; uno que recuerda de nuevo a Gutiérrez Nájera en su *Tristissima Nox*:

Dios deja errar lo malo y lo deforme
en las sombras nocturnas: de su encierro
salen brujas y fieras y malvados²⁶

En el plano pragmático, los efectos secundarios del apagón no resultan menos graves:

El primer síntoma de la falta de electricidad sería la hemiplejía de la ciudad. La parálisis parcial de la vida metropolitana. De pronto los tranvías quedarían clavados en el suelo [] Los obreros de las fábricas que no trabajan llenan calles y plazuelas [] las mujeres acuden a los 200 molinos de nixtamal, que se han inmovilizado en silencio.

¿Será posible volver atrás, retomar el ritmo de vida que dominaba la ciudad hasta antes de la llegada de la electricidad, hacer que los tranvías se muevan con mulas, colocar antorchas en las calles, volver al trabajo manual, olvidarse del fonógrafo y del cinematógrafo? No, no hay manera de hacerlo, la capital ha cambiado tanto en los últimos 30 años que aquello que entonces era familiar, ha quedado en el olvido:

En el molino se ha intentado suplir las máquinas con molenderas. Pero la experiencia ha probado la completa bancarrota del metate. Los metates sin objeto han desaparecido; los empeñeros los han comprado a vil precio y vendido como material de construcción. Además, las molenderas de la ciudad ya no saben moler

Ya no saben moler, como tampoco existen ya los serenos de la noche; la industria de las velas ha caído y sería insuficiente para soportar la demanda; los teatros, los restaurantes y las tiendas ya no cuentan con instalaciones de alumbrado artificial; la demanda de productos terminados rebasa por mucho la

²⁶ *Manuel Gutiérrez Nájera*, sel y pról de Rafael Pérez Gay. México, Cal y Arena, 1998, p. 428 (Los Imprescindibles)

capacidad de los artesanos; las imprentas son incapaces de producir periódicos; en fin, que todas las actividades se han paralizado:

En la ciudad no hay aguas gaseosas, ni habrá cigarrillos mañana. Dentro de 24 horas México no fumará. El tráfico en las oficinas está entorpecido porque no funcionan los elevadores. En muchas casas el agua no sube [...] Los dos mil operarios de una poderosa fábrica de tabacos [...] se han amotinado en el centro de la ciudad.

Todo está paralizado, pero lo peor está aún por venir, porque lo que se acerca, de manera inexorable es la llegada de la noche, y con ella, la muerte, la corrupción, la prostitución, la miseria, la impunidad, los robos, las violaciones; la bestia humana que ha revivido y que parece haber estado dormida o contenida en las últimas tres décadas, pero que volverá con mucho mayor peligro:

La noche que se avecina infunde pánico [...], medio millón de velas [...] se han vendido [...] El petróleo, los aceites, el ocote, las grasas, todo se vende para iluminar las tinieblas de la terrible noche que se acerca [...]. No habrá funciones en teatros, ni cinematógrafos, ni servicio en restaurantes [...]. La ciudad ha sido declarada bajo el régimen de las autoridades militares.

El panorama se presenta desolador no sólo para las autoridades sino sobre todo para la población que parece tener que luchar contra sus propias debilidades e instintos, contenidos como por obra de magia por el efecto pacificador y domador de la luz, una luz que redime y purifica según se percibe. Entonces, de manera providencial, después de que se ha castigado a los capitalinos con la imagen nítida de lo que significaría vivir en la oscuridad, vuelve la luz a la ciudad, pero esta llegada se experimenta, una vez más, como un regalo divino, como una liberación:

Al tercer día [...] la electricidad ha vuelto a bañar la ciudad con su fluido vital y salvador [...] Entonces la multitud prorrumpió en una hosanna de liberación, como un pueblo bíblico redimido por divina clemencia, de plagas y de cautiverios [...] Y como entre las sombras del génesis, la

ciudad ha escuchado religiosamente la divina frase salvadora: *¡Fiat lux!*

Lejos han quedado los temores y los miedos a la luz eléctrica. Ya no importa si lastima o no a los ojos, si causa o no accidentes y si éstos tienen o no un carácter infernal —quizá sí, como revancha diabólica ante el regalo divino de la luz— Lo importante ahora es no perder la electricidad, "ese fluido invisible [que] es luz, fuerza, calor, palabra, y útil a la industria, a la ciencia y a la guerra"²⁷. Pero sobre todo, indispensable a la moral, a la decencia, al orden y al progreso porfirista.

²⁷ *El Imparcial*, 1º de septiembre de 1901

IX. HACIA UNA NUEVA CULTURA

A este pueblo le grita adelante no mi humilde voz ni un
envejecido oráculo, sino la electricidad en el telégrafo, la
luz en el daguerrotipo, el vapor escapándose de la
locomotora, la imaginación entre las galas de la poesía, y
los escritos de la ciencia que la imprenta desencadenó
con mano generosa

Ignacio Ramírez, discurso del 16 de septiembre de 1861

La vida de los mexicanos se modificó radicalmente en los más de treinta años que abarcó el porfiriato, el cual marcó un antes y un después de fácil identificación. La Ciudad de México no sería la misma en 1877 que en 1910; no era el mismo escenario ni los mismos personajes. Y si bien Porfirio Díaz creó las condiciones e impulsó el desarrollo, la tendencia hacia un mundo científico y progresista se venía vislumbrando desde tiempo antes de su mandato.

Francisco Zarco ya había dejado su testimonio de la revolución que se vivía al describir de modo visionario,¹ allá por 1850:

En nuestro siglo vale más una máquina para cortarse las
uñas, que diez poemas épicos; alcanza más gloria el inventor
de unas despabiladeras que se abran y cierran solas, que el
autor de un nuevo sistema filosófico; y conquista más
secuaces un hábil maquinista, que un portea o un fundador de
nuevas sectas. La mecánica casi ha animado a la materia; le
ha dado cierta vida, cierto orden que remeda la inteligencia y
el instinto.²

¹ Francisco Bacon imaginó hacia principios del siglo XVII un mundo con máquinas y fábricas, con teléfonos y micrófonos, con aviones y submarinos, pero todos ellos dentro del estricto ámbito de la ciencia ficción. 'También tenemos fábricas de máquinas en las que son preparadas máquinas e instrumentos para toda suerte de movimientos. Allí probamos y practicamos movimientos más veloces que cualquiera de los vuestros.' Francisco Bacon, *Nueva Atlántida*. México: Porrúa, 1975. p. 209 (Sepan Cuántos ..., 293)

² Zarco. "Crónica de la exposición" *La ilustración Mexicana* tomo II. 1852. p. 313 (Obras Completas, XVII)

Así pues, la arena se había ido preparando desde antes de la llegada de Díaz al ejecutivo y con él de la mano la ciencia y el progreso se desarrollarían plenamente. Entonces, como hemos dicho, se crearon y modificaron leyes, se abrió el país a la inversión extranjera, se impulsó la construcción de infraestructura y se tomaron todas las medidas necesarias para modernizarlo

La Ciudad de México era el centro de la vida política, económica y social del país y por eso se realizaron en ella los principales cambios en todos los órdenes. Fue en ella en donde Díaz consolidó su presencia y su carácter de máxima autoridad de la nación, por encima incluso de los poderes legislativo y judicial.³ En sus oficinas de gobierno se manejaría también el futuro de las inversiones y los capitales, y en una de ellas José I. Limantour encontraría la forma de dejar atrás la bancarrota y alcanzar por primera vez en la historia nacional un balance positivo.

La capital se convertiría en el símbolo del progreso nacional, epítome de la modernidad y síntesis del éxito logrado por el presidente en su ejercicio. Todo esto en un periodo que apenas alcanzaba las tres décadas, pero que en términos de crecimiento, construcción y expansión multiplicaba lo realizado en décadas. A partir de este periodo se abriría un antes y un después que marcarían por siempre a la nación. Para muchos, antes de Porfirio: la guerra, la debacle, la inseguridad, la incertidumbre, la bancarrota, las crisis políticas, las invasiones, la pérdida del territorio, la oscuridad nocturna; con él, la paz, el orden, el progreso y la luz.

Y es que quienes nacieron antes de la elección presidencial de 1876, conocieron un México distinto de aquel que celebró el primer centenario de la Independencia nacional cuando la capital lució esplendorosa, pero más aún, muchos de esos mexicanos eran tal vez muy diferentes, pues en los últimos

³ El 4 de enero de 1901, Federico Gamboa escribiría en su *Diario*: "¿Es o no verdad que al general Díaz se ha ido dejando la resolución de lo público y lo privado; lo mismo el aprendizaje del latín y griego que el uniforme municipal de los cocheros; los divorcios de matrimonios desavenidos que los enlaces de las ricas herederas con extranjeros más o menos nobles y azules; los límites de los estados y la política con vecinos y parientes; el resultado de las cosechas y lo que cada cual haya de comer en su domicilio; lo trascendental y lo infinitamente nimio?" Federico Gamboa, *Diario de Federico Gamboa. 1898-1939*. selección, prólogo y notas de José Emilio Pacheco. México. Siglo XXI. 1977, p. 77

treinta años su forma y condiciones de vida sufrieron cambios importantes. México duplicó en este lapso su población y dimensiones⁴ y en muchas zonas parecía una ciudad cosmopolita, similar a las más grandes urbes del mundo, aunque este esplendor fuera tan sólo un lunar dentro de la contrastante realidad nacional.

Además de las transformaciones económicas impulsadas fueron poco más de seis lustros en los que la capital fue testigo y teatro de una gran reforma social. Los mexicanos vieron cómo se pasó de los paseos en caballo y carruajes, al uso de los automóviles; de las carretas al tren y del carro de mulas al *trolley*; de las calles de tierra al asfalto; de las construcciones de corte colonial al afrancesamiento de la arquitectura y la edificación de los grandes palacios con sus mármoles y aceros; de las pequeñas surtidoras a las tiendas departamentales; de la satanización del uso del calzón blanco y el guarache a su sustitución por los pantalones y los zapatos, y a la imposición de la moda europea.

Las cantinas, las neverías⁵ y las fondas perdieron su brillo ante los nuevos cafés y restaurantes,⁶ las boticas lo hicieron frente a las modernas *drug-stores* y también aparecieron en escena las modernas lavanderías de chinos. Las fotografías y el cinematógrafo se pusieron de moda; se preferiría el movimiento a la tranquilidad y la velocidad a la lentitud; la frivolidad y el glamour a la inocencia. Todo en un mundo mecanizado, motorizado, eléctrico.

Fue el México de la aparición de la figura del *reporter* y el periodismo moderno con sus grandes tirajes; de la revelación de la ciudad como protagonista en la literatura; de la moda de bulevardear y de los tan anhelados casinos de Gutiérrez Najera. Era el mundo del positivismo.

⁴ En estos años la población de México creció de 13.6 a 15.1 millones, mientras que la de la capital pasó de aproximadamente 200 mil a medio millón de habitantes. Véase Francois Xavier Guerra *México, del antiguo régimen a la revolución*, México, FCE, 1988, p. 328.

⁵ "Entrar a la cantina era desdoro, ir a la nevería era costumbre inveterada; en ésta los abogados peleaban los canutos de piña; en aquélla los periodistas apuraban el café caliente" Ángel de Campo. *La semana alegre Tick-Tack*, intr. y recop. Miguel Ángel Castro, México UNAM, 1991, p. 295.

⁶ "Se establecerá, en el segundo, una fonda decente y digna de la Capital. establecimiento que al son del arpa gala se le llamará *Restauran*" "Antonio García Cubas. *El libro de mis recuerdos*, México. Patria, 1945, p. 168.

En este periodo se construyó un sistema hidráulico de gran envergadura, indispensable para mejorar la apariencia y salubridad de la ciudad. Se inauguraron edificios públicos, oficinas gubernamentales, hospitales, escuelas, avenidas, monumentos, teatros, tiendas y restaurantes de mucho mundo, y la población se fue percatando de que aquel pueblo donde vivía se transformaba en una metrópoli con algunas de las ventajas y desventajas de una ciudad moderna.

Era un mundo en el que la mujer comenzó a aparecer en escena de manera diferente, para incorporarse a la fuerza laboral y ser condenada por ello por la mayoría de los escritores quienes verán en esa salida la pérdida de la madre, la esposa, la hermana o la hija santificada y el germen de la prostitución y la perdición. "Parece que la mujer, fatigada de presenciar inmóvil la lucha de la ambición, quiere descender de su altar para mezclarse en el combate y adquirir todos los derechos del hombre, perdiendo los de la belleza y la ternura; ya quiere cuando sea madre, aplicar el motor eléctrico a la cuna del hijo, mientras ella vela sobre el bufete o asiste a una junta de accionistas del banco", escribiría Juan A. Mateos.⁷

Fue un periodo en el que gobernó el idioma de la modernización, aquel que se refería constantemente a lo nuevo, a lo último, al cambio, al progreso y al desarrollo. Los ferrocarriles, los barcos, los automóviles, la electricidad,⁸ los telégrafos, los teléfonos, los ascensores, fueron símbolos y ejemplos tangibles del mundo que se construía, uno en el que la velocidad, manifiesta en cada una de estas expresiones, se podía constatar. Sería el inicio de toda una época de auge para los ingenieros que tenían la tarea de construir este nuevo país, pues, como afirmara Francois X Guerra, ellos: "aparecen como un grupo relativamente nuevo que asciende, una consecuencia de una civilización cada vez más técnica. Puesto que una de las finalidades esenciales del Estado porfirista era [...] la modernización del país, su importancia [de los ingenieros]

⁷ Juan A. Mateos, *La Majestad Caída*, México, 1914. p. 38. Claro está que este proceso se acelerará hasta después de los años veinte.

⁸ "Corrió la noticia con eléctrica rapidez." Campo, *op cit* p. 271.

tenía que crecer necesariamente allí donde es necesaria la competencia técnica".⁹

La revolución tecnológica trajo aparejado un cambio cultural, por ello, casi cada una de las expresiones de la modernidad implicó asimilar nuevos conceptos y palabras, aunque muchos de ellos fueran ignorados por la mayoría o no tuvieran ningún sentido, como apuntaba sarcásticamente "Micrós" cuando, refiriéndose a esta ignorancia, afirmaba "que [la muchacha] al ser interrogada sobre los ganchos de montar en bicicleta o el abrochador o el limpiaúñas, a los que llama 'fierritos en general', responda si los ha visto o no, en vez de ponerse a rascar la pared cubriéndose el rostro con la otra mano".¹⁰

Además de los neologismos —foco o transformador, por ejemplo—, fue necesario para los mexicanos incorporar palabras de otras lenguas a su diccionario como un recurso para designar cosas que no tenían ningún término equivalente en español. Palabras como *parking*, *cold cream* o *confort*, entre otras muchas, se irían asimilando al idioma, aunque ellas expresaran cosas desconocidas, se ignorara su grafía exacta y aparecieran en la literatura escritas de una y mil formas diferentes.

Así, el inglés y el francés, o el *franglais* —*le park*— incluso, encontrarían en México un campo fértil para la penetración cultural. Ambos representaban el idioma de la modernización y el futuro, el primero en el aspecto tecnológico, de desarrollo y de innovaciones como expresión del país que va adquiriendo la fama del que todo lo puede.¹¹ "Mi portero me da los buenos días en inglés, el *Correo de las Doce*, a que estoy suscrito, está escrito en inglés, en las casas de comercio veo rótulos que dicen: 'aquí se habla inglés'", escribía a propósito Manuel Gutiérrez Nájera.¹²

⁹ Guerra, *op cit.*, p 65.

¹⁰ Campo *op cit.*, p 108

¹¹ "... esto es cosa de yanquis, capaces de hacer hablar a las piedras cuando se trata de sacar dinero" Guillermo Prieto, "El fonógrafo" *Cuadros de costumbres 2 'San Lunes de Fidel'*: México, CONACULTA, 1993, p 369 (Obras Completas III)

¹² Manuel Gutiérrez Nájera, "Manía del inglés" *La libertad*, 17 de febrero de 1883 Véase: *Manuel Gutiérrez Nájera*, sel y prolog de Rafael Pérez Gay, México. Cal y Arena. 1996, p 37

El uso del francés, por su parte, hacía referencia al grado de civilización que se pretendía alcanzar en términos de elegancia, cultura e ilustración. Hablar ambas lenguas ofrecía a quien lo hacía el estatus social indispensable en una metrópoli que quería compartir la altura de las grandes de Europa y Estados Unidos.

Esta moda daría pie a que en México se iniciara la costumbre de inventar nuevas palabras que a los oídos y a los ojos de quienes las escuchaban o leían por vez primera parecían extranjerismos, tal y como relata Federico Gamboa en sus *Diarios*:

Le pregunto por qué le ha puesto a su negocio el nombre de Mack si él se llama Martín Ortiz y no tiene aspecto de descender de extranjeros.

—Ah, señor— me responde entre filósofo y amargado — porque en México lo mexicano parece... Vea usted por ejemplo: si el específico *Olunga* y los óvulos *Devals* lucieran el nombre de sus inventores respectivos: Angulo y Valdés, el público no los compraría tanto como los compra¹³

Como contraparte, quedarían en desuso términos comunes. Las nuevas generaciones irían dejando en el olvido palabras como mamaderas, sereno, trementina, simones o landós, ya sin uso en el nuevo contexto, y así también se perderán costumbres añejas como el llamado toque de ánimas¹⁴.

Y aunque la sociedad porfiriana mantendría en su vida cotidiana muchas manifestaciones expresas de una forma de vida conservadora y tradicional, la tendencia franca en la segunda mitad del XIX, sería hacia el liberalismo y lo que este implicaba: laicismo, libertades y positivismo, entre otras cosas.

Esta modernidad se fue apropiando paulatinamente de todos los espacios, como los de algunos templos o conventos en los que se había

¹³ Gamboa, *op cit.*, p 163. Tablada, por su parte, ironizaba: ¿Hay en efecto, algo más grotesco que un joven, ciento por ciento chichimeca que sólo porque es pugilista se hace llamar *Kid* o *Tony*, o algo más desastroso que el cabello corto y hombruno o el moderno corsé que masculiniza el busto, sobre la feminidad exuberante y opulenta de una muchacha mexicana?" *La feria de la vida* México CONACULTA 1991, p 110

¹⁴ "Las sonoras campanas de la Catedral dan el pausado toque de ánimas, contestado por el de los otros campanarios, costumbre establecida desde los primeros años del siglo XVII. Son las ocho de la noche" García Cubas. *op cit.*, p 168

suprimido su esencia religiosa. Tal fue el caso, por ejemplo, del antiguo templo de San Agustín que dejó atrás los oficios piadosos para asimilarse al impulso progresista que imbuía a la sociedad. En este caso la construcción se destinó desde 1884, por disposición oficial, al resguardo de la Biblioteca Nacional, en una de las muchas transformaciones o incluso demoliciones de edificios religiosos que la piqueta de la Reforma llevó a cabo.¹⁵

Como parte de esta tentativa hacia la civilidad, en la nueva ciudad las horas marcadas por las campanadas de las iglesias se sustituyeron por la proliferación de los relojes en los espacios públicos, relojes eléctricos por cierto, que colocados en puntos estratégicos de la ciudad, marcarían en forma sincronizada los tiempos de la capital.¹⁶

En este entorno, la juventud porfiriana que creyó y quiso ser cosmopolita, trató de desprenderse de algunas rémoras del pasado como lo era la presencia religiosa en todas las expresiones de la vida cotidiana, retrógrada a los ojos de los nuevos liberales, quienes, como el personaje de José T. de Cuéllar, "apenas dijo el acaso 'soy liberal', se creyó dispensado de tener creencias [y] se avergonzó de haber oído misa alguna vez"¹⁷ O, como escribiera *Tick Tack*, "¡los campanarios se han secularizado; su voz ya no es el grito único, autoritario, imperativo, dominante, sino un clamor más en la imponente sinfonía urbana!"¹⁸ haciendo alusión a la apertura ideológica de la sociedad. Más adelante agregaría:

Las campanas han olvidado los toques de quedá, rogativa, asonada, incendio, guerra, pronunciamiento y otras calamidades, y se saludan los aniversarios patrióticos con mayor brío que antes, y, para colmo [. . .] ¡no han vuelto a sonar solas, ni por causa de terremoto, ni en son de protesta

¹⁵ Véase Francisco Santiago Cruz. *La piqueta de la Reforma*, México, Jus, 1958

¹⁶ Fue con esa intención, tal vez que el ayuntamiento adquirió 20 relojes eléctricos para colocarlos en puntos clave de la ciudad y que, sincronizados con el Observatorio Astronómico Central, marcarían el nuevo ritmo ciudadano. El proyecto fracasaría pues cuando se logró colocar los relojes en unas torres construidas ex profeso, éstos apuntaron a la misma hora durante meses. Años después se cederían a ciertas dependencias públicas para regular los horarios de trabajo.

¹⁷ José T. De Cuéllar, *Ensalada de pollos*. México, Porrúa 1999. p. 110

¹⁸ Campo, *op. cit.*, p. 277

porque otras campanas extranjeras se instalen en la misma torre, para dar las horas [...] movidas por la electricidad!¹⁹

Las campanas se secularizaron y ellas no eran ya el grito único y autoritario de la capital sino un clamor más en ella —decía—, pero se mantendrían como un clamor que sobrevivirá por muchos años a la modernización, y se conservaría en la ciudad la costumbre de su repiquetear a pesar de los esfuerzos oficiales por silenciarlas. Y es que, como todo proceso, el de la modernización de México abriría un espacio de sincretismo cultural y de enfrentamiento y choque entre lo viejo y lo nuevo, entre lo conocido y lo desconocido, entre el pasado y el presente, entre la tradición y la modernidad.

Porque no debe olvidarse que si la nueva y vertiginosa realidad gobernaba la vida de muchos, para otros la rutina era marcada por el alba y el crepúsculo, seguía durante el día las pautas que marcaban las campanadas de las iglesias dando las horas y sus cuartos, cuando anunciaban desde luego las misas a seguir, pero regían de igual manera todos los horarios de los mexicanos. De hecho, serían ellas las encargadas de seguir señalando a los fieles, y a los no tan fieles, el toque de oración, de ánimas o de queda con los que se organizaba el día; y si bien el reloj instalado en la Catedral o los modernos relojes en la capital señalaban la hora, eran los campanarios los que la anunciaban a la población metropolitana.

Estas costumbres sobrevivirían en un mundo plagado de novedades, invenciones y descubrimientos; de profesiones inéditas, de necesidades desconocidas y de recursos ignorados por muchos que ni siquiera sabían cuál era el sentido de su presencia en la ciudad.

Una nota aparecida en *El Imparcial* nos permite acercarnos un poco a este mundo de contrastes y es un testimonio del choque cultural al que la modernidad dio lugar:

Ciudadano Presidente del H. Ayuntamiento:
El que suscribe ante usted con el más debido respeto expone,
que teniendo establecida una casa de comercio en la calle de

¹⁹ *Ibid.*, p. 279

la Puerta Falsa de la Merced, esquina con la del Puente del Fierro, en la primera de las calles que menciono está un transformador de luz eléctrica sobre la banqueta frente a mi establecimiento y como por esto resulta que ha quedado reducido el libre tránsito a más tanto de día como de noche, especialmente sirve de inodoro y escusado con lo que recibo grave perjuicio por tener que mandar a hacer la limpieza de diario.... Noviembre 18 de 1902, Manuel Álvarez.²⁰

LA CULTURA DE LA LUZ

Circunscribiéndonos a lo que fue el impacto de la llegada de la luz eléctrica a la capital, podemos concluir que ésta fue fundamental para generar un cambio en la mentalidad de la población y en la manera de percibir y dominar el entorno. Hemos visto que si en un principio se solicitó el moderno alumbrado por la necesidad de incrementar la seguridad en los espacios públicos, pronto esta condición pasó a un segundo plano ante su requerimiento en la vida nocturna que se desplegaba de manera importante como mera diversión y entretenimiento

Sabemos también que la electricidad ayudó a romper con lo establecido, con viejas formas de convivencia y de trabajo, con usos y costumbres arraigados y que afectó muchas otras esferas de la vida pública y privada. Asimismo, poco a poco la gente se tendría que familiarizar con otro paisaje urbano y rural, donde se haría familiar la presencia de torres, postes y cables en las ciudades y en el campo

Y así como la sustitución de la flama por el foco repercutió más allá de la modificación en la forma de alumbrado, la llegada de otras innovaciones alteró de igual manera muchos aspectos de lo que era la vida cotidiana de la población capitalina. La invención del gramófono y el cinematógrafo, o la comercialización de una gran variedad de aparatos electrodomésticos,²¹ nos permiten constatar los alcances de esta revolución tecnológica y cultural

²⁰ Archivo Histórico de la Ciudad de México, *Alumbrado*, Índice 363, legajo 19, exp 1036

²¹ Proceso para el cual fue determinante la vecindad con Estados Unidos y la rapidez con la que podían llegar al país las novedades tecnológicas

ofrecida al público más que como una manifestación de desarrollo, como una panacea que facilitaría exponencialmente la vida. Así lo demuestra un editorial aparecido en 1910:

las invenciones eléctricas han simplificado los quehaceres casi hasta el punto de eliminar por completo el problema del servicio doméstico [. . .] En realidad todo se hace por medio de la electricidad, menos la cama, y puede ser que eso también se realice muy pronto, pues hay un aparato eléctrico conectado con el *termostát*, que tapa a uno en la cama si durante la noche cambia la temperatura y acentúa el frío [. . .] hay la plancha eléctrica [. . .] Si *madame* desea coser, conecta la máquina por el chucho con la corriente y mira correr la máquina sola

Para la alcoba y el tocador hay muchas cositas eléctricas útiles, entre las cuales se encuentra el rodillo del masaje y una almohada calentadora [. . .]

Para finalizar diré, que entre todo esto y el ya viejo elevador, tubo acústico, teléfono, chimenea de gas o de electricidad, agua caliente y fría para todos lados, carros con barrederas y sacudidores por succión, que limpian la casa en unos minutos, hacen la vida de un edén para la mujer americana, cada año más libre de trabajos domésticos y más apta, por lo tanto, para estudiar y pasear con ahínco y sin descanso.²²

Tal vez sería a todas estas novedades a las que se refería Amado Nervo cuando escribió "Las máquinas también hacen poesía", convirtiéndose en una nueva fuente de inspiración para poetas y literatos y que complementarían la labor de sus ya tradicionales musas (la noche, la oscuridad, la luna, las estrellas).²³

Y no sólo la poesía se renovó con la llegada de los artefactos y el alumbrado artificial, también lo hizo, como hemos dicho, el idioma, en este caso agregando términos relacionados con la electricidad, como generador o dinamo, desconocidos hacia los años ochenta del siglo XIX, y que se volverían comunes en adelante y obligarían a la población a añadirlos a su cultura

²² *El Imparcial*, 17 de julio de 1910

aunque no comprendieran en toda su extensión su significado o uso. Lo mismo sucedió con los anglicismos *switch*,²⁴ *socket*, *watt*, *volt* o *horse power* que se incluirían en el lenguaje, ante la imposibilidad de usar una palabra en español que les significara o la inutilidad de inventarla a corto plazo.

En su contraparte, palabras como velar, velador, velando o velada, que remitían directamente a acciones realizadas bajo la luz de una vela, conservarían su nombre aunque para realizarlas ya no fuera nunca más indispensable su uso. Algo similar sucedería con los términos "prender" o "encender" la luz o el foco, que aún se utilizan y que remiten a la idea de dar fuego a la mecha o pabilo para alumbrar, sin que en la práctica sea necesario en estricto sentido prender nada.

Asimismo, dichos populares como "candil de la calle y oscuridad de su casa", "más que candil es un farolón", "en su casa no alumbrá", "dele vuelta a la luz"²⁵ o "se quema las pestañas", y expresiones como encandilar, que en su momento hicieron referencia directa al uso de sistemas no eléctricos de iluminación, o despabilate, que, en efecto, implicaba no te apagues, despierta o avívate, pervivirían como parte de la cultura nacional más por su sentido metafórico que por su interpretación estricta.

Se formó así una cultura de la luz, aunque ésta tuvo su peculiaridad, frente a otras manifestaciones de la modernidad caracterizadas porque en ellas lo nuevo desplazó a veces por completo a lo viejo. Las velas no siguieron este mismo patrón y por cierto que no desaparecieron del todo, pues su uso se conserva hasta nuestros días, ya no por necesidad sino por gusto, porque

²³ Ya en la década de los años veinte del siglo XX, serían los estridentistas quienes se inspirarían en los avances tecnológicos al escribir. Véase Luis Mario Schneider, *El estridentismo o una literatura de la estrategia*, México, CONACUL IA, 1997.

²⁴ Antes de que la palabra *switch* se volviera común se utilizaría la palabra conmutador para referirse al apagador. Ángel de Campo haría una defensa del idioma cuando escribió: "Enseñemos a nuestros hijos o a los ajenos, si el hado lo quiere, que deben ser sagrados como las Santas Escrituras de Mahoma, toda clase de letreros en la lengua madre (tratada mal, como toda madre)" Campo, *op. cit.*, p. 124.

²⁵ En alusión directa al hecho de que había que abrir el depósito de las lámparas de gas. Una vez que llegó la electricidad, se mantiene la costumbre de decir dale vuelta a la lámpara "¡Cedillo, dele vuelta a la luz!" Federico Gamboa. *Santa*, México, Grijalbo, 1979. p. 158

sigue resultando atávico, ritual o atractivo el reunirse bajo su pálida luz que remite a una intimidad sólo lograda por la flama que arde

Tampoco debemos subestimar u olvidar la supervivencia de su utilización como veladoras dentro de las casas y en las iglesias para venerar a las diferentes imágenes, así como sus usos en la brujería²⁶, manifestaciones seculares de una cultura nacional que a pesar de la imposición de la modernidad conserva aún hoy la tradición en sus expresiones más arraigadas. Y así como es casi imposible imaginar una reunión amorosa bajo un foco eléctrico, lo es igual pensar en una iglesia en la que no ardan las velas en el altar o al lado de algún santo. Estos usos, lo mismo que la utilidad de las velas dentro de los hogares cuando falla la energía, han ayudado a mantener viva la tradicional industria de las velas y su presencia en muchos de nuestros espacios, y nos ayudan a reconstruir aquel mundo sin electricidad.

También lo hacemos cuando observamos el diseño de las lámparas eléctricas, cuyos modelos y pantallas han sido similares a aquellos de los antiguos candelabros. Es más, curiosamente gracias al *dimmer* se procura controlar la luz excesiva para crear un ambiente más sombrío y acogedor, lo que nos remite también a una búsqueda inconsciente del calor, el acercamiento y el recogimiento familiar que el fuego del hogar procuraba a sus miembros.

Tecnológicamente se lograron avances impresionantes en cuanto a la electrificación y la construcción de las plantas hidráulicas —uno de los logros más impresionantes por lo que significa manipular corrientes de agua para generar millones de caballos de fuerza—, pero en el plano privado e íntimo, lo que es propiamente aprovechar la electricidad para crear iluminación, hubo muchos momentos en los que se prefirió su uso discreto, similar al ambiente que proporcionaban las velas. Tal vez por eso Ángel de Campo se

²⁶ Payno describe muchas de estas actividades que se realizaban con la ayuda de las veladoras entre una gran parte de la raza azteca para quienes “El progreso y los adelantos del siglo no han modificado en nada su condición” Manuel Payno, *Los bandidos de Rio Frio*. México, Porrúa. 2000. p 13 (Sepan cuantos . . . 3)

preguntaría, a propósito de este gusto por la luz tenue, “¿qué puede hacerse que valga la pena a la luz de un foco?”²⁷

Y es que si en un principio la iluminación con electricidad fue vista como un eficaz recurso para preservar la seguridad, la moral y el orden en las vías públicas, su omnipresencia también fue, debemos decirlo, rechazada por asociársele precisamente con una función policial o de intromisión que no era siempre bien recibida por todos. Además, al menos en los exteriores, era imposible controlar su intensidad y presencia lo que provocó, como ya hemos mencionado, que “el sueño utópico de las noches iluminadas tan brillantemente como el día, se transformará en la pesadilla de una luz de la que no había escapatoria”.²⁸ O, como lo escribiera José Tomás de Cuéllar en uno de sus *Vistazos*: “nadie puede vivir sin dormir y la luz eléctrica nos mata”,²⁹ haciendo alusión a la misma omnipresencia de la electricidad en las noches capitalinas

Pero a pesar de estas expresiones, no podemos ignorar que, para efectos prácticos, las velas, las lámparas y hasta la oscuridad, serán sólo una reminiscencia de tiempos pasados y por ello la electricidad terminará por imponerse.

La nueva cultura se abriría también a la asimilación de expresiones de otras naciones y que no tenían nada más que ver con la tecnología, la arquitectura, la moda y el idioma, sino con las más variadas costumbres. Así por ejemplo, será en aquellos últimos años del XIX cuando los mexicanos integrarán la costumbre alemana de poner un árbol de Navidad en sus casas, iluminado primero con pequeñas velas que no sólo lo adornaban sino que permitían encontrar los juguetes y alhajas escondidos entre el follaje, según lo relató Altamirano en *Clemencia*,³⁰ o que, como afirmó el Duque Job se le veía

²⁷ Campo, *op. cit.*, p. 267

²⁸ Wolfgang Schivelbush *Disenchanted Night. The industrialization of light in the nineteenth century*. California, the University of California Press, 1995 p. 134. La traducción es mía

²⁹ José Tomás de Cuéllar, *Vistazos estudios sociales por Facundo*. Santander. Imprenta y Litografía de L. Blanchard, 1892, p. 77

³⁰ “En el salón se había colocado ese ‘precioso juguete alemán’ como le llama Carlos Dickens, el árbol de Navidad, precioso capricho no introducido todavía en México, y que es el objeto de la ansiedad de la infancia, de la alegría de la juventud y de la meditación de la vejez. en esos países del Norte donde aún se

"encendido con racimos de uvas luminosas", para poder hallar los juguetes y golosinas que colgaban de sus ramas y que sin un poco de luz serían imposible encontrar.³¹ "¿No ves las llamas inquietas de las velas, perdidas, como fuegos fatuos, en el ramaje oscuro del árbol de Noel?" agregaría Gutiérrez Nájera.³² Los árboles se incorporaron en la cultura nacional, y en ellos también se haría evidente el progreso, pues aquellas "llamas inquietas" serían sustituidas por las series eléctricas

Asimismo, la elite porfiriana incorporó a su diccionario el término *confort*, fundamental para calificar la clase de vida que aspira conseguir a través de los cientos de satisfactores que empiezan a surgir en el mercado y que puede acumular para su hogar: "Amigos míos, incluid esta palabra en vuestro diccionario, y ojalá que podáis poseer todo lo que expresa"³³ escribiría Jean Baptiste Say a propósito.

Como si fuera un imperativo, la burguesía buscó sin duda que sus casas se convirtieran en espacios agradables y cómodos, y por ello los nuevos desarrollos contaban con tantas ventajas sobre las viejas construcciones. En ellos, la presencia de la electricidad para el alumbrado casero, los electrodomésticos y los sistemas hidráulicos cooperaron para hacer del hogar un lugar más confortable. Ya no más la necesidad de prender las velas o las lámparas de petróleo o aceite, de cambiarlas, de rellenarlas, de limpiarlas, de olerías, de lavar paredes y tapices ahumados por la flama; ya no hay, tampoco,

mantiene vivo con el calor del hogar el amor de la familia" Ignacio Manuel Altamirano. *Clemencia*. México, Concepto, 1977, p 118

³¹ Manuel Gutiérrez Nájera, "El árbol de Navidad", *Revista Azul*, México. 22 de diciembre de 1895 t IV, núm. 8 (publicado por primera vez en 1890).

³² Manuel Gutiérrez Nájera, "Las misas de Navidad", *Presente de Navidad. Cuentos mexicanos del siglo XIX*, próf. Jorge Ruedas de la Serna. selec. Jorge Ruedas y Celia Miranda, México, UNAM 1994, p 82. Al parecer el alumbrar los árboles con velas será una costumbre que sobreviva hasta el siglo XX en algunas partes del mundo según apunta Bowers cuando afirma que su esposa recuerda esta práctica en su casa inglesa bajo la supervisión de su padre Brian Bowers, *Lengthening the day A history of lighting technology*, New York, Oxford University Press, 1998, p 212

³³ "Esto lo aconseja Juan-Baptiste Say a 'la clase media', lectora de *La Decade Philosophique* (1794-1807) y opone este 'lujo de comodidad al gasto de ostentación" Philippe Ariès y Georges Duby, *Historia de la vida privada Sociedad burguesa aspectos concretos de la vida privada*. España Taurus 1992 p 11

la necesidad de subir agua en forma manual, si las bombas podían trasportar el líquido a cualquier espacio y altura.³⁴

Poco a poco, se va imponiendo la cultura de la electricidad, encontrándosele mayores ventajas conforme se avanza en el descubrimiento de sus diferentes aplicaciones. Ella es saludable y vitamínica para quien se encuentra cerca y en la cultura popular se le empiezan a conferir atributos casi milagrosos, sobre todo en el campo de la medicina

Así por ejemplo, aparece publicidad en los periódicos en la que se ofrece curar casi todo a través de la electricidad: el cáncer de una forma *radical y maravillosamente*; las enfermedades de los riñones *por graves e inveteradas y aun la llamada incurable*; las enfermedades de la vejiga y la próstata donde *el nuevo específico obra de un modo admirable*; las enfermedades del estómago e intestinos *desaparecen desde luego, y el apetito, el contento, la buena nutrición y la alegría sustituyen los detestables humores, la melancolía y la neuralgia*; la espermatorea *sea la pérdida nocturna o en la orina, al hacer esfuerzos, o sean los derrames prematuros*; las enfermedades secretas de las señoras *la curación se verifica segura y prontamente sin que ellas tengan que sujetarse a curaciones ni reconocimientos que lastimen su pudor*, la epilepsia, la histeria, la sífilis y el reumatismo, *sea gotoso o deformante*; las enfermedades de la piel, de la garganta y de la nariz; los malos olores; los estrechamientos de la uretra, las hernias y los tumores; el alcoholismo, donde *desde el cuarto día el enfermo está regenerado y no vuelve a beber*, la solitaria y demás parásitos intestinales; las enfermedades nerviosas, la neurastenia, en la que *el enfermo se transforma, en lugar de las tristezas y el horror por la vida, viene la alegría con todos los encantos de la existencia, el enérgico carácter, del deseo del trabajo y la felicidad del hogar*, y hasta la morfínomanía³⁵

Aquella desconfianza inicial se transformó en una completa fe. Cómo se podría dudar en adelante de un fenómeno sobre el que *Scientific American* —la

³⁴ “La Samaritana y nuestro aguador estaban defraudados con ese diablo de máquina que llamaba el agua y la hacía correr hacia arriba contra su costumbre ¡Adiós cántaro! ¡adiós aguadores!” Cuéllar, *Vistazos*, *op. cit.*, p 117

revista científica más prestigiada de la época— se atrevía a afirmar en su suplemento del 7 marzo de 1900:

La gente cree que si existiera algo debajo del sol que la electricidad no pudiera hacer, entonces no valdría la pena hacerlo.³⁶

Además de su intromisión en el campo de la medicina, la electricidad daría pie a que la legislación también se fuera adecuando a la presencia de esta nueva fuente de energía y desarrollara sus propios argumentos para poder tener jurisdicción sobre una materia tan poco tangible

Veamos por ejemplo el caso del robo de energía eléctrica, costumbre que fue rápidamente adaptada por la población metropolitana, según se deja ver en la siguiente historia:

Entre el 19 y 20 de diciembre de 1901, inspectores del Gobierno del Distrito y empleados de Siemens y Halske realizaron una pesquisa en las calles de Plateros, Vergara y San Andrés en el pleno corazón de la ciudad, en busca de aquellas casas que sustraían el fluido. En sólo esos dos días y en esas tres calles, encontraron que un hotel, una peluquería, una botica, un molino de maíz, una casa de comercio, una carnicería, un estanquillo y una sedería, robaban energía eléctrica

Como consecuencia de este descubrimiento, las autoridades procedieron a tomar medidas contra los culpables, siendo el juicio más difundido aquel que enfrentó el Hotel Ambos Mundos³⁷ en 1903 y 1904 por el robo de electricidad.

Las discusiones entre una y otra parte llevaron largos meses de deliberaciones respecto a la esencia misma de la electricidad y sobre si era o

³⁵ *El Imparcial*, 14 de febrero de 1904. Las cursivas indican las partes textuales de la cita

³⁶ La traducción es mía. Citado por Schivelbush, *op.cit.*, p. 74. Además, agrega el autor: "electricity, energy and life were synonymous. Electricity was believed to be and was used as, a means of restoring exhausted energies. In a study of the late-nineteenth-century obsession with exhaustion, we read that 'in the chemical and technological warfare against fatigue one weapon stands out among the rest: electricity'." p. 71

³⁷ El robo de electricidad sería una costumbre bien arraigada entre la población, que lo hace a través de los conocidos "diablitos". Este término, por cierto, debe de ser posterior a la época que trata la investigación, pues no aparece en las fuentes

no posible robarla a pesar de no ser algo tangible. El alegato entre el dueño del hotel, Francisco Torres y su defensa, iba en el sentido de que la legislación preveía que para que hubiera robo, lo robado debía ser corpóreo, mueble y susceptible de apoderamiento personal, mientras que la electricidad era un fluido que no reunía estas condiciones, así pues, ante la falta de una ley específica, el amparo debía proceder.

Se ha discutido mucho —afirmaría *El Imparcial*— entre los jurisconsultos nacionales y extranjeros, si los robos de fluido eléctrico constituyen un verdadero delito previsto y penado por los códigos respectivos, dictados antes de que la electricidad hubiera sido aplicada como lo es en la actualidad. El *Diario de Jurisprudencia* publicará próximamente dos importantísimas sentencias en que se estudia y resuelve esa cuestión.³⁸

El juicio fue seguido detenidamente durante los años siguientes. Francisco Torres fue sentenciado por el Juez Segundo Correccional a un año de prisión y al pago de una multa de 33 pesos o, en su defecto, a unos días más de arresto e inhabilitación para empleos, cargos y honores. Torres apelaría ante el Tribunal Superior de Distrito que confirmó la resolución, para después pedir amparo ante el Juez Primero de Distrito, alegando violación al artículo 14 de la Constitución “porque la declaración hecha por el juez y confirmada por el tribunal, está en pugna con la definición que da el Código Penal del delito de robo.”³⁹

El alegato acabaría al decidir el juez que la luz sí debía considerarse como mueble ya que dentro de un circuito determinado podía ser transportada de un lugar a otro, lo que le concedía esa categoría. Así, el dueño del hotel perdía el juicio y se hacía acreedor a un castigo.

Pero lo que resulta interesante es precisamente la ambigüedad en los términos de la denuncia y la defensa; resalta cómo el país no contaba todavía con una legislación pertinente para encarar los problemas que la electrificación implicaba. Más aún, las dudas eran compartidas tanto por los ignorantes como

³⁸ *El Imparcial*, 17 de enero de 1904.

³⁹ *El Imparcial*, 24 y 28 de marzo, 7 de abril y 30 de junio de 1903; 5 de enero y 27 de abril de 1904.

por los “expertos” que no sabían bien a bien cómo estructurar los argumentos y con base en qué, ya que la energía era, como hemos visto, un fluido intangible sobre el que no se podían aplicar las leyes que hasta entonces sólo se referían a cosas materiales.

Y todo esto se tuvo que construir una nueva cultura, aunque ella se significara por enmarcar los contrastes, las pervivencias y las supervivencias, las novedades y los descubrimientos. Como en todo proceso, esta situación provocó un sincretismo cultural en el que, como en el caso del lenguaje o las campanas —y ahora la legislación—, lo nuevo y lo viejo se empalmaron en una síntesis que ha de repetirse irremediabilmente a lo largo de la historia de la humanidad. El cambio estaba dado, y en él la electricidad precipitó la velocidad con que se haría todo

CONCLUSIONES

La modernidad costó caro sin duda a la generación que sufrió la transición de la Ciudad de México: a quienes estaban acostumbrados a dormir durante toda la noche por falta de ocupación tal vez, pero sobre todo porque ese era el uso natural de la noche; a quienes vieron aparecer primero en las calles los postes, los alambres y los focos y después los automóviles; a quienes comprendieron pronto que unas zonas, las del primer cuadro, contaban con tiendas, aparadores y anuncios luminosos donde se podían apreciar y admirar vestidos, trajes, zapatos y sombreros diferentes a los acostumbrados; a quienes se percataron de que la ciudad crecía también por el arribo de muchos mexicanos que llegaban a ella atraídos no sólo por la esperanza de una mejor vida, sino por conocer el glamour que empezaba a expresarse en el afrancesamiento de las construcciones, de los bulevares, de la cultura, del idioma y de la moda; a quienes veían aparecer en las tiendas aparatos sofisticados, máquinas capaces de facilitar, abreviar o multiplicar el trabajo en el campo y las fábricas, y de otras que hacían la vida más confortable en las casas, como los ventiladores, las aspiradoras o los tostadores, todos ellos eléctricos; a quienes vivirían, en adelante, en un mundo gobernado por la velocidad, en un proceso irreversible que los trascendería y que sería la pauta de comportamiento del siglo naciente y que se mantendría en una tendencia de aceleración constante.

Fueron cambios radicales para quienes vivieron la transición, pues aunque se dieron en poco tiempo en términos absolutos, las obras requirieron de varios años, de tal suerte que si por ejemplo, alguien fue testigo del primer experimento con alumbrado eléctrico en 1881, tuvo que esperar prácticamente hasta el final del siglo para ver a la capital con una red de alumbrado más o menos extensa y con comercios y casas particulares iluminadas también de esta manera. Si se pertenecía a la parte de la población que no tenía posibilidades económicas de acceder a estas novedades, se tendría que

esperar algunos años más (muchísimos en algunos casos) para disfrutar de sus beneficios en forma directa, pero ello no impediría que su manera de ver, vivir y aprehender su entorno se hubiera ya modificado dramáticamente.

Y es que esta modernización de la ciudad implicó, como hemos tratado de explicar, una modernización de las personas en su forma de vivir y de pensar. Como el día y la noche, esta modernización tendría asimismo muchas interpretaciones: inspiraría a un tiempo deseo y temor, ilusión y resistencia, fantasía y ansiedad. Este fenómeno se reflejó de forma clarísima en el proceso de electrificación de la capital, pues si por un lado la súplica y la exigencia para acabar con las tinieblas era persistente, por otro lado los peligros que se le imputaban a la electricidad, el temor a ella y la crítica por las consecuencias casi diabólicas que su instalación podía acarrear, manifestaban esas ambivalencias. “Queremos, pero mejor no” parecía decir la gente ante los avances más recientes, ante la nueva dinámica nocturna, ante las máquinas en las fábricas.

La luz protege sin duda, pero también mata a través de una fuerza desconocida, imperceptible, etérea; una luz que de manera simbólica destruye para construir, pues no sólo acaba con la convivencia familiar, con la vela tradicional y la lámpara de aceite o gas, con una forma de vida secular, sino que rompe con la regulación que la naturaleza imprimía a la vida en general. La luz representa, al fin, la apropiación del ser humano de su tiempo y de su espacio, de su capacidad para decidir cuándo y a qué hora hacer sin mayor limitación que su propia voluntad, y al conferirle al libre albedrío alcances inimaginables durante la noche.

Conforme se fue avanzando en este proceso de electrificación y modernización la luna dejaría de ser referencia obligada para las salidas nocturnas y su lugar lo ocuparían las “estrellas domesticadas” —los focos— y los “soles artificiales” —las lámparas de arco— de la ciudad; con ello se daría paso a la posibilidad de entretenimiento y dispersión, se acabarían los encierros tradicionales y cesaría de identificarse a la noche como la gran encubridora. Terminaría, asimismo, una dinámica familiar nocturna que reunía

a la familia en torno a una flama en lo que significaba el único momento de convivencia de todos sus miembros al modo tradicional. Se rompió así de una u otra manera con una forma de vida íntima y tranquila, e irrumpió una existencia más pública y vertiginosa.

Y éste es el gran cambio que ofrece la aparición de la luz eléctrica en la vida de los capitalinos y en general en los lugares a los que llega con su expansión. Con la nueva luz se puede hacer prácticamente cualquier cosa a cualquier hora del día y en el espacio que sea, pero sobre todo, se pueden hacer las actividades del día en la noche y por cierto que será aprovechada en adelante esta condición.

Es por eso que la alegoría de la luz como sinónimo de progreso queda tan bien representada en el porfiriato, porque entonces a mayor iluminación mayor grado de desarrollo, de modernidad y de progreso del país, pues ella misma era una consecuencia del avance científico. Y qué mejor muestra que la planta hidroeléctrica de Necaxa, cuya primera etapa quedó concluida justo antes de la apoteósica celebración del Centenario y de la última reelección de Porfirio Díaz.

Era la luz de los focos eléctricos, pero era también la luz de la ciencia, la luz de la modernidad, del progreso, de la civilidad, de la evolución, del desarrollo, de la industria, del cambio... Todos estos aspectos resumidos en la iluminación de los bulevares, las avenidas, los edificios, las iglesias, los comercios, las casas y, sobre todo, en las calles, emblema de la vida moderna.

Era el símbolo de la claridad pero se asumía también como la imagen del poder, de aquel que simbólicamente representaba para muchos brío, vigor, dinamismo, excitación, virilidad y que llevada a un plano de superestructura significaba decisión, autoridad y dominio; control también, pues como hemos dicho, la luz era la vigilante policía por excelencia y se asociaba tanto a este hecho, que un lugar bien gobernado era por fuerza uno bien iluminado. En otras palabras la luz era una alegoría de la fuerza de la nación.

Era el símbolo perfecto del vértigo que la celeridad del mundo moderno genera en aquellos que se deben acostumbrar a un mundo veloz, en el que los

mensajes, la palabra, las cosas, las personas, todo se mueve con rapidez, con una premura desconocida hasta entonces y que poco a poco va envolviendo a los capitalinos en esta nueva dinámica más ágil y precipitada, más electrizada. Atrás, entre claroscuros y tinieblas, quedó la tranquilidad de la vida decimonónica, lo importante ahora, lo necesario, era moverse para recuperar el tiempo perdido, para alcanzar a los países desarrollados, para insertar a México dentro del nuevo contexto internacional dominado por los telégrafos, los teléfonos, los ferrocarriles, la electricidad, los automóviles, las máquinas. Era la religión de la velocidad.

La luz y la oscuridad, el día y la noche, se podrían asociar también entonces con otros conceptos, el de progreso y el de retroceso, el de lo moderno y lo retrógrado. Y tal vez podríamos ir más allá y afirmar que, con todas las reservas del caso, para muchos conservadores la ciencia (y la electricidad es quizá su máxima expresión en este momento) resultaba perniciosa, amenazante, incitadora; mientras que para algunos liberales ella será el epítome del progreso, la modernidad, la civilización y el futuro. Así lo reflejaría Ignacio M. Altamirano cuando escribió:

Ilumínate más, ciudad maldita,
ilumina tus puertas y ventanas;
ilumínate más,
luz necesita el partido de las sotanas¹

Esta dicotomía se reflejará también en un choque generacional entre los mexicanos, entre aquellos que disfrutarán de esta nueva vida vertiginosa y para quienes ella significaba una amenaza, pues ven el positivismo como cosa de herejes y son testigos de cómo sus hijos se van "perdiendo" entre tantas novedades. Como apuntó Francisco Zarco: "los viejos llam[a]n al siglo XIX siglo del escándalo y la corrupción, y los jóvenes, siglo de los adelantos y de las luces"²

¹ Poesía de Ignacio M. Altamirano en que asocia lo liberal y progresista con la luz y lo conservador y retrógrado con el oscurantismo. Citado por Vicente Quirarte, *Elogio de la calle. Biografía literaria de la Ciudad de México. 1850-1992*, México, UNAM, 2001, p. 168.

² Francisco Zarco, *Escritos Literarios*, México Porrúa 1980, p. 91.

La historia escrita a más de un siglo de que se descubriera la manera de generar, controlar y manipular la electricidad, ha demostrado que, en efecto, la presencia de esta fuente de energía resultó fundamental en el futuro de la humanidad y en su búsqueda de progreso y desarrollo científico y tecnológico. De hecho, según afirma Manuel Cazadero, sería la electricidad, en compañía de la química y la máquina de combustión interna, la que daría paso a un nuevo corte histórico que se conoce como la Segunda Revolución Industrial y su presencia se haría indispensable en muchas de las principales áreas y actividades de la humanidad (producción, comunicaciones e informática).³

Sin las grandes inversiones realizadas durante el porfiriato en el sector eléctrico, la ambicionada modernidad de México que deseaba el presidente hubiera quedado trunca. Por ello, la introducción de la electricidad resultó estratégica para el desarrollo posterior de la nación.

Porfirio Díaz tuvo razón al apostarle

³“En efecto, los mecanismos que dependen del motor de combustión interna están dotados de sistemas eléctricos más o menos complejos. Por otra parte, la electricidad permitió la construcción de motores eléctricos que posibilitarían, o por lo menos harían menos difícil, la organización de las cadenas semiautomáticas de producción. En las comunicaciones inalámbricas, radio y televisión, así como en servicios anexos como el radar, la electricidad es un requisito indispensable. Por último, la energía eléctrica fue igualmente necesaria para el desarrollo de la informática, que ha llevado a nuevas fronteras la transformación de las sociedades industriales contemporáneas” Manuel Cazadero *Las revoluciones industriales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, p. 171.

ANEXO 1

El Imparcial, 2 de diciembre de 1900.

Con motivo de la reelección para presidente de la República del general Díaz se organizaron diferentes festejos públicos. Entre ellos estuvo la iluminación de la ciudad

Fiestas Populares en honor del general Díaz

La Iluminación de la ciudad.

Ya en otras veces hemos descrito la vistosa y profusa iluminación de las torres de la Catedral, del Palacio Nacional y Municipal. Este último varió su iluminación por completo. Los arcos del portal se veían delineados por centenares de focos incandescentes. Las puertas de los balcones del segundo piso, seguían el mismo orden de arcadas en su iluminación y en los marcos de dichas puertas. Las cornisas se destacaban también por los innumerables focos que contenían y las almenas, igualmente dibujadas por numerosas luces. La iluminación más notable, consistía en el retrato de el Sr. Presidente de la república, que coronaba el edificio rodeado de luces tricolores, y teniendo como detalles, estrellas colocadas en las paredes

Abajo del óvalo en que se había colocado el retrato del Sr. General Díaz, formado también con focos de luz, se leía la siguiente inscripción: 1º de diciembre de 1900.

El Nacional Monte de Piedad, cubrió de luces las balaustradas de sus numerosos balcones, adornados con blancos cortinajes y lazos tricolores. El águila que se ostenta en el centro del edificio, también se halla iluminada y resalta notablemente.

La Compañía Mexicana de Electricidad hizo derroche de luces. Las cornisas del edificio, las puertas y balcones, se encontraban profusamente iluminados, y el conjunto desprendía raudales de luz. En el centro de la calle

segunda de 5 de mayo, se veía un rótulo, formado por luces incandescentes, con la siguiente inscripción: ¡Viva Porfirio Díaz!

La iluminación de la Oficina de los telégrafos federales, era de mucho gusto: un retrato del general Díaz, tenía por marco un óvalo de luces tricolores, con adornos caprichosos a los lados. En la extremidad de la verja de este edificio, había también foquillos de luz, con los colores nacionales, que hacían lucir el adorno de este edificio, consistente en trofeos hechos de banderas y colores de laurel.

La Droguería de la Profesa, indudablemente que fue la Casa que de una manera más artística, iluminó su fachada, cuyo adorno ya describimos

La Droguería de Carlos Félix, colocó su iluminación haciendo resaltar los adornos que ya describimos

Elegante y sencilla era la iluminación que ostentaba la cristalería de Plateros. Cinco lámparas de cristal opaco, pendientes de cadenillas doradas e iluminadas por medios focos de arco, se hallaban repartidas iluminando el segundo piso de la fachada. Colocadas entre balcón y balcón, se hallaban una estatuas de bronce, representando ninfas y otras figuras decorativas, alumbradas por pequeños focos

La fachada de la joyería La Esmeralda, estaba resplandeciente por la cantidad de focos que en ella se habían colocado. La iluminación más profusa se hallaba en la balaustrada de la puerta principal...

No sólo es centro de la ciudad se vistió de gala, sino que el entusiasmo llegó hasta las más apartadas colonias de la capital. Entre éstas, las que descollaron, fueron las de Hidaigo y de Morelos, principalmente aquella, en la cual se veían infinitas casas profusamente engalanadas con banderolas y guías de flores; muchas de verdadero gusto artístico. En la noche se veían iluminadas por multitud de farolillos ”

ANEXO 2

El Imparcial, 16 de septiembre de 1910

El grito.

Un ensueño luminoso

Parecía ayer la ciudad deslumbradora como una piedra preciosa de innumerables facetas. Desde el día 1º de diciembre comenzaron a iluminarse algunos edificios de casas comerciales importantes, como la Esmeralda, esa gran joyería cuya iluminación es un verdadero prodigio. Las sutiles filigranas de la arquitectura están seguidas admirablemente por un hilo interminable de foquillos multicolores que dibujan todos los bordados del mármol de la fachada. Propios y extraños se detienen absortos ante el espectáculo de la joyería que, por no desmentir su calidad, está convertida en una piedra preciosa gigantesca de facetas deslumbradoras. Paulatinamente la iluminación fue aumentando; hoy se encendía aquella casa cuya instalación no había sido terminada, mañana la Biblioteca Nacional, que no se iluminó hasta pasada la ceremonia de Humboldt, y así poco a poco fue la ciudad transformándose en algo maravilloso que tenía todos los ojos dilatados de encanto.

Parecía imposible que aquella iluminación se tornara más luminosa, que pudiera hacer más luz en lo que ya era una plena claridad, y sin embargo, el milagro se realizó y ayer la antigua ciudad de los Palacios, por el milagro de la luz, se transformó en un ensueño luminoso. A distancia las primeras calles de la ciudad no se veían, casi desaparecían por la fuerza de la luz, los edificios se perdían se borraban sus contornos, y los miles de foquillos colocados en las formas más variadas en sus fachadas borraban los detalles arquitectónicos, distinguiéndose tan solo las culebras luminosas que parecían retorcerse en sus columnas, arrastrarse por los marcos de sus ventanas, correr a lo largo de sus aristas y cornisas para continuar en los pilares, en los salientes de piedra del edificio contiguo y seguir después en el de más allá, como si no fuera más que

una enorme serpiente luminosa que se hubiera enroscado en todos los edificios de la ciudad. Pero el coronamiento de aquél ensueño de luz estaba en la Plaza de Armas, transformada por arte de encantamiento en la fecta [sic] más grande de aquella piedra luminosa. El Palacio Municipal recortaba su arquitectura inverosímil y complicada de la época colonial, pareciendo imposible al ver tales sutilezas de encaje en las piedras, tales curvas y arabescos que los foquillos hubieran podido seguir de modo tan preciso todos los detalles arquitectónicos, al grado que el edificio entero parecía formado de focos, de tal manera destacábase toda su arquitectura. Si a una gran distancia se hubiera podido observar, sin distinguir absolutamente nada de su fachada, con sólo la iluminación se hubiera podido formar quien no lo conociera, una exacta idea de su arquitectura maravillosa. El Palacio Nacional con su inmensa fachada falta de aristas y líneas en que poner foquillos, fue cubierto por estrellas y paneaux de luces, teniendo en los dos extremos dos leyendas: Libertad, Progreso.

La Catedral, nuestra vieja Catedral, donde se guardan los venerados restos de nuestros libertadores, todavía cubiertos de las flores que en ellos depositará la gratitud nacional, parecía desprenderse del suelo, tan etérea la tornaban los millares de luces que por todas partes la cubrían. En una de las torres con enormes letras luminosas, se lee esta palabra augusta y luminosa también, libertad, en la otra torre con letras de igual tamaño también, en el primer cuerpo, este otro que nosotros tan orgullosamente podemos proclamar. Bajo la primera palabra, la efigie del padre Hidalgo resplandece como un símbolo de la misma palabra que la corona, y en el mismo sitio, en la otra torre un retrato del Sr. Gral. Díaz, simboliza también la palabra progreso. En el centro, en el lugar que ocupa el reloj, en medio de un haz de rayos de oro, hay esta otra palabra breve y elocuente como un canto: Paz.

Por último, y esta es seguramente la iluminación de mejor gusto y más original, la cúpula de la Catedral en la parte norte, parece una turquesa gigantesca arrancada a la mitra de algún arzobispo fabuloso. Incontable número de foquillos azules la cubren por completo, pero la luz que despiden no es fuerte

sino tenue, velada, de tonalidades suaves. En la parte superior de cada una de las palabras colocadas en cada torre, libertad y progreso formados también con focos, están las dos fechas que marcan nuestra centuria de libertad: 1810-1910.

FUENTES CONSULTADAS

ARCHIVOS

Archivo General de la Nación
Archivo Histórico de la Ciudad de México
Archivo Histórico General Porfirio Díaz
Archivo de la Comisión Federal de Electricidad
Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora

HEMEROGRAFÍA

El Imparcial, México, 1896-1913

El Monitor Republicano, 1880-1896

El Nacional 1880-1884

Álbum de Damas. 1907

Artes y Letras, Revista Mensual Ilustrada, 1905

El Álbum de la Juventud, 1895

El Arte y la Ciencia. Revista Mensual de Bellas Artes e Ingeniería, México, 1900

El Mundo Ilustrado, 1900

Electra. El Magazine de Luz y Fuerza y Tranvías, México, 1928

El Mundo. Semanario Ilustrado, 1894-1896

La mujer mexicana. Revista mensual dirigida, redactada y sostenida sólo por señoras y señoritas, 1904-1906.

Revista Azul, 1894

BIBLIOGRAFÍA

Actas de Cabildo del Ayuntamiento Constitucional de México, 1893-1903, edición de El Municipio Libre, México, Imprenta de la Escuela Correccional de Artes y Oficios.

Almanaque Bouret para el año 1897, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1992 (edición facsimilar de la de 1897)

Altamirano, Ignacio Manuel, *Clemencia*, México, Concepto, 1980.

Aries, Philippe, y Georges Duby, *Historia de la vida privada Sociedad burguesa: aspectos concretos de la vida privada*, España, Taurus, 1992

Arizpe, Rafael, *El alumbrado público en la Ciudad de México*, México, Tip y Lit. "La Europea", 1900.

Autores y actores de la tecnología y la ciencia, México, Comisión Federal de Electricidad, 1997

Arróniz, Marcos, *Manual del viajero en México*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1991 (Edición facsimilar)

Bacon, Francisco, *Nueva Atlántida*, México, Porrúa, 1975 (Sepan Cuántos , 293)

Basalla, George, *La evolución de la tecnología*, México, CNCA-Crítica, 1991, p. 65 (Los noventa, 83)

Beezley, William H , *Judas at the Jockey Club*, Unites States of America, The University of Nebraska Press, 1987

Benítez, Fernando, *Historia de la Ciudad de México*, México, Salvat, 1984, t. VI

Berman, Marshall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, México, Siglo XXI, 1988.

Bowers Brian, *Lengthhtening the day. A history of lighting technology*, United States, Oxford Univeersity Press, 1998

Brushwood, John S., *México en su novela*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987 (Breviarios 230)

Burke, Peter, "La nueva historia socio-cultural", *Historia Social*, no. 17, otoño 1993, p. 105-114.

Campo, Ángel de, *La Rumba*, México, Porrúa, 1969.

_____, *La semana alegre, Tick Tack*, intr. y recop. Miguel Ángel Castro, México, UNAM, 1991.

Campos, Rubén M., *Claudio Oronoz*, México, Ballescá y Ca., 1906.

Canales, Claudia, *El marqués, el poeta y el asesino*, México, ERA, 2001.

Canetti, Elías, *Masa y poder*, España, Muchnik Editores, 1982.

Cardoso, Ciro, (coord.), *México en el siglo XIX (1821-1910). Historia económica y de la estructura social*, México, Nueva Imagen, 1980.

Carranza Castellanos, Emilio, *Crónica del alumbrado de la ciudad de México*, México, Nueva Dimensión Gráfica, 1991.

Castro, Miguel Ángel, (coord.), *Tipos y caracteres: la prensa mexicana (1822-1955)*, México, UNAM, 2001.

Cazadero, Manuel, *Las revoluciones industriales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

Ceceña, José Luis, *México en la órbita imperial Las empresas transnacionales*, México, ed El Caballito, 1973.

Certeau, Michel de, et al., *La invención de lo cotidiano*, México, Universidad Iberoamericana-Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 1999.

Coatsworth, John, "El estado y el sector externo en México, 1800-1910", *Secuencia, Revista Americana de Ciencias Sociales*, México, Instituto Mora, mayo/agosto 1985, núm. 2, p. 50.

Collado, María del Carmen, *El emporio Braniff y su participación política 1865-1920*, México, Siglo XXI, 1976.

Connoly, Priscilla, *El contratista de don Porfirio Obras públicas, deuda y desarrollo desigual*, México, El Colegio de Michoacán, UAM-Azcapotzalco, Fondo de Cultura Económica, 1997.

Cosío Villegas, Daniel, *Historia Moderna de México*, México, Hermes, 9 vols.

Cuéllar José Tomás de, *Artículos ligeros sobre temas trascendentales por Facundo*, Santander, Imprenta y Litografía de L. Blanchard, 1892.

_____, *Baile y cochino*, México, Porrúa, 1999

_____, *Ensalada de Pollos*, México, Porrúa, 1999

_____, "La Noche Buena", *Presente de Navidad Cuentos mexicanos del siglo XIX*, pról de Jorge Ruedas de la Serna, selec Jorge Ruedas y Celia Miranda, México, UNAM, 1994.

_____, *Los fuereños*, Santander, Imprenta y Litografía del El Atlántico, 1890.

_____, *Vistazos, estudios sociales por Facundo*, Santander, Imprenta y Litografía de L. Blanchard, 1892

Curiel, Fernando, *Paseando por Plateros*, México, Martín Casillas Editores-SEP, 1982 (Memoria y olvido: imágenes de México III)

Darnton, Robert, *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

Delgado, Rafael, *La Calandria*, México, Porrúa, 1970

_____, *Los parientes ricos*, México, Porrúa, 1993

Díaz y de Ovando, Clementina, "La ciudad de México en 1904", en *Historia Mexicana*, México, vol. 24, núm. 1, julio-sept, 1974.

_____, *Los cafés en el siglo XIX*, México, UNAM, 2000

Discurso del Ingeniero Sebastián Camacho, Presidente del Ayuntamiento de 1895 al instalarse el de 1896 y Memoria documentada de los trabajos municipales de 1895 por Juan Bribiesca, México, Tipografía y Litografía "La Europea", 1896

Discurso del Sr. Fernando Pimentel y Fagoaga, Presidente del Ayuntamiento en 1903 y Memoria documentada de los trabajos municipales, México, Tipografía y Litografía "La Europea", 1903.

Documentos de la Memoria del Ayuntamiento en 1901, México, Litografía y Tipografía "La Europea", 1902.

Documentos de la Memoria del Ayuntamiento en 1903, México, Litografía y Tipografía "La Europea", 1903

Elias, Norbert, *El proceso de la civilización. Investigación sociogenéticas y psicogenéticas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989

Enciclopedia de México, México, SEP, 1987.

Foucault, Michel, *Vigilar y castigar, nacimiento de la prisión*, México, Siglo XXI, 1976

Frías, Heriberto, *Los piratas del Boulevard*, México, Andrés Botas y Miguel, s f

Galarza, Ernesto, *La industria eléctrica en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1941.

Galindo y Villa, Jesús, *Reseña histórico-descriptiva de la Ciudad de México*, México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1901.

Gamboa, Federico, *Diario de Federico Gamboa, 1892-1939*, selección, prólogo y notas de José Emilio Pacheco, México, Siglo XXI, 1977

_____, *Santa*, México, Grijalbo, 1979.

García Cubas, Antonio, *El libro de mis recuerdos*, México, Editorial Patria, 1945

_____, *Geografía e historia del Distrito Federal*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1993 (edición facsimilar).

Garza Toledo, Enrique de la, *et al.*, *Historia de la Industria Eléctrica en México*, México, UAM-Iztapalapa, 1994, tomo I

Gay, Peter, *La experiencia burguesa. De Victoria a Freud I. La educación de los sentidos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992

Ginzburg, Carlo, *El queso y los gusanos*, España, Muchnik Editores, 1981.

Godoy, Dárdano, Ernesto, *La enseñanza técnica y de la electricidad en el Colegio del Estado de Puebla durante el porfiriato*, México, Gobierno del Estado de Puebla, 1991 (Lecturas históricas de Puebla, 60).

Gómez Tagle, Silvia, *Insurgencia y democracia en los sindicatos electricistas*, México, El Colegio de México, 1980

González, Luis, *El oficio de historiar*, México, El Colegio de Michoacán, 1988.

González Navarro, Moisés, *El Porfiriato*, en Daniel Cosío Villegas, *Historia Moderna de México*, tomo IV, p. XIX.

González Peña, Carlos, *La Chiquilla*, México, Porrúa, 1987.

González y González, Luis, *Todo es historia*, México, Cal y Arena, 1989.

Gortari Rabiela, Hira de y Regina Hernández Franyuti, *La Ciudad de México y el Distrito Federal. Una historia compartida*, México, Departamento del Distrito Federal, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1988.

_____, compiladores, *Memoria y encuentros: la Ciudad de México y el Distrito Federal (1842-1928)*, México, Departamento del Distrito Federal, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1988, 3 vols.

Guerra, Francois Xavier, *México, del antiguo régimen a la revolución*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

Gutiérrez Nájera, Manuel, "Aventuras de Manon (Recuerdos de ópera bufa)", en *Mañana de otro modo*, ed., selec. y notas de Yolanda Bache Cortés, et al., pról. de Ana Elena Díaz Alejo, presentación de Fernando Curiel, México UNAM, 1995.

_____, "La Navidad en una esquina" en *Revista Azul*, t. IV, 22 de diciembre de 1895.

Hansen, Roger D., *La política del desarrollo mexicano*, México, Siglo XXI, 1979.

Hernández Franyuti Regina, "La conjunción territorial de la Ciudad de México y el Distrito Federal", *Universidad de México, Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México*, México, UNAM, mayo 1999, núm. 580.

Herrera y Lazo, José, *La industria eléctrica, lo que al público le interesa saber*, México, Cultura, 1933.

Hobsbawm, E. J., "De la historia social a la historia de la sociedad", *Historia Social*, núm. 10, primavera-verano, 1991, pp. 5-25.

Huarte, Ma. Concepción T., "La política de urbanización de nuevas áreas habitacionales en el porfiriato (1900-1910)." *Fuentes*, año 2, núm. 3, jul-dic., 1991, pp. 39-45

Iñigo, Alejandro, *Semáforos mecánico y eléctrico, en bitácora de un policía, 1500-1982*, México, s e , 1985

Kuntz Ficker, Sandra y Priscilla Connolly, *Ferrocarriles y Obras Públicas*, México, Instituto de Investigaciones Dr José María Luis Mora, 1999.

La Hacienda, Revista Mensual Ilustrada Sobre Asuntos Campesinos y Populares, Buffalo, N Y , EUA, vol 3, núm. 7, Pascuas de 1908.

Lara Hernández, Héctor, *Recopilación de apuntes históricos del servicio de transportes eléctricos del D F*, febrero de 1992, copia mecanoscrita

Lefebvre, Henri, *La vida cotidiana en el mundo moderno*, Madrid, Alianza Editorial, 1984

López Rosado, Diego G., *Historia y pensamiento económico de México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1970, p. 259

Ludger Mees, "Notas Entrevista con el professor Charles Tilly", en *Historia social*, núm 24, 1996, pp 155-159.

Macune Jr, Charles W, *El Estado de México y la Federación Mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978

Matute, Álvaro, "De la prensa a la historia", en Miguel Ángel Castro, (coord), *Tipos y caracteres: la prensa mexicana (1822-1855)*, México, UNAM, 2001, p.12.

Magee, Bryan y Martín Milligan, *On blindness*, Great Britain, Oxford University Press, 1995

Manuel Gutiérrez Nájera, sel. y prolog. de Rafael Pérez Gay, México, Cal y Arena, 1997

Marroquí, José María, *La Ciudad de México*, México, J. Aguilar Vera, 1913.

Martínez, Rafael, *Álbum histórico popular de la Ciudad de México*, México, Ayuntamiento de México, 1925.

Mateos, Juan A., *La Majestad Caída*, México, 1914.

Memoria del Ayuntamiento de 1900, Tomo II, Documentos, México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1901

Memoria del Ayuntamiento de México 1908 que rinde el Lic. Juan Bribiesca, México, Imprenta de J. Aguilar Vera, 1910

Memoria del Ayuntamiento de México 1909 que rinde el Lic. Juan Bribiesca, México, Imprenta de J. Aguilar Vera, 1910

Memoria documentada de los trabajos municipales de 1896 por Juan Bribiesca, México, Tipografía y Litografía "La Europea", 1897

Memoria documentada de los trabajos municipales de 1897 por Juan Bribiesca, México, Tipografía y Litografía "La Europea", 1898

Memoria documentada de los trabajos municipales de 1898 por Juan Bribiesca, México, Tipografía y Litografía "La Europea", 1899

Memoria documentada de los trabajos municipales de 1900 por Juan Bribiesca, México, Tipografía y Litografía "La Europea", 1901

Memoria documentada de los trabajos municipales de 1901 por Juan Bribiesca, México, Tipografía y Litografía "La Europea", 1902

Memoria documentada de los trabajos municipales de 1902, México, Tipografía y Litografía "La Europea", 1903

Memoria del Consejo Superior del D. F., 1903-1904, Tomo II, México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1906

Meyer, Eugenia, (coord.), *...Y nos fuimos a la Revolución*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, Departamento del Distrito Federal, 1987.

_____, (coord.), *Los Sentimientos de la Nación*, México, LV Legislatura de la H. Cámara de Diputados, 1994

Moreno Corral, Marco Arturo, *Odisea 1874 o el primer viaje internacional de científicos mexicanos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

Motts, Irene Elena, *La vida en la Ciudad de México en las primeras décadas del siglo XX*, México, Porrúa, 1973

Nervo, Amado, *Crónicas*, México, Ayacucho, 1996

Novo, Salvador, *México, 75 años, 1890-1965*, México, Cervecería

Cuauhtémoc, 1965.

O'Gorman, Edmundo, *Aforismo*, México, UNAM, 1992.

_____, *Nueva grandeza mexicana*, prol. de Carlos Monsivais, México, CONACULTA, 1992

Parra, Alma, "Los orígenes de la industria eléctrica en México: Las compañías británicas de electricidad (1900-1929)", *Historias 19*, México, octubre-marzo, 1988

Payno, Manuel, *Los bandidos de Río Frío*, México, Porrúa, 2000, 745 p. (Sepan Cuantos... , 3)

Pirenne, Jacques, *Historia Universal, Las grandes corrientes de la historia. Desde el Islam al Renacimiento (siglos VII al XVI)*, Panamá, Editora Volcán, 1965, vol II, p. 76

Poesía modernista, una antología general, sel., prol., notas y cron. de José Emilio Pacheco, México, SEP-UNAM, 1982.

Prieto, Guillermo, *Cuadros de costumbres 2 "san Lunes de Fidel"* en *Obras Completas III*, presentación y notas de Boris Rosen, México, CONACULTA, 1993

_____, *Memoria de mis tiempos*, presentación y notas de Boris Rosen, prólogo de Fernando Curiel, en *Obras Completas I*, México, CONACULTA, 1992

Prost, Antoine, "Social y cultural, indisociablemente" en Jean-Pierre Rioux y Jean-Francois Sirinelli, *Para una historia cultural*, Madrid, Taurus, 1999

Quirarte, Vicente, *Elogio de la calle Biografía literaria de la Ciudad de México 1850-1992*, México, Cal y Arena, 2001.

Rabasa, Emilio, *La evolución histórica de México*, México, UNAM-Miguel Ángel Porrúa, 1986.

_____, *La gran ciencia*, México, Porrúa, 1988.

Reseña leída por el C. Presidente Municipal en nombre de la corporación que funcionó en 1883, México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1883

Rivera, Carbo, Eulalia, "Modernidad y servicios públicos en la conformación del espacio urbano del siglo XIX", *Secuencia. Revista de historia y ciencias*

sociales, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, mayo-agosto de 2001, núm. 50, pp.168-189

Rodríguez, Kuri, Ariel, "Gobierno local y empresa de servicios: la experiencia de la Ciudad de México en el Porfiriato", en Sandra Kuntz Ficker y Priscilla Connolly, (coord.), *Ferrocarriles y obras públicas*, México, Instituto Mora, El Colegio de Michoacán, El Colegio de México, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, 1999.

Rodríguez Kuri, Ariel, *La experiencia olvidada. El ayuntamiento de México política y gobierno, 1876-1912*, México, UAM-Azcapotzalco-El Colegio de México, 1996

Rojas Nieto, José Antonio, "La iluminación y el alumbrado públicos" *América en la historia económica, industria eléctrica*. Boletín de fuentes, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 8, julio-diciembre de 1997.

Ruiz, Luis E , *Guía de la Ciudad de México*, México, Gobierno Federal, 1910

Sánchez Flores, Ramón, *Historia de la tecnología y la invención en México*, México, Fomento Cultural Banamex, 1980.

Sánchez Ponce, Víctor Manuel, *La industria eléctrica y el nacionalismo revolucionario*, tesis de licenciatura México, UNAM, 1974

Santiago Cruz, Francisco, *La piqueta de la Reforma*, México, Jus, 1958.

Schivelbush, Wolfgang, *Disenchanted Night. The industrialization of light in the nineteenth century*, California, the University of California Press, 1995.

Schneider, Luis Mario, *IUSA, 60 años de desarrollo industrial*, México, Fundación Ingeniero Alejo Peralta y Díaz Cevallos.

Sefchovich, Sara, *México: país de ideas, país de novelas. Una sociología de la literatura mexicana*, México. Grijalbo, 1987.

Semo, Enrique (coord), *México, un pueblo en la historia, Oligarquía y Revolución*, México, Alianza, 1998

Sierra, Justo, *Evolución política del pueblo mexicano*, México, UNAM, 1977 (Obras Completas, t XII)

Suárez de la Torre, Laura Beatriz, "El inicio del progreso industrial de México 1876-1910", tesis de licenciatura en historia, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1984.

Swingewood, Alan, *Novela y Revolución*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988

Tablada, José Juan, *La feria de la vida*, México, CONACULTA, 1991 (Tercera serie. Lecturas Mexicanas 22).

Tenorio Trillo, Mauricio, "1910 México City: space and nation in the city of the Centenario", *Journal of American Studies*, núm. 28, Great Britain, The Cambridge University Press, 1996

Todorov, Tzvetan, *La vida en común Ensayo de antropología general*, Madrid Taurus, 1995.

Torre Villar, Ernesto de la, "La capital y sus primeros medios de transporte", *Historia Mexicana*, vol IX, num 3, oct-dic, 1959, pp 348

Trentini, Francisco, *El florecimiento de México*, México, Tip. De Boulogny & Schmidt Sucs., 1906

Un siglo de electricidad en México, 1880-1980, la electrificación rural, México, Ciedac, 1988.

Vielle Calzada, Felipe, "Cuando el destino nos alcanza", *Reforma*, martes 9 de noviembre de 1999, p 10.

Wionczek, Miguel S., *El nacionalismo mexicano y la inversión extranjera*, México, Siglo XXI, 1975

Zarco, Francisco, "Crónica de la exposición" *La ilustración Mexicana*, tomo II, 1852 (Obras Completas, XVII).

_____, *Escritos literarios*, México, Porrúa, 1980.

Zea, Leopoldo, *El positivismo mexicano y la circunstancia mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica-SEP, 1985 (Lecturas Mexicanas, 81).